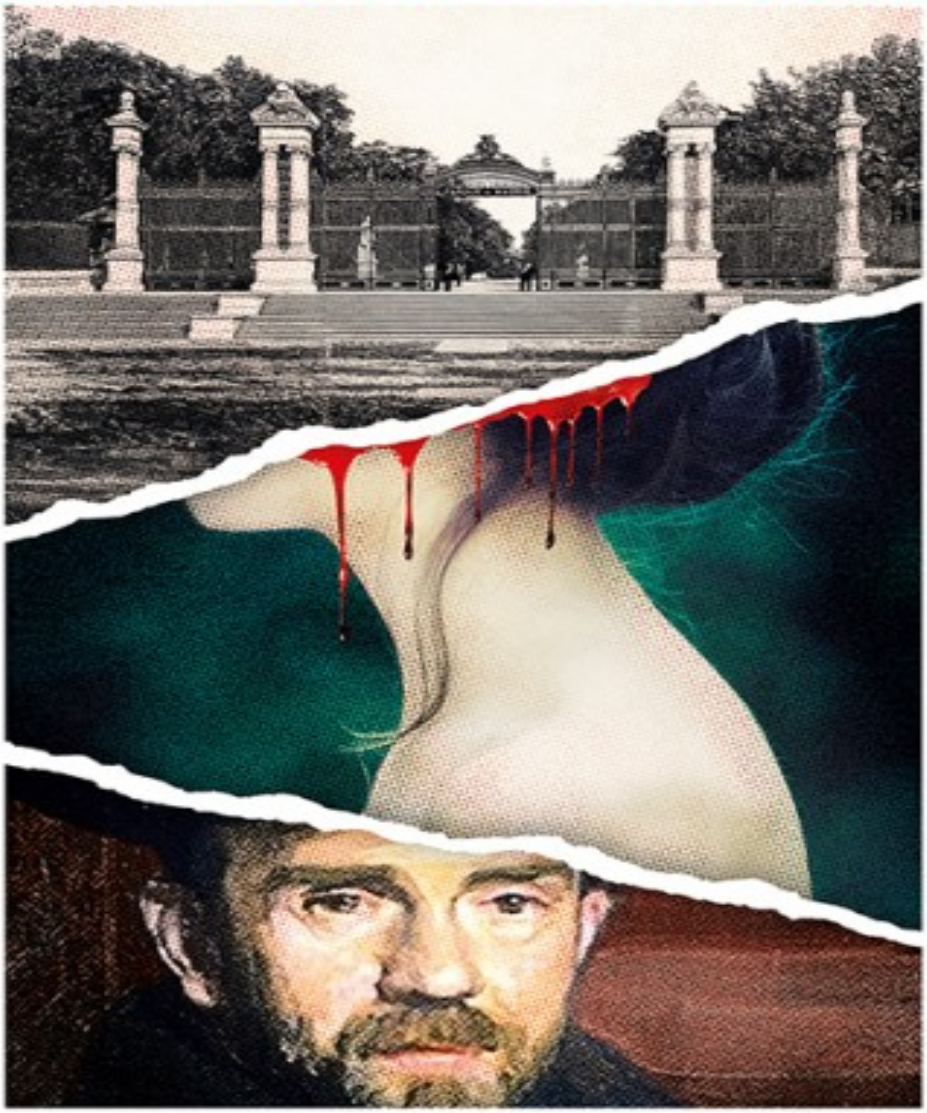
LOS CRÍMENES DEL RETIRO

PEDRO HERRASTI

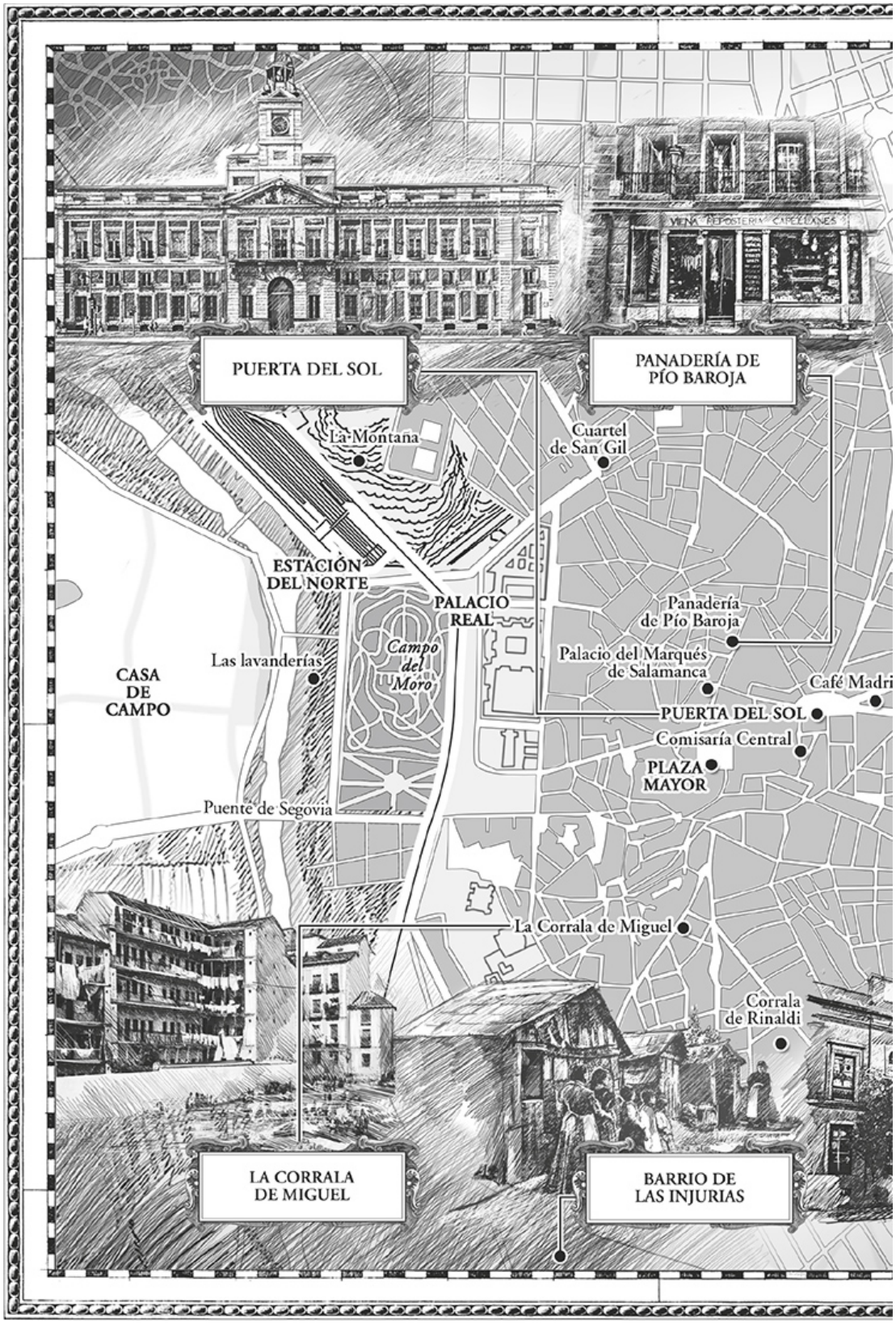


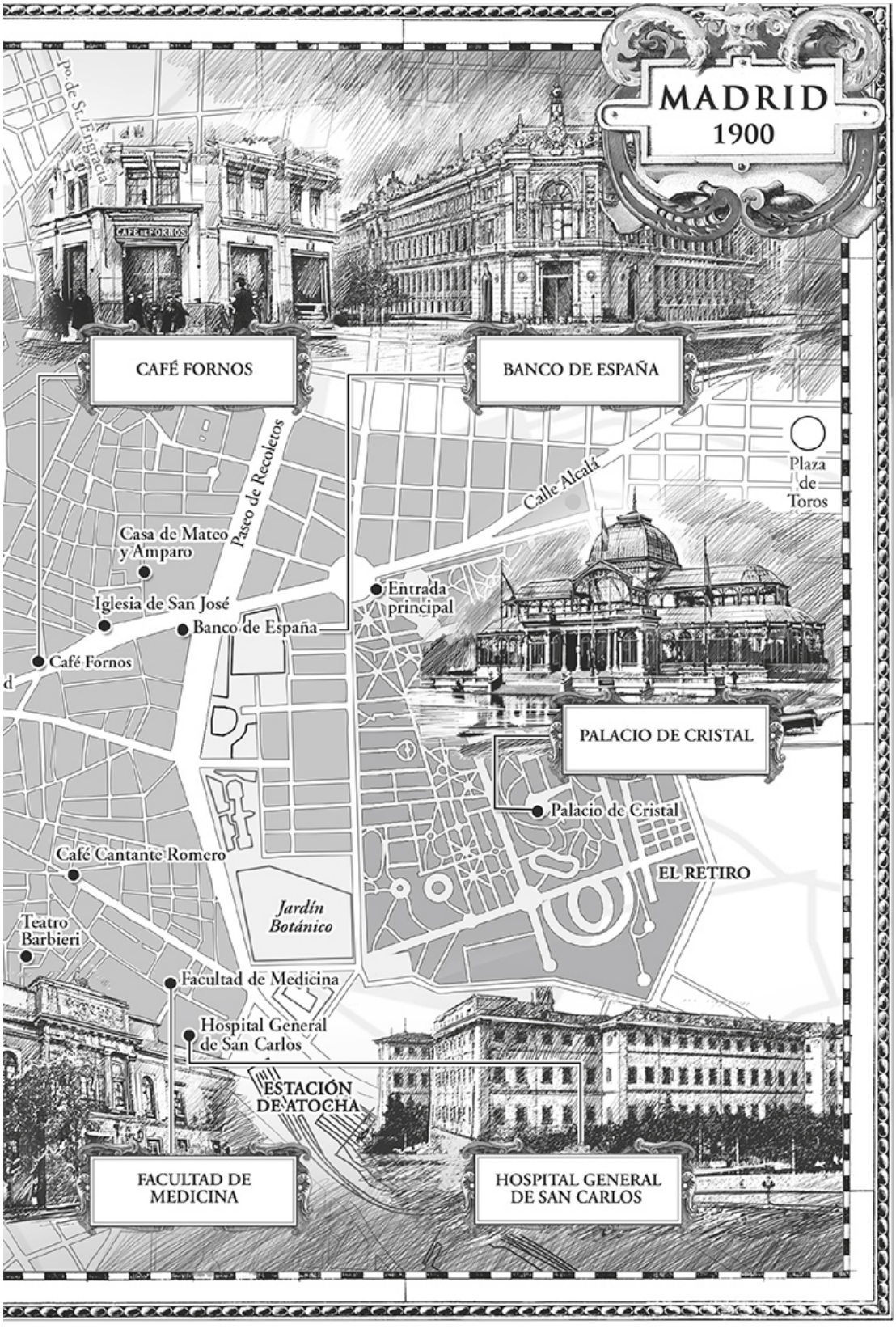
black salamandra

Pedro Herrasti

LOS CRÍMENES DEL RETIRO

black salamandra


PUERTA DEL SOL
PANADERÍA DE PÍO BAROJA
La Montaña
Cuartel de San Gil
ESTACIÓN DEL NORTE
PALACIO REAL
Panadería de Pío Baroja
Campo del Moro
Las lavanderías
Palacio del Marqués de Salamanca
CASA DE CAMPO
Café Madri
PUERTA DEL SOL
Comisaría Central
PLAZA MAYOR
Puente de Segovia
La Corrala de Miguel
Corrala de Rinaldi
LA CORRALA DE MIGUEL
BARRIO DE LAS INJURIAS


MADRID
1900
Po de St. Engracia
CAFE DE FORNOS
CAFÉ FORNOS
BANCO DE ESPAÑA
Paseo de Recoletos
Calle Alcalá
Plaza de Toros
Casa de Mateo y Amparo
Iglesia de San José
Banco de España
Café Fornos
Entrada principal
PALACIO DE CRISTAL
Palacio de Cristal
Café Cantante Romero
EL RETIRO
Jardín Botánico
Teatro Barbieri
Facultad de Medicina
Hospital General de San Carlos
ESTACIÓN DE ATOCHA
FACULTAD DE MEDICINA
HOSPITAL GENERAL DE SAN CARLOS

A Alejandro, Miguel y Pepe,
para los que sólo hay futuro
y sueños con alas

PRIMERA PARTE

Vidas sombrías

¿Por qué lloran los hombres cuando nacen? ¿Será que la nada, de donde llegan, es más dulce que la vida que se les presenta?

PÍO BAROJA, *Vidas sombrías*

El vestido se va recubriendo de la sangre que mana del cuello. Lo que al principio es una espuma roja se va convirtiendo en un manantial que tiñe el vestido de noche. Entonces deja caer al suelo el machete y observa en su mano derecha la salpicadura de ese líquido que parece impregnarlo todo: la piel, la tela del vestido, el suelo enfangado.

Por un momento le fascina ese color intenso, pero no tarda en fijar la vista en la mujer. No observa su bello rostro, ni las formas seductoras que insinúa su vestimenta. Lo que le estremece es la mirada de la víctima: los ojos desprenden un brillo que va apagándose para adquirir una tonalidad más oscura, fría, temible. La muerte se adueña de ese cuerpo que emite el sonido gutural del que se ahoga en la propia sangre.

Más estremecedor aún que esa mirada es el corte ancho y profundo de la garganta. Es una visión repulsiva. Puede ver las venas, los huesos, los músculos. Siente una sacudida en su interior porque esas imágenes le evocan recuerdos pavorosos.

El cuerpo comienza a convulsionar, es obvio que sólo le restan unos instantes de vida. Observa perplejo y ensimismado cómo la muerte se apodera de ella con un último estertor. Aquello le fascina y repele a partes iguales.

Siente un calor angustioso a pesar del frío de la madrugada. Su mente febril está inmersa en una vorágine de sensaciones turbias, de imágenes enloquecidas, de sentimientos encontrados.

Cuando la mujer se queda inmóvil una paz inaudita le domina. Enrolla el papel sobre el tallo y coloca el lirio en su mano. En ese momento, tiene la seguridad de que no debe avergonzarse de lo que acaba de hacer. Él sólo es un mensajero de la muerte, una sombra de la noche, un ángel vengador dispuesto a castigar a los malvados. Recoge el machete del suelo y comienza a sumergirse en la oscuridad. Esa que le ha acompañado toda la vida.

1

Madrid, domingo, 1 de abril de 1900

Miguel Herranz se frota los ojos antes de reconocer la figura borrosa que permanece frente a él sin decidirse a hablar. En su mente todo es confuso, un caos de imágenes inconexas envueltas en sombras nocturnas y vapores del alcohol. No se encuentra bien. Ha estado bebiendo durante toda la noche en las tabernas del centro. ¿Cuántas frascas de vino lleva? No tiene ni idea. Ni siquiera recuerda cómo ha llegado a esa tasca mugrienta de las que hay cientos en Madrid. De la maraña confusa le saca la imagen del muchacho que reconoce de inmediato. Pablo es un golfo que utiliza como confidente y le observa con cara de pasmo.

—Hay una mujer con el cuello cortado cerca del Manzanares —asegura con voz vacilante.

Esas palabras le sacan de la somnolencia provocada por el alcohol. Levanta la cabeza de la mesa y observa a su alrededor. No duda, está en la taberna de la Blasa, un garito inmundo a las afueras de la ciudad. El vino es tan malo como el local, pero lo peor es la clientela; una mezcla de borrachos, golfos y buscavidas que ahogan sus penas en vino.

Está tan aturdido que no sabe si aquello es sólo un delirio del alcohol. La mirada lastimera del muchacho, en la que ve un temor cierto, le hace saber que es real. Miguel es agente del Cuerpo de Vigilancia y, aunque no está de servicio, no puede ignorar un asesinato.

Se apoya en la mesa pringosa, cubierta de migas de pan y salpicaduras de vino, para levantarse. En el primer intento no tiene éxito. Prueba de nuevo mientras maldice la mala suerte que le ha llevado a ese lugar. Esta vez lo consigue. Ya en pie, aún envuelto en las brumas de la borrachera, sigue al muchacho fuera.

Mientras sale observa a Pablo. ¿Qué edad tendrá? Es imposible saberlo, no cree que tenga más de diez años. Es probable que alguno más, pero el hambre y la terciana sólo han dejado una carcasa raquítica. Es uno de esos golfos sin padre, sin madre, sin pasado y, ante todo, sin futuro. Como tantos otros, trata de sobrevivir formando parte de una banda de chiquillos semejante a las manadas de perros callejeros.

Viste una zamarra llena de remiendos y un pantalón con agujeros que dejan ver su piel curtida por el sol, la intemperie y la desdicha. De su cuello pende un bote de hojalata relleno de colillas, cuyo tabaco le dará algo de comer. El muchacho anda veloz, no le importa ir descalzo. Ni eso ni nada. Es un superviviente.

Miguel tropieza con una piedra mientras baja la rampa abrupta y fangosa que conduce al barrio de las Injurias. Siente un pinchazo de dolor en el tobillo y se detiene.

—¡Chaval, para un momento! —grita Miguel con voz ronca.

Pablo se vuelve y mira asombrado a ese hombre que no puede seguirlo. El policía aprovecha para tomar aliento. Siente la garganta

reseca y un fuerte dolor de cabeza. Incluso cree que tiene algo de fiebre. Puede que sea el exceso de vino, aunque supone que esas molestias son otra cosa: las secuelas del beriberi, la enfermedad cuyos síntomas le atosigan desde su regreso de Filipinas. Nunca debería haber ido a esa guerra. Tal vez tampoco debería ir a donde se dirige ahora. Ése parece su sino: ir a donde nadie quiere.

Está amaneciendo y una tétrica luz alumbra las Injurias, el barrio más miserable de Madrid, lo más parecido que ha visto al infierno sobre la faz de la tierra. Un suburbio de casuchas, barracas y chamizos donde malviven los más miserables de la villa. El contrapunto a la monumentalidad del Palacio de Oriente, los elegantes palacetes de la Castellana o la opulencia del barrio de Salamanca. Allí no hay monumentalidad, elegancia u opulencia. Tampoco parece haber lugar para la esperanza, el consuelo o la alegría. Nada de eso puede estar presente en aquel barranco junto a la ribera del río Manzanares.

El corazón le late con fuerza y unas gotas de sudor asoman en su frente a pesar del fresco. Siente el malestar del alcohol en el estómago, pero no cree que vaya a vomitar. Tal vez sólo necesite un alto para recuperar el aliento. Su amigo y compañero Pepe, que le ha acompañado en esa noche de farra, está junto a él. Permanece a su lado impertérrito y firme.

—¡Una muerta! Con la panda de maleantes que hay aquí poco me parece. Míralos —dice Pepe observando a un par de mendigos que duermen al raso—. Lo raro es que sólo haya una.

La pausa permite a Miguel observar el conjunto de viviendas que le rodean. La mayoría están construidas con desechos, hojalata, palos, maderas o cualquier cosa para alzar esas madrigueras. Los

más afortunados viven en unas casas bajas y minúsculas de ladrillo o adobe casi deshecho. Los muros están recubiertos por una cal sucia que se cae a pedazos. Los tejados de cinc, torcidos por el efecto del frío y el calor intensos, exhiben un color gris desvaído que añade tristeza a ese espectáculo desolador. Brillan hogueras que resplandecen en las sombras y piensa que la esencia de las Injurias es la misma del infierno: oscuridad, fuego y dolor.

Las luces del amanecer hacen que las gentes del barrio comiencen a salir a buscarse la vida en las calles de Madrid. Son la escoria de la ciudad: traperos, golfos, mendigos, mutilados de guerra, ciegos, mujeres con niños famélicos. Todos andrajosos, entumecidos por la humedad de la mañana; seres sin sueños, esperanzas o planes que no sean algo de comer o un sitio donde guarecerse.

—¡Vamos! ¡Tenemos que seguir! Cuanto antes veamos a esa muerta, mejor —afirma rotundo Pepe—. Si la hay, das parte al depósito para que la recojan y salimos de aquí pitando.

Miguel vuelve a ponerse en marcha. Ahora se siente mejor, el paseo le ha despejado. Camina entre las casas que constituyen un remedo de calles desiguales, sin empedrado o aceras. Lo único que hay en abundancia es basura: papeles, trozos de harapos, lozas rotas o desechos de los chatarreros. El viento se encarga de desparramar aquella inmundicia por el vecindario.

El silencio sólo se rompe por el ladrido de algunos perros que acosan a las ratas ocultas en las sombras. Algunos vecinos, aún confusos por el sueño, miran a Miguel con perplejidad; otros le observan con recelo.

—Ya casi estamos —dice el muchacho satisfecho.

Sólo un poco más allá distingue a una multitud que se agolpa en torno a algo. Miguel suspira y sigue caminando con paso firme hasta que los curiosos se apartan con temor cuando se identifica como policía. Sobre un rellano del terreno hay un bulto que parece el despojo de un animal, pero no tarda en comprender que es el cuerpo de una mujer recubierto de sangre. Miguel echa un vistazo al cadáver, después aparta la mirada un instante y eleva sus ojos hacia el horizonte.

Las aguas del río tienen en ese lugar una tonalidad ocre. Más allá asoman los cipreses del cementerio de San Isidro y los campos resecos de las afueras, aún envueltos en la oscuridad de la noche. El cielo va tomando un color púrpura cada vez más claro. En la lejanía, la sierra del Guadarrama, con sus crestas cubiertas de nieve, recuerda una naturaleza pura. Cierra los ojos para conservar unos segundos esa imagen tan distinta. Después baja la mirada para observar el cadáver. Es hora de hacer lo único que sabe: enfrentarse cara a cara con la muerte.

El sol despunta justo cuando se agacha. Esa luz, aún débil, ilumina el cadáver cubierto de sangre que le hace recordar la guerra. El cadáver está junto a la orilla fangosa donde están impresas docenas de huellas de los curiosos.

Miguel lanza un bufido de impotencia. El inspector Fernández-Luna le ha enseñado las nuevas técnicas policiales y sabe que el primer deber de un investigador es no alterar el escenario del crimen. Algo ya imposible que disipa cualquier posibilidad de reconstruir lo

sucedido. Todo lo que puede hacer es sacar el cuadernillo que siempre lleva consigo para apuntar los datos relevantes.

Se acerca al cadáver y ve que la mujer es muy joven, no debía de tener ni veinte años. Su belleza queda empañada por un gesto de terror. Sabe que eso puede ser una pista falsa, muchas veces los cadáveres presentan extrañas muecas por la contracción de los músculos tras la muerte.

Algunas hormigas rodean un lunar junto a la comisura de los labios. Eso es algo tan de moda que algunas jóvenes adineradas se ponen uno postizo. Al tocarlo comprueba que es natural.

Tal vez lo más pavoroso sean los ojos. Esa mirada azul transmite la angustia de quien se asoma al abismo de la muerte. Se agacha para observar con detenimiento los globos oculares enrojecidos y ve que las pupilas están extrañamente dilatadas. ¿Puede deberse al consumo de alcohol? Ya lo aclarará la autopsia.

Le sobrecoge aún más el corte ancho y profundo del cuello. Esa herida le hace recordar las de los bolos, los terribles machetes filipinos, que cortaban carne y huesos con una facilidad pasmosa.

Miguel apunta esos datos en el cuadernillo. A veces esos detalles nimios resultan decisivos; además, así evita otro de los perversos efectos del beriberi: las pérdidas de memoria. Cuando acaba de escribir vuelve a observar el cadáver.

Gran parte del elegante vestido blanco tiene un tono carmesí a causa de la sangre. Es una pieza lujosa con encajes, frunces en las caderas y drapeados en la falda. Es probable que la mujer fuera de clase alta. El complejo peinado, ya casi deshecho, también apunta hacia esa posibilidad. En la cabellera hay prendidas algunas hojas de

boj y plátano de indias cuyo color verde contrasta con el negro intenso del pelo.

Los pies están desnudos. Alguien, con toda seguridad uno de esos merodeadores que han dejado sus huellas en el fango, ha robado los zapatos. Si son de la misma calidad que el vestido puede sacar un buen pellizco. No es lo único que falta. Toma una mano y ve la huella de un anillo desaparecido en el dedo anular. Al hacerlo comprueba que sus manos son rudas, ásperas. No son las de una señorita ociosa, sino las de alguien que hasta hace poco se dedicaba a tareas domésticas. Tal vez se trate de una prostituta, una de esas mujeres del pueblo cuya belleza les permite relacionarse con hombres adinerados.

Tan importante como lo que se ve es lo que falta: no hay arma homicida. Sin duda, la muerte la ha causado un objeto cortante, pero no hay heridas en las manos o los antebrazos. Bajo las uñas no hay restos de piel o sangre del agresor. La mujer no quiso o no pudo defenderse.

—¿Y eso qué es? —pregunta Pepe señalando algo casi oculto bajo el cadáver.

Miguel mueve ligeramente el cuerpo y contempla un lirio blanco, con una hoja de papel enrollado en el tallo. Miguel toma la flor y despliega la cuartilla donde hay un poema escrito con una bella caligrafía. La grafoscopía o peritaje caligráfico es una técnica utilizada ya por la mayor parte de las policías del mundo y podría permitir la identificación del asesino. Examina las letras finas, elegantes, inclinadas hacia la derecha. Quien haya escrito eso es alguien refinado, que ha ido a los mejores colegios.

En sus labios se dibuja una leve sonrisa, pero no quiere confiarse. Tan importante o más que esa caligrafía es el contenido del papel. Así que empieza a leer las primeras líneas.

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro;
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

¿Qué significado tienen esos versos? ¿Es una elegía? Cualquier muerto merece unas palabras de despedida y una flor. Casi todos los que él ha visto no han tenido ninguna de las dos.

A pesar de que Miguel es poco dado a la lectura, reconoce el poema, que se ha hecho muy popular. Su autor es un nicaragüense llamado Rubén Darío, uno de esos jóvenes literatos que se hacen llamar «modernistas», estetas que buscan refugiarse en mundos tan bellos como imaginarios. Si de algo está seguro es de que en las Injurias no hay lugar para la poesía o los mundos imaginarios. Allí lo único que importa es sobrevivir. Llevarse algo a la boca. Luchar por la vida.

¿Significa algo esa extraña puesta en escena? ¿Cómo llegó esa desdichada allí? ¿Quién era? ¿Quién la asesinó? ¿Por qué? En alguna parte está la respuesta, tal vez entre los curiosos que observan con desconfianza. Sabe que es difícil, pero se aclara la garganta antes de dirigirse a ellos.

—¿Alguien ha visto algo relacionado con este crimen?

La voz de Miguel suena imperativa, pero sólo consigue que el gentío baje la mirada. Nadie hace el menor ademán de responder.

—¿Habéis visto algo? —insiste.

Se oye un murmullo apenas audible, tal vez un insulto. Miguel observa al conjunto de miserables. Reconoce a varios mendigos envueltos en harapos que piden en las iglesias del centro, también hay lisiados, golfos, delincuentes que ha visto en la comisaría: topistas, descuideros, espadistas, estafadores... incluso hay un joven, flaco y de mirada febril, que luce un uniforme zarrapastroso de rayadillo. Debe de ser uno de tantos soldados que combatieron en Cuba o Filipinas y ahora arrastran su miseria sin que a nadie le importe su suerte.

—Aquí nadie nunca sabe nada, ni ve nada —concluye Pepe—. No te preocupes, sólo te iban a decir tonterías.

Han pasado los años, las penalidades de la guerra, incluso su grado de cabo es un recuerdo, pero Pepe no ha cambiado. José Guzmán sigue siendo un hombre recio, con un enorme mostacho que se une a sus pobladas patillas. Miguel sabe que es valiente como pocos. Cuatro cicatrices de bala muestran su arrojo. Fue uno de los audaces que, descolgándose con escalas por un barranco, atacaron por retaguardia las trincheras filipinas del paso del Munting Ilog. Estuvo entre el puñado de valientes que conquistó Silang ante fuerzas que los superaban abrumadoramente. Incluso sobrevivió a la terrible marcha hacia Maragondón, recorriendo la selva bajo un sol ardiente, enfrentándose a los rebeldes y soportando las lluvias torrenciales que hundían a los hombres en el lodo.

Pepe le sacó de muchos apuros en la guerra. Para él es como un padre. Después ambos se incorporaron a la policía. Miguel es alto,

flaco, más dado al pensamiento que a la acción. El antiguo cabo es todo lo contrario: bajo, fornido y resuelto. Ni siquiera tienen la misma edad. Pepe pasa holgadamente la treintena, mientras que Miguel acaba de cumplir veinte. A pesar de todo, son inseparables desde su regreso de Filipinas.

Miguel clava su mirada en el muchacho que le ha acompañado hasta allí.

—Ve a la Comisaría Central —ordena—. Di que hay una muerta y que manden a alguien a recoger el cadáver.

Pablo extiende la mano. Nada es gratis en las Injurias. Miguel se rebusca en el bolsillo y saca unas monedas que entrega al chico, que las coge, sonríe y sale corriendo con rapidez.

—¡Aquí no hay nada que ver! ¡Váyanse a sus casas! —grita Miguel tratando de disolver a los curiosos.

Esas palabras parecen tener el efecto contrario, porque la multitud se va incrementando a medida que se corre la voz de que hay un cadáver junto al río. Todo el mundo quiere verlo. Miguel espera que el muchacho no tarde mucho, no le gusta ese barrio.

Mientras permanece de pie junto al cadáver, observa cómo surge entre la muchedumbre la figura insólita de un hombre vestido con la corrección de un burgués. Lleva un traje gris, casi negro, hecho a medida, con chaleco y corbata a juego. Los zapatos, recubiertos de polvo y barro, también son de calidad. Sus mejillas son tersas y apenas se distingue alguna arruga en la frente, no cree que tenga ni siquiera treinta años, pero ya tiene el pelo escaso. Ese aspecto de vejez prematura queda complementado con una perilla en la que asoman algunas canas. Alguien con ese porte señorial está allí fuera

de lugar, más aún a esas horas del amanecer; sin embargo, el hombre avanza decidido hacia él.

—Soy médico —dice con una voz que es casi un murmullo.

El ladrido de un perro en la lejanía hace más difícil entender esas palabras.

—Soy médico —repite en un tono más alto.

—Mucho me temo que ya no puede hacer nada por esa mujer —explica Miguel perplejo—. ¿Qué hace usted aquí?

El desconocido, incómodo por la pregunta, respira hondo y traga saliva. Tiene un rostro delgado y muy pálido, más que un médico parece un enfermo.

—Además de médico, soy periodista y quiero ser escritor —asegura tratando de hablar con firmeza—. Me llamo Pío Baroja y acabo de publicar *Vidas sombrías*, un libro de cuentos. Pero lo que quiero escribir es una novela sobre la vida en los barrios miserables del sur de Madrid. Por eso estoy aquí, viendo cómo viven estas gentes.

—Pues ándese con cuidado —advierte Miguel—, no es un lugar para estar de visita.

Baroja señala a tres hombres vestidos de manera similar a él, que conversan unos metros más allá.

—Sí, ya lo sé, por eso vengo con mi hermano Ricardo y dos amigos.

—No sé qué quiere ver. Aquí sólo hay miseria y desgracias. También es verdad que en la guerra he visto cosas peores.

—¿Estuvo en Cuba?

—No, en Filipinas. Fui uno de los últimos, esos que defendieron Baler hasta el final. Pero la muerte está en todas partes. Mire a esa

mujer: si hay algo que no necesita es la ayuda de un médico.

—Eso es cierto, ella no me necesita. Otra cosa es usted. No creo que aquí nadie le diga nada que pueda aclarar este crimen. Yo sí.

—¿Conocía a esa mujer?

—No, si le digo la verdad, no —dice Baroja ladeando la cabeza—. Pero creo haberla visto antes, ese lunar junto al labio es inconfundible. Nunca hablé con ella, soy bastante tímido. En especial, con las mujeres. Así que poco puedo decirle, pero creo que era una de las fulanas que frecuentaban algunos de mis amigos bohemios. Ya sabe, aspirantes a escritores, periodistas, actores...

Miguel ha oído hablar de esos bohemios que dedican más tiempo a beber y a criticarse entre ellos que a sus obras. Se reúnen en los cafés de la capital en interminables tertulias. La mayor parte son hombres faltos de talento o de voluntad, diletantes con sueños de gloria que acaban hundiéndose en los abismos del alcohol y la mala vida. No puede imaginarse sujetos menos fiables.

—¿Qué amigo suyo la conocía? —pregunta Miguel con escepticismo.

—No puedo decirle —afirma Baroja encogiéndose de hombros.

—No es que sea usted de mucha ayuda.

—Mire, lo mejor es que se pase por nuestra tertulia del Café Madrid —explica Baroja—. Vaya el martes, a primera hora de la noche, después la gente se emborracha y no sabe ni su nombre. Lleve una foto de la mujer, ya verá como alguno ha tenido tratos con ella. De eso estoy seguro, ellos le podrán decir mucho más que yo.

El médico hace un ademán de despedida y parte hacia el lugar donde le esperan sus acompañantes. Mientras se aleja, dos perros comienzan a ladrar y gruñir. Se pelean por un hueso del que cuelga

una pequeña piltrafa de carne renegrida. El más pequeño, que tiene el hueso, lucha con ahínco por defenderlo, algo que consigue hasta que el más grande le da un mordisco que hace que suelte la pieza. Mientras el vencedor se aleja con el hueso, el derrotado gime.

En ese momento uno de los vecinos coge un guijarro del suelo y lanza una pedrada al perro, que huye de inmediato.

—Los perros son un incordio, pero nos protegen de las ratas —dice el hombre—. Pero bueno, señor guardia, no vengo a hablar de eso. Ya ve que aquí hay mucha *necesidá* y hacemos lo que podemos para vivir. Algunas cosas están mal, *usté* me entiende, ¿no?... la vida es *ansí*.

»Lo que quiero decirle es que aquí *naide* tiene que ver con esto de la muerta. Nosotros, mujeres así las vemos en sueños. Y si le digo la *verdá*, ni eso, porque si uno tiene hambre le cuesta dormir y sólo sueña con comer. Pero vamos a lo que vamos: un chaval ha visto cosas raras esta noche.

—¿Qué entiende por «cosas raras»? —pregunta el policía frunciendo el entrecejo.

Miguel saca una cajetilla de cigarros y ofrece al hombre, al que se le ilumina la mirada. Coge uno y cuando lo enciende aspira el humo con deleite. El aire se carga con el aroma de tabaco, cuyas volutas se disuelven con rapidez.

—Pues eso, cosas raras —continúa, chasqueando la lengua—. Tendrá que hablar con ese muchacho. Sólo me dijo que anoche estaba durmiendo junto al río porque vino un hombre a ver a la madre... —dice guiñándole el ojo—. Aquí santos hay pocos.

»Bueno, el chico oyó el relincho de unos caballos que se acercaban por el paseo de los Pinos. Aquí se ven pocos carruajes, y

menos a esas horas. Ya sabe que en Madrid damos miedo.

»Se bajaron cerca, por allí —explica señalando el lugar—. Eso es lo que me dijo el chaval, no sabía *na* de lo que le ha *pasao* a esa mujer, claro. Me lo contó esta mañana, antes de salir a la busca. Ya sabe lo que es: vagar por las calles para encontrar cosas que estén tiradas para venderlas y sacar algo de comer.

Miguel hace un mohín de tristeza y tira la colilla al suelo.

—¿Quién es ese chico y dónde le puedo encontrar?

—Es el Felipe, el hijo de la Luisa. Verle ahora va a ser *complicao* —asegura encogiéndose de hombros—. Volverá por la tarde, porque para sacar algo hay que dar muchas vueltas.

El hombre da una última bocanada al cigarro y contempla lo poco que queda de él con una tristeza infinita.

—¿Cómo se llama? —pregunta Miguel.

—Felipe. Felipe Sandoval —añade.

—Dígale que debe presentarse en la Comisaría Central, la que está al lado de la Puerta del Sol, mañana lunes a las ocho de la mañana —ordena Miguel—. Si no lo hace, vendrá alguien y entonces no lo va a pasar bien.

—No se preocupe, señor guardia, ya me encargaré de que vaya allí. El chico tiene que dejar claro que no tenemos nada que ver, esto lo ha hecho gente de fuera del barrio. ¡Lo que nos faltaría sería que alguno acabara en el garrote!

Miguel eleva la mirada y ve a Pablo con un par de agentes que se apresuran desde lo alto del barranco. Suspira aliviado, su trabajo allí está a punto de acabar.

Pío Baroja comienza a desabrocharse la camisa y percibe el frío que hace en el cuarto. Está muy cansado, nunca ha sido un hombre trasnochador. La noche fue larga. Primero la tertulia, donde contó su proyecto de escribir sobre los barrios bajos de Madrid. A nadie le pareció una buena idea. Sin embargo, su hermano Ricardo y un par de amigos, animados por el alcohol, le acompañaron hasta las Injurias en una primera exploración de los arrabales.

Cuelga la camisa en el armario y siente un escalofrío. Debe dormir unas horas antes de ir a la panadería. A pesar del cansancio, no sabe si va a conciliar el sueño. No puede olvidar a esa pobre mujer: joven, bonita y en la flor de la vida. A juzgar por la vestimenta, no le había ido mal en los últimos tiempos. Sin embargo, su vida ha acabado en el peor barrio de Madrid, un valle de sombras. ¿Qué mejor definición para esos suburbios? ¿Puede haber algo peor que estar condenado a la indigencia desde el nacimiento?

Caminar por un valle de sombras tiene un precio. Incluso para ese joven policía que ha sobrevivido a las miserias de la guerra para sumergirse en las penalidades de la paz. ¿Será capaz de descubrir al criminal? Lo duda, parecía medio borracho.

Mete la percha en el interior del armario y al cerrar la puerta se observa en el espejo. Al ver su imagen no puede dejar de hacerse una pregunta: ¿no le sucede lo mismo a él? ¿No camina él por un valle de sombras? Tiene casi treinta años, pero su vida es un desastre. A su edad, otros hombres se han casado, tienen hijos y empleos estables con sueldos que les permiten llevar una vida con cierta comodidad.

Por el contrario, la suya es una vida a la deriva, sin rumbo o destino. Estudió Medicina, una ciencia por la que nunca tuvo interés.

Después ejerció como médico en el pueblo guipuzcoano de Cestona, donde casi acaba linchado por sus habitantes. Ahora dirige la tahona que le dejó en herencia su tía. Es difícil saber qué detesta más, si la medicina o el comercio de pan y pasteles. Tiene que reconocerlo: es un hombre difícil. No le gusta casi nada ni casi nadie.

La suya es, como el título de su libro, una vida sombría. Su sueño de ser literato es, hasta el momento, una quimera. No mintió al policía cuando dijo que tiene publicado un libro de cuentos, pero ha callado que pasó sin pena ni gloria. También afirmó que es periodista, otra verdad a medias. Sólo ha escrito varios artículos gracias a su hermano Ricardo, que, al contrario que él, parece caer en gracia a todo el mundo.

Se quita el pantalón y lo deja en otra percha junto al traje gris que lleva a las tertulias. ¿Le gusta en realidad asistir a ellas? A veces sí, a veces no. Las frecuenta para relacionarse con hombres que tienen sus mismos sueños de gloria literaria. Aunque le pese, sabe que tampoco encaja en ese ambiente. Incluso allí es el raro. Le toleran, pero carece de la oratoria de Alejandro Sawa, el trato cordial de Cansinos o la gracia de Valle-Inclán. Su destino parece pasar sin pena ni gloria en las letras y la vida, pero al menos está vivo, algo que no puede decir esa mujer. ¿Quién la mató? Es posible que fuera un amante despechado, tal vez un ladrón, puede que incluso alguien que trató de abusar de ella.

Saca del cajón el pijama y comienza a ponérselo mientras piensa en las Injurias. Desea escribir una novela que descubra al público la vida de esa pobre gente. Será una obra dura, capaz de conmover conciencias y descubrir un mundo ignorado. ¿Es eso una quimera más? ¿Puede interesar a alguien? Es imposible saberlo.

Ahora le toca dormir. Se sienta en la cama mientras piensa que le gustaría saber más sobre ese caso. El joven policía parece tener poca experiencia, por no decir ninguna. Es posible que investigar ese asunto le meta más en las entrañas de los suburbios. Tal vez, su destino dependa de esa mujer muerta y de ese valle de sombras de los arrabales madrileños.

El despacho del inspector Ramón Fernández-Luna huele a papel viejo y humedad. En la parte inferior de la pared la pintura luce un color oscuro y, en algunas partes, tiene desconchones. Ese olor acre no se disipa, a pesar de que la ventana está entornada y deja entrar algo de aire fresco junto al tumulto habitual de la Comisaría Central, donde siempre hay una mezcla de voces discordantes, gritos, súplicas y órdenes entremezclados con portazos. Por encima de ese estrépito suenan las campanadas del cercano reloj de la Puerta del Sol, que marcan las doce del mediodía.

Miguel permanece en silencio frente al inspector. Siente un cansancio tan molesto como la resaca. Tiene que esforzarse para que no se le cierren los ojos. Traga saliva mientras contempla el semblante meditabundo de su superior. Fernández-Luna está sentado tras un modesto escritorio de madera donde se levanta una montaña de cartapacios y papeles. Durante unos minutos cavila mientras se enciende una pipa, agita la cerilla antes de apagarla y la deja sobre un cenicero metálico. Miguel sabe que es un hombre de decisiones lentas pero calculadas.

El inspector se está haciendo célebre. Dicen que ha estudiado los nuevos métodos científicos de las policías de otros países con el fin

de aplicarlos en Madrid. Quiere dejar atrás herramientas tradicionales como la violencia y la intimidación. En su contra están las reticencias de sus superiores, las envidias, los rumores que le tildan de estrambótico, engreído y soberbio, algo que a él le importa poco.

La leve claridad que entra por la ventana muestra a un hombre de poco más de treinta años con un semblante de rasgos enérgicos ceñidos por una barba espesa. Tiene nariz aguileña, labios gruesos y unos pómulos marcados. Tal vez lo más revelador sean esos ojos inquisitivos, astutos, que buscan y hallan lo que otros no ven. El inspector parece salir de su ensimismamiento, echa su cuerpo hacia delante, clava los codos en la mesa y suspira.

—No creo haber visto un caso con tantos elementos insólitos en mucho tiempo. Una mujer aparentemente rica a la que cortan el cuello en el peor barrio de Madrid a altas horas de la madrugada. Por si fuera poco, nos dejan un enigma: ese lirio y un extraño poema de esos... ¿cómo se llaman?

—Modernistas, son los artistas del momento —aclara Miguel—. O eso dicen ellos.

—Poesía y cuellos cortados, una extraña mezcla —dice esbozando un gesto de desprecio—. Tenemos suerte de que usted estuviera cerca, al menos contamos con un testigo excepcional.

Miguel se remueve incómodo en el asiento antes de contestar.

—Me parece que, al menos en esta ocasión, voy a ser de poca ayuda. Cuando llegué, el escenario del crimen ya había sido alterado. Alrededor del cadáver los curiosos dejaron docenas de huellas impresas en el fango. Es imposible saber lo que sucedió,

salvo que alguien sustrajo un anillo y los zapatos de la muerta. Tampoco pude encontrar el arma homicida.

El inspector respira hondo, se levanta de la silla y da unos pasos hacia la ventana con las manos cruzadas en la espalda. La escasa claridad que entra hace que su rostro adquiera una expresión torva. El despacho es una minúscula covacha que apenas deja espacio para el escritorio, el par de sillas y una estantería repleta de libros encuadernados en cuero.

—Desgraciadamente, lleva razón —asegura con tono lúgubre—. Me gustaría hablar con el muchacho que presenció la llegada del carruaje. ¿Cómo se llama?

—Felipe Sandoval, vendrá mañana a declarar a las ocho.

—Estupendo, estupendo. La verdad es que todo en este asunto resulta insólito. ¿Qué hacía ese médico allí? ¿Y a esas horas? Eso de visitar ese barrio para escribir una novela... O esconde algo o es un chiflado. Interróguelo.

—Ya lo había pensado. Lo haré el martes. Ese día, él y sus amigos bohemios celebran una tertulia. Por lo visto, alguno de ellos podría conocer a la víctima.

—Magnífico, eso abriría una vía de investigación muy interesante. La presencia de ese hombre allí es rara, casi tanto como la de usted. ¿Qué hacía en ese sitio a esas horas?

Miguel no quiere confesar que muchas noches se refugia en el vino barato de las tabernas para olvidar las penalidades de la guerra. No desea hablar de las noches de insomnio pobladas de pesadillas de las que despierta envuelto en sudor. Esas madrugadas angustiosas que le arrastran a las marchas en la jungla, las emboscadas o los combates desesperados en la iglesia de Baler, el

último bastión español en Filipinas. No puede quejarse, está vivo, aunque tampoco salió indemne. De vez en cuando vuelve a sufrir dolores y fiebres, triste recuerdo del beriberi contraído en aquellas tierras lejanas.

—Miguel, ¿no me escucha? ¿Qué hacía allí a esas horas? —insiste Fernández-Luna perplejo ante su silencio.

No sabe qué responder. Aguanta la mirada del inspector mientras se muerde los labios.

—Estaba amaneciendo y decidí dar un paseo hasta el Manzanares; cuando vi que se formaba un tumulto me acerqué. Fue algo casual.

—¿Casual? En la vida no hay casualidades —murmura el inspector, escéptico—. Supongo que mañana ese tal Felipe Sandoval nos aclarará un poco este asunto. En cualquier caso, usted hoy no está de servicio, así que váyase a casa a descansar.

2

Lunes, 2 de abril

Alrededor de la iglesia de Baler sólo hay un mar de sombras. Una selva oscura y amenazante repleta de una vegetación de nombres exóticos: biticubí, tíndalo, yoroc, bonga, burí, palidán... extraños términos incapaces de ocultar el peligro que esconden. Desde su parapeto, Miguel apenas puede ver nada que no sea ese manto verde en el que se oyen, por primera vez en días, los leves sonidos del enemigo acercándose. El terror le inmoviliza de inmediato. Más que a la muerte, teme las terribles heridas de las balas que se infectan con facilidad, aunque tal vez lo peor sean los tajos profundos de los machetes filipinos.

Nada más iniciarse el tiroteo se sobrepone al miedo y apoya su fusil en el saco terrero del parapeto para abrir fuego. Como tantas otras veces, el enemigo quiere sorprender a los centinelas en mitad de la noche. No ha podido escoger peor momento. La lluvia cae con fuerza mientras el viento remueve las ramas provocando un aullido aterrador. Varios rayos cruzan el cielo y su resplandor ilumina, por un instante, a los combatientes. El viento tórrido arrastra el fragor de la fusilería, que viene acompañado del centelleo de las balas y el humo acre de la pólvora.

Ha tenido suerte, hoy está en la iglesia, pero sabe que en las trincheras que la rodean habrá ya casi medio metro de agua y allí los centinelas estarán empapados, sumergidos en el lodo hasta las rodillas. A pesar de ello, no ignora que el principal objetivo siempre es la iglesia, ya convertida en un edificio siniestro repleto de muertos en vida. A su alrededor silban las balas, que provocan un sonido ronco cuando golpean las paredes. Sobre el templo se abate una implacable tempestad de plomo, pero todos saben que deben resistir si quieren salvar sus vidas.

Los que sufren beriberi se arrastran sobre las piernas cubiertas de llagas purulentas que han ido expandiéndose a medida que se abrían y exudaban un líquido repugnante. Echa un vistazo a sus compañeros. Es un cuadro patético: rostros demacrados, miradas ojerosas, cuerpos recubiertos de vendajes sucios de barro y sangre.

Miguel contempla con pánico cómo el enemigo se acerca cada vez más, a pesar de que el tiroteo se hace más intenso. Los rebeldes se encuentran sólo a veinte metros. La defensa está a punto de venirse abajo, y si eso sucede los matarán a todos. Así que siguen disparando con la fuerza que da la desesperación, aunque sólo sean ya un grupo de esqueletos consumidos por la fiebre.

El fragor del combate no impide que se oigan los gemidos de los heridos, los delirios de los enfermos, los gritos desgarradores, las maldiciones, los lamentos. De nada vale todo eso, los filipinos entran por todas partes. La guarnición de Baler está ya exhausta, vencida, viendo cómo la muerte se acerca implacable para acogerlos en su seno.

Miguel despierta angustiado de esa pesadilla que le ha hecho retornar a la iglesia de Baler. Siente que le falta el aire y se reincorpora en la cama para tratar de respirar con cierta tranquilidad. Deja que pasen unos minutos. Después, más sereno, aparta la manta y ve cómo las manos aún le tiemblan. Se levanta para asir el aguamanil del rincón y verter el agua sobre la jofaina. Al restregarse ese líquido fresco siente un alivio inmediato.

El pequeño espejo de la pared le devuelve la imagen de un hombre agotado. Tiene los ojos enrojecidos y en su frente, repleta de arrugas pese a su juventud, hay alguna gota de sudor. Una cruz franciscana cuelga de su cuello. Se la dio el padre Cándido, el párroco de la iglesia de Baler, y su curiosa forma de T resplandece en aquel cuarto oscuro. El saludo franciscano, «Paz y Bien», está grabado en ella, aunque esas palabras encarnan todo lo que no ha tenido en su vida. El franciscano dijo que lo protegería del peligro y así ha sido hasta ahora.

Suspira, tras superar otra noche cargada de angustia. La luz entra ya de manera decidida por la pequeña ventana del cuarto que es ahora su hogar. No puede ser más modesto: una cama estrecha, una silla y una pequeña cómoda, más que suficiente para guardar sus escasas ropas. Al menos no es uno de esos desgraciados que viven en esa misma corrala bajo los huecos de las escaleras.

La campana de la iglesia señala que son las siete, hora de ir a la Comisaría Central. Hoy es un día especial. No quiere perderse el testimonio de Felipe Sandoval, que tal vez desvele algo interesante sobre el asesinato. Incluso podría pasar que no apareciera. En cualquier caso, se pone una camisa limpia, un pantalón gris que

apenas está gastado por el uso y la chaqueta. Cuando está listo sale a la galería de la corrala.

Allí descubre el caos y alboroto característicos de esa vivienda popular. Parpadea al recibir la luz del sol. La claridad deslumbrante le hace olvidar las sombras de esa horrible pesadilla que fue la guerra. Aquello es el pasado, la muerte. El ajetreo de su alrededor es el presente, la vida. Sólo lleva unos pocos meses en el cuerpo y, de momento, no puede pagarse un alojamiento mejor. Ni eso ni muchas otras cosas más, pero quiere creer que tiene toda la vida por delante. Muchos de los que fueron a Cuba y Filipinas no pueden decir lo mismo.

Al avanzar por la galería observa las grietas que dejan ver largueros y travesaños entre los ladrillos gastados de la corrala. En los muros, enjalbegados de cal, se abren ventanucos y puertas de las que surgen nanas infantiles, coplas, diálogos alegres o agrias disputas. Cada una de las plantas está dominada por un caos de conversaciones de comadres, llantos de bebés y carreras de niños: un caos bullente de voces y ruidos.

Cuando ve llegar a una mujer con un cubo repleto de ropa se desvía hacia la barandilla del corredor. Allí cuelgan pantalones, camisas, faldas, vestidos, sábanas, colchas puestas a secar; casi todo cuajado de remiendos. Las prendas, muchas veces casi harapos, se balancean al viento y desprenden un grato olor a jabón. Todo lo contrario del hedor que llega del fondo, donde está el retrete comunal. Acelera el paso y baja la escalera con rapidez hasta alcanzar el patio, donde un grupo de niñas juega al corro.

Allí todo está sucio y repleto de trastos inservibles que los vecinos acumulan: tablas carcomidas, ladrillos, tejas o cestos rellenos de

objetos inútiles cubiertos con chapas de cinc. Hace dos días llovió, y el sumidero, obstruido por la basura, inundó el patio de un agua negra cuyo hedor todavía se percibe a pesar de los baldeos de las vecinas.

A esas horas hay una actividad febril. Los hombres se aprestan a salir a trabajar cargando con algunas herramientas de sus oficios. Es el caso de los albañiles, carpinteros, esquiladores o barberos ambulantes, que luchan contra una somnolencia que se refleja en su rostro. Casi todos tienen aspecto sombrío, hablan a grandes voces y expresan el descontento con su vida miserable a través de gritos iracundos, blasfemias o maldiciones. Las mujeres ponen un contrapunto a ese tono hosco. Miguel eleva la mirada y las ve conversando entre las galerías con un aspecto de limpia austeridad, una imagen que denota que incluso en la pobreza hay dignidad.

Al salir a la calle se encuentra con un lañador que acarrea un zurrón con berbiquís y alicates.

—¡A componer tinajas y artesones, barreños, platos y fuentes! —grita con voz ronca.

Pasa junto a la tienda de un calderero que arregla uno en la calle sentado en una banqueta para aprovechar la luz y el buen tiempo. No muy lejos, unos sujetos de aspecto turbio tratan de vender un burro a un hombre que regatea mientras lo observa con desconfianza.

Miguel también hace sus cábalas. ¿Qué probabilidades hay de que el inspector le encargue la investigación de las Injurias? Pocas, sabe que hay agentes con más antigüedad y méritos. Es una lástima, porque es un asunto de lo más notable. La mayoría de los casos son anodinos: vecinos que acaban una pelea a navajazos, familiares que

finiquitan a alguien por una herencia o maridos que matan a sus mujeres en un arrebato de ira y alcohol. Este crimen es todo lo contrario; es obvio que oculta algo inquietante.

Aun así, no desespera. Es de los pocos que confían en los nuevos métodos del inspector. Aplicar la ciencia y un sistema racional en la investigación de los crímenes le parece, sin duda, el futuro. En el curso de ingreso se mostró como un alumno aventajado, algo que le procuró el favor y la simpatía de su superior.

En la comisaría, todos saben que debería estar en el Cuerpo de Seguridad, con su uniforme azul oscuro patrullando las calles. Sin embargo, Fernández-Luna le ha conseguido una plaza en el Cuerpo de Vigilancia, la rama de la policía que viste de paisano y resuelve casos de mayor complejidad. Aunque es provisional, sólo por tres meses, sabe que si destaca en alguna investigación es posible que pueda quedarse.

Nunca ha sido popular, pero ese trato de favor hace que muchos compañeros le desprecien. En particular el sargento Manuel Vidal, considerado un puntal en la comisaría. Lleva años queriendo formar parte de ese cuerpo y es casi seguro que le encargarán el caso.

Sus pensamientos quedan interrumpidos por los gritos de un par de campesinos manchegos que anuncian en la calle Toledo quesos y miel con los gritos guturales de la gente de campo. Esquiva uno de los carros que se dirigen al mercado de San Miguel. Hay tantas caballerizas que la calle apesta a estiércol. Ese olor es reemplazado a medida que se acerca a la plaza Mayor por el del vino y la fritanga de las tabernas que despachan callos, mondongos, orejas, morros, bofes y gallinejas.

En esas tascas se llena el estómago, pero la mayoría prefiere beber sin tino. Entre vaso y vaso sueltan baladronadas, gritan, ríen o discuten por nimiedades. Deja atrás las tabernas y vuelve a concentrarse en sus cosas. Tal vez tenga suerte. Al fin y al cabo, él descubrió el cadáver, vio el escenario del crimen, habló con algún vecino. Todo eso cuenta, pero debe reconocer que no es mucho.

Se adentra en la plaza Mayor, con su fachada uniforme que se ve interrumpida por arcadas y torreones altivos. Esa plaza es la historia viva de Madrid, cada una de sus piedras y ladrillos están cargados de historia. Los ventanales de esos muros han visto quemas de herejes, corridas de toros, procesiones, proclamaciones de reyes, revueltas populares y ejecuciones de rebeldes. Una historia cruenta que parece querer reflejarse en esos muros de un rojo sanguinolento que han visto muerte y desdicha, pero, sobre todo, transcurrir la vida de esa ciudad bullanguera, alegre, vivaz.

Bajo los soportales están los puestos de frutas, verduras, quesos, embutidos, carnes y otras mercaderías. Algunos tenderos permanecen inmóviles y somnolientos; pero la mayoría grita sus productos para atraer a los clientes. Las más llamativas son las verduleras, que adoptan posturas chulescas con los brazos en jarra y la respuesta desvergonzada presta en los labios.

El público va y viene entre los puestos, husmeando, haciendo preguntas sobre la calidad y el precio. La barahúnda de voces compite con el campanilleo alegre de unos organillos apostados casi en el centro de la plaza. El suelo está repleto de inmundicia: hojas de periódicos, piltrafas malolientes de carne oscura, restos de frutas y verduras que desprenden un olor a fermentado.

A la actividad mercantil se suma una cohorte de mendigos, pobres gentes que muestran deformidades, llagas infectas o costras repelentes. Un cortejo de miserables que buscan comer a costa de su desdicha. Miguel los esquiva mientras siente que el calor del tumulto y el sol de primavera hacen que comience a sudar.

Tropieza con un adoquín y nota un leve pinchazo de dolor en el tobillo que se dañó en las Injurias. Pese a ello, sigue andando hasta enfilar la calle del marqués de Pontejos, cuya clientela de mujeres elegantes recorre las tiendas de modas. Es un mundo muy distinto al suyo: aquí la miseria es algo lejano y amenazante.

No tarda en alcanzar la plaza que se abre frente a la Comisaría Central. Allí una decena de hornillos vomitan un humo espeso que se eleva al cielo. Los trabajadores, sudorosos y agobiados por la temperatura, remueven el asfalto sobre el pavimento con unos largos palos. Ese calor hace que note su paladar reseco.

Está ya frente a la Comisaría Central, un edificio de tres alturas tan feo como austero. Tiene más de un siglo de antigüedad y eso se nota en las humedades y desconchones de la fachada. Se detiene al oír el ruido de los cascos de los caballos de un carro que cruza la calle y deja tras de sí un fuerte olor a sudor animal. Después avanza hacia el gran portón de entrada y un agente le saluda con un ademán. Ha llegado al lugar donde va a decidirse su destino.

El interior de la comisaría es un desbarajuste. Los policías gritan y los detenidos protestan; y a ello se suma el tumulto de los que pretenden denunciar delitos. La humareda de decenas de cigarros impregna el lugar de un fuerte olor a tabaco.

Al fondo se distingue el mostrador donde los agentes atienden las denuncias. Allí, dominando la escena con su mirada de halcón, está Vidal, que observa imperturbable el trajín, sin que parezca molestarle el caos. Es un sujeto alto, ancho y con unas hirsutas patillas que acentúan sus mejillas carnosas. La mole de su cuerpo impresiona, pero aún más su porte amenazante. Nunca le ha gustado ese hombre brutal. Es uno de esos policías de la vieja escuela que se oponen a las nuevas técnicas policiales. Miguel se planta frente a él, y el sargento le dirige una mirada de desprecio.

—¿Ha venido un muchacho de las Injurias a declarar sobre el crimen de ayer? —pregunta Miguel.

El sargento, sin inmutarse ni responder, señala con el índice de su mano derecha a un chico sentado en un banco. Miguel se da la vuelta y, mientras se acerca, examina el rostro del testigo. No debe de tener ni quince años. Es el típico golfo madrileño flaco y pálido, con el pelo al cero para evitar los piojos. Viste un pantalón lleno de remiendos que combina con una blusa de obrero. Como casi toda la chiquillería del barrio, lleva unas alpargatas con las suelas muy gastadas.

El aspecto paupérrimo se acentúa con una mirada triste que dirige al suelo. Observa esos ojos y ve la angustia que le provoca estar allí, rodeado de policías que le ignoran o desprecian.

—¿Eres Felipe Sandoval, el testigo del crimen de las Injurias?

El muchacho levanta la vista y asiente. En ese rostro curtido por la miseria percibe un temor que no trata de disimular.

—Acompáñame.

Mientras suben la escalera que conduce al piso superior, se cruzan con sujetos engrilletados. Miguel observa de reojo el rostro del

muchacho. Parece sobrecogido, es obvio que teme acabar como ellos.

Cuando llegan arriba avanzan por el pasillo a su derecha. El suelo de madera cruje y ese sonido cesa cuando alcanzan la puerta del despacho en cuyo cristal esmerilado luce el nombre de Fernández-Luna con unas letras negras y elegantes. Miguel llama a la puerta y, tras esperar unos segundos, entra.

El inspector está de pie junto a la ventana leyendo un documento y al verlos se limita a señalar las sillas frente al escritorio. El despacho tiene el mismo aspecto anárquico del día anterior, pero es un remanso de paz frente al estrépito de la comisaría. Fernández-Luna deja de leer el papel que tiene entre las manos, se sienta y dirige una mirada inquisitiva al muchacho.

—Te veo muy asustado. No tienes nada que temer, sólo vamos a hacerte unas preguntas. Me han dicho que has nacido en las Injurias —afirma con un tono cordial—. Vivir allí debe de ser difícil.

—No está tan mal, la gente exagera —asegura el muchacho ladeando la cabeza—. Cuando era niño me daban de comer las monjas de las Hijas de la Bandera, y también me enseñaron a leer y escribir. Allí hice buenos amigos. Luego, cuando fui algo mayor, ya empecé a trabajar.

—¿Qué haces para ganarte la vida?

El chico duda unos instantes, temeroso. ¿Tal vez quiere que le informe de alguna actividad delictiva en el barrio? ¿Pretende que delate a alguien? Felipe observa al inspector con una mirada inquieta, igual que una presa observa a un depredador.

—Yo, señor, hago un poco de todo. Pero nada malo —aclara con nerviosismo—. Antes vendía periódicos y estuve de chico de los

recados de una tienda. Hacía repartos y cosas así. Sacaba poco, pero incluso eso viene bien en los tiempos que corren. Luego estuve de aprendiz de albañil, pero la obra acabó. Con la guerra todo se ha puesto muy mal, peor de lo que estaba. Ahora me dedico a la busca, pero no saco casi *na*.

—Ya veo. ¿Fumas? —pregunta el inspector ofreciéndole un cigarro.

Felipe esboza una sonrisa y coge uno. Fernández-Luna se lo enciende y el humo comienza a llenar la estancia de un olor acre. Según el inspector, es mejor tratar de ganarse la confianza de los informantes que aterrorizarlos, una estrategia que forma parte de los nuevos métodos, más sutiles y opuestos a los de los policías que sacan confesiones, la mayoría de las veces falsas, con una mezcla de coacciones y palizas.

—Eres el único testigo de lo que sucedió en la madrugada del sábado en la orilla del río. ¿Qué viste? —señala el inspector antes de soltar una nube de humo—. Piénsalo bien, cuanto más preciso seas antes volverás a casa.

Felipe traga saliva y la nuez se le marca en la garganta.

—No vi casi *na* —asegura el muchacho azorado—. Estaba durmiendo junto al río porque allí uno se puede hacer un refugio con ramas. Es el único sitio donde hay árboles, el resto es un secarral. El ramaje protege poco, pero algo de frío te quita. Además, tenía una manta, de esas de Zamora. Está muy vieja, pero abriga lo suyo. Llevaba un rato durmiendo cuando me despertó el ruido de un carro que avanzaba por el paseo de los Pinos. Se detuvo y bajaron tres personas.

—¿Qué tipo de carruaje? —interrumpe Miguel.

El chico desvía la mirada y le observa con un pánico evidente. Da una calada al cigarro antes de responder.

—Ya digo que no vi casi *na*. Creo que era un simón, uno de alquiler, pero no era el típico. Era más grande, de esos con cuatro plazas. Tiraban de él dos caballos... marrones, creo, aunque estaba muy oscuro... lo mismo eran negros, no estoy seguro. En el pescante iba el cochero, que, nada más bajarse los pasajeros, se fue.

—¿Cómo era ese hombre? —pregunta el inspector.

—Apenas le vi. Creo que era mayor, de unos cincuenta años, pero no me haga mucho caso. Allí, ya le digo, apenas se veía *na*.

—¿Era gordo? ¿Delgado? ¿Calvo? ¿Tenía barba o bigote? —insiste el inspector—. Algo verías.

—No, no mucho —añade el muchacho incómodo—. Estaba muy oscuro. La única iluminación era la de la luna. El hombre llevaba una capa negra encima. Así que no sé si era gordo o delgado. Tampoco le vi la cara. En realidad, sólo vi una figura oscura. No puedo decir mucho más.

—Háblanos de la gente que iba dentro del coche —ordena Miguel —. ¿Los viste bien?

—No, qué va —dice cada vez más nervioso—. La primera que bajó fue una mujer, casi se cae, parecía borracha. Llevaba los hombros desnudos y un traje de esos de rica, con mucho perifollo. Después bajaron dos hombres.

»El primero era alto, con bigote, también iba muy elegante. La mujer y él parecían *sacaos* de un baile de los que dan los ricos. Hacía fresco, pero ninguno de los dos iba *abrigao*. El último en bajar fue un hombre que llevaba un abrigo con las solapas y el cuello

doblao. Entre eso y la oscuridad tampoco le vi la cara. Cuando el cochero se fue, sacó una pistola que tenía oculta bajo el abrigo.

—¿Podrías reconocer el arma? —pregunta Miguel.

—Era una pistola muy grande, pero yo de esas cosas no entiendo.

—¿Pistola o revólver?

—No sé qué diferencia hay —dice el muchacho perplejo.

Miguel saca su Colt 1855, un revólver que se llevó como recuerdo de la campaña filipina, y lo pone sobre la mesa.

—¿Era parecida a ésta? —insiste.

—Puede ser —indica Felipe encogiéndose de hombros—. Si no era ésa, se le parecía mucho.

—¿Viste algo más que te llamase la atención? —pregunta el inspector.

—Todo era raro —afirma Felipe—. En las Injurias gente así no se ve nunca, menos a esas horas. El hombre de la pistola estaba muy nervioso y les dijo que fueran hacia el río. La pareja obedeció. Ellos iban delante y el otro detrás, apuntándolos.

—¿Qué pasó después? —insiste Fernández-Luna.

—Cuando desaparecieron me puse a dormir. Yo no me meto en líos. Poco después oí un grito. Creo que era de la mujer, pero no estoy seguro. Después se oyó un tiro y al poco apareció el hombre del bigote corriendo como alma que lleva el diablo.

—¿Estaba herido?

—Creo que sí porque tenía la cara toda roja de sangre. No debía de ser grave, porque corría como un conejo.

—¿Le viste bien? —pregunta Miguel.

El muchacho guarda silencio. La táctica del inspector ha resultado eficaz. Con él muestra ya cierta confianza; en cambio, esquiva las

miradas de Miguel.

—Sí, pasó muy cerca, pero fue tan sólo un momento —responde tras unos momentos de duda—. Era un hombre joven, fuerte, de unos treinta años. Tenía miedo.

—¿Podrías reconocerle si te enseñamos una foto? —insiste.

—Creo que sí.

—¿Volviste a ver al que llevaba el revólver?

—No, ése se iría por otra parte. No lo vi más.

—¿Qué hiciste después? —pregunta el inspector.

—Pues *na*, dormir. Me levanté al amanecer para ir a la busca. Al salir del barrio me encontré con el tío Eufrasio, el hombre que habló con ustedes, y le conté lo que había *pasao*. Cuando volví, me dijo que habían *matao* a una mujer junto al río y que tenía que ir a comisaría.

Fernández-Luna se levanta y coge de la estantería tres grandes libros y los pone encima de la mesa, frente al muchacho.

—Esto es lo que llamamos «prontuarios» —asegura abriendo uno por la primera página—. Tienen fotografías de delincuentes. Es muy posible que el hombre que viste esté entre ellos. Sería importantísimo que lo reconocieras. Tómate todo el tiempo que quieras, hazlo sin prisa.

Felipe observa el grueso volumen y lanza un suspiro. Creía que le iban a dejar marchar, pero ve que eso era una vana esperanza. Comienza a ojear el tomo página a página. De vez en cuando, se detiene en alguna fotografía, pero, tras dudar un momento, continúa avanzando.

Miguel saca un paquete de cigarrillos y ofrece uno a Fernández-Luna. El muchacho parece concentrado en examinar esas fotografías

que cada vez va pasando con mayor rapidez. Al primer volumen sigue otro del mismo tamaño. Cuando Miguel apaga el último cigarro del paquete, Felipe señala una foto.

—Era este hombre —asegura convencido—. Tenía ese corte de pelo, el bigote, todo.

—¿Estás seguro? —pregunta el inspector receloso. Su mirada es severa: sabe que a veces los testigos señalan cualquier fotografía con el fin de acabar con esa tediosa tarea.

—Sí, totalmente seguro.

Miguel saca la fotografía y lee el reverso, donde están escritos en una letra muy pequeña su nombre, apellido y apodo. El hombre se llama Juan Rinaldi, alias El Italiano.

—Estupendo, estupendo —comenta Fernández-Luna satisfecho—. Sé que te hemos hecho perder una mañana, así que lo mejor es recompensarte.

Saca de su monedero cinco pesetas que entrega a Felipe, y éste, sorprendido, duda en coger el dinero. Cuando lo hace sonríe. Esa modesta cantidad representa una fortuna para el muchacho. Algo que sabe ganará su voluntad si le necesita en otra ocasión.

—Gracias, señor —dice agradecido—. Yo no sé nada más, pero mi madre estaba entre los curiosos que vieron el cadáver de la mujer. Cree que la muerta era una de las lavanderas del Manzanares. Trabaja allí, en el Lavadero de la Cruz. Así que si quieren saber más, lo mejor es que hablen con ella.

El archivo de la comisaría está en el sótano. Es un lugar sin apenas ventilación en el que impera un fuerte olor a humedad y papel viejo.

Miguel tiene encima de una de las mesas de consulta el expediente de Rinaldi. Una lámpara derrama una luz cegadora sobre la portada de un blanco impoluto. Al abrir la carpeta lo primero que aparece es la fotografía del prontuario en un tamaño mayor.

La imagen muestra a Rinaldi de frente y perfil. La esquina izquierda está marcada con el número 1.318. Aparece con ademán serio, pulcro, con cierto porte señorial. No es el típico delincuente de aspecto desastrado, turbio o corroído por la miseria. Todo lo contrario, viste un elegante traje con levita. Exhibe un bigote fino, de esos que se están poniendo de moda entre los jóvenes, en vez de las barbas, patillas o mostachos de la gente madura.

Miguel aparta la fotografía y comienza a leer la primera página del informe. Juan Rinaldi, conocido como El Italiano. El sobrenombre viene de su lugar de nacimiento, Montanerra, provincia de Piamonte, donde nació el 18 de agosto de 1873. Salió de Italia con destino a Francia. Lo sabe porque fue reseñado por el Gabinete Antropométrico de la prisión de Marsella en 1898. Según las autoridades francesas es espadista, uno de esos delincuentes que asaltan las casas sirviéndose de ganzúas, palancas o medios similares.

Por ese motivo estuvo preso en Nimes hasta el 15 de marzo de 1899. Tras salir de prisión, decidió cambiar de aires. Vino a España y unos meses después fue detenido en Bilbao. A Miguel le sorprende la eficacia en el intercambio de información entre las diferentes policías. Una señal de los nuevos tiempos que se avecinan.

La vida de ese hombre ha debido de ser tormentosa. En la ficha de datos antropométricos consta que tiene varias cicatrices: en la mano, el codo y el parietal izquierdo. El dedo meñique derecho está

amputado hasta la falange media. También tiene un tatuaje de un corazón flechado en el antebrazo. Mide 1,70metros y es de constitución atlética, con hombros anchos y cintura estrecha: un figurín. Aunque no se señalan sus estudios, consta que tiene instrucción. Por la fotografía puede concluirse que El Italiano es un hombre con cierto atractivo y elegancia. Es muy posible que, a pesar de su vida turbulenta, pudiese haber seducido a la víctima.

No aparece ninguna dirección. ¿Dónde estará ahora? ¿Qué relación tenía con la muerta? ¿Y con el hombre que los condujo hasta las Injurias? ¿Quién era ese desconocido? ¿Por qué quería matarlos? Sin embargo, la pregunta más importante es otra: ¿qué sucedió en la orilla del río?

Felipe dijo que oyó un grito femenino. Es decir, el asesino debió de matar primero a la mujer cortándole el cuello. ¿Por qué no empleó el revólver? Un enigma más. Después oyó un disparo. Es obvio que falló el tiro y Rinaldi pudo huir malherido. ¿Cómo lo consiguió? Sólo él puede aclararlo.

A este cúmulo de enigmas hay que añadir uno más: ¿qué significan el lirio y el poema junto al cadáver? ¿Por qué esa macabra puesta en escena? Miguel suelta un bufido de desaliento y cierra el expediente.

Se recuesta en la silla mientras se frota los ojos. ¿Cómo calificar la vida de Juan Rinaldi? ¿Aventurera? ¿Desgraciada? ¿Azarosa? Le viene a la mente el título de la obra de ese aprendiz de escritor que estaba en las Injurias: *Vidas sombrías*. ¡Menudo título para un libro! No cree que vaya a vender mucho. Ese hombre no debe de ser la alegría de la huerta.

Vuelve a echar un vistazo a la fotografía de El Italiano. A juzgar por el aspecto próspero, su carrera delictiva ha tomado otro camino. A veces, delincuentes con cierta finura se introducen en círculos privilegiados con el fin de estafar a algún iluso. Las mujeres son sus víctimas preferidas. ¿Era la muerta una de ellas? ¿O tal vez sólo una colaboradora necesaria para estafar a alguien como el hombre del revólver? ¿Puede ser la muerta una antigua lavandera, tal como asegura la madre de Felipe? ¿O tal vez era una mujer de clase acomodada que se metió en un mundo peligroso de hampones y asesinos?

¿Es posible que el esclarecimiento del caso pueda estar en manos de ese par de desgraciados que son Felipe Sandoval y su madre? Apenas sabe nada de ellos, pero está claro que sus vidas son igual o más sombrías que la de Rinaldi. ¿Puede ser de otra forma en ese barrio? Siente lástima por el muchacho. De momento se mantiene al margen del mundo de la delincuencia, pero duda que pueda estar así mucho tiempo. ¿Se sumergirá en él como tantos otros jóvenes del barrio? El futuro lo dirá.

Miguel se levanta, coge el expediente de Rinaldi y se dirige al mostrador. Sus pasos resuenan en la estancia vacía. Al hacerlo se va sumergiendo en las tinieblas que dominan el archivo. Salvo en las mesas de lectura, la sala está dominada por una luz tétrica. Mientras avanza no puede dejar de pensar que su vida está tan poblada de sombras como las de Juan Rinaldi o Felipe Sandoval.

No puede ser de otra manera para un huérfano criado en ese antro del hospicio en la calle Fuencarral. Su padre murió en las obras del canal del Duero. Era uno de tantos obreros que trabajaban a un ritmo frenético. El resultado fueron cientos de accidentes: lisiados

por las caídas de los andamios, mutilados cuyas piernas y brazos quedaban bajo las piedras de los derrumbes, muertos por el calor, fallecidos por las negligencias provocadas por el cansancio... Una lista aterradora y casi interminable.

La obra la realizaba la compañía del marqués de Salamanca. Dicen de ese hombre que es un buen empresario, un gran hombre, un visionario deseoso de modernizar el país. Puede ser. Lo único que él sabe es que tuvo la bondad de abonar a su madre las cien pesetas de la paga del mes, aunque sólo había trabajado cuatro días. Cien pesetas, el precio de un hombre. La vida es así, unos viven a salto de mata, otros en la opulencia. El marqués murió, pero ha visto varias veces a su hijo frecuentar el Café Fornos, siempre junto a bellas mujeres. Su fama de mujeriego es tan grande como su fortuna.

Al llegar al mostrador deja el expediente sobre la mesa y comienza a subir la escalera que conduce al primer piso. Los peldaños de madera están tan gastados como los del hospicio. Aquél fue el sitio a donde fue a parar cuando la epidemia de cólera de 1885 arrasó Madrid y se llevó a su madre.

El hospicio de Fuencarral sigue siendo un edificio ruinoso, miserable, tétrico. Más que repleto de sombras, es un pozo de tinieblas enmascarado con una fachada de granito que pretende disimular con sus ringorrangos la miseria y suciedad del interior.

Muchas noches aún se despierta dominado por la angustia de haber vuelto a su gran dormitorio, aquel lugar repleto de huérfanos, mendigos y vagabundos. Resulta imposible olvidar el terrible frío, el agobiante calor, el rancho tan nauseabundo como escaso o las interminables horas de trabajo en los talleres. ¿Tiene algún recuerdo

bueno del viejo caserón? Sólo alguna amistad forjada para sobrevivir en aquel mundo hostil, donde lo que imperaba era el abuso de todos contra todos.

Miguel alcanza la primera planta, donde le recibe los cálidos destellos del sol primaveral. Esa agradable calidez no tiene nada que ver con los rayos abrasadores de Filipinas, su destino cuando salió del hospicio para unirse al ejército. Una tierra bella, feraz, exótica; llena de vida, pero también de muerte. Recuerda la exuberante vegetación, tan bella como mortal. Llamaban a esa extensión verde la «selva oscura», un lugar donde anidaban todos los peligros: el rebelde al acecho, el machete afilado, la bala asesina.

Había que defender la patria. Esa que sólo enviaba a combatir a los más pobres; los incapaces de pagarse los seis mil reales que costaba un sustituto. Esa patria que los dejaba morir consumidos por las enfermedades o destrozados por las heridas. Esa patria que los recibió con la vergüenza de la derrota, sin que le importaran las penurias sufridas o el valor derrochado. Otra selva oscura.

Cuando llega a la segunda planta se dirige al despacho de Fernández-Luna. Tiene que reconocer que no es un hombre con suerte, pero eso es algo que puede cambiar. Se acaricia el crucifijo que le dio el capellán de la iglesia de Baler. Ese franciscano le dijo que esa cruz le traería suerte. Hasta ahora ha sido así, tal vez consiga que le encarguen la investigación. Sonríe al tener ese pensamiento, nunca ha sido un hombre religioso, pero cuando la vida aprieta uno cree en cualquier cosa.

Encargarse del caso y resolverlo supondría dejar ese valle de sombras que ha sido su vida. Éstas pueden disiparse, ésa es su esperanza en unos tiempos cargados de penurias y desastres.

Al entrar en el despacho del inspector se encuentra con la desagradable sorpresa de Manuel Vidal, que se ha ganado la voluntad del nuevo comisario general. En su interior siente la amarga desazón de la derrota, ya que su presencia sólo puede significar que le van a encargar el caso.

—Llega justo a tiempo —afirma Fernández-Luna—. Hay buenas noticias, el sargento ha descubierto al cochero que condujo a la víctima y a sus acompañantes hasta el lugar del crimen. Siéntese, estaba a punto de contarme lo que le ha dicho.

El rostro adusto de Vidal trata de disimular el enojo que le produce Miguel. Es obvio que ambos saben que su futuro está en juego.

—Supuse que a esas horas tenía que haber pocos coches de alquiler y ésos debían de estar en el centro —dice Vidal tras aclararse la garganta—. Así que fui a la parada de coches de la calle de Alcalá y comencé a preguntar. Tuve suerte, no tardé en dar con el cochero que llevó a tres personas cerca de las Injurias.

»Me pareció un hombre fiable. Tiene treinta años y lleva nueve ganándose la vida con ese oficio. Estaba a punto de retirarse cuando vio a un hombre que hizo una señal para detenerle. Era tarde, cerca de la una de la madrugada, pero decidió hacer un último servicio. Sus clientes eran dos hombres y una mujer muy atractiva.

»Uno de los dos le ordenó que los condujese al parque del Retiro. Le extrañó que le pidieran ir a un sitio solitario y a las afueras. El caso es que cuando llegaron frente a la puerta principal vio que un par de policías custodiaban un tranvía eléctrico que había descarrilado. ¡Van a tal velocidad que no me extraña que pasen esas cosas!

—¿Qué hacía la policía allí? —pregunta Miguel.

—Protegían el vehículo, porque hace dos meses unos chatarreros se llevaron todo lo que pudieron arrancar de uno averiado. No es cosa de broma, ya que esos cacharros cuestan dieciocho mil pesetas.

»Bueno, a lo que iba. Entonces el hombre le dijo que fuera al paseo de los Pinos, junto a las Injurias. Aquel nuevo destino le extrañó aún más. Ir allí a esas horas es lo más raro que ha visto el cochero en sus años de oficio. ¡Todo el mundo sabe la fama de ese barrio! A pesar de eso, los llevó y, tras cobrar, vio cómo se alejaban en dirección al río.

—Como puede ver, todo coincide con lo que nos dijo el muchacho —asegura el inspector.

—¿Dónde los recogió? —pregunta Miguel.

—En pleno centro, junto al Café Fornos. Muy cerca de la Puerta del Sol.

—¿Vio el conductor algo extraño durante el trayecto? —insiste Fernández-Luna—. ¿Una disputa o cualquier otro dato que sea importante?

—No, sólo me dijo que estuvieron en silencio todo el trayecto —asegura Vidal—. Según el cochero, la pareja parecía borracha. Se movían de una manera torpe. El otro hombre aparentaba estar muy enfadado con ellos. Dijo que tenía una mirada, según él, de loco.

—No es gran cosa, pero tampoco podíamos esperar mucho —afirma Miguel frunciendo el ceño—. Corrobora el testimonio del muchacho, pero no abre una vía de investigación.

—En eso lleva razón, pero es todo lo que puede sacar un policía con muchos años de experiencia de un testigo. La magia no existe

—aclara molesto Vidal—. Eso es algo que irá aprendiendo.

—Sargento, no era mi intención ofenderle —explica Miguel—. Sólo quiero decir que es normal que el cochero no sepa mucho más.

—¿Ha descubierto algún detalle revelador? Ya sabe la importancia que doy a esas cosas —interviene Fernández-Luna para detener la disputa.

—No, para él fue un servicio normal —señala Vidal.

—Estupendo, pasemos a lo siguiente. Sargento, mientras usted interrogaba al cochero nosotros también hemos hecho algún avance. El testigo que vio la llegada del carruaje a la zona ha identificado a uno de los hombres. Se trata de Juan Rinaldi, un delincuente que consta en nuestros archivos.

—Ésa es una buena noticia —asegura Vidal—, si lo capturamos tendremos casi resuelto el caso.

—No conviene lanzar las campanas al vuelo. Miguel acaba de revisar su expediente. ¿Qué puede decirme de ese hombre?

—No hay nada demasiado notable. Es un ratero que dejó su Italia natal para emigrar a Francia. Allí fue detenido por asaltar viviendas. Después vino a España. Aunque es un delincuente habitual, tiene cierta prestancia y, por lo visto, algo de instrucción. Creo que posee todas las cualidades para engatusar a una mujer.

Cuando Miguel acaba su exposición, el inspector suspira y observa a los dos rivales que luchan por encargarse del caso.

—Debemos encontrar a ese italiano como sea —concluye Fernández-Luna—. También es necesario descubrir todo lo que podamos sobre la víctima. Hay que interrogar a la madre del muchacho, esa lavandera que dice conocer a la víctima. Dudo mucho que la víctima se pagara ese vestido tan lujoso lavando calzoncillos.

—Examiné el cadáver y sus manos eran bastas y ásperas —indica Miguel—. Parecían las de alguien habituado al trabajo doméstico.

El inspector asiente pensativo.

—No hay que descartar ninguna posibilidad. También habrá que asistir a la autopsia. Eso sin olvidar a ese tipo... El que quiere ser escritor... ¿Cómo se llamaba?

—Baroja, Pío Baroja —responde Miguel—. Por su aspecto parece un hombre cabal. Bueno, todo lo cabal que puede ser alguien que frecuenta las Injurias a esas horas. Asegura que la mujer puede ser una de las pelanduscas asiduas a los cafés bohemios y que alguno de sus amigos puede saber algo de ella.

—Le diré la verdad, no me fío de esa gente, pero nunca se sabe —apunta Fernández-Luna—. En fin, tal como lo veo, éste es un caso excepcional. Un barrio miserable, una bella mujer asesinada, un delincuente internacional... Parece el argumento de un folletín. Eso por no hablar del poema y el lirio. No me cabe duda de que éste debe de ser el crimen más extraño que ha sucedido en los últimos años.

»Pocas cosas me gustarían más que encargarme yo mismo, pero no es posible. Desgraciadamente, tengo tres casos abiertos que requieren todo mi tiempo. El comisario general me ha recomendado que usted, sargento, se encargue del caso.

Vidal sonríe satisfecho. Temía que ese novato se lo arrebatara, pero ve que la influencia de su superior ha tenido éxito. Miguel permanece rígido en su sitio y traga saliva. Visiblemente incómodo, el inspector carraspea.

—Sin embargo, no creo que usted sea el hombre adecuado para resolverlo —continúa Fernández-Luna con voz firme—. No dudo de

su capacidad, avalada por muchos años de servicio en el cuerpo, por no mencionar sus innegables méritos. Usted es un puntal en la comisaría, pero creo que aquí se necesita a alguien joven, deseoso de utilizar las nuevas técnicas modernas de investigación. Por eso he decidido encomendar el caso a Miguel.

El rostro de Vidal trata de no reflejar la ira al escuchar esas palabras, pero le es imposible no revolverse incómodo en su asiento.

—Espero que haya acertado en su elección, señor inspector —lamenta Vidal con pesadumbre—. El tiempo lo dirá.

El sargento se levanta, hace un gesto de despedida y abandona el despacho dando un portazo.

—Muchas gracias —dice Miguel—. Tenga por seguro que no le defraudaré.

—Eso espero, éste es el momento que esperaba para demostrar la valía de los nuevos métodos. Vidal es un buen policía, pero es de la antigua escuela. No me fío de él. Aproveche la ocasión. Tenga en cuenta que el comisario general va a estar pendiente de usted. No puede fallar. Si consigue resolverlo haré todo lo posible para que su plaza provisional en el Cuerpo de Vigilancia se haga fija. Lo primero es que asista a la autopsia de la muerta, que se realizará esta tarde a las cuatro.

Miguel asiente con la cabeza mientras sonríe agradecido. Al abandonar el despacho piensa en lo que le ha dicho el inspector: no puede fallar.

Es mediodía cuando Vidal llega a casa, y más que sentarse se derrumba en la silla. Está muy cansado, pero no es un agotamiento

físico, es algo que le llega mucho más adentro. No esperaba que el comisario general dejara en manos de Fernández-Luna la asignación del caso. Ese miserable ha colocado a su protegido postergándole a él, con muchos más méritos y años de experiencia.

Siente el sabor amargo de la derrota. Lleva toda la vida tratando con la escoria de la sociedad, el mal, el vicio. Ha visto todo tipo de bestialidades: mujeres golpeadas hasta la muerte, hombres destripados en peleas tabernarias, cuerpos convertidos en piltrafas sanguinolentas tras horas de torturas. Todo eso es algo que deja huella: en su mirada dura, en la mueca de amargura de sus labios, en su carácter frío e inexorable.

Ahora creía que le llegaba la hora de la recompensa. Ese caso era la puerta para ocupar un puesto en el Cuerpo de Vigilancia y pasar unos últimos años de servicio resolviendo asuntos de mayor entidad. Habría sido una despedida digna del uniforme azul que ha llevado durante tanto tiempo con orgullo.

El Cuerpo de Seguridad ha hecho de él el hombre que es, para lo bueno y para lo malo: es riguroso, disciplinado y cumplidor. Tampoco ignora lo que dicen a su espalda: que es tosco, violento y despótico. Puede ser, pero eso le ha servido para ganarse la confianza de sus mandos, algo que le llena de orgullo.

Desde el primer momento en que vio a Miguel supo que era un peligro. Es joven, pero tan duro como él. Está curtido en la escuela de la orfandad, la pobreza y la guerra. Es un hombre que ha llamado la atención del inspector. Astuto, diligente, habilidoso; un rival capaz de dar al traste con su futuro.

Hasta hace muy poco lo único que le importaba era el trabajo. Una sacudida de vergüenza le estremece: siempre se vanaglorió de

ser un hombre frío, calculador, poco dado a arrebatos. Ahora, tiene que reconocerlo, ha perdido la cabeza. Desde que conoció a Mónica, hace ya medio año, su vida es otra.

Sabe lo que dicen de él en la comisaría: que es un viejo chocho, que esa mujer le está sacando todo el dinero, que tiene treinta años menos que él, que sólo lo quiere por interés. Lo sabe y le da lo mismo. Mónica le hace sentirse como nunca nadie lo ha hecho antes. Es un último tren que no piensa dejar escapar. Hará todo lo que sea necesario para conservarla.

Eso incluye acabar con Miguel. Debe sabotear su investigación y conseguir que se la quiten. Sabe que eso es más fácil de decir que de hacer, pero aprovechará cualquier error para arrebatársela. Si lo logra, se las arreglará para expulsarle del cuerpo. El mejor enemigo es el enemigo muerto. En la guerra carlista aprendió que una cosa es ser derrotado y otra vencido, algo que pronto sabrá ese muchacho. Muy pronto.

Para festejar la buena noticia Miguel decide ir a la taberna de Antonio Sánchez, donde sirven un cocido tan sabroso como pesado. Tras acabar de comer se dirige al depósito de cadáveres en la calle Santa Inés. Pronto comprende que no ha sido una buena idea. Siente una pesadez inevitable en el estómago; por si fuera poco, tiene que apresurar el paso porque comienza a llover con furia. Pronto se forman charcos y, aunque trata de evitarlos, advierte que el agua entra por las costuras del calzado y le empapa la cabellera. Sólo cuando está ya casi frente a la puerta del edificio la lluvia amaina.

Aprovecha la repentina calma para tomar aliento y observa el lugar donde se alza el depósito de cadáveres. El edificio es vetusto y está pintado de un gris mortecino. Para añadir tristeza a la escena, la calle está desierta. Puede que sea por la lluvia, aunque intuye que nadie quiere acercarse a aquel sitio donde anida la muerte.

Tras entrar en el edificio, avanza por un lóbrego corredor y estornuda. Saca un pañuelo del bolsillo para limpiarse la nariz. Piensa por un momento que sería una desgracia que un repentino constipado le impidiese encargarse del caso, pero eso no va a suceder: será como ese perro que vio en las Injurias, defenderá su hueso hasta el final.

El pasillo por el que avanza apenas tiene iluminación. Las baldosas blancas de las paredes no consiguen disminuir el aspecto tétrico. Le han dicho que la sala de autopsias está en el sótano, así que comienza a bajar por una escalera de madera. Los escalones crujen y sus pasos resuenan en aquel sitio que parece abandonado. Cuando alcanza su destino arruga la nariz por el intenso olor a formol, humedad y carne muerta. Al fondo, envuelta en sombras, hay una figura. Al acercarse comienza a distinguir los rasgos de su compañero Pepe.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Miguel.

—Lo mismo que tú, pero ya he acabado. No sé a quién se le ha ocurrido hacer las autopsias justo después de comer. Será un listo de esos que hay en todas partes. Pero bueno, ya sé que tienes el caso. ¡Enhorabuena!

—Gracias, estoy un poco nervioso. Es mucha responsabilidad.

Pepe ladea la cabeza para indicar que no está conforme.

—Tú puedes con eso y más —sentencia justo antes de soltar una risa nerviosa—. Por ejemplo, esto que te toca ahora. Te advierto que no es agradable. Si hay algo que hemos visto tú y yo, han sido muertos. De bala, de machetazos, de fiebre amarilla, de hambre... ¿Se te ha olvidado? No, ¿cómo puede uno olvidarlo? ¡Esas cosas se te quedan dentro! Yo lo recuerdo todo: los gritos de dolor, los delirios de los enfermos de fiebre amarilla, los aullidos de los moribundos... los sigo oyendo muchas noches mientras duermo.

—A mí tampoco se me olvidan esas cosas, para mi desgracia —asegura Miguel con voz leve.

—Todo eso era un horror, pero esto que vas a ver es distinto. Aunque tú eres como yo, fuerte y duro. Lo aguantarás. Te espero fuera.

Miguel asiente y eleva la vista hacia el cartel que hay sobre la puerta y en el que se lee DEPÓSITO DE CADÁVERES. Las letras negras mayúsculas resaltan sobre el fondo blanco. Abre la puerta y entra en una sala iluminada por unas potentes lámparas que le deslumbran. Parpadea ante esa luz cegadora tan diferente a las penumbras de los corredores que le han conducido hasta allí.

Iluminados por una luz tenue se vislumbran una serie de nichos cerrados con unas compuertas de hierro similares a las de un horno. En la parte superior de cada una de ellas hay números romanos cuya pintura está un tanto desvaída. A la derecha, hay un despacho del que sale un hombre de aspecto consumido vistiendo una bata blanca. Miguel se sorprende al ver que unos pasos atrás está el aprendiz de escritor que vio en las Injurias.

—¿Viene de la Comisaría Central? —pregunta el forense con una voz ronca antes de estornudar.

—Sí, vengo a ver la autopsia de una mujer asesinada cerca del Manzanares —asegura Miguel.

—Conozco a este caballero —afirma Baroja—. Es el hombre que encontró el cadáver.

—Soy el doctor Jiménez. Usted es nuevo, ¿no? —pregunta mientras se limpia la nariz con un pañuelo—. No le he visto antes.

—Sí, agente Herranz, éste es mi primer caso.

—Entonces supongo que también será su primera autopsia. Tiene suerte, iba a suspenderla porque mi ayudante ha cogido una gripe tremenda. Aquí siempre hace frío. Afortunadamente, ha venido a verme un antiguo alumno que me echará una mano. Espero que no le moleste.

—No, en absoluto.

—Le advierto que esto va a ser un poco... —el forense duda—, desagradable. Ya habrá notado los olores, en este sótano apenas entra aire. Cuando salga de aquí notará que lleva este tufo en las ropas, el cabello y la piel. Durante un tiempo olerá a muerto.

Miguel suspira y hace un mohín de fastidio.

—Pío, hay que sacar la de la XIII —dice el doctor Jiménez.

Los dos médicos se dirigen a la compuerta marcada con ese número. La abren y, con mucho esfuerzo, logran situar el cuerpo en una camilla. Mucho más fácil resulta llevarlo a la sala contigua. Una vez allí, lo depositan sobre la losa de mármol de la mesa de disecciones.

—Normalmente el muerto conserva sus ropas, pero no aquí —explica el forense poniéndose unos guantes—. Aunque va contra las normas, se las hemos quitado. La razón es sencilla: no había manera de meter la enorme falda de ese vestido de noche. Examiné la

prenda y no encontré nada anormal, salvo sangre de la víctima. Si desea verlo, lo guardamos en el almacén.

—No será necesario. Ya lo examiné en el escenario del crimen.

El forense sitúa una pequeña cuña de madera bajo la nuca del cadáver. Baroja se vuelve hacia Miguel.

—Si me permite le haré alguna aclaración para que comprenda mejor la autopsia.

—Sí, por supuesto. Le agradezco su ayuda.

—Lo primero que habrá notado —explica Baroja señalando el cadáver— es que la piel está mucho más pálida, salvo en el abdomen, donde ya hay manchas verdosas. Es lo que se llama el «*livor mortis*», «la palidez de la muerte», un fenómeno causado por la detención de la corriente circulatoria. También presenta el *algor mortis*, la rigidez que provoca el enfriamiento del cuerpo.

Miguel levanta la vista del cadáver y fija su atención en el forense, que se ajusta en ese momento un delantal blanco que le cubre todo el pecho. Es un hombre de unos cincuenta años, de pelo escaso y rostro consumido con un deje de amargura. Baroja comienza a vestirse de la misma manera para evitar manchas de sangre o fluidos.

—Bueno, voy a revisar los instrumentos de mi orquesta —dice Jiménez esbozando una sonrisa siniestra.

El forense baja la vista y pasa a revisar una impresionante panoplia que hay sobre una mesa metálica: sierras, cuchillos, pinzas, cinceles, bisturíes, tijeras, martillos y otros objetos que resplandecen bajo la deslumbrante luz situada encima.

—Una de las cosas más sorprendentes es que el carpintero y el médico comparten una buena parte del material —aclara Baroja—.

Nos creemos dioses, pero estamos mucho más cercanos a una silla.

—Bien, creo que podemos comenzar. ¿Dónde está su compañero? —pregunta el forense.

—¿Quién? —responde Miguel perplejo.

En ese momento la puerta se abre y aparece uno de los fotógrafos de la comisaría. Es un hombre de mediana edad, obeso y con gafas gruesas de miope. Está empapado por la lluvia. Lleva algo cubierto por una lona que resulta ser una máquina fotográfica de cajón con su trípode. A su espalda lleva una bolsa de la que saca una lámpara de flash y varias placas de magnesio.

—Buenas tardes —saluda sonriendo—. Perdón por la tardanza, pero con esta lluvia tuve que resguardarme en un portal hasta que escampó. Mi material es muy delicado y caro. No puedo arriesgarme a dañarlo. Espero que lo comprendan.

—Con usted ya estamos todos, podemos comenzar —concluye el forense.

—A usted no le conozco, soy Ramírez —dice el fotógrafo dándole la mano.

—Agente Miguel Herranz, éste es mi primer caso.

El fotógrafo se apresura a colocar el trípode y monta la cámara con rapidez. Saca unas cuantas fotos del cuerpo, del rostro de la mujer y del corte del cuello mortal. Miguel aparta la vista para evitar los destellos del flash. A cada nueva instantánea, la habitación se va llenando de un olor desagradable a polvo de magnesio que arde para obtener cada imagen. Todo se hace tan rápido que la toma de las imágenes no lleva más de unos minutos.

—Con ésta he acabado, ya pueden empezar. Señores, me despido de ustedes.

Mientras el fotógrafo abandona la sala, Jiménez saca un metro y comienza a medir el cadáver. Baroja se sitúa a su derecha y abre un cuaderno para apuntar lo que le diga el forense.

—Las ropas han sido examinadas, sin hallar otra cosa que sangre de la víctima. No se han descubierto señales de pólvora ni herida de arma de fuego, aunque según el atestado policial un testigo manifestó oír un disparo. La víctima es una mujer de unos veinte años de edad. Mide un metro sesenta y tres. Tiene pelo negro y no se observan marcas de nacimiento, tatuajes, cicatrices o cualquier otra señal que pudiera identificarla de manera concluyente.

—Lo que para usted puede resultar de interés es esto —asegura Baroja señalando el brazo—. Presenta múltiples punciones en las venas del brazo izquierdo, algo que confirma la analítica que detectó morfina en la sangre. Esta mujer era adicta a esa sustancia y la tomó unas horas antes de su muerte.

—Eso corrobora lo que declararon dos testigos —afirma Miguel—, ambos decían que parecía borracha.

—No es raro que se moviera de manera torpe, aunque el motivo no era el alcohol —explica Baroja—. La morfina se ha puesto de moda en algunos ambientes refinados. Su consumo ha debido de ser habitual, pero desde hace poco tiempo. El cuerpo no tiene los síntomas de degradación asociados a ese consumo.

—Ya te dije que te equivocabas al dejar la profesión, Pío. Tienes unas dotes de observación que muchos envidiarían.

—Prefiero dedicarlas a otro campo.

—¿La literatura? —pregunta el forense con tono burlón—. Menudo campo poco fiable has elegido. La medicina es ciencia, lo otro es...

—Sí, ya lo sé —concluye Pío molesto.

—Tú sabrás lo que haces. De todas maneras, creo que te irá bien. Tienes talento.

Mientras habla, el forense examina el rostro. Después hace palanca con un escalpelo en los labios y, tras forcejear, consigue abrir la boca del cadáver.

—Muestra una laceración poco profunda en la lengua y alguna contusión leve en los labios, tal vez tras recibir el golpe del arma homicida aquí —observa Jiménez señalando el cuello.

Baroja se agacha y examina el cuello.

—La herida del cuello es mortal de necesidad. Es ancha y profunda, con toda seguridad fue causada por un arma blanca, quizá un cuchillo de hoja larga y afilada. Se trata de un corte limpio que se desvía hacia abajo seccionando las arterias y la tráquea. A juzgar por el estado de la herida, se hizo cuando estaba viva.

El forense toma la cinta métrica y mide el corte.

—Tiene una longitud de catorce centímetros y medio. Su arranque se sitúa tres centímetros por debajo del ángulo de la mandíbula.

—¿Cree que el asesino era alguien grande y fornido?

—No, no tiene por qué —responde Jiménez.

—Un arma afilada de gran tamaño puede causar ese corte sea cual sea el tamaño o la fuerza del individuo —apostilla Baroja—. Eso sí, el golpe que dio fue rápido y brutal. El cuello está casi seccionado.

—¿Es posible que el arma homicida sea un machete, uno de esos que utilizan en Cuba o Filipinas? Estuve en la guerra y esa herida me los recuerda.

—Sí, es muy posible —aclara Baroja—. Aunque también pudo emplear un cuchillo muy grande.

Jiménez vuelve la vista hacia Miguel, frunce el ceño y se muerde el labio superior.

—Usted no necesita un forense, necesita un adivino. ¿Quiere que le digamos el nombre y apellidos del asesino? —asegura burlón—. Si no le importa, preferiría que hiciera las preguntas que tenga al final de la autopsia, de otra manera pierdo el hilo.

—Perdone, no le molesto más —dice Miguel.

—Pío, lee el informe preliminar que hice al ingreso del cadáver.

—La muerta fue hallada en la madrugada del domingo 1 de abril alrededor de las siete de la mañana por vecinos del barrio de las Injurias. A llegar al depósito, el cadáver daba ya muestras de rigidez y tenía una temperatura corporal de 29grados, hecho que sirve para establecer que la hora de la muerte se produjo entre las doce de la noche y las dos de la madrugada. No hay presencia de larvas o insectos, salvo unas hormigas que le fueron retiradas tras su ingreso en el depósito.

—Se le olvida algo —añade Miguel—. Examiné el cadáver en el escenario del crimen. La mujer tenía en el pelo varias hojas que resultaron ser de boj y plátano de indias, algo que se corresponde con la vegetación del lugar donde apareció.

—Veo que es usted un hombre meticuloso —afirma con sorpresa Jiménez—. Bien, Pío, añade al informe lo dicho por el agente. Ahora vamos a la tarea.

El forense toma un cuchillo y hace una incisión desde el cuello hasta el abdomen del que apenas sale sangre. Al romper la caja torácica se producen unos tétricos sonidos. El olor desagradable se hace más intenso, algo que no parece inquietar al médico, que extrae uno a uno los órganos internos.

Mientras realiza esta operación, el delantal y los guantes del doctor se van manchando. La losa de mármol, levemente inclinada para que salga la sangre por un desagüe, va tomando una tonalidad rojiza. Baroja coge el estómago, lo corta con el cuchillo y examina su interior.

—Hemos tenido suerte —indica señalando unos restos—. Hay veces en que cuesta identificar lo que la gente come, pero no es el caso. Es evidente que esto son trozos de langosta y ostras. Antes de morir se dio un banquete: esta mujer no se privaba de nada.

—Eso es algo raro —comenta el forense—, aquí pocas veces salimos de los garbanzos, las judías o cosas así. No sé quién sería, pero no iba mal de dinero.

Baroja toma los dedos de la mujer y los observa con detenimiento. Después hace un gesto de negación con la cabeza y se vuelve hacia Miguel.

—El vestido y el aderezo de esta mujer serán lujosos, pero sus manos son las de una trabajadora.

Miguel sonríe satisfecho al ver que Baroja confirma sus sospechas.

—Uno de los testigos nos ha dicho que esa mujer podría ser una antigua lavandera, pero eso está aún por confirmar.

—En ese caso estaba equivocado —afirma el forense—. Dije que esta mujer no era una cualquiera, pero todo parece indicar que, precisamente, sí lo era.

—Es sabido que muchas sirvientas abandonan el servicio doméstico para dedicarse a la prostitución —manifiesta Baroja—. Bien porque las ha desgraciado el señorito, dejándolas embarazadas, bien porque no se dejan desgraciar y son despedidas.

—Sea como sea, pocas fulanas tienen un éxito tan grande como para darse esos festejos —dice el forense—. También es cierto que pocas son tan atractivas. Ya ve lo que tenemos aquí, pero hace muy poco atraía miradas lujuriosas.

Miguel asiente, lo que contempla ahora es sólo un cuerpo despedazado. Saca de su americana una ficha de cartón y un tampón de tinta que coloca sobre la mesa. Después toma la mano de la mujer.

—¿Qué está haciendo? —pregunta sorprendido el forense.

—Es algo nuevo. Lo llaman «dactiloscopia» y consiste en reconocer a una persona por la impresión que producen las crestas papilares de los dedos. A la forma que adopta la llamamos «huella dactilar». Con la tinta obtenemos una especie de dibujo que puede identificar a la persona. Las curvas pueden desviarse o detenerse de manera abrupta, hacer giros, dar vueltas sobre sí mismas o continuar sin fin. Las huellas dactilares son perennes, inmutables y, lo más importante, diversiformes. No se han encontrado dos que sean iguales.

—No veo muy claro ese asunto —declara el forense receloso—. Me parecen mucho más eficaces los datos antropométricos o las señas particulares como tatuajes, cicatrices, mutilaciones... Eso ha funcionado toda la vida y no falla.

—Todo lo contrario —explica Miguel—. Por lo general, los datos antropométricos de una persona suelen coincidir con los de una docena o más de sujetos. El problema es que al ser una técnica nueva tenemos aún a poca gente identificada. Hemos empezado a tomar las huellas de los que detenemos, pero éstas son sólo de una

pequeña parte de los delincuentes habituales. Cuando tengamos un fichero amplio, podría ser una revolución.

—¿Cree que va a poder saber quién era esa mujer por esa mancha de tinta? —pregunta el forense escéptico.

—Es improbable, ya le he dicho que hasta ahora tenemos muy pocas huellas. De mujeres aún menos. Mucho me temo que habrá que recurrir a otros medios, pero hay que intentarlo. Es el futuro.

—Si usted lo dice —afirma Jiménez mientras se quita los guantes —. Me parece que aquí ya hemos acabado. Sólo resta volver a cerrar el cadáver, limpiarlo y prepararlo para la entrega a la familia, si es que alguien lo reclama.

—Muchas gracias, han sido ustedes muy amables, pero espero no volver a verlos en mucho tiempo.

—Dios le oiga, eso significaría que no hay más asesinatos. Pero me temo que eso es imposible —concluye Jiménez soltando un suspiro.

—Doctor —dice Baroja—, si no le importa yo también me voy. Acompañaré al agente a la puerta. Para un desconocido esto es un laberinto.

—Me parece perfecto, Pío, me ha alegrado mucho verte de nuevo. Espero que nos veamos pronto, pero en otro sitio.

Al salir del depósito de cadáveres, Miguel se sorprende al ver que Pepe ha desaparecido. Ha debido de hartarse de esperar, algo normal porque es un hombre inquieto. El pasillo está iluminado por una luz tenue que llena de claroscuros sus rostros. Los dos hombres guardan un silencio incómodo mientras caminan hacia la salida.

Durante un momento el golpe de los zapatos contra las baldosas es el único sonido en el corredor.

—¿Qué le ha parecido la autopsia? —pregunta Baroja.

—He conseguido no vomitar.

—Un gran logro. No muchos pueden decir lo mismo. En la facultad tuve varios compañeros que lo hicieron.

Miguel saca una cajetilla y ofrece un cigarro que Baroja rechaza. Al encenderlo, la cerilla ilumina su rostro con una llama rojiza por un instante.

—¿Ha sacado algo en claro de todo esto? —insiste Baroja.

—Poca cosa —dice Miguel soltando un bufido—. Todo apunta a que esa mujer era una prostituta de lujo. Usted ha descubierto en el estómago de la víctima ostras y langosta, algo tan ostentoso como ese traje de noche. Además, tenemos la huella que dejó el anillo y estoy casi seguro de que llevaba otras joyas que desaparecieron. No me esperaba que fuera morfinómana. Una sustancia tan cara no está al alcance de cualquiera. Es obvio que la víctima, sea quien sea, debía de tener un amante que le sufragaba esos lujos.

—¿Qué le dijo ese muchacho de las Injurias?

—No mucho, lo más importante es que identificó a una de las personas que estuvieron en el escenario del crimen. Se trata de un tal Rinaldi. Un delincuente de poca monta que, desde luego, no creo que pudiese permitirse grandes excesos. Él sólo debía de ser el chulo. Una posibilidad es que la matara en un ataque de celos, una disputa, o porque ella le quisiera abandonar... Esa gente funciona así. Cada año hay cientos de casos similares. Aunque me resulta extraño eso del poema y el lirio. Quien sea debe de estar un poco loco.

—No, no creo que el asesino fuera el chulo —asegura Baroja—, para él la mujer era una fuente de ingresos.

—En eso coincido con usted —ratifica Miguel tras soltar una nube de humo.

—¿Han encontrado el arma del crimen?

—No, creo que puede ser un machete similar al que empleaban los rebeldes filipinos o los mambises cubanos. El testigo dijo que un hombre los encañonó con un revólver similar a un Colt modelo 1855. Eso puede dar una pista, ambas armas son las que emplearía alguien que combatió en Cuba o Filipinas.

—Entonces puede dirigir la dirección en un triple sentido: el tal Rinaldi, que debía de ser el chulo de la mujer, el amante rico o alguien con la mente trastocada por la guerra. Un hombre acostumbrado a matar, un lobo sediento de sangre.

En el rostro de Miguel aparece una mueca de desconcierto.

—Sí, creo que puede estar en lo cierto —asegura asintiendo con la cabeza—. Pero, de momento, lo único que tenemos es un cadáver en el depósito, alguien adinerado que no tenemos idea de quién puede ser y un proxeneta a la fuga.

—Perdone mi curiosidad, pero ¿cuál será su siguiente paso?

—Es usted muy curioso —señala Miguel perplejo—. Pero bueno, me ha echado una mano con la autopsia y estoy en deuda. Por un lado, tengo que interrogar a una lavandera que asegura conocer a la muerta. Por otro, están sus amigos bohemios. Espero que sea verdad que la conocían.

—No es mucho —afirma Baroja frunciendo el ceño—. Las lavanderas tienen mala fama. Muchas están alcoholizadas porque en

invierno hace un frío que pela y beben orujo antes de comenzar la tarea para entrar en calor.

Miguel arquea las cejas y suelta un gruñido de desánimo.

—Tampoco me resultan muy fiables sus amigos bohemios. Para muchos sólo son una panda de borrachos con ínfulas de grandeza. No creo que puedan contar nada que no sea una tontería o una mentira. Lo mejor sería encontrar a ese Rinaldi. Los delincuentes habituales suelen caer por una cosa u otra, pero de momento sólo tengo esas dos pistas. Mañana mismo iré a primera hora a los lavaderos del Manzanares a hablar con esa mujer.

—Si me lo permite, me gustaría acompañarle.

—Es algo totalmente irregular. Además, ¿por qué le interesa tanto este crimen?

—Ya le dije que quiero escribir una novela sobre la vida de la gente miserable de Madrid. Indagar en esta historia puede ser un buen camino. Le prometo que no molestaré.

En ese momento alcanzan la salida. Miguel abre la puerta y ve que la noche se ha apoderado de la ciudad. La calle está levemente iluminada por las luces de los arcos voltaicos que apenas mitigan la oscuridad.

—No sé si hago bien, pero bueno... le espero mañana a las diez en el puente de Segovia.

Después sale a la calle dejando atrás a Baroja.

3

Martes, 3 de abril

El viento agita miles de prendas que cuelgan de los tendederos junto a la orilla del Manzanares. Las sábanas, pantalones, camisas y otros atavíos parecen tomar vida, se llenan de aire cual ropajes de seres fantasmales que luchan por librarse de las pinzas de madera que los sujetan a las cuerdas. Las prendas forman callejones blancos y ondulantes por los que deambulan docenas de mujeres cargadas con sus tablas de lavar y cestos con ropa sobre la cabeza.

Miguel ha vuelto a pasar una mala noche. Le duele la cabeza, incluso cree que es posible que tenga algo de fiebre. El malestar ha ido desapareciendo poco a poco a medida que caminaba hacia los lavaderos del Manzanares. Si él no se encuentra muy bien, otro tanto puede decirse de Baroja, que avanza a su lado con el ceño fruncido y sin decir una palabra. Está molesto porque ha intentado iniciar una conversación con el policía varias veces, sin ningún resultado. Piensa que el agente aceptó su oferta de acompañarle a regañadientes y ahora debe de arrepentirse.

Baroja desvía la mirada hacia la ribera y ve que las lavanderas ya están volcadas en su tarea. Empapan las prendas con agua y jabón antes de golpearlas con palas que hacen que escurra el agua y la

suciedad. Algunas hablan, otras cantan. Las mujeres ponen una nota de alegría incluso en aquel lugar.

No es uno de esos terribles días de invierno cuando el gélido aire de la sierra azota las orillas del río sin piedad. En esas jornadas, no importa lo abrigadas que estén, las mujeres tiemblan de frío. Sus rostros se transforman en máscaras entumecidas, y el agua, casi congelada, cuartea las manos dejando insensibles los dedos.

—Imagínese el frío que tiene que hacer aquí en diciembre, enero o febrero —comenta Baroja haciendo un aspaviento con las manos —. No me gustaría meter las manos en el agua en esos meses. A veces tienen que romper una capa de hielo para poder lavar.

Miguel no dice una palabra. Eleva la vista al oír el canto de una bandada de vencejos que cruza el cielo casi despejado de nubes y después lanza una mirada al río.

El Manzanares es allí, antes de adentrarse en la ciudad, un río limpio. Sus aguas tienen el mismo color del cielo. No ha degenerado en ese tono turbio que adquiere cuando las cloacas vierten su contenido a la corriente. Entre el azul del cielo y el del agua, hay un laberinto de prendas que se secan en los tendederos.

—¿Sabe cuántas mujeres trabajan aquí? —pregunta Baroja tratando de romper su silencio de nuevo.

—Dicen que hay cerca de cuatro mil.

—Exacto —afirma asintiendo con la cabeza—. ¡Un ejército! Buscar a esa mujer puede llevarnos todo el día.

—En eso se equivoca —explica Miguel—. Sé su nombre, Luisa Sandoval, y también que trabaja en el Lavadero de la Cruz. ¿Sabe dónde está?

Baroja se encoge de hombros.

—Aquí hay unos cuarenta lavaderos —gruñe Miguel—. Algunos son grandes y emplean hasta cien mujeres. Otros son chamizos con media docena. Ni los que trabajan aquí saben dónde está cada uno.

Miguel calla cuando tropieza con una mujer que surge tras una sábana colgada del tendedero. La lavandera, con el rostro curtido y el pelo casi blanco, rumorea una disculpa.

—Señora, ¿podría decirme por dónde cae el Lavadero de la Cruz? —pregunta.

La mujer señala con sus dedos hinchados y retorcidos por la artritis un edificio cercano.

—Es aquella casa —asegura mostrando sus dientes cariados—. La que está al lado del pequeño almacén de madera.

—Gracias —responde Miguel antes de reanudar la marcha.

—¿Ha visto esos dedos? —pregunta Baroja—. Es lo que hacen el agua fría y esos productos que echan al jabón. Dentro de unos años apenas podrá moverlos de lo deformados que estarán. Las viejas lavanderas tienen dolores terribles.

—No hace falta que me diga lo dura que es la vida de estas mujeres. Mi madre trabajó un tiempo en esto. Cobraba una miseria que apenas daba para comer. Ella lo dejó, pero otras se tiran toda la vida aquí. Cuando ya no pueden trabajar se quedan en la calle o acaban en el asilo de lavanderas. Las que tienen suerte, porque no hay sitio para tantas. Otras acaban durmiendo en cualquier parte hasta que las llevan a morir al hospital.

Están ya casi frente a la puerta del Lavadero de la Cruz. Es un edificio de ladrillo de dos pisos de aspecto destartalado. Allí juegan los hijos de las lavanderas que no tienen donde dejarlos. Los niños

corren y ríen lanzándose pellas de barro. Sus risas resuenan como un canto alegre en aquel lugar desolado a las afueras de la ciudad.

Un carro descarga sacas de ropa sucia en el soportal de madera a la entrada del edificio. Baroja y Miguel se dirigen al ancho portón por donde entran y salen las mujeres con cestos. En el interior se clasifican las prendas por los números que llevan los pantalones, calzoncillos, camisas y sábanas. Después se meten en la funda de la almohada que hace una labor de improvisada bolsa. Un hombre que tiene un estadillo en la mano levanta la vista y observa atónito a los intrusos.

—Buenos días, vengo de la Comisaría Central —asegura Miguel con tono amenazante—. Me gustaría hablar con Luisa Sandoval, me han dicho que trabaja aquí.

El empleado deja de escribir y arquea las cejas haciendo una mueca de inquietud.

—Sí, es cierto. ¿Ha hecho algo?

—No, necesito que identifique a esta mujer —lle dice sacando una foto de su chaqueta—. Fue asesinada en las Injurias y parece ser que la conocía. Es posible que a usted también le sea familiar.

Observa la imagen con expresión pensativa, pero unos instantes después ladea la cabeza.

—No, no me suena, pero llevo trabajando aquí poco tiempo. Luisa está en la planta de arriba. Suban por allí —indica señalando unas escaleras al fondo.

El piso superior del lavadero es un antro oscuro con el techo a dos aguas y tan poca altura que Miguel debe bajar ligeramente la cabeza para no chocar con las vigas. Baroja se frota los ojos, al no haber ventanas predomina una penumbra diluida por el leve resplandor que entra por la escalera. Allí el calor está reconcentrado y el aire es casi irrespirable. Hay una mezcla dispar de olores: a sudor humano, a madera seca de las vigas y a ropa limpia. Las lavanderas suben y bajan con cestos llenos o vacíos. En un rincón, una mujer se dedica a colocar los fardos de ropa. Los dos hombres se acercan sin que repare en ellos hasta que están a su lado.

—¿Luisa Sandoval? —pregunta Miguel.

La mujer, muy delgada, tiene el pelo recogido en un moño repleto de canas. Se vuelve sorprendida y clava su mirada en los recién llegados, a los que observa con desconfianza.

—Vengo de la Comisaría Central —prosigue mientras pone a la altura de sus ojos la fotografía—. Nos han dicho que conocía a esta mujer.

La voz de Miguel suena ronca y hostil. Sus ojos no se han acostumbrado a la penumbra y le cuesta distinguir el rostro curtido por el sol y lleno de arrugas de Luisa. La lavandera pliega la blusa que tiene en sus manos y, tras dejarla sobre el montón de ropa, señala los taburetes que hay en una esquina.

—Pobre chica —lamenta al sentarse—. La vi poco después de amanecer. Estaba junto al río con el cuello *cortao*. Tampoco es que la conociera mucho. Estuvo trabajando aquí unos meses, poco tiempo, no creo que llegase al año. Bueno, digo poco porque yo llevo aquí más de quince. Casi *na*. Se llamaba Carmen y era muy guapa. Eso se ve hasta en esa foto asquerosa. Se fue de un día para

otro sin avisar. Siempre estaba con fantasías, quería ser cantante, artista o algo así.

—¿Cómo se apellidaba? —insiste Miguel—. Cualquier dato puede ser esencial para aclarar su muerte.

—Se llamaba Carmen Fernández González. Era la hija de una lavandera de toda la vida, la Genara. Muy amiga mía, pero la pobre murió hace casi un año. La Genara era muy guapa de joven, eso dicen, porque cuando yo la conocí estaba que daba pena. Como todas las que trabajamos aquí. Carmen salió a su madre. Volvió loco al *encargao*, tanto que al final lo echaron. El de ahora es nuevo. Era un poco fresca. Parecía muy viva, de esas que le iba a ir bien en la vida, pero ya ve cómo ha *acabao*.

—¿Cuándo dejó de trabajar aquí?

Luisa se frota los ojos enrojecidos.

—Creo que en septiembre, cuando empezó el frío. Aquí el invierno se pasa malamente. No supimos más de ella hasta que nos llegaron rumores.

—¿Qué rumores? —quiere saber Miguel.

—Al final todo se sabe. Madrid, con todo lo grande que es, no deja de ser un pueblo. La vieron trabajando en los cafés cantantes y haciendo la calle por la zona del centro. Eso es lo que dicen, pero yo desde que se fue de aquí no he vuelto a saber de ella. No sé si era puta, santa o lo que sea... y si le digo la verdad, tampoco me importa.

—¿Sabe de alguien que mantuviera el contacto con ella? ¿Amigas? ¿Familiares?

—Familiar ninguno —asegura Luisa rotunda—. La Genara tuvo tres hijos, pero están *desperdigaos*. Uno de ellos murió en la guerra, en

Cuba me parece. Otro se fue a Argentina, pero no estoy segura, y cuando la Genara se puso mala, la única que la cuidó fue ella. Era muy amiga de Consuelito, otra chica muy guapa. Siempre se las veía juntas, tenían el puesto de lavar una al lado de la otra. También iban a la verbena y a divertirse por ahí. Dejaron de trabajar el mismo día y, según las malas lenguas, las dos pasaron de la lavandería al puterío. A algunos les parecerá mal, pero no sé si será mejor que reventarse a trabajar. No criticaré a quien quiera escapar de esa vida.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a esa amiga?

—Ni idea —contesta soltando un suspiro—. Consuelito se llevaba muy bien con Carmen, pero era distinta. Además de más guapura tenía mucha cabeza. Incluso físicamente se parecían. Tenían una melena larga y negra, ojos azules y un cuerpo de esos que gustan a los hombres. Ya me entiende, ¿no? Lo mismo no es verdad eso de que estuvieron haciendo la calle. La gente dice muchas tonterías. Si quieren encontrarla busquen en los cafés cantantes. Estoy segura de que a ella le habrá ido mejor. Aunque aquí todos la llamábamos Consuelito, se llama Consuelo Vello Cano. Eso es todo lo que le puedo decir.

Para Miguel el día no ha podido ser más decepcionante. Al final, esa lavandera en la que tenía tantas esperanzas no le ha servido de mucho. Otro tanto se puede decir de sus actividades en la comisaría; durante la tarde buscó información en el archivo sobre Carmen Fernández González y Consuelo Vello Cano. Ninguna de las dos había sido detenida o tiene expediente criminal.

La única esperanza que le queda de obtener información es el lugar a donde se dirige: el Café Madrid. En ese momento camina por la Puerta del Sol, que a esas horas está muy concurrida. Los arcos voltaicos iluminan con su luz parpadeante el edificio de Correos con su famosa Torre del Reloj. La luz de las farolas de gas es menos potente, pero permite distinguir el contorno blanquecino de las fachadas uniformes de los edificios que conforman la plaza, donde se agrupan tiendas, academias, consultas médicas, pastelerías y cafés. Aquella pequeña plaza es el centro de la ciudad, el centro de España, el centro de una nación agonizante que parece a punto de extinguirse.

Sin embargo, la animación desmiente ese mito de un país sin pulso del que hablan algunos intelectuales. Los peatones pasean conversando, discutiendo o mirando los escaparates. A ese ajetreo se une el de los carruajes que van de un lado a otro. Hay un murmullo de voces, gritos y carcajadas que compiten con el ruido de los cascos chocando contra el pavimento o los relinchos de los caballos.

El reloj marca las diez de la noche, buena hora para presentarse en la tertulia antes de que el alcohol arruine sus expectativas. Los teatros aún no han acabado sus funciones, por lo que supone que los cafés estarán huérfanos de ese público charlatán y variopinto que constituye su clientela.

Enfila la carrera de San Jerónimo, donde el café tiene su entrada principal. Las luces de las farolas de gas apenas logran disipar la oscuridad que ya se ha apoderado de la ciudad. Madrid se debate entre las luces y las sombras. No es el único contraste, cualquiera puede ver que entre los paseantes hay trajes elegantes y ropas

remendadas, barrigas abultadas y rostros consumidos por el hambre, gritos alegres y silencios de desesperación.

A pesar del gentío, comienza a vislumbrar los grandes ventanales del local. Su interior aparece iluminado por una luz cálida y amarillenta. Algunos dicen que los cafés, tan populares en toda la ciudad, son un centro de cultura; otros aseguran que sólo son un refugio de charlatanes desocupados. Anastasio, un agente que vigila a los grupos revolucionarios, le ha informado sobre lo que sucede allí.

La mayoría de las tertulias son literarias o políticas. A veces, ambas se entremezclan porque los círculos artísticos son muy dados a las ideas radicales. En las literarias abundan personajes variopintos: escritores con poca pluma y muchas ínfulas, periodistas maledicentes, gente de la farándula, presuntos artistas huérfanos de pericia alguna y revolucionarios de salón que sueñan con utopías igualitarias. Todos hablan sin tino y disputan por cualquier nimiedad mientras fluye el alcohol de manera frenética.

Predominan las opiniones audaces, las ideas nuevas surgidas en un París tan idealizado como lejano. Sobre esas mesas de mármol se acarician sueños de gloria que rara vez se cumplen; nacen amistades inquebrantables y brotan odios que perduran hasta la muerte. Eso por no hablar de las envidias, murmuraciones e intrigas ridículas. En cualquier caso, allí, en esas salas atestadas, se condensa la vida cultural y política de la ciudad.

Al llegar junto a la puerta del Café Madrid, un hombre cargado de espaldas y con aspecto humilde le corta el paso.

—Tengo flores, bonitos romances de ciegos, aleluyas con sucedidos y bellos poemas para las damas —dice mostrándole uno

—. Todo por unos céntimos que a usted no le hacen nada en el bolsillo y a mí me dan de comer.

De inmediato reconoce el poema enrollado en el lirio de la mujer de las Injurias. A primera vista no parece la misma letra, aunque para asegurarse sería necesario cotejarlo con la cuartilla del lugar del crimen. Miguel clava su mirada en el hombre, que sonríe mostrando una boca desdentada.

—Sólo son cinco céntimos, le aseguro que su novia quedará *prendá*.

—¿Quién escribe esto?

—Eso, un poeta famoso, uno de América. No sé cómo se llama, pero ahora está muy de moda.

—No, lo que le pregunto es quién copia el poema en el papel.

—¡Ah, eso! —responde desconcertado el pedigüeño—. Pues lo hace mi hijo, tiene buena letra, ¿verdad? Le han *enseñao* muy bien los curas de las Escuelas Pías. El pobre está harto de tanto copiar el dichoso poema, pero se vende mucho y eso nos da de comer. Ahora mismo es el que más vendo.

Es una mala noticia, porque lo que parecía una pista sólida se desvanece. En vez de identificar a una persona, lo que consigue es saber que el asesino frecuentaba los cafés del centro de Madrid y compró una copia del poema. Paga al hombre y se mete el papel en el bolsillo antes de entrar en el local.

En el interior del café le asalta una oleada de calor que se mezcla con un olor áspero a tabaco y alcohol. Avanza con pasos cortos. Creía que a esas horas tempranas el local no iba a estar tan lleno. La atmósfera es rugiente y parlanchina; además del humo de cientos de cigarros, hay risas, gritos de cólera, maldiciones, insultos. Muchos

tertulianos llevan ropas modestas; otros, por el contrario, son muy elegantes. Algunos visten amplios chambergos y chalinas románticas que les dan el aspecto estrafalario del que gusta llamar la atención. En realidad, supone que bajo esas trazas se enmascara el burgués que pretende ser otra cosa. Si el pelaje es desigual, otro tanto puede decirse de las actitudes. Observa a individuos discutidores, tímidos, hoscos, apocados, vociferantes. El café es un maremágnum dominado por un tumulto que aturde.

Al fondo están las mesas de las tertulias literarias, envueltas por nubes de humo. Miguel las escruta en busca de la triste figura del aprendiz de escritor. No tarda en descubrir la perilla recortada, el pelo escaso y cierto aspecto de pasmado de Pío Baroja. Su timidez contrasta con la vitalidad de los tertulianos con los que comparte mesa. Todos, menos él, hablan, sonríen, gesticulan, parecen arrebatarse la palabra entre sí. Él, por el contrario, clava su mirada triste en unos y otros mientras permanece silencioso. Cuando está a unos pasos de la mesa, Baroja lo ve y se pone en pie mientras saca el reloj de su chaleco.

—¡Le dije que viniese pronto! —protesta con acritud—. Estamos esperándole desde hace rato.

—Pensé que ésta era una buena hora —responde Miguel.

—Pues no lo es, tendría que haber venido sobre las nueve, ya ve cómo está el café. Pero bueno, vamos a dejarlo —asegura mientras le señala una silla vacía—. Tenemos que aprovechar antes de que esto se ponga hasta los topes y no podamos ni hablar. Déjeme que le presente a mis amigos: Rafael Cansinos Assens, Ramón María del Valle-Inclán, Emilio Carrere y Alejandro Sawa.

Los literatos saludan con la cabeza y Miguel se sienta. La primera impresión que le producen es la de un grupo anárquico. Algunos, como Baroja o Cansinos Assens, visten trajes burgueses. En los demás predomina la chaqueta gastada, la camisa de cuello sucio, el lamparón en la pechera, las melenas largas y caóticas: el aspecto calamitoso, real o impostado, del aspirante a artista. El más singular es Valle-Inclán, al que le falta un brazo y tiene una forma estrafalaria de vestir.

—Éste es el hombre que encontró a la muerta de las Injurias. Estoy casi seguro de que esa mujer estuvo por aquí, alguno de vosotros tiene que conocerla. ¿Ha traído una fotografía? —le pregunta Baroja.

Miguel asiente y saca de la americana el retrato del depósito de cadáveres. Al ponerla sobre la mesa la visión de ese rostro mortecino provoca un evidente desagrado en los tertulianos. Aunque conserva aún cierta belleza, la palidez y los coágulos de sangre en torno a los ojos le dan un aspecto fantasmal. Miguel ignora esas miradas y saca el cuadernillo para tomar nota de lo que se diga allí.

—¿No os suena esta mujer? —pregunta Baroja—. Fijaos en el lunar junto al labio.

Sawa toma la foto y de inmediato hace un gesto de asentimiento. Es el de mayor edad entre los tertulianos, debe de rondar los cuarenta años y tiene una melena alborotada llena de canas. Incluso Miguel ha oído hablar de ese hombre: es el gran bohemio, la leyenda viva del Madrid literario.

—Sí, creo haberla visto por aquí —dice con una voz cavernosa de trasnochador y alcohólico inveterado—. El amor y las mujeres son temas perpetuos en nuestra tertulia. Aquí, quien más quien menos

se ufana de docenas de conquistas; bueno, con la excepción de Pío, que muestra una indiferencia desdeñosa por el sexo contrario. Él es un célibe, un santo o un loco. Todavía no lo tenemos claro.

Una carcajada conjunta sacude la sala.

—Efectivamente, algo de eso debo de ser. Lo que no soy es un mentiroso —asegura Baroja dolido—. Siempre me ha sorprendido el desparpajo con el que algunos relatáis vuestras múltiples aventuras amorosas que todos sabemos lo que son: ficciones. La mayor parte de las mujeres que se acercan por estos lares son pelanduscas en busca de dinero. Lo demás son pasatiempos surgidos del país de las fábulas.

—Bueno, también *hemoz* hecho alguna conquista —apunta Valle-Inclán jactancioso.

—¿Conquistas? ¿Qué vais a conquistar vosotros? —continúa Baroja—. Feos, escuchimizados y sin un duro en el bolsillo. Seamos realistas, vuestra experiencia del amor se limita a lo que habéis leído en los libros y el desahogo del burdel. Eso os sirve para inventaros amores quiméricos o amantes que nunca han estado a vuestro lado.

—Pío, tienes un genio demasiado vivo —comenta Sawa sonriendo —. Sé que a ti te gusta regodearte en la cruda realidad, pero una vida sin ficción es una vida peor. Deja que la gente se invente amantes improbables y amores imposibles. La vida, tal como dice Calderón, es sueño y los sueños, sueños son. No nos despiertes.

Los tertulianos sueltan una carcajada que atruena en el café.

Cansinos Assens toma la foto que Sawa ha dejado sobre la mesa. Es un hombre muy alto, elegante, de pelo revuelto y rizado, que combina con un grueso bigote. Tras observarla, dirige a Miguel una mirada triste, casi tanto como su traje oscuro.

—Sí, esa mujer estuvo por aquí —dice con cierta timidez—. Era una de esas que buscan a algún incauto con dinero. Vivaracha y muy guapa. Me parece recordar que Ramón estuvo detrás de ella.

Valle-Inclán coge entonces el retrato y lo observa con detenimiento. Antes de hacerlo se recoloca en el puente de la nariz sus gafas de miope. Viste un traje entallado, pelo largo y una perilla asilvestrada que amenaza con convertirse en barba.

—*Llevaz* razón, *eza* mujer *eztuvo* por aquí. —Valle-Inclán habla con un terrible ceceo que hace que cueste comprenderle—. Era una ninfa. ¿Qué digo una ninfa? ¡Una *dioza*!

—Perfecto, si es así podrá darme algunos datos sobre ella —asegura Miguel satisfecho.

—¿A qué *ze* refiere?

—No sé, una dirección, amigos, familiares, conocidos, todo eso. Cualquier cosa que permita saber más de ella.

Valle-Inclán se queda mudo. La palabrería da paso a un rostro pasmado.

Emilio Carrere le arrebata la fotografía y la observa con su mirada estrábica. Es un joven regordete que pretende ocultar su incipiente calvicie con una larga melena. Viste de negro y fuma una pipa que desprende un humo oloroso.

—Creo que usted no acaba de comprender la naturaleza de la relación entre Ramón y esa mujer, por eso se la explicaré. Algunas veces acabamos nuestra noche en un burdel. Lo que hacemos allí da para pocas confidencias. Hay que reconocer que nuestro amigo Pío, tan realista siempre, tiene gran parte de razón. Aquí hablamos mucho de romanticismo nebuloso y sensiblería afectada, algo que

compaginamos con visitas a casas de mala nota. La vida es eso, una contradicción entre la realidad y el deseo.

—Sí, ahora que lo dices... —asegura Sawa, que ha vuelto a tomar la fotografía—. Era una de las chicas del burdel de La Rubia, ese de la calle Espoz y Mina. Pero desapareció hace unos meses, por lo que veo no le fue bien.

Un ataque de tos interrumpe sus palabras. Sawa saca un pañuelo que comienza a llenarse con esputos rojizos.

—Mucho me temo que no tardaré en acompañarla —asegura con una voz muy débil.

Ese comentario levanta un tumulto que corta con un ademán firme.

—No es necesario mentir. Cuando me miro en el espejo lo que distingo es casi un cadáver. Los excesos de juventud se pagan, pero no me arrepiento. He sido un amante del arte, de la literatura, del amor. Ahora estoy aquí, viejo, cansado, enfermo, consumido por el alcohol y la pobreza, sí, pero hace tiempo conocí momentos de gloria. Yo he estado en los mejores cafés de París y, también, en los garitos más lúgubres bebiendo absenta hasta caer al suelo. He conocido a todos los hombres brillantes de mi generación: Catulle Mendès, Théophile Gautier, Leconte de Lisle y muchos otros.

»Todos ellos eran seres olímpicos, pero a la vez humildes. Artistas totales de rebeldía feroz; no les importaba sufrir penurias, vestir andrajos o pasar hambre. Para ellos su arte lo era todo. Fue allí donde aprendí a emborracharme con absenta, a asistir a las tertulias de los cafés para escuchar como anunciaban un mundo nuevo, más bello y mejor. Algo que nunca veremos, pero cuyo resplandor ha iluminado mis días.

»Sé que mi vida se acaba, pero soy de los pocos que pueden decir: he vivido. A otros les dejo la dicha de ser un próspero tendero de ultramarinos. Me he dedicado al arte, a la belleza, a luchar contra la vulgaridad. Pero todo eso es el pasado, algo desaparecido. También yo desapareceré pronto. Lo siento aquí —indica señalándose el pecho.

Sawa deja la fotografía sobre la mesa y lanza un suspiro profundo.

—Creo que eso es todo lo que podemos decirle sobre esa mujer —concluye Baroja—. Me temo que no hemos sido de mucha ayuda.

—No, todo lo contrario —dice Miguel un tanto aturdido mientras cierra el cuadernillo donde ha tomado alguna nota—. No me queda más que agradecerles su amabilidad y el tiempo que me han dedicado.

Al ponerse en pie Baroja le imita.

—Yo me retiro con usted —señala tras mirar el gran reloj situado sobre la barra—. Mañana tengo que recibir a unos proveedores de la tahona y esa gente es muy madrugadora.

—¿Es usted panadero? ¿Además de médico? —pregunta Miguel atónito mientras caminan hacia la salida.

—No, ahora mismo sólo ejerzo de panadero. Estudié Medicina, pero no quiero saber nada de esa profesión. Estuve sólo unos meses de médico rural. Lo que llaman «médico de espuela», esos que van a caballo de un pueblo a otro según los avisos que reciben. Algo muy cansado y molesto.

—¿Y qué tal de panadero?

—Por lo menos no voy de aquí para allá, pero la tahona tampoco me gusta. Es una herencia de mi tía. Sólo me da quebraderos de cabeza.

Al avanzar hacia la salida, Miguel observa que el local está ahora aún más lleno, dominado por nubes de humo y un calor asfixiante. La atmósfera es densa, apesta a alcohol y tabaco.

—Creía que mis amigos iban a ser de más ayuda —asegura Baroja avergonzado—. Para compensarle me ofrezco a acompañarle a ese burdel, conozco a la dueña.

Miguel hace una mueca de desagrado.

—¡Qué insistente! Esto es una investigación policial que tiene que llevarse de manera rigurosa. Usted no pinta nada.

—Sólo pretendo facilitarle el trabajo, le prometo que después de visitar a La Rubia desapareceré. Piénselo, de mi compañía sólo puede sacar ventajas. Usted es policía, le mostrarán respeto, pero no confianza. Conmigo eso puede cambiar.

Miguel medita un instante la propuesta.

—Tal vez lleve razón —dice asintiendo—. De acuerdo.

Baroja sonríe satisfecho. Salen del café y comienzan a andar por las calles de Madrid, que ahora parecen más vacías y oscuras. Ya sólo quedan mujeres con mucho maquillaje y vestidos escotados que acosan a los paseantes. Un poco más allá varios chulos conversan bajo una farola mientras vigilan a las mujeres.

—¿Qué le han parecido mis amigos? —pregunta Baroja al tiempo que avanzan hacia la Puerta del Sol.

—No sé qué decirle —asegura Miguel, que anda perdido en sus pensamientos—. Me extraña que le agraden esas compañías. Usted es médico, tiene un negocio, no es el tipo de hombre que encaja en esos ambientes.

—En la tertulia trato de hacer lo que Nietzsche asegura que debe hacer un hombre: convertirse en lo que uno es. Eso es lo que trato

de hacer, convertirme en literato.

Miguel se siente incómodo, le molesta escuchar esas confidencias. Se limita a asentir con la cabeza. En ese momento alcanzan la Puerta del Sol.

—Le gustarán las tertulias, pero usted no es de los habladores. Allí triunfan los parlanchines que no se callan ni debajo del agua, como ese Sawa.

—Debe su fama a esos discursos vehementes que lanza en los cafés —explica Baroja—. Esas palabras que se lleva el viento son su obra más brillante, mucho me temo que su nombre se sumergirá en el olvido una vez que haya muerto. Ahora es la máxima estrella de la bohemia y las tertulias madrileñas. Ramón dice que escribirá una obra inmortal en la que será su personaje principal, lo llamará Max Estrella.

»Ya veremos si lo consigue. La bohemia es un mundo en el que hay un duro contraste entre la realidad y los sueños. Todos desean hacer grandes obras, pero les falta voluntad o ingenio. Muchos terminan arrastrándose por tertulias y cafés convertidos en mendigos alcoholizados.

»La vida del artista es todo lo contrario. Uno debe dedicarse a su oficio con pasión. Pocas cosas tengo claras en la vida, pero una de ellas es que el trabajo es casi tan importante como el talento. Si llego a ser escritor no seré un tarambana de ésos, todo lo contrario, seré una hormiguita trabajadora y disciplinada. Fíjese en ése —dice señalando a un hombre visiblemente borracho que se agarra a una farola para evitar caer al suelo—. Es Pedro Luis de Gálvez, uno de los asiduos a nuestra tertulia. —El joven, que no debe de tener ni veinte años, viste unas ropas astrosas y luce barba de varios días—.

Gálvez encarna como nadie la figura del hampón bohemio —continúa Baroja—. Un aspirante a artista que lleva una vida miserable, sobreviviendo a base de sablazos, colaboraciones en periódicos de segunda fila o publicando alguna obrilla infame que coloca a incautos y amigos. A algunos, por sus ropas gastadas y aspecto lamentable, les inspira repulsión; a otros, ternura y piedad. Yo con ese hombre me quedo a medio camino. Detesto su vida, pero me gustan sus sueños.

Baroja se acerca y trata de sostenerlo.

—Pío, qué alegría verte. No hay nadie que comprenda mejor a un artista que otro artista —asegura con voz balbuceante—. Ésa es una gran verdad, por eso voy a pedirte que me socorras. Unas pesetas no te suponen nada, para mí es la diferencia entre el hambre y el estómago lleno; entre dormir al raso o pasar la noche en uno de los cuartos de la posada de las pulgas. Sólo con cobijo y comida puede el artista consagrarse a su obra.

Baroja le observa con una expresión que oscila entre la piedad y el asco. Saca algunas monedas que lleva en los bolsillos y el bohemio sonríe al cogerlas.

—Deja esa vida que llevas —sugiere Baroja mohíno—. Así no vas a ir a ninguna parte, bueno, sí, a convertirte en un muerto de hambre y un personaje estrafalario.

Gálvez observa burlón a Baroja un instante, después hace un signo de despedida y se aleja sonriente. Unos metros más allá cae al suelo y comienza a vomitar. Los dos hombres continúan su marcha sin decir una palabra hasta que Baroja, con voz grave, rompe el silencio.

—Ése es el destino de todos nosotros —asegura—. Nos aferramos a la vida como ese borracho a la farola, intentando no caer. Es una lucha perdida. No somos más que figuras patéticas que hacen un teatrillo antes de desaparecer.

Martes, 3 de abril

La prensa ha publicado la aparición del cadáver de Carmen en las Injurias. Afortunadamente, no le da mucha importancia.

El que más espacio le dedica es Los Sucesos, un periodicucho que es como los vampiros: vive de la sangre. Me alegra que sea así, porque temí que fuera a causar un revuelo, pero esas cosas suceden con gente principal y no con una fulana tirada como ella.

Parece que, al menos de momento, estamos a salvo. No creo que nadie la asocie con nuestras actividades. Espero que ese desgraciado de Rinaldi no tarde en seguir sus pasos. Era peor que ella, que ya es decir. Habrá que estar atentos.

El poema y el lirio me han parecido unos detalles preciosos que ni los periodistas ni el populacho han sabido valorar. En mi opinión, el culto a la belleza debe estar presente en todas partes. Tal como decía Thomas de Quincey, el asesinato debe aspirar a convertirse en una de las Bellas Artes.

Lamento que no publiquen entero el poema del gran vate nicaragüense. Aunque temo que pocos saben calibrar el esteticismo arrebatador de la obra del gran Rubén.

4

Miércoles, 4 de abril

La calle Espoz y Mina presenta a las nueve de la mañana un aspecto sucio. El viento hace volar hojas de periódicos que se confunden en el suelo con restos de comida y vidrios de botellas rotas. Las tabernas tienen cerrados sus cuarterones de madera y un barrendero trata de adecentar la calle limpiando la porquería que inunda el pavimento.

No es un sitio agradable para esperar, pero eso es lo que hace Miguel. Pío Baroja le ha citado ahí a las nueve de la mañana. Ya pasan quince minutos de esa hora y comienza a impacientarse. Cuando está a punto de desesperar, vislumbra la figura del aprendiz de escritor avanzando hacia él con grandes zancadas. Viste un traje oscuro con chaleco y corbata, una vestimenta muy similar a la de las dos veces que le ha visto. Al divisar a Miguel esboza una sonrisa que no logra disipar la melancolía que transmite.

—Buenos días, perdone mi tardanza —dice Baroja respirando con dificultad—. He tenido problemas en la tahona. No aguanto esto de ser tendero. En fin, no quiero entretenerle con mis problemas, vamos a ese sitio ahora mismo.

Los dos hombres comienzan a bajar por la calle a un ritmo más pausado.

—Panadero, médico, escritor, periodista. Es usted una caja de sorpresas.

—De momento, lo único que soy es un desastre —añade Baroja con amargura—. La tahona me interesa tanto como la medicina, es decir, nada.

—Lo que más me sorprende es que visite casas de mala fama como esa a la que vamos. No parece un hombre dado a esos entretenimientos.

—No lo soy —asegura ladeando la cabeza—, alguna vez mis amigos acaban las noches en sitios así. Nunca los acompaño, salvo que vayan a la casa de La Rubia. Mientras ellos se divierten con las pupilas, yo converso con ella porque su vida es novelesca. Yo hablo poco, en especial con las mujeres. A esa timidez natural se une el pavor que me dan las enfermedades venéreas. Si hubiera visto a las mujeres carcomidas por la sífilis del Hospital General pensaría de otra manera al acercarse a una. Por eso algunos amigos dicen que soy misógino. En eso no llevan razón, desprecio a todo el género humano por igual, sin diferencia de sexo.

—Me parece que usted es de esos que llaman «de la cáscara amarga».

—No se lo negaré —continúa Pío—. Si quiere escuchar chistes y pasárselo bien no me busque.

En ese momento Baroja se detiene frente a un edificio y lo señala con la mano derecha. La vivienda es nueva y no carece de cierta elegancia. Los miradores y balcones de hierro la hacen destacar entre el resto de los inmuebles de la calle.

—Ya hemos llegado.

El burdel se encuentra en el piso principal o primero. Miguel hace sonar la aldaba metálica, pero nadie acude. Insiste una segunda vez y tampoco obtiene respuesta. Sólo cuando llama por tercera vez una mujer con aspecto de cansancio abre la puerta.

—Buenos días, vengo de la Comisaría Central —manifiesta Miguel —. Me gustaría hablar con la dueña.

La joven lleva una bata que apenas cubre su cuerpo y deja ver la parte superior de los pechos. Tiene la cara abotargada y la mirada confusa del que ha dormido poco. Al identificarse él como policía, un gesto de preocupación ensombrece su rostro.

—Dígale a Ana que don Pío ha venido a verla —asegura éste molesto por las maneras imperativas de Miguel—. No la distraeremos mucho, será sólo un momento.

—Esperen aquí, voy a buscar a la señora —dice la joven con voz pastosa antes de desaparecer en un largo pasillo.

Parece que todo el mundo esté durmiendo tras una dura noche de trabajo. Poco después suena un portazo y aparece una mujer rubia de unos cincuenta años.

—Don Pío, ¡qué alegría verle! Me extraña su visita a estas horas y mucho más que venga con un policía. En mi negocio no es normal amanecer tan temprano —declara con resignación—. Las chicas han estado trabajando hasta tarde. Unos estudiantes estuvieron de jarana toda la noche y ya ve cómo estamos: hechas un asco.

A medida que se acerca, Miguel observa con detenimiento a La Rubia. Debió de ser muy guapa en su juventud. Numerosas arrugas

marcan un rostro en el que aún resplandecen unos ojos verdes que cautivan. Una bata de ante cubre un cuerpo sinuoso que debió de causar sensación, pero que aparece ya un tanto vencido por el sobrepeso y la edad.

—Usted dirá para qué me necesita. ¿Este caballero es el policía?

—Sí, está investigando un asesinato —explica Baroja—. Parece que la víctima trabajó aquí.

—Pobre, espero que no. Ya sabe, don Pío, que me preocupo mucho por mis chicas. Me presentaré —dice dirigiéndose a Miguel—. Soy la dueña de este local, me llamo Ana, aunque todo el mundo me conoce como La Rubia. Pero de rubia ya tengo poco —asegura tocándose el pelo—, hago lo que puedo para que el tinte no muestre mi pelo gris. Pasen, por favor, aunque les advierto que está todo un poco revuelto.

Siguen a la mujer, que avanza por el pasillo, hasta entrar en un amplio salón decorado con gusto burgués. Las paredes están recubiertas de un papel pintado con flores azules, que contrasta con el color rojo de la alfombra, las poltronas y el sofá. Sobre una cómoda hay un gramófono que permanece en silencio. Por todas partes hay ceniceros llenos de colillas y vasos vacíos o con algún resto de bebida. La estancia está impregnada de un fuerte olor a tabaco, alcohol y perfume. La Rubia abre una ventana para airear y hace un gesto para que los dos hombres se sienten.

—Leí en el periódico que encontraron el cuerpo de una mujer junto al río. En fin, hay muchas que acaban así, de mala manera. Nuestro oficio es peligroso. Aquí no, yo las protejo, pero en la calle... eso es la selva.

Miguel saca del bolsillo de la chaqueta la foto de la víctima. Nada más verla la dueña asiente con la cabeza mientras se muerde el labio. La expresión alegre de su rostro desaparece.

—Sí, esa chica trabajó aquí. La vi haciendo la calle y, como era muy guapa y salerosa, vi que podía valer para mi casa. Eso sí, no creo que estuviera más de tres meses. Se llamaba Carmen y era una de esas que quieren ser artistas. Decía que estuvo actuando en un café cantante con una amiga. Por eso la animamos a cantar, pero la verdad es que no lo hacía muy bien.

—¿En qué café actuó? —pregunta Miguel.

—No tengo ni idea, pero no valía mucho como artista. En cambio, aquí era de las buenas. Tenía un gran éxito, muchos clientes preguntaban por ella. La melena larga, los ojos azules y ese cuerpo con tantas curvas no pasaban desapercibidos. Además, era simpática. La verdad es que podría haber hecho carrera. Muchas ahorran y consiguen poner una mercería o algo así. Otras, cuando tienen el dinero, se van a otra ciudad donde nadie las conoce. Varias se han casado con hombres respetables, creí que iba a ser de ésas.

—¿A dónde se fue? —pregunta Baroja.

—No tengo ni idea. Me dejó plantada de mala manera, y eso que la traté muy bien. La culpa de todo la tuvo un italiano, Juan Rinaldi. Al principio fue un cliente más, pero la pobre no tardó en caer en sus redes. Era guapo, hay que reconocerlo, pero un mal bicho. La advertí, pero no me hizo caso. Estas chicas parecen muy listas, pero lo son con los ingenuos. A ésos les sacan los ojos, pero si encuentran un hombre que les gusta pierden la cabeza. En unos años podría haber montado su negocio, pero ya ve lo que consiguió.

»Justo antes de desaparecer nos comentó que ese hombre la llevaba a fiestas de ricos. No sé a dónde, sólo nos dijo que era gente muy importante y que no podía dar nombres. Hablaba de palacetes, de bailes... Estaba deslumbrada. Tanto que se fue a vivir con Rinaldi. Incluso nos dijo que él y un amigo iban a montar un negocio que los iba a hacer ricos.

—¿Quién era ese amigo?

—Ni idea, ni siquiera sé si todo eso era cierto. ¡Vaya usted a saber! Yo no me creo nada, la gente tiene muchos sueños de grandeza.

—¿Tiene la dirección de Rinaldi o de ese amigo suyo con el que hacía negocios?

—No, Carmen era muy reservada. Cuando se fue de aquí no supimos más de ella. Ni puedo darles nombres, ni direcciones, ni nada. Ya me gustaría, porque no era mala chica y estoy segura de que su asesino merece acabar en la cárcel o, mejor, en el garrote.

—Muchas gracias por recibirnos, Ana —dice Baroja.

—De nada, don Pío. Ya sabe que usted es de la casa. Dé recuerdos a sus amigos y dígales que los echamos de menos, hace tiempo que no vienen. ¿No habrán cambiado de local? ¡No hay ninguno como el mío!

—No, qué va. No les falta afición, el problema son los cuartos.

—El arte es lo que tiene, no da ni para comer. ¡Bea! —grita La Rubia.

La chica que les ha abierto la puerta vuelve a aparecer. Ya está peinada y lleva un vestido sencillo de color crema.

—¡Acompaña a los señores a la puerta! —ordena—. Aquí ya han acabado.

Mientras avanza por el pasillo, Miguel observa a Bea. Es muy guapa. Tiene una piel clara, casi transparente, que deja ver en sus antebrazos las venas azules. Guarda silencio en el trayecto hasta la salida, pero cuando abre la puerta se vuelve hacia los hombres, que están ya en el rellano de la escalera.

—Sé dónde vivían.

—¿Cómo? —pregunta perplejo Miguel.

—Sé dónde vivían Carmen y Rinaldi. Yo me llevaba muy bien con ella y fui un día a visitarla a su casa. Tenían un cuarto en la calle de Santiago El Verde, en el número trece. Carmen contaba todas esas cosas de palacios y fiestas de gente rica, pero, a la hora de la verdad, vivía en un cuchitril. Vayan allí, tal vez puedan decirles algo.

—Muchas gracias, señorita —dice Miguel.

—De nada, caballero, visítennos pronto. Serán bien recibidos —asegura con una sonrisa insinuante.

Cuando salen del burdel, la calle presenta un aspecto más animado, pero al llegar a la calle Carretas se encuentran con la multitud que a esas horas llena el centro de Madrid. Es un gentío compuesto por estudiantes, soldados, modistillas, obreros, albañiles, criadas y nodrizas cargadas de niños.

—¿Qué le ha parecido lo que nos ha dicho La Rubia? —pregunta Baroja.

—Un poco decepcionante —comenta Miguel pensativo—. Ahora sabemos cómo se conocieron Carmen y Rinaldi, poco más. Hay algún apunte curioso, como las fiestas de esa gente importante o el

amigo con el que Rinaldi iba a montar un negocio, pero son hechos vaporosos.

—Tenemos esa dirección.

—Sí, ése es el único dato firme, todo lo demás es vago o impreciso. Allí es a donde tendré que ir a hacer las siguientes averiguaciones.

—Ya sé que le dije que después de venir aquí desaparecería, pero ¿le importa si le acompaño? —pregunta Baroja.

—No entiendo el interés que tiene en este asunto —asegura sorprendido Miguel—. ¿Por qué le atrae tanto?

—Tenía previsto escribir la historia de un hombre que vaga de aquí para allá en los barrios bajos de Madrid, una vida sin rumbo, como tantas otras. Tal vez como la mía. Puede que la de esa mujer sea más atractiva. Flaubert sacó el argumento de su célebre novela *Madame Bovary* de las páginas de sucesos. Esta historia es más interesante. Una mujer humilde que llega a lo más alto de la sociedad y cuando alcanza lo que soñaba es asesinada. Es un folletín de primera.

—No creo que esa triste historia o lo que suceda en los barrios miserables dé para hacer una novela —apunta Miguel ladeando la cabeza.

—En eso se equivoca; ¿sabe a qué dediqué mi tesis doctoral?

Miguel se encoge de hombros.

—Al dolor, eso es lo que me conmueve —declara con una seriedad que lo sobrecoge—. El dolor y la desdicha de esa gente que vive en suburbios infames. El dolor de las mujeres arrastradas a la prostitución. El dolor de esa mujer a la que alguien corta el cuello por odio o venganza. Eso es lo que deseo reflejar en mis obras. La

vida es, en gran parte, dolor, aunque sé que también hay dicha, felicidad, alegría. Es una mezcla extraña.

—Usted sí que es un personaje extraño —concluye Miguel—. Podría elegir entre el prestigio de ser médico o la abundancia del tendero, pero en su lugar persigue una quimera: ser escritor. Se confiesa tímido, pero le gusta rodearse de los charlatanes con pretensiones artísticas. Parece un hombre sensato, pero sueña con la gloria del literato... Es usted una contradicción andante.

Baroja suelta un suspiro.

—Cada uno es como es. Podría ser un médico o un panadero mediocre. Pero eso es lo que precisamente no quiero ser. Mi sueño es ser un buen escritor. Ya ha visto a mis amigos: soñadores, idealistas, quijotes de las letras. A algunos les espanta esa gente, a mí me emociona. No siguen el camino trillado: los estudios, el matrimonio, la vida familiar. No malgastan su vida en un futuro trivial y ordinario. Eso es lo que me une a ellos, aunque sé que, tal como dice, tampoco encajo. Para ellos también soy un extraño.

Entre los dos hombres se produce un silencio incómodo.

—Usted también es raro. Una de las virtudes que tengo es la de ser observador. Intuyo que la vida no le ha tratado bien. Detrás de ese aspecto taciturno adivino un alma sombría. Un hombre desengañado, triste, un tanto huraño. En fin, alguien como yo. Alguien que sabe que el ser humano, la mayor parte de las veces, es sólo un enemigo, un salvaje, un peligro que hay que evitar. Alguien que a la vez tiene sueños, esperanzas y trata de alcanzar un futuro mejor.

—Puede que lleve razón, no somos tan diferentes —concluye Miguel.

—No... no ha respondido a mi pregunta —titubea Baroja—. ¿Puedo acompañarle a ese lugar?

—Si tanto le interesa —dice Miguel esbozando una sonrisa cómplice—, le espero a las cuatro de la tarde en el número trece de la calle de Santiago El Verde.

La calle de Santiago El Verde es una de las más empinadas del popular barrio de Lavapiés. Abundan los edificios humildes: corralas, casas bajas o bloques de pisos cuyas fachadas apenas muestran decoración alguna que no sean cuerdas con ropa puesta a secar. Todo tiene un aspecto modesto: los muros descascarillados y con manchas de humedades, las pequeñas tiendas o las tabernas oscuras que desprenden un olor a vino agrio. Otro tanto puede decirse de los vecinos: obreros y albañiles de manos callosas, carpinteros que acarrean sus herramientas, mendigos, ciegos con sus guitarras a cuestas, mujeres cargadas con niños, golfos que juegan en la calle sin que les importe su miseria.

Miguel y Baroja se detienen frente al portón de entrada de un edificio marcado con una placa de latón con el número trece. El sol débil da un resplandor dorado al letrero. Tras intercambiar una mirada se adentran en el zaguán hasta alcanzar un patio estrecho a cuya izquierda se levanta una corrala de tres alturas. El silencio se impone, roto sólo por el llanto desconsolado de un bebé y el trino de unos canarios que se mueven nerviosos en una jaula oxidada. La luz del sol apenas entra en ese patio estrecho. Una anciana vestida de negro cuelga una camisa en una cuerda y al ver a los extraños se vuelve hacia ellos.

—Buenas tardes —saluda Miguel—, estamos buscando a un hombre que vive aquí. Se llama Juan Rinaldi.

La mujer tiene la tez repleta de arrugas. En su mirada se adivinan la fatiga y el abatimiento.

—No puedo decirle —asegura con voz débil—. Pregunte a Prudencio. Él cobra el alquiler y conoce a los vecinos. Vive en esa casa —dice señalando una puerta.

Tras llamar, no tarda en aparecer un hombre viejo, con la espalda encorvada y un ojo cubierto por una neblina gris.

—Buenas tardes, vengo de la Comisaría Central —dice Miguel—. Nos han dicho que aquí vive Juan Rinaldi.

El hombre da un paso adelante para salir de la penumbra.

—Ése ya no está aquí.

—Entonces me gustaría hacerle unas preguntas sobre él.

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que nos pueda decir es importante —asegura Miguel.

—Pues no sé mucho —advierte con un fuerte acento gallego—. Vivía en la segunda planta. Estuvo poco tiempo, un año más o menos. Era extranjero, italiano me parece, el caso es que hablaba muy mal español. Eso cuando hablaba, que tampoco era muy charlatán. Yo le cobraba el alquiler y después «hola y adiós».

El hombre hace un alto y escupe al suelo.

—¿Sabe si vivía con alguien o si le visitaba algún amigo? —insiste Miguel.

—Ése no tenía amigos —aclara tras soltar una carcajada—. Era un tío alto y fuerte, malencarado, un matón. Decían que había estado en la cárcel, no sé si será verdad, pero por la pinta podía ser. Al principio vivía solo, pero después apareció Carmen. Ella era otra

cosa, muy guapa, morena, divertida y dicharachera. Todo lo contrario que él. Por lo visto quería ser artista, pero a la pobre no le fue bien. Una pena. Carmen era muy alegre, estaba siempre riendo y te soltaba una fresca como si nada, pero con gracia. Nadie se ofendía.

Una sonrisa leve aparece en su rostro y sus ojos brillan con esos recuerdos.

—Desde que conoció a esa mujer, a Rinaldi le empezaron a ir las cosas bien; bueno, todo lo bien que le puede ir a una persona que vive aquí. Ya ve que esto no es el Palacio de Oriente.

Miguel hace un gesto de asentimiento con la cabeza.

—El italiano siempre fue un poco presumido, pero antes de conocer a Carmen iba con trajes con mucho uso. Después empezó a ir hecho un pincel. Ya sabe, ropa a medida, corbatas de seda, chalecos a juego, zapatos de calidad. ¿De dónde salía ese dinero? Pues no le puedo decir —continúa Prudencio, encogiéndose de hombros—. Él no daba un palo al agua, así que pensamos que Carmen se dedicaba a zorrear. A ver si no de dónde iba a sacar el dineral que costaban la ropa y todo lo demás.

»Vivían a todo tren. Iban al teatro, a los merenderos, a los toros... a todas partes. No sé si será verdad, pero Carmen decía que se juntaban con personas de dinero, condes, marqueses... gente de ésa. Yo, si le digo la verdad, de lo que se dice me creo la mitad de la mitad. Oiga, ¿y todo esto a qué viene? ¿Por qué le están buscando?

—Carmen ha sido asesinada. Su cuerpo apareció hace unos días junto al río Manzanares. Juan Rinaldi es, por ahora, el principal sospechoso. Un testigo le reconoció en el escenario del crimen. ¿No tiene idea de dónde podemos encontrarlo?

El rostro de Prudencio muestra tal sorpresa que duda un momento antes de hablar.

—Claro que sí, en el cementerio. Ese hombre murió hará cosa de un mes, a primeros de marzo más o menos. No sé quién sería ese que vio el testigo, pero no era él.

—¿Está seguro de que está muerto? —insiste Miguel.

—Seguro no, segurísimo. A Rinaldi le dio algo. No sé qué sería. Esas cosas pasan así, de repente. Al volver a casa Carmen lo encontró muerto en el suelo. Dio un grito que despertó a todo el vecindario. Se puso hecha una loca. Lloraba, gritaba... no había manera de calmarla. Fue algo muy extraño porque era un hombre alto y fuerte. Debía de estar enfermo de algo. No sé qué sería, pero le habían puesto muchas inyecciones en el brazo. Lo tenía *machacao* de pinchazos.

—¿Sabe dónde le enterraron? —pregunta Baroja.

—Sí, claro. Fui al entierro con Carmen, más por ella que por el muerto, que, ya le digo, no caía bien a nadie. Está en el cementerio de la Almudena, en lo que antes era el de epidemias, donde se entierra a los pobres. En una fosa común.

»Muchos aires de grandeza, pero al final, ya ve. No tenían ni para un entierro decente. Aquí han vivido muchos vecinos así —asegura Prudencio bajando la voz—, muertos de hambre que se creen capitanes generales. Siempre lo digo, si alguien tiene dinero lo primero que hace es salir de aquí. Lo demás es cuento.

—¿No tenía algún vecino con el que intimara algo más? —pregunta Miguel.

—No, aquí nadie sintió su muerte. Carmen desapareció después del entierro. Vino con una amiga muy guapa, recogió sus cosas y se

fue. No he vuelto a saber nada de ella.

—¿Puedo ver su cuarto?

—¿Para qué? —dice perplejo Prudencio—. Lo alquilé una semana después de la marcha de Carmen. Ahora vive un carpintero de Guadalajara que ha *venío* a Madrid. Uno de tantos que creen que aquí atamos los perros con longanizas. ¡Ya se ha *dao* cuenta de que las cosas son como son! Aquí, ni en ninguna parte, nadie regala *na*.

»Ah, se me olvidaba. —La voz de Prudencio se hace un susurro, como si lo que va a decir fuera un secreto—. No sé qué se traería entre manos, pero unos días después de su muerte aparecieron unos hombres buscándolo. Dos eran como él, matones de *cuidao*. Había otro más, un tipo calvo con cara de bruto, cojeaba un poco y llevaba un bastón. Debía de ser el jefe. Me preguntó por Rinaldi y cuando le dije que estaba muerto casi le da algo.

—¿Sabe quiénes eran? —pregunta Baroja.

Miguel le dirige una mirada de reproche y él baja la vista. Sabe que no debe inmiscuirse en el interrogatorio, pero no ha podido evitarlo.

—Ni idea, era la primera vez que los veía. Tampoco he vuelto a verlos.

—¿Podría identificarlos en comisaría si le enseñamos fotografías?

—No me fijé mucho en ellos y fue hace cosa de un mes, además estoy medio ciego —dice señalándose el ojo cubierto por la neblina gris—. Con el bueno tampoco veo apenas. Así que no puedo decirles mucho más.

Baroja y Miguel salen a la calle cuando la luz declinante del atardecer comienza a llenar de sombras la ciudad. A su lado pasan obreros con aspecto de cansancio, modistillas con los ojos enrojecidos, golfos harapientos... Sus rostros tristes son similares a los de ese par de hombres que avanzan por la calle con paso cansino.

—Creíamos que Rinaldi podía ser el asesino o, al menos, que estuvo en el lugar donde mataron a esa pobre mujer —asegura Baroja rompiendo el silencio—. Ahora resulta que cuando se cometió el crimen estaba muerto.

Su voz apagada deja traslucir la perplejidad que le produce ese hallazgo. Miguel está tan confuso como él.

—He interrogado a muchos testigos y estoy seguro de que ese muchacho de las Injurias no mentía —dice Miguel, que hace una pausa antes de proseguir—. Estaba seguro de que era Rinaldi.

Los dos hombres se apresuran a cruzar la calle para dirigirse hacia la plaza de Antón Martín.

—Esté vivo o muerto, tenemos que encontrar a Consuelo, la amiga de Carmen —afirma Miguel—. Huyó junto a Carmen y eran amigas inseparables. Estoy seguro de que nos puede decir cosas interesantes. Ella quería ser artista y, según nos dijo La Rubia, lo consiguió. Tiene que estar trabajando en algún café cantante.

Una sonrisa burlona, inusual en un hombre tan serio como Baroja, aparece en sus labios.

—Le puedo asegurar que si esa mujer sigue trabajando en Madrid la encontraré. Esta noche tengo tertulia y mis amigos bohemios son muy aficionados a esos garitos. Conocen a muchas coristas y

cantantes, por no decir a todas. Sabemos que se parecía mucho a Carmen y el nombre. Déjeme a mí, yo daré con ella.

5

Jueves, 5 de abril

Mientras Miguel dirige sus pasos al café cantante Romero, no puede dejar de pensar que las pesquisas que ha hecho durante todo el día no han podido ser más infructuosas. Trató de informarse sobre el entierro de Rinaldi en las oficinas del ayuntamiento. Nadie pudo decirle nada. Al final, un oficinista le dijo que fuera a ver a Nemesio, el enterrador que se encarga de las fosas comunes. Ese hombre vive en una casa cerca de las tumbas. Como esas averiguaciones le llevan toda la mañana y es un lugar lejano, ha decidido dejar la visita para el día siguiente.

No todo son malas noticias. Baroja se pasó por la comisaría después de comer para decirle que creía haber encontrado a Consuelo, la amiga de Carmen. No se puede imaginar un ayudante menos a propósito para una investigación criminal, pero tiene que reconocer que está demostrando una gran diligencia.

Por lo visto, hallarla no ha sido difícil porque es una de esas cantantes que despuntan con su desparpajo en el escenario. Su nombre artístico es La Fornarina. Según los amigos de Baroja, debe la popularidad a sus canciones pícaras e insinuantes y a la escasez de ropa con las que las interpreta. Una fórmula infalible.

Eleva la vista y ve cómo las farolas de gas iluminan el cartel del café cantante Romero. Debajo distingue la figura de Baroja, serio y abstraído en sus pensamientos. Es hora de saber si realmente esa mujer es la amiga de la víctima.

Son cerca de las once y a esas horas el local está repleto con una multitud ruidosa. El estruendo de voces de la clientela se funde con el áspero olor del vino, el tufo del tabaco y el aroma a perfume barato que deja una pareja de bailaoras que se dirige al escenario. Miguel y Baroja han conseguido ocupar una de las pocas mesas libres.

—¿Está seguro de que esa Fornarina es Consuelo Vello? —pregunta Miguel.

—Lo único seguro en la vida es que vamos a morir —asegura Baroja encogiéndose de hombros—. Lo que sé es que no tiene ni veinte años, es guapa y desenvuelta, con una larga melena negra y ojos azules. También se llama Consuelo. Todo coincide.

Un hombre enjuto sale al escenario y comienza a puntear la guitarra. A medida que suenan los acordes, las conversaciones se van apagando. Cinco mujeres aparecen y se ponen a palmotear rítmicamente. Una de ellas se levanta poco después y empieza a bailar zarandeando las caderas. Tiene una larga melena negra y ojos azules, pero debe de estar cerca de los cuarenta años. Es robusta, de grandes pechos y enormes caderas, una exuberancia que el público aclama con entusiasmo.

Miguel lanza una mirada de reproche a su compañero, que se encoge de hombros y hace una mueca de desánimo. El cantaor

comienza una bulería con suavidad, tanta que el palmoteo y el golpe de los tacones contra el suelo de madera se sobreponen a su voz. El intérprete sube el tono y su rostro enrojece al tiempo que las venas del cuello se tensan. Entonces el eco de la bulería reverbera en las paredes renegridas por el humo de miles de cigarros.

Al concluir la música, la bailaora se sienta para dejar paso a otra artista que surge del lateral. Su entrada levanta una gran ovación entre el público. La bella joven sale echando el abdomen hacia delante y los brazos atrás. Al tiempo que mueve la cadera, realiza unos complejos trenzados de brazos y piernas. Todas las miradas se clavan en esa mujer cuyo baile desprende una sensualidad embriagadora.

La Fornarina está bellísima, la melena negra se mueve libre al ritmo de la música. Los ojos azules se clavan en el público, que parece hipnotizado por esa mirada vibrante. El vestido ajustado deja entrever su cuerpo escultórico. Mientras baila, sonríe, y al hacerlo unos hoyuelos pícaros se dibujan en sus mejillas. Sus ojos claros brillan y transmiten una fuerza que está presente en cada uno de los movimientos. Cuando finaliza, el público aplaude a rabiar. Es la mujer que buscaban.

Los camerinos del café cantante están inmersos en una barahúnda de sonidos: instrumentos de música que son afinados, gritos histéricos de unas coristas que están a punto de salir al escenario, lamentos de un hombre que trata de organizar ese desbarajuste.

Miguel y Baroja avanzan entre el caos hasta que distinguen a un tramoyista que fuma con calma mientras lee *El Imparcial*. Al

preguntarle por el camerino de La Fornarina les indica un pequeño cuarto al fondo del pasillo. Miguel llama a la puerta y cuando se abre ve el rostro de la joven, aún con la frente perlada de sudor.

—¿Consuelo Vello Cano? —pregunta Miguel.

La joven, perpleja, asiente.

—Vengo de la Comisaría Central, estamos investigando la muerte de su amiga Carmen Fernández. Me gustaría hacerle unas preguntas.

El rostro de la artista se ensombrece. Tiene que hacer un esfuerzo para hablar.

—Leí la noticia en el periódico, no la veía desde hace tiempo —dice con tristeza—. Pero será mejor que pasen dentro, aquí hay mucho lío.

El camerino es un cuarto diminuto con poco más que una mesa, una silla, un espejo y un perchero para la ropa.

—¿Qué quieren saber? —pregunta La Fornarina con voz dulce, pero firme.

—Sabemos que era muy amiga de Carmen y que dejaron su trabajo de lavanderas —afirma Miguel—. Según nos han dicho, soñaban con abrirse camino en el mundo artístico.

Mientras Miguel habla, ella va quitándose el maquillaje frente al espejo. Aunque trata de simular calma, advierte el temblor nervioso de sus manos.

—Lo que queríamos era salir de allí como fuera —asegura soltando un suspiro—. Veíamos a nuestras madres y pensábamos lo mismo: eso no es vivir. Si hay algo que deseábamos dejar atrás, era precisamente todo aquello. Si no llega a ser por Carmen, creo que aún estaría allí. Las mujeres tenemos pocas salidas: trabajar de

criadas, lavanderas, cigarreras y poco más. La única carrera que merece la pena es la de artista.

»Nosotras queríamos serlo. Yo bailo bien y canto de manera pasable, además soy guapa —explica esbozando una sonrisa pícara —. Carmen lo tenía peor. Ella también era muy guapa, pero bailaba poco y cantaba peor. Pronto llegó a la conclusión de que sólo tenía su cuerpo y comenzó a hacer la calle. Después fue a la casa de La Rubia. Allí no le iba mal, hacía su dinero. Pensaba en juntar unos ahorros y poner una mercería o un colmado. Hasta que conoció a Juan Rinaldi.

—¿Qué sabe de ese hombre? —pregunta Baroja adelantándose a Miguel.

—No mucho. Carmen estaba loca por él. Es verdad que tenía muy buena planta y vestía de manera elegante, pero era un tipo turbio. Le advertí que ese hombre era peligroso, pero no me hizo ni caso. Las mujeres, cuando nos gusta un hombre, sólo vemos lo que queremos ver.

»Al mes de conocerse se fue a vivir con él al chiscón que tenía en la calle de Santiago El Verde. A partir de entonces apenas nos veíamos. Se le fue la cabeza con ese hombre: fue él quien la introdujo en esos ambientes de gente rica y... mala.

—¿Por qué dice «mala»? —insiste Baroja.

La Fornarina termina de desmaquillarse y se vuelve hacia él.

—Los ricos tienen de todo, también muchos vicios. No sé cómo, pero Rinaldi la llevaba a fiestas de postín, bailes y todo eso. Un mundo que nunca imaginó a su alcance. Estaba encantada. Pero, pero... en todo eso había algo...

No sabe cómo continuar y guarda silencio.

—¿Algo que... la asustaba? —apunta Miguel.

Consuelo baja la mirada y asiente.

—Sí, eso es, tenía miedo. Al principio las fiestas eran, digamos, normales. A medida que se fueron ganando la confianza de esa gente los invitaron a otro tipo de fiestas... digamos especiales. En ellas los asistentes se emborrachaban, tomaban drogas y acababan desnudos y, perdone la expresión, jodiendo.

»No le gustaba, pero Rinaldi la debió de convencer, amenazar... qué sé yo. Allí hacían de todo. Hombres con hombres, mujeres con mujeres. Además, les gustaban las cosas raras; una vez le vi marcas en la espalda y me dijo que la habían azotado.

»Acudían ricos viciosos, pero también participaba gentuza, la canalla de la ciudad. Allí había de todo: putas callejeras, chulos de arrabal, matones... lo peor de lo peor. Algunos luchamos por salir del mundo miserable donde hemos nacido, otros quieren enfangarse en él.

—¿Sabe quién organizaba todo eso? —pregunta Miguel.

—No tengo ni idea, nunca me lo dijo. Aseguraba que si revelaba nombres le podía costar caro.

—¿Conoce a un amigo de Rinaldi con el que pretendía montar un negocio?

—Supongo que habla de Mateo. No creo que pueda ser otro. Rinaldi tenía pocos amigos. Mateo López era actor, bueno, ya sabe, un guapo de esos que salen alguna vez en una obra de teatro. Uno de la cuerda de Rinaldi, de los de quiero y no puedo. Él estaba con una mujer, Amparo, que se hizo muy amiga de Carmen. También era actriz.

—¿Sabe en qué teatro actuaban?

—Creo que en el Barbieri, pero tampoco estoy segura. Ya sabe la mala fama que tiene ese sitio. Pues eso es lo que era esa pareja. No sé qué negocio se podían traer entre manos. Espero que todo lo que les estoy contando sirva para mandar a ese cabrón de Rinaldi a la cárcel. Estoy segura de que la mató él.

—Rinaldi está muerto —explica Baroja soltando un suspiro—. Murió de improviso y le enterraron en el cementerio de la Almudena.

—No sé quién le ha dicho eso —dice La Fornarina haciendo un aspaviento con la mano—. Hace unos días le vi. Ese hombre está tan vivo como usted o yo.

—¿Está segura de que era él? —pregunta Miguel confuso.

—Lo reconocería entre un millón. Me llamó la atención porque estaba hecho una ruina. Flaco y pálido, iba hecho un asco, algo raro porque siempre le gustaba ir como un pincel. Tenía la mirada perdida, parecía un muerto viviente.

—¿Dónde lo vio? —insiste el policía.

—Estaba saliendo por la Puerta de Toledo. Iba a las Injurias. Estaba anocheciendo y mucha gente que no tiene donde caerse muerta va a las casas de dormir que hay por allí. Rinaldi no desentonaba en aquella procesión de mendigos y gente de mal vivir.

Baroja trata de hacer una pregunta, pero Miguel hace un gesto para que se calle.

—Una última cosa —indica Miguel—. ¿Sabe si Carmen se inyectaba morfina? Descubrieron esa droga en su sangre.

—Me extraña, ni siquiera bebía —responde con firmeza—. Antes de ir al burdel estuvo un tiempo frecuentando los cafés para sacar unos cuartos a los literatos que van por allí. Esa gente bebe mucho, pero ella rara vez tomaba algo.

Un golpe suena en la puerta y, cuando Consuelo dice «adelante», un hombre gordo de aspecto adinerado aparece en el vano de la puerta. En su mano lleva un manojo de rosas.

—Buenas noches, cariño, es hora de ir a cenar —anuncia con voz engolada.

—Perdonen, pero no puedo seguir atendiéndoles. Si quieren hacerme alguna pregunta más ya saben dónde estoy.

Una racha de aire frío recibe a los dos hombres al salir del café cantante. El viento arrastra páginas de periódicos y papeles tirados sobre el pavimento. Avanzan casi a oscuras, porque los faroles de gas alumbran la calle de una manera muy débil. A esas horas apenas se ven viandantes. Un coche de caballos pasa a su lado y el ruido del choque de los cascos con los adoquines del pavimento retumba en la calle. Ambos hombres están perplejos y guardan silencio.

—Este asunto se va complicando —asegura Baroja soltando un bufido—. Según esa mujer, el principal sospechoso del asesinato está vivo. Según el casero, está muerto y enterrado. ¿A quién creemos?

Miguel, incómodo, se aclara la garganta antes de hablar.

—La única manera de saberlo es yendo al cementerio de la Almudena. Tenía previsto acercarme mañana, supongo que querrá acompañarme; pero antes me gustaría aclarar las cosas. Mire, no tengo problema en que me acompañe, pero debe permanecer callado. Las preguntas las hago yo.

—Me parece perfecto, lleva usted razón, a veces me puede la curiosidad. Esta historia me apasiona cada vez más.

Los dos hombres siguen caminando, son los únicos paseantes en una calle que aparece fría y desolada. Se cruzan con un sereno que permanece en pie abotargado bajo una farola sujetando su chuzo. Miguel observa su rostro pálido, casi mortecino, que de inmediato le evoca los cuentos que escuchaba cuando era niño. Esos que hablaban de muertos que vuelven a la vida para buscar venganza y llevarse consigo a los vivos.

6

Viernes, 6 de abril

El cielo está cubierto por nubes oscuras y la lluvia amenaza con caer en cualquier momento. La tartana en que Miguel y Baroja se dirigen al cementerio avanza con lentitud. Miguel observa a Baroja, que permanece sentado a su izquierda absorto en sus pensamientos. Supone que no seré muy popular entre los bohemios que aspiran a ser artistas. Parece alguien de buen corazón, pero también un hombre frío y retraído. Tal vez por eso simpatiza con él.

La tartana se encamina hacia las Ventas del Espíritu Santo, después cruza el arroyo del Abroñigal y enfila el camino de Vicálvaro. A medida que se acercan al cementerio, se van cruzando con carruajes funerarios y tartanas llenas de gente que vuelven de visitar a los difuntos. A su paso, levantan nubes de polvo y ruidos secos cuando las ruedas cogen un bache. Algún perro surge entre los campos áridos y amarillentos para ladrarles.

Los viajeros se arrebujan las capas y abrigos para tratar de evitar el viento que llega del norte. Las nubes grises no dejan pasar ni un rayo de sol y amenazan con lluvia. Por ese motivo todos se alegran al ver el gigantesco pórtico del cementerio, aún en construcción. Un poco más allá la tartana se detiene.

—Es por allí —señala Miguel—. Este cementerio está en el fin del mundo, pero la zona de las fosas comunes está aún más allá.

—¿Está seguro de que el enterrador estará en su casa? —pregunta Baroja.

—Recuerde lo que me dijo en el café cantante: salvo la muerte, pocas cosas hay seguras en la vida —afirma Miguel esbozando una sonrisa irónica—. Pero eso es lo que me han dicho. Vamos a darnos prisa, puede caer un diluvio en cualquier momento.

El fuerte viento hace que Baroja doble las solapas del abrigo para protegerse de ese aire gélido, insólito en esas fechas. Lleva una boina vasca calada casi hasta las cejas y un abrigo grueso. Miguel viste un chaquetón de cuero y no parece tan afectado por la temperatura. Para llegar a las fosas comunes suben una colina y al llegar a la cumbre un jadeante Baroja pide descansar para tomar aliento.

Desde allí observan las grandes fosas comunes donde enterraron a los muertos en la epidemia de cólera de 1885. Desde entonces miles de cadáveres de las víctimas reposan allí. Miguel sabe que uno de esos cuerpos es el de su madre. Al recordarla, una sensación intensa de dulzura y bondad le invade. Esa memoria cálida no le abandona a pesar del tiempo transcurrido. No fue a visitar su tumba por un motivo simple: era imposible saber dónde estaba. Ella nunca tuvo una flor y unas bellas palabras de adiós.

Con la epidemia, los muertos se contaban por centenares y se los enterraba de cualquier manera en gigantescas fosas comunes. Si hubiera sabido cuál era, ¿habría ido? Lo duda, ir allí le trae dulces

recuerdos, pero también despierta un dolor que parecía olvidado hace mucho tiempo.

Mientras descansa sobre la colina ve algo que le repugna. Han pasado quince años desde la epidemia y la mayor parte de los difuntos han caído ya en el olvido. Por eso algunos operarios están abriendo las fosas para desenterrar los cadáveres. Otros llevan los despojos hasta un quemadero que se eleva sobre una ligera elevación del terreno para ser incinerados.

—Debe de ser esa casa, no hay otra —argumenta Baroja sacando a Miguel de su ensimismamiento.

Al decir eso señala una pequeña vivienda de ladrillo. Allí debe de vivir Nemesio, quien se encarga de dar sepultura a los muertos de esa zona. Un poco más allá se encuentra la llanura destinada a las fosas comunes. En ese momento comienza a llover.

—¡Lo que nos faltaba! ¡Vamos a acabar empapados! —grita Miguel.

Los dos hombres apresuran la marcha. Les cuesta caminar por ese pedregal enfangado, pero finalmente alcanzan la vivienda. Miguel golpea la puerta. Tras esperar unos segundos, oyen unos pasos que se acercan con lentitud. En el vano aparece un hombre alto y fuerte. Sus ojos centellean con un brillo maligno. El rostro cerúleo y las patillas anticuadas le dan un aspecto de muerto resucitado. Miguel siente cómo un escalofrío le recorre la espalda, una sensación que se incrementa cuando en el semblante del sepulturero se dibuja una sonrisa siniestra.

—Sé a lo que vienen. —Su voz suena áspera, aguardentosa—. Ya han venido otros antes y siempre les digo lo mismo. Nadie hace

nada, pero la verdad es que los muertos desaparecen de las tumbas. Pasen, pasen, tengo mucho que contarles.

La casa del enterrador es minúscula. Tiene un solo cuarto donde arde un leño en la pequeña chimenea. El rústico mobiliario se reduce a una mesa, un jergón y dos sillas. Los recién llegados se sitúan frente a la chimenea, que desprende un calor agradable.

—Siéntense —dice señalando las sillas—. Ya ven que esto es pequeño, pero no me quejo. Mis clientes tampoco lo hacen. En estos tiempos que corren debemos ser los únicos. Es lo bueno de trabajar aquí.

Una carcajada ronca remata esas palabras.

—¿Cómo sabe el motivo de nuestra visita? —pregunta Baroja intrigado.

—Pocos se acercan a un sitio tan lejano si no es para enterrar a alguien —asegura frotándose las manos—. Salvo cuando denuncio la desaparición de un cadáver. Tardan mucho, pero cuando aparecen es una pareja como ustedes. Bueno, como ustedes no. Ésta es la primera vez que vienen de paisano.

La luz cálida de la chimenea ilumina el rostro del enterrador. Tiene el rostro curtido de los que trabajan a la intemperie, pero no debe de pasar de los cincuenta años.

—Hace un mes desapareció el cuerpo de un hombre. Siempre pasa en la zona de las fosas comunes —continúa Nemesio—. No duró nada. Lo enterré por la tarde y al día siguiente ya no estaba. Desenterrar a uno de los de aquí es fácil. Hago un hoyo profundo donde caben media docena de ataúdes. Se entierra uno y se echa

un poco de arena para cubrirlo. Lo suficiente para que no huela. Cuando llega otro se hace lo mismo, así hasta que se llena la tumba. Es una manera de ahorrar espacio, tiempo y dinero. También es verdad que estos desgraciados a los quince años van al quemadero. Es lo que está pasando con los muertos en la epidemia. Hay que hacer sitio, si no este cementerio sería aún más grande de lo que es.

—¿Antes de enterrarlo vio al muerto? —insiste Baroja.

—Sí, sólo vinieron una mujer muy guapa y un tuerto que la acompañaba. Bueno, tuerto no, pero tenía un ojo con cataratas. Antes de meterlo en la tumba la mujer quiso darle un beso, así que abrí el ataúd.

—¿Era éste? —pregunta Miguel mostrando la foto de la ficha policial.

Nemesio toma la imagen y la observa antes de devolvérsela.

—Sí, creo que sí, por lo menos se le parece mucho —asegura.

—Tiene que estar seguro. Un testigo nos ha dicho que murió y fue enterrado aquí. Otro lo ha visto hace unos días en el lugar donde se cometió un asesinato.

Miguel vuelve a entregarle la foto y el enterrador la observa con más detenimiento.

—Sí, estoy seguro. Era él —afirma sin dudar—. Llamaba la atención por varias cosas. La primera es que era joven. Casi todos los que vienen aquí son viejos. Si son jóvenes están hechos cisco por alguna enfermedad o se han *suicidao*. Desde que se perdió la guerra, la cosa está tan mal que hay mucha gente que se ahorca. Ésos son los que están mejor, lo único raro es que se les ponen la lengua azul y los ojos saltones, y en el cuello tienen la señal de la soga. Los que vienen peor son los que se tiran a las vías del tren. El

hombre de la foto estaba fenomenal. Se le veía fuerte, sano, no sé qué le pasó para morirse. Tampoco le mataron. Los balazos se notan mucho, tampoco tenía navajazos, golpes o algo así. En fin, a saber lo que le pasaría.

—¿No dijeron algo la mujer o su acompañante sobre su muerte? —pregunta Baroja.

—No, *na* de *na* —afirma—. A veces te enteras de algo, pero esa mujer tan guapa no paraba de llorar. Y el tuerto tampoco hablaba. Un tipo asqueroso que no me dio ni un céntimo de propina.

—¿No había nadie más en el entierro?

—¡Ah! Sí, se me olvidaba. También estaba el cura. Ya sabe, diciendo todo eso del más allá, el cielo y el reposo eterno. El muerto no iba a ver el cielo ni de lejos: tenía pinta de matón. Y el reposo eterno —dice chascando la lengua—, ya ve, al día siguiente ya debía de estar dando tumbos por ahí.

—¿Cómo desaparecen los cadáveres? —insiste Baroja.

—No lo sé. Encuentro la tumba abierta y el cadáver ha desaparecido. Casi siempre al día siguiente del entierro. Hacía mucho tiempo que no pasaba. Siempre que lo denuncio ocurre lo mismo. Me mandan a alguien como ustedes. Cuento lo que ha *pasao* y toman nota. Me hacen preguntas como las suyas y después nadie hace *na*.

Nemesio hace una pausa y dirige la mirada al leño de encina que arde en la chimenea.

—También me preguntan si tengo alguna idea del motivo de la desaparición. ¡Claro que lo sé! Todo el mundo lo sabe. En la facultad de Medicina de San Carlos necesitan cadáveres para enseñar a los estudiantes. Dicen que pagan bien. Todo eso se podría arreglar con

un par de policías que patrullasen por aquí. Ahora le voy a hacer una pregunta: ¿va a hacer usted algo?

—No está en mi mano tomar esa decisión —asegura Miguel—, aunque informaré a mis superiores.

—Eso es lo que responden todos —dice Nemesio soltando un bufido—. ¡Tampoco van a hacer *na*! Ya me lo imaginaba. Ha dejado de llover, yo que ustedes aprovecharía.

Miguel y Baroja se levantan.

—Intentaré hacer todo lo posible para que este robo de cadáveres cese, pero eso depende de mis superiores —explica el policía junto a la puerta.

—Eso es lo que dijeron todos —protesta Nemesio con desgana—. Hasta ahora el único que se interesó por el asunto fue un periodista. Trabajaba en uno de esos diarios que llenan sus páginas de crímenes, adulterios y cosas, no sé cómo llamarlas... extrañas. Él tenía otra explicación, una que no me gustó nada, daba miedo.

—¿Qué le dijo? —pregunta Baroja.

—Tonterías, era uno de esos periodicuchos malos que llena sus páginas con lo que sea. Yo no creo en resurrecciones, aparecidos y cosas así. Llevo mucho tiempo entre los muertos y los problemas siempre me los dan los vivos. El caso es que ese hombre había oído algo sobre la desaparición de cadáveres. No me pregunten dónde, porque yo sólo se lo cuento a la policía.

»Bueno, a lo que iba: él estuvo en Cuba en la guerra, no sé si de soldado o periodista. Supongo que de soldado, porque parecía más pobre que una rata. Cuando estuvo en la isla se enteró de que los negros tienen una mezcla de la religión católica y supersticiones africanas. Lo llaman "vudú". Decía que los negros tienen ritos para

resucitar a los muertos. No sé qué habría visto en Cuba ese hombre, pero parecía creerse todas esas historias.

En ese momento un fuerte golpe sobrecoge a los tres hombres. Al salir ven que el aire ha abierto la puerta de la caseta de herramientas, tirándolas al suelo. Nemesio se apresura a recogerlas y las mete dentro.

—¿Sabe cómo se llamaba ese periodista o dónde trabajaba?

—A ver si me acuerdo... Sí, se llamaba Rodrigo, pero no me dijo el apellido. Trabajaba en *Los Sucesos*, con ese nombre ya se imaginará lo que publica.

—¿Usted cree en esas cosas? —le pregunta Baroja.

—Si le digo la verdad, me asustó. Aquí, después de enterrar a la gente, las fosas comunes siguen abiertas. Muchas veces oigo algo que parecen murmullos. Esas noches me encierro en la casa.

—Soy médico —asegura Baroja—. Le diré que es cierto que los muertos provocan ruidos, pero es un efecto de los gases que suelta el cadáver. Tal como dice, puede parecer que estén masticando o murmurando algo.

El enterrador observa a Baroja y asiente.

—Si es médico sabrá muchas más cosas que un ignorante como yo. Lo que tengo claro es que el periodista creía en los ritos de los negros. Debía de haber visto algo en Cuba y temía que eso llegara a España. Dijo que iba a publicar varios artículos, pero supongo que al final no haría *na*. Tampoco creo que ustedes hagan algo. Ha dejado de llover, yo que ustedes aprovecharía. ¡Vayan con Dios!

Un pálido sol asoma entre los nubarrones grises. El terreno está embarrado y lleno de charcos. Avanzan con una lentitud pasmosa. Moverse por esa llanura convertida en un lodazal deja a los dos hombres sudorosos y agotados. Cuando llegan al lugar donde los dejó la tartana, Baroja patea el suelo para quitarse el barro de los zapatos.

—Me parece que nuestra siguiente parada es la facultad de Medicina —afirma Miguel rompiendo el silencio—. ¿Puede conseguir una entrevista con el rector?

Baroja, resoplando por el esfuerzo de la caminata, niega con la cabeza. Una ráfaga de aire gélido mueve una hilera de cipreses cercana. El frío intenso hace que el aliento de ambos hombres forme unas nubecillas que desaparecen casi al instante.

—Me parece que usted me sobreestima —señala Baroja tras tomar aliento—. Allí no tengo muchos amigos; bueno, en realidad, muchos amigos no tengo en ninguna parte. Cada uno es como es. En la facultad tuve problemas con los catedráticos.

Miguel le observa y sonríe.

—Parece usted un hombre tranquilo, pero detrás de esa apariencia hay alguien capaz de pelearse con medio mundo si llega el caso.

—Ya le he dicho que cada uno es como es —repite Baroja encogiéndose de hombros—. Supongo que soy, como dice usted, de la cáscara amarga.

—Sí, efectivamente.

—Con los catedráticos no hay nada que hacer. No le digo ya con el rector. Afortunadamente, lo que nos interesa es hablar con alguien que trabaje en el depósito de cadáveres. Suelo llevarme mal con los

de arriba, con los de abajo es otra cosa. Ya ve que soy un poco anarquista, más o menos.

»Cuando estudiaba simpaticé con un tal Sebastián, que trabajaba en el depósito. Nos encontramos por casualidad hace un tiempo y dije que iría a verle. Ahora es el encargado. Es un hombre afable y creo que puede ayudarnos a aclarar este asunto. Si le parece regresamos a Madrid, comemos algo y vamos a la facultad.

—Es un camino poco prometedor —murmura Miguel—, pero mejor eso que nada.

—Caminos prometedores hay pocos, por no decir ninguno.

En ese momento ven aparecer la tartana en el horizonte. El vehículo avanza dando unos bandazos que estremecen a los tres ocupantes.

—Le seré sincero —dice Miguel vacilante—, no me dio muy buena espina cuando le vi aquella madrugada en las Injurias. Sin embargo, me está siendo muy útil.

—Soy el primer sorprendido. Debe de haber pocas personas más sedentarias, apocadas y poco dadas a correr aventuras que yo. Pero ya ve, aquí estoy.

La tartana está ya junto a ellos, los viajeros bajan del vehículo antes de que Baroja y Miguel suban.

—Tal vez entre usted y yo no haya mucha diferencia —asegura Miguel subiendo al vehículo—. Dicen que para ser un buen agente hay que ser claro, directo y tener dotes de observación. El inspector dice que las tengo y usted también las posee. Esas cualidades sirven tan bien para un policía como para un escritor. Creo que acabará siendo uno de los buenos. ¿Qué quiere escribir?

—Sólo hay dos tipos de libros —explica Baroja sentándose frente a Miguel—. Están los que nos hacen olvidar la dura realidad para sumergirnos en un letargo. Ésa es la literatura de evasión. La otra es la que nos despierta. La que dice «así estamos y esto no puede ser». Ésa es la que cambia el mundo y es la mía.

—¿Es usted un revolucionario?

—No, no me hago ilusiones. Las revoluciones son un quítate tú que me pongo yo. Traen nuevos amos y nuevas palabras, pero las viejas miserias se mantienen. Le diría que soy anarquista, pero es mentira. No creo en el Estado, pero tampoco en su destrucción. Sólo tengo fe en ser un descreído.

Baroja calla cuando la tartana inicia la marcha hacia Madrid con ellos como únicos pasajeros. Una niebla vaga cubre los campos. La carretera parece una cinta ocre que cruza la llanura desolada. La ciudad se destaca en el horizonte bajo un cielo plomizo que da una sensación de profunda tristeza.

Miguel abre la puerta y contempla lo que llaman el «teatro de disecciones», un semicírculo formado por gradas orientadas hacia la mesa metálica que ocupa el centro de la sala. La estancia está sumergida en una penumbra que sólo se disipa junto a la mesa de disección. Allí un hombre se afana en recoger los restos de un cadáver para meterlos en unos recipientes metálicos. Las lámparas de gas, más que iluminar, parecen dibujar sombras en su rostro. Está tan ensimismado en su labor que ni siquiera percibe la presencia de los intrusos hasta que se sitúan junto a él.

—Sebastián, dije que vendría a verle y ya sabe que cumplo mi palabra —dice Baroja con una cordialidad que sorprende a Miguel.

El hombre se da la vuelta y entorna los ojos. El asombro inicial no tarda en dejar paso a una leve sonrisa.

—Creí que no lo haría, esas cosas se dicen, pero al final... ya sabe cómo es la vida moderna, todo ajetreo —dice tras sumergir las manos cubiertas de sangre en un cubo de agua que hay sobre la mesa—. Usted siempre ha sido especial, don Pío. Se peleaba con los catedráticos, pero era amable con los que trabajamos aquí, algo que puede decirse sólo de muy pocos, por no decir de ninguno.

—Me alegra oír eso.

—Recuerdo eso y más cosas. No hablaba mucho, pero se las apañaba para pelearse con todo el mundo —continúa Sebastián, mirando a Miguel—. Le tenían ojeriza don José de Letamendi y don Benito Hernando, no sé si alguno más. Por eso se fue a Valencia para acabar sus estudios. ¿No es así?

—Sí, exacto. ¿Qué ha sido de ellos?

—Los dos se han jubilado, gracias a Dios.

—No creo que nadie vaya a echarlos de menos.

—Eso es verdad —concluye Sebastián secándose las manos con un trapo.

—Vengo a pedirle un favor. —La voz de Baroja suena indecisa—. Mire, tengo un amigo que falleció hace un mes. Estaba enterrado en el cementerio de la Almudena y su cadáver ha desaparecido. La viuda encontró la fosa abierta y el enterrador nos ha dicho que hay ladrones que venden los cuerpos a la facultad. No queremos perseguir a las personas que están detrás de este asunto, sólo saber qué pasó con el muerto y recuperarlo si es posible.

—Entiendo —asegura Sebastián pesaroso—. Lo mejor es que me acompañen.

Los tres hombres salen del teatro de disección y comienzan a recorrer un largo pasillo. Una sensación de inquietud se va apoderando de Baroja. Sebastián abre la puerta situada al final y ante ellos aparece una escena de pesadilla.

—Ver es creer, así no tengo que explicarles nada.

En el centro del cuarto hay un pequeño carro en el que se amontonan una docena de cadáveres que presentan un aspecto consumido y amarillento. Dos hombres los descargan cogiéndolos de los pies. Al hacerlo, un cráneo golpea con el suelo provocando un ruido desagradable. Después los arrastran por el suelo hasta situarlos frente a unas cámaras frigoríficas.

—Como pueden ver, ahora mismo tenemos de sobra, pero hace unos años era muy distinto. Es cierto que esas cosas pasaban antes. Esto se lo digo a usted en confianza, pero si me lo pregunta alguien lo negaré con todas mis fuerzas. Patricio, el anterior encargado, nunca me contó nada, pero oí rumores. Sé que pagaban bien y los sacaban del cementerio de la Almudena, hasta que alguien fue con el cuento a la policía.

»Incluso salió alguna noticia en *Los Sucesos*, un periodicucho que sólo publica historias de crímenes, robos, adulterios... cosas así. Aquí vino un periodista, un tal Roberto, haciendo preguntas, pero, claro, ya sabe lo que pasa en estos casos. Nadie sabe nada.

»Al final, la sangre no llegó al río. Como siempre, cargaron el muerto a los de abajo. Por eso echaron a Patricio y a un ayudante que llevaba dos meses trabajando. Las investigaciones de la policía apuntaban, como es normal, a mucho más alto.

—¿Quiénes cree que estaban detrás? —pregunta Baroja.

Patricio titubea y se encoge de hombros.

—Yo qué sé. Se decía que algunos catedráticos e incluso el rector estaban en el ajo. Después de ese escándalo se llegó a un acuerdo con los hospitales para que mandasen a la facultad los cadáveres que nadie reclama.

—¿Sabe si ese periodista averiguó algo?

—Ni idea —asegura Sebastián encogiéndose de hombros—. No volví a verle.

—Muchas gracias, todo lo que dice cuadra con lo que intuí en mi época de estudiante. Esto no es una facultad de Medicina, es una cueva de ladrones y gentuza.

Baroja avanza con las manos a la espalda por el corredor que lleva a la salida. Parece absorto en sus pensamientos hasta que se vuelve hacia Miguel.

—Si nadie compra cadáveres —manifiesta Baroja—, ¿quién desenterró a Rinaldi y con qué fin?

Miguel suspira profundamente.

—Hay que encontrar a ese periodista. Tal vez él sepa algo más. Es una posibilidad remota, pero no debemos dejarla de lado. Usted conoce el mundillo de la prensa y podrá dar con él sin problemas.

—Mucho me temo que me sobreestima de nuevo. Sólo he conseguido colocar algunos artículos en *El Heraldo* gracias a mi hermano. Puedo preguntar, pero no se haga muchas ilusiones.

—Estupendo. Mañana me ha citado el inspector para que le informe de las novedades. Después iremos a ver al comisario. Así

que no puedo acompañarle. Además, ese tal Roberto se sentirá más a gusto hablando con alguien de su mundo. Lo importante es seguir avanzando.

—Espero que avancemos, pero no hacia un abismo —concluye Baroja.

7

Sábado, 7 de abril, por la mañana

En la sede de *Los Sucesos* huele a papel y tinta. Apoyados en el muro hay paquetes de periódicos que no se han podido vender. En un rincón, un gato se despereza al ver a Baroja y le observa con asombro. Tres jóvenes redactores conversan en un corrillo al fondo de la sala sin advertir su presencia. De pie, leyendo un artículo, está el hombre de mayor edad. Baroja se acerca a él suponiendo que será el redactor jefe de esa minúscula plantilla. El periodista, cuando acaba de leer el escrito, le lanza una mirada desconfiada.

—¿Qué desea, caballero?

—Buenas tardes —responde Baroja—, estoy buscando a Roberto, uno de los redactores de este periódico. Estuvo trabajando aquí hace un tiempo, no sé si seguirá en la plantilla.

—¿Para qué quiere hablar con él? —pregunta perplejo.

—Es un asunto personal. Sé que ha escrito varios artículos sobre un tema que me interesa y me gustaría hablar con él.

—¿Qué asunto es ése? —insiste.

—Es algo peculiar... —Baroja titubea—. Soy médico y sé que estuvo investigando sobre la desaparición de cadáveres en el cementerio.

—¿Robo de cadáveres? —dice haciendo una mueca de asco—. No tenía ni idea de que habíamos publicado algo así. Al final la gente va a llevar razón cuando dice que sacamos cualquier porquería. A ese chico le encantan las cosas así. ¡Roberto! —grita volviéndose hacia el grupo de periodistas que charla al fondo de la sala—. Este señor quiere hablar contigo sobre no sé qué de unos muertos.

Un joven deja de hablar con sus compañeros para acercarse a donde se encuentra Baroja. Es muy delgado, pálido, con gafas de miope y grandes entradas a pesar de su juventud.

—¿Qué se le ofrece? —pregunta con voz aguda.

—He sabido que estuvo investigando la desaparición de cadáveres en el cementerio de la Almudena.

—Sí, así fue, pero hace bastante tiempo.

Roberto se quita las gafas y comienza a limpiarlas con un pañuelo que saca del bolsillo.

—Exacto. Me han dicho que estuvo haciendo preguntas en la facultad de Medicina y que publicó varias informaciones sobre el asunto.

—Ignoraba que tenía un admirador siguiendo mis artículos —asegura esbozando una sonrisa—. Aquí casi todo lo que sacamos son noticias raras, asquerosas o las dos cosas. Ésa se llevaba la palma. Era un asunto tan llamativo como peligroso.

—¿Peligroso? —pregunta Baroja perplejo.

—Sí, peligroso. En eso tenía que estar implicada gente importante, puede que algunos catedráticos o el mismo rector. Peces gordos. Si uno se pone a pescar debe tener cuidado porque el mar está lleno de tiburones. No sé si me entiende.

—Sí, claro.

—Traté de entrevistar a algún catedrático, pero cuando hablaba de los cadáveres todos me dejaban plantado. ¿Ha leído nuestro periódico?

Baroja niega con la cabeza.

—Pues es lo mejor que puede hacer. Publicamos todo tipo de historias truculentas, cuanto más llamativas mejor. Lo del robo de cadáveres era algo muy a propósito para nuestras páginas. Un filón, pero no pude sacar mucho, sólo un par de breves artículos.

»Eran sólo insinuaciones, pero dio lo mismo. Una noche, cuando estaba a punto de llegar a la pensión donde vivo, un par de matones me amenazaron para que no siguiera escribiendo. Sólo me dieron unos puñetazos, pero con eso me valió.

—¿No publicó nada más?

—¿Cree que estoy loco? —responde indignado—. No tengo madera de héroe. Mucho menos con los cuatro duros que me pagan. Ya le digo que apenas comencé a investigar me taparon la boca. Pero estoy seguro de que en la facultad se compraban cadáveres y que eso tenía la autorización de gente importante.

—Hace unas semanas desapareció otro cadáver.

—No tenía ni idea —dice Roberto perplejo—. ¿Está seguro?

—Sí, el cuerpo era de un tal Juan Rinaldi. El enterrador encontró la tumba abierta al día siguiente. Sospecha que están robando cadáveres de nuevo. Lo sorprendente es que en la facultad de Medicina ahora tienen cuerpos de sobra.

Roberto ladea la cabeza, por un momento permanece absorto en sus pensamientos.

—Cuando investigué la desaparición de los cadáveres exploré otra vía. Algo muy extraño, pero que se avenía al tipo de historias que

publicamos en nuestro periódico.

—¿Qué es eso tan extraño?

—Estuve luchando en Cuba, allí oí hablar de un culto raro —asegura Roberto en un susurro—. Lo llaman «vudú». Es una especie de... No sé si llamarlo «religión»; es una mezcla de cristianismo y mitos africanos. También tiene una parte de brujería, magia negra, llámelo como quiera. Eso venía de Haití, donde ese culto tiene mucho poder.

»En el Caribe creen que con esos ritos pueden matar a alguien. Para realizarlos necesitan un objeto que esté en contacto con la víctima. Debe ser algo de uso habitual o bien que forme parte de él como el pelo o un objeto personal.

—¿Un anillo? —pregunta Baroja acordándose de la joya que llevaba la muerta de las Injurias.

—Sí, exacto, siempre que lo lleve de continuo. Mediante ese objeto unen a la persona con un muñeco que la representa. Una vez que realizan los ritos, si, por ejemplo, le clavan un puñal en el corazón muere, después pueden resucitarlo. Pero ya no es la persona de antes, es algo que no está ni vivo ni muerto. El cadáver queda sometido a la voluntad de la persona que lo resucitó.

—¿Usted cree en esas cosas?

—No, sólo le cuento lo que oí en Cuba. Pero es cierto que pasaban cosas inexplicables. No me malinterprete, no soy un ingenuo. Todo lo contrario, después de la guerra no creo en Dios, ni en el diablo, ni, por supuesto, en el hombre. Es posible que utilicen los cadáveres para hacer sus extraños ritos.

—Eso no me sirve de mucho.

—Ya me imagino —asegura Roberto encogiéndose de hombros—. Pero si quiere saber más no tiene que hablar conmigo. Vaya a hablar con Moreira, un cubano que vino aquí cuando acabó la guerra. Fue esclavo y, entre otras muchas cosas, hace ritos de santería. Es también una mezcla de cristianismo y ritos africanos, pero no es tan oscuro como el vudú. Es posible que no quiera hablar con usted, no le gustan los curiosos.

—¿Dónde puedo encontrarle?

Roberto no responde enseguida.

—Cuando hablé con él vivía en una casucha de madera en las Cambroneras. No sé si seguirá viviendo allí. En realidad, ni siquiera sé si seguirá vivo. Tenga cuidado. No vaya solo, es más, si quiere un consejo, no vaya. Moreira es un tipo raro... raro y peligroso. Dicen que ha matado a once hombres con un machete que trajo de Cuba.

—¿Cree que ese hombre puede ser un asesino?

El periodista asiente con la cabeza.

—Él alardea de eso, no sé si será verdad. Moreira me parece un tipo capaz de cualquier cosa: robar, matar o vender cadáveres. Es alto, fuerte y con una mirada de loco que asusta. Parece un diablo. Tiene toda la espalda llena de latigazos de sus tiempos de esclavo. Le advierto que ese hombre sólo le va a traer problemas.

Sábado, 7 de abril, por la tarde

Miguel y Baroja pasan junto a la estación Imperial, que, a pesar del pomposo nombre, es sólo un apeadero para el ganado. El nombre oficial contrasta con el popular: la estación de las Pulgas. En el suelo

hay montones de carbón; un poco más allá están los depósitos de agua, almacenes y talleres por los que vaga una pequeña tropa de ferroviarios. Tras dejar atrás la estación contemplan el barrio de las Cambroneras.

Hay quien dice que el lugar está maldito. Que todo el que entra allí, tarde o temprano acaba mal. Viendo la sórdida estampa de las barracas y chamizos no cabe la menor duda de que ha de ser así. Las chozas están hechas con escombros, desechos, madera, adobes o piedras del cercano río. Casi todas tienen techos de cañizo, algo que da al poblado un tono primitivo, de vivienda celta o íbera, como si esa estética tosca advirtiera que allí sólo sobreviven los más duros, los más rústicos y los más salvajes. Baroja y Miguel guardan silencio al contemplar desde la cumbre del cerro esa miseria.

Bajan el talud, árido y pedregoso, para adentrarse en el poblado. Los rostros de los habitantes ofrecen un aspecto tan lamentable como las viviendas. Gran parte de ellos son gitanos de rasgos duros esculpidos por el hambre y la desdicha. Los más jóvenes lucen la mirada dura del jaque, los más viejos la triste del vencido por la vida. No faltan los de aspecto enfermizo o cadavérico.

Miguel ve a un hombre que carga las alforjas de un burro y se dirige hacia él.

—Estoy buscando a un tal Moreira. Me han dicho que vive por aquí.

—¿Para qué le busca? —pregunta el hombre desconfiado.

—Necesito su ayuda, mi hermano estuvo luchando en Cuba y no volvió —miente Miguel—. Me dijeron que puede saber algo de él.

—Me extraña mucho que ese hombre pueda ayudarle en algo. *Usté* sabrá. ¿Ve esa choza? —El hombre señala una de las más

alejadas—. Vive allí. A estas horas estará borracho. Le gusta mucho la botella. Tenga cuidado, es un mal bicho. Depende de cómo le pille... Lo mismo le trata bien que intenta darle un machetazo.

Al correr la estera que hace de puerta aparece ante sus ojos un cuartucho inmundo. Un jergón, una caja de madera y una silla son todo el mobiliario del lugar. Huele a un guiso de olor repugnante que se cuece a fuego lento en un puchero. Las pequeñas llamas iluminan la figura de un hombre casi oculto por las sombras. Al oír que alguien ha entrado se vuelve hacia los intrusos y avanza hacia ellos resuelto.

La ancha espalda tensa el tejido de una camisa tan ajada por el uso que tiene remiendos en los codos. La piel, muy oscura, contrasta con el blanco amarillento de la prenda. El rostro, de rasgos duros y con marcas de viruela, parece tallado por un cincel. Un parche de cuero cubre el ojo izquierdo. El ojo sano los observa fijamente con un destello de locura.

—¿Qué quieren? —pregunta Moreira con un tono desafiante—. ¿A qué vienen aquí?

Debe de tener unos sesenta años, pero su cuerpo aún es poderoso.

—Nos han dicho que puede ayudarnos.

—Ya no ayudo a nadie, eso era antes —dice haciendo un gesto de desprecio con las manos—. Ahora sólo resuelvo mis problemas y, a veces, ni eso puedo. ¡Fuera de mi casa!

Moreira les da la espalda para remover el guiso. Tras probar una cucharada lo escupe. Se pasa el dorso de la mano por el labio y

vuelve a observar a los intrusos. Las llamas hacen resplandecer un machete que cuelga de la pared encima del fuego.

—¿Que hacen aquí? ¿No les he dicho que se vayan?

—¿Qué sabe del «vudú»? —pregunta Baroja.

Moreira da un respingo y observa a los dos hombres sorprendido.

—¿Quién les ha hablado de eso?

—Un amigo común —asegura Miguel firme—. Nos ha dicho que sabe de esas cosas.

—Yo no tengo amigos y usted debería cuidarse de esos amigos si le mandan aquí —advierte con desprecio—. No sé qué quieren, pero les daré un consejo: dejen esos asuntos. Si ese hombre les ha hablado del «vudú» es que no es amigo.

—Es algo importante, tiene que ver con un asesinato —insiste Miguel.

—La muerte no es algo importante —afirma Moreira haciendo un aspaviento con la mano—. Hubo un tiempo en que me dediqué a la santería. Pedía a los *orishas* que intervinieran a favor de alguien, que les facilitase la vida o consiguieran el amor. A eso lo llaman «magia blanca», pero hace ya mucho tiempo. Entonces era joven. Después me dediqué a otras cosas. Algo muy tenebroso. Hace unos años un haitiano trató de mostrarme sus conocimientos. Pero esa magia era mala... y peligrosa.

Moreira echa algunos condimentos que tiene en latas junto a la cazuela y vuelve a remover el contenido con una cuchara de madera.

—¿Quieren un consejo? —pregunta volviéndose hacia ellos—. Olvídense de todo eso. No sé cuánto saben, pero cuanto menos mejor. Ahora váyanse.

A la luz de la fogata su rostro adquiere una tonalidad que oscila entre el negro y el rojo. Cuando se vuelve, Miguel ve que tiene una expresión torva, como si sintiera que algo le amenaza.

—¿No les he dicho que se vayan? ¡Yo no sé nada!

—Estoy dispuesto a pagar por la información —afirma Baroja sacando unos billetes de su cartera—. Aquí tengo veinte pesetas, son suyas si nos dice todo lo que sabe.

Moreira titubea un instante, pero no tarda en coger el dinero. Tras contarlo vuelve junto al fuego.

—La palabra «vudú» significa «espíritu», pero el espíritu que anida en esas creencias es malvado. No tiene nada que ver con los *orishas* de la santería cubana, que son como los santos cristianos y ayudan a la gente. Ese culto pretende endemoniarlos, maldecirlos, matarlos... Incluso volver a la vida a los muertos convertidos en esclavos del hombre que los hechizó.

—Tenemos un testigo que asegura que vio morir a un hombre y asistió a su entierro —aclara Baroja—. Un mes después otra persona le identificó en un lugar donde se cometió un asesinato. Por si fuera poco, una mujer dice haberlo visto hace unos días cerca de la Puerta de Toledo, no muy lejos de aquí.

—¿Qué aspecto tenía?

—Estaba más pálido y delgado. Según ella, parecía un cadáver —dice Miguel—. Aunque había sido un hombre elegante vestía como un mendigo.

Moreira suelta un suspiro y se muerde el labio inferior.

—Ese hombre que busca ya no existe, lo que vio esa mujer fue otra cosa. Una vez resucitado, el cadáver queda sometido a la

voluntad de la persona que le devuelve la vida. Deben buscar a un bokor, que es como se llama a los hechiceros «vudú».

—¿Dónde podemos encontrar a uno? —pregunta Baroja.

—No pueden, o al menos yo no lo sé. Hace unos diez años vino uno de Haití. Era un mal bicho. A él le debo esto —dice señalándose el parche del ojo—. Acabó mal, dicen que le cortaron la cabeza. También he oído que sigue vivo, pero oculto. Mi consejo es que no se metan en esos asuntos o acabarán como él. Eso es lo poco que sé, no puedo decirles más.

El hombre saca el puchero del fuego y lo prueba. Al hacerlo hace un gesto de aprobación.

—Ahora, déjenme en paz, tengo que comer.

Al abandonar la choza de Moreira una racha de aire hace volar la boina de Baroja. Tras recogerla del suelo limpia el polvo dándole unos manotazos.

—Creo que esto es un callejón sin salida —asegura mientras se la vuelve a encajar.

—Sí, buscar a ese haitiano es una locura —concluye Miguel.

—Desde el primer momento todo esto de los ritos caribeños, la magia, en fin, todas esas tonterías, me ha parecido un engañabobos —manifiesta Baroja—. Al menos ha servido para visitar estos andurriales. Eso lo tenía pendiente. Creo que lo que debemos aplicar es el rasero de Ockham. ¿Lo conoce?

—Sí, claro —responde Miguel—. Si dos hipótesis tratan de explicar algo la más sencilla es la más probable.

—Exacto. La muerte y reaparición de Rinaldi se pueden explicar de dos maneras: una con esos estrafalarios ritos de vudú; la otra, con la ciencia. En este caso hay dos opciones: que ese hombre sufriera un ataque de catalepsia o fuera víctima de una sobredosis de morfina. En ambos casos se pierde sensibilidad y movilidad. Las constantes vitales son tan bajas que puede creerse que la persona está muerta. En el caso de Rinaldi, al estar en una fosa común con sólo unos dedos de tierra encima, no le costaría salir de la tumba. Es la única explicación racional del caso.

—También es posible que simulase su muerte —asegura Miguel—. El casero de Rinaldi nos dijo que tras su muerte aparecieron unos matones buscándole. Tal vez tuviera una deuda con ellos. Simular el fallecimiento le evitaba pagar. Es otra posibilidad.

El rostro de Baroja se muestra pensativo, pero asiente.

—Si es así, tras salir de la tumba decidió ocultarse —asegura éste —. Hasta que alguien le encontró y le condujo al Retiro y, cuando vio a la policía, a las Injurias. Allí asesinó a Carmen. Rinaldi consiguió huir y desde entonces se esconde. Ese aspecto miserable que describió La Fornarina es sólo una manera de camuflarse.

—Sí, es probable que sea tal como usted asegura —dice Miguel.

—Creo que hay dos caminos a seguir —continúa Baroja—. Uno sería localizar a ese socio y amigo de Rinaldi, el actor Mateo López. La Fornarina cree que estuvo trabajando en el teatro Barbieri. Tal vez allí puedan decirnos algo. El otro es buscar a Rinaldi en las Injurias. Consuelo dijo que estaba anocheciendo cuando le vio salir por la Puerta de Toledo. Mucha gente va a pasar la noche a una casa de dormir de las que hay por allí. Sólo cuestan unos céntimos, la más grande y popular es una que se llama las Casas del Cabrero.

—Volvemos al lugar donde nos conocimos —asegura Miguel.

»Este asunto es una pescadilla que se muerde la cola. Mañana por la mañana iremos al Barbieri. Su dueño es un tal Dávila, un pájaro. En la comisaría le conocemos bien. No creo que nos vaya a decir nada porque odia a la policía.

—En ese caso es preferible que vaya yo solo. Me haré pasar por empresario teatral y trataré de sonsacarle todo lo que pueda.

Miguel medita la propuesta unos instantes.

—Me parece perfecto —afirma asintiendo—. Por la tarde será el turno de visitar las Casas del Cabrero. Le espero a las cinco de la tarde en la Puerta de Toledo.

8

Domingo, 8 de abril

Aún no es mediodía, pero siente un calor intenso mientras camina por la Ribera de Curtidores. Madrid es así, en primavera tiene cambios bruscos de tiempo. El sol calienta con fuerza por primera vez en semanas, la muchedumbre que le rodea incrementa aún más la temperatura. Es domingo y se ha levantado pronto, así que ha decidido dar un paseo por El Rastro, que está de paso hacia el teatro Barbieri. El popular mercadillo, con sus cientos de tenderetes, está ya sumergido en un bullicio atronador.

Allí se vende de todo: ropa vieja, muebles averiados, tapices de colores mustios, cuadros añosos, comestibles de aspecto malsano, libros de saldo, antigüedades recién fabricadas, uniformes y medallas de guerras añejas, relojes rotos, animales... un batiburrillo de objetos que se ofrecen a la mirada curiosa del público.

Los compradores alternan en su mirada el desinterés con el embeleso. Los tenderos vocean su mercancía para atraer a la gente. Casi todos utilizan una simpatía forzada que muda en enfado cuando no consiguen vender la pieza. El Rastro es un caos de voces, de personas, de palabras huecas, de esperanzas, de frustraciones.

Le desagradan las multitudes y las aglomeraciones, pero ese mercadillo popular es novelesco. Hay una concurrencia de tipos humanos: el chulo, el golfillo, el burgués, la señora respetable, el obrero endomingado... Predomina de manera avasalladora el elemento popular con sus gorras, alpargatas, pantalones remendados y chaquetas raídas. Eso sí, todo limpio, como si esa pulcritud fuera una última línea de defensa de la dignidad.

Al calor y el tumulto hay que sumar la peste de las fábricas de curtidos. Cerca están el matadero y las pieles de los animales sacrificados. Allí se curten al sol en unas construcciones de madera de cuatro pisos que sueltan un tufo desagradable a carne descompuesta.

Abandona la Ribera de Curtidores y comienza a deambular por las calles de alrededor, que están casi tan animadas. Aunque Lavapiés es un barrio popular, en El Rastro se oyen todas las voces: la fina de las señoritas, la aguardentosa de los traperos, el argot de la delincuencia o las expresiones pacatas de las beatas que acaban de salir de la parroquia de San Millán. Ese barrio del viejo Madrid es un entramado de calles estrechas, empinadas, laberínticas y, sobre todo, sucias. Encima de los adoquines se ven hojas de periódicos, colillas, papeles, botes de conserva vacíos, mondas de patata y restos de verduras.

Levanta la vista y ve en la esquina el cartel con el nombre de la calle: PRIMAVERA. Está ya muy cerca de su destino; sigue avanzando hasta contemplar la modesta fachada del teatro Barbieri. Sabe que fue abierto hace veinte años y nunca ha sido uno de esos locales suntuosos donde se exhiben los mejores espectáculos. Allí no acude la gente principal luciendo sus mejores galas para ver y ser vista.

Todo lo contrario, basta echar un vistazo a la pintura ajada de las paredes para tener la certeza de que sus orígenes debieron de ser humildes, pero desde su apertura ha ido a peor.

Muchos de sus amigos bohemios visitan el Barbieri. Por ellos sabe que Dávila es un antiguo actor metido a empresario. Compró el teatro hace cuatro años con el dinero obtenido de sus negocios sucios. Desde entonces, además de como teatro, funciona como café cantante, teatro de variedades, cinematógrafo, e incluso como cabaret o sala de baile. Tal como le ha dicho Miguel, tiene problemas con la ley. La policía ha hecho redadas en el local por prostitución y venta de sustancias prohibidas. ¿Puede que una de éstas sea la morfina? Habrá que averiguarlo.

El empresario hace un buen dinero atrayendo a un público popular más atento a la escasa vestimenta de las actrices que a la calidad del libreto. Casi todas las obras que se ven allí se caracterizan por diálogos repletos de juegos de palabras, dobles sentidos y actrices que interpretan canciones ligeras de ropa. A ese batiburrillo lo llaman el «género ínfimo», y, en ese campo, el Barbieri es el rey.

Al atardecer, en su fachada habrá una multitud haciendo cola, pero en ese momento la calle está vacía. Hay cuatro portones de madera pintados de un intenso marrón que contrasta con el color desvaído de los muros. Sólo uno de ellos está abierto, así que se dirige hacia él. Entra y suelta un suspiro de alivio al ver que allí hace un fresco agradable, muy diferente a la carolina del exterior. Sonríe: tal vez eso sea un signo de que su suerte puede cambiar.

Avanza por el pasillo central que divide el patio de butacas. La sala emana un olor a madera vieja y jabón barato. En el escenario, una pareja de jóvenes recita su papel mientras un sujeto calvo observa el ensayo desde la segunda fila.

Mientras Baroja avanza, eleva la vista y observa la curiosa bóveda de hierro y cristal que cubre la sala y que ya ha quedado anticuada, como la decoración de estilo pompeyano, que tuvo su mejor momento hace mucho tiempo. Los muros están descoloridos, con roces, agujeros y desgarraduras en las partes cubiertas con papel pintado. Se mire donde se mire, el local transmite una inevitable sensación de decadencia.

El ruido de sus zapatos hace crujir las tablas gastadas del suelo, y el sujeto que observa la obra se pone en pie para volverse hacia Baroja. Al hacerlo, su rostro se ilumina levemente con la luz de las lámparas de gas del escenario, que muestran a un hombre de unos cincuenta años casi calvo y con el pelo blanco en las sienes. Los ojos pequeños, entrecerrados, observan al extraño con una mirada suspicaz en la que es fácil detectar el brillo del depredador.

Su aspecto se corresponde punto por punto con la descripción que le han dado. Daniel Dávila tiene fama de ser un déspota a medio camino entre el matón y el chulo de mancebía. Paga cuatro duros a los actores, algo que no los libra de sufrir desprecios sin fin, en particular a las actrices, a las que presiona para que se acuesten con él. Incluso dicen que, a veces, ha ejercido de proxeneta y que su salón de baile es un burdel encubierto. La maldad está impresa en un rostro de rasgos duros que escruta con un ademán chulesco. Sus dedos gordos y cubiertos de anillos de oro retiran el puro a medio fumar que tiene en los labios antes de dirigirse a Baroja.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —pregunta enfurecido con voz grave.

—Supongo que usted es el señor Dávila.

El hombre asiente y se muerde el labio inferior.

—Soy empresario teatral en Valladolid, estoy montando una obra y me gustaría contratar a Mateo López —miente Baroja—. Algunos amigos me han hablado maravillas de él. Si no me equivoco, forma parte de su compañía. Por supuesto, estaría dispuesto a indemnizarle generosamente por prescindir de él.

—¿Mateo? Hace tiempo que no trabaja aquí —asegura el empresario perplejo—. Espere un momento. ¡Callaos de una vez! ¡No veis que estoy hablando con este señor! —grita a la pareja de actores, que sigue ensayando—. ¡Sois la vergüenza de la profesión! ¡Y eso que este gremio está lleno de inútiles! He conocido a muchos actores malos, pero creo que a ninguno tan malo como vosotros. Sois lo peor de lo peor. Descansad un poco y dejadme tranquilo. ¿No me oís?

Los jóvenes abandonan el escenario mientras Dávila suelta un bufido y tira la colilla del puro al suelo.

—¡No sé cómo se me ocurrió escoger esta profesión de locos! —maldice haciendo un aspaviento de enfado—. Esta tarde tenemos dos funciones y ya ve cómo está la cosa. Si no nos apedrean hoy es que no lo van a hacer nunca. En fin, me preguntaba por Mateo, no puedo decirle mucho. Desapareció de aquí en febrero. Por lo visto, quería montar un negocio con un amigo suyo, un italiano. Así, de un día para otro; además, se llevó a otra de las actrices de mi compañía, Amparo, una chica muy guapa. Me dejaron tirado. No sé cómo les irá, supongo que bien, porque no han vuelto a actuar.

—¿Está seguro de eso?

—Sí, éste es un mundillo pequeño en el que todos nos conocemos.

—Me han hablado también de una actriz muy buena, Carmen Fernández. Es posible que la conozca, me han dicho que trabajó en su teatro. ¿Se acuerda de ella?

Al oír ese nombre, en el rostro de Dávila aparece un gesto de desprecio.

—Claro que me acuerdo. No sé quién le habrá dicho que es buena actriz. Es cierto que es muy guapa —confirma asintiendo con la cabeza—. Hizo aquí varios papeles, pequeños, porque es muy mala. Aquí el nivel está por los suelos, pero Carmen era de las peores. Si la contraté fue más porque Amparo, la novia de Mateo, era muy amiga suya. No me dejó en paz hasta que le di un papel. Aquí tenemos algo bueno: el público está más pendiente de las piernas de las actrices que de otra cosa, y las suyas eran estupendas.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Mateo o Amparo?

—Ni idea. Mateo era un caso raro. En este oficio abunda la gente que está a verlas venir, pero ese chico era una excepción. Su padre era notario y le dejó un buen dinero que dedicó a derrochar en mujeres, tabernas y timbas de cartas. Un elemento, vamos. Nunca me he explicado por qué un hombre con la vida resuelta se mete en este gremio, pero bueno, ¡hay gente para todo! He oído cosas sobre esa pareja...

—¿Qué es lo que ha oído? —pregunta Baroja frunciendo el entrecejo.

—Ya sabe, rumores, cotilleos... quizá sean mentiras —dice el empresario, que titubea un instante—. Ya no actúan, pero se han

montado un teatrillo. Me explico: simulan ser gente con dinero. Amparo se deja seducir por un caballero rico y después lo extorsionan para no revelar la relación a su esposa. Antes eran actores, ahora chantajistas. No sé cómo, pero han conseguido introducirse en las fiestas de la alta sociedad. Es de allí de donde sacan a los primos a los que extorsionan.

»En esta profesión somos como somos, todo está lleno de embustes, rencillas y envidias; por eso no me creo una palabra. Lo que sé con certeza es que vivían en el número quince de la calle Barquillo: era la casa del padre de Mateo antes de que muriese. Ahora, si me perdona, debo continuar con los ensayos.

El hombre sube al escenario y desaparece detrás del decorado. Baroja abandona la sala, y cuando está a punto de salir al exterior ve que en una esquina hay varios carteles con las obras que ya han representado junto a una silla rota. Debe de ser basura para tirar. Los examina y no tarda en encontrar lo que busca, el de una obra titulada *El lobo y la zorra*. En la parte superior están las fotos de los actores principales con sus nombres: Mateo López y Amparo Morales.

Coge el cartel y lo enrolla mientras sonríe. La mañana no ha podido darse mejor.

Baroja y Miguel están ya muy lejos de la Puerta de Toledo, pero aún pueden oír las campanas de la iglesia de San Millán y San Cayetano mientras se adentran en las primeras casas de las Injurias. Son unas chozas construidas con palitroques y tablones mugrientos, en cuyo interior ven a gente durmiendo sobre esteras sucias. Alrededor de

las viviendas pululan chiquillos semidesnudos de piel renegrida con la mirada triste del hambre.

El viento, cargado de polvo, azota el barranco estéril que se precipita hacia el Manzanares. En el horizonte el sol va ocultándose y el cielo adquiere una tonalidad más oscura. Baroja extiende el brazo derecho y señala unas casas bajas de aspecto miserable en el límite de la barriada.

—Las Casas del Cabrero son ésas.

—¿Por qué se llaman así? —pregunta Miguel.

—Le podría decir que porque vivía un cabrero y guardaba su rebaño. La verdad es que no tengo ni idea.

Miguel sonríe y al hacerlo muestra una hilera de dientes amarillentos. Baroja se vuelve hacia él.

—Lo que sí le puedo decir es cómo son esas casas de dormir. Estuve visitando una. ¡Menuda experiencia! No volveré a pisar ninguna más. La entrada era un pasillo largo y lóbrego que tenía el tufo insoportable de la miseria. A lo largo del pasillo hay cuartos sin apenas ventilación. Dentro de ellos duermen docenas de miserables, pegados unos contra otros, disputándose el escaso espacio. Por pasar la noche en ese cuchitril pagan unos céntimos. A pesar de todo, es mejor que dormir al raso, sobre todo en los días fríos de invierno.

Baroja calla cuando contemplan al reguero de menesterosos que vuelve a su morada tras haberse ganado la vida un día más en las calles de la ciudad de cualquier manera. No tardan en alcanzar las Casas del Cabrero, que en la cercanía tienen un aspecto aún peor. La cal que reviste los ladrillos de adobe está sucia, pero en muchas partes se ha desmoronado. Sobre un gran portón que permanece

cerrado hay escritas con letras negras e irregulares tres palabras: CASA DE DORMIR.

Frente a la puerta hay una columna de mendigos con barba enmarañada y ojos esquivos, mujeres borrachas con rostro de arpía, randas jóvenes de aspecto amenazante, viejos con la mirada perdida del alcohólico. El sol, a punto de extinguirse, dibuja largas sombras en los rostros.

Miguel comienza a examinar a los que están en la cabeza de la columna. Baroja le da un codazo cuando apenas han visto a media docena de sujetos.

—Es él. Se ha dejado barba y lleva el pelo muy largo, pero estoy seguro de que es él —dice señalando a un sujeto con un leve parecido a Rinaldi—. Esa mirada chulesca es inconfundible.

El hombre ocupa uno de los últimos puestos de la fila. Comienzan a acercarse tratando de no levantar sospechas. Baroja duda. La barba, el pelo revuelto, las ropas sucias, todo tiene poco que ver con el hombre de la ficha policial. Ese aspecto tan envilecido no cuadra con alguien capaz de seducir a una belleza como Carmen.

Rinaldi levanta la vista y ve a esos dos hombres que se acercan hacia él. Su aspecto atildado sólo puede significar una amenaza. De inmediato, una mueca de terror se dibuja en su rostro y El Italiano comienza a correr en dirección contraria.

—Policía, deténgase. ¡Alto a la autoridad! —grita Miguel sin que Rinaldi se digne siquiera a volver la cabeza.

A pesar de su aspecto macilento, El Italiano corre con una sorprendente rapidez. Miguel maldice su falta de pericia, deberían haber sido más cautos. Lo tenían casi al alcance de la mano. Salen corriendo tras él, pero pronto comienza a distanciarse de ellos.

La cuesta que sube de las Injurias a la Puerta de Toledo es leve, pero cuando llevan unos minutos corriendo sienten cómo les arden los pulmones. Baroja advierte que su respiración se va convirtiendo en un resuello lastimero. Miguel nota un dolor cada vez más intenso en el tobillo que se dañó bajando el talud de las Injurias. Aun así, continúan corriendo tras el fugitivo.

El sudor les empapa la espalda cuando cruzan la Puerta de Toledo y se sumergen en las calles de Madrid. Se detienen en la plazoleta levemente iluminada por las farolas de gas. Mientras toman aliento ven que el fugitivo ha desaparecido. De la plaza salen dos calles: la de la Paloma y la de Toledo. El Italiano puede haber tomado cualquiera.

—¿Por dónde habrá ido? —pregunta Miguel.

Baroja no sabe qué decir. A esas horas sólo se ven algunos obreros y modistillas que vuelven a casa. Miguel aguza la vista y le parece atisbar una figura difusa que marcha por la calle de la Paloma.

—Creo que es ése —dice señalándolo.

Miguel comienza a correr en esa dirección. Baroja corre tras él, pero es incapaz de seguir su ritmo. Apenas puede respirar y el corazón le late de manera frenética. Miguel exhala un suspiro de alivio al comprobar que el hombre que persigue es Rinaldi. Ya no corre, debe de creer que los ha dejado atrás. Baroja alcanza a Miguel y siguen andando con paso rápido, y pronto la distancia que los separa de El Italiano se reduce.

Cuando alcanza la basílica de San Francisco el Grande la oscuridad domina la ciudad. Comienza a llover y el viento lleva pronto un agradable olor a tierra húmeda. Unos borrachos que salen de una

taberna comienzan a pelearse a gritos en medio de la calle. La reyerta hace que Rinaldi vuelva la cabeza y descubra a sus perseguidores a sólo una decena de metros.

El rostro apacible de El Italiano transmuta en una máscara rígida de miedo. De nuevo comienza a correr en dirección al Palacio de Oriente, cuya mole impresionante se atisba entre las sombras de la noche. Miguel maldice su suerte antes de lanzarse en su persecución. Rinaldi alcanza el viaducto que atraviesa la calle Segovia y comienza a cruzarlo, pero cuando está a medio camino se detiene.

En el otro extremo hay un par de agentes con el uniforme azul del Cuerpo de Seguridad. Se vuelve hacia el lado opuesto y ve cómo sus perseguidores avanzan. Está atrapado. La desesperación le paraliza unos instantes. Después sube a la barandilla del viaducto y salta.

Baroja y Miguel se asoman al abismo que hay bajo el viaducto. Los veinticinco metros de caída hacen de ese lugar el favorito de los suicidas madrileños. Les basta un vistazo para comprender que Rinaldi está muerto.

Los agentes reconocen a Miguel y lo saludan con un ademán antes de mirar abajo.

—Estaba siguiendo a ese hombre —explica con la respiración entrecortada—, era el sospechoso del asesinato de la mujer que apareció junto al Manzanares. Hay que bajar, cortar el tráfico y examinar el cadáver. Síganme.

No hace falta cortar el tráfico porque a esas horas apenas hay carruajes en las calles. Desde la distancia, algún peatón contempla

con curiosidad y asco el cadáver destrozado del suicida. Miguel y Baroja permanecen quietos mientras las gotas de lluvia chocan contra su rostro y sus ropas. Las piernas han debido de romperse porque tienen una posición antinatural. La cabeza de Rinaldi está rodeada de una espuma sanguinolenta.

—Fíjese en la oreja —dice Baroja señalándola—. Le falta un pequeño trozo.

Ambos se agachan para observar de cerca el cadáver.

—La herida apenas ha cicatrizado —continúa Baroja—. Es muy posible que el asesino, tras acabar con Carmen, disparase a Rinaldi. La bala le alcanzó el lóbulo de la oreja, por eso llevaba el rostro cubierto de sangre cuando lo vio Felipe mientras se fugaba.

Miguel pasa a examinar su vestimenta. El traje está muy sucio, con manchas de sangre, polvo y barro. En la camisa, el blanco original tiene un feo color pardo.

—Rinaldi no debió de cambiarse de ropa desde el asesinato de Carmen. Estaba tan aterrado que se ocultó en los suburbios con lo que llevaba puesto.

Extrae la cartera de la americana y encuentra una cédula de identificación y un billete. En los bolsillos del pantalón hay varias monedas.

—El hombre que frecuentaba palacios acabó convertido en un mendigo pringoso —asegura Baroja—. ¿Cómo es posible?

Miguel se encoge de hombros. Toma la mano y extrae un anillo del dedo para observarlo bien. Es una pieza curiosa. En el centro hay cincelada la figura de un cisne, debajo hay unas letras: SCN.

—¿Sabe qué puede significar esto?

—No tengo ni idea —señala Baroja ladeando la cabeza—. El cisne es un animal muy popular entre los modernistas. Para ellos es el símbolo de la belleza.

Los dos hombres se ponen en pie.

—Ya no podemos interrogarlo —dice Miguel enfadado—. Habrá que darle sepultura, por segunda vez.

—Rinaldi deja muchas preguntas sin respuesta —asegura Baroja —. ¿Tuvo un ataque de catalepsia o una sobredosis de morfina? ¿Puede que simulara su muerte para escapar de alguien? ¿De quién? ¿Huía de algún poderoso a cuyas fiestas acudía?

—No son las únicas —continúa Miguel—. Carmen y él estuvieron ocultos en alguna parte. ¿Dónde? ¿Quién quiso matarlos? ¿Por qué se refugió en el barrio más peligroso y miserable de Madrid?

—Todo eso es cierto, pero la pregunta clave es otra —explica Baroja—. Este hombre pudo salvar la vida entregándose, pero prefirió saltar al vacío. He visto pocos hombres más aterrorizados que él. Esa mirada enloquecida es inolvidable.

En ese momento un agente se acerca al cadáver.

—No es muy agradable de ver —dice con voz ronca—. No va a hablar, pero da lo mismo. Toda la comisaría sabe que este tipo mató a la mujer. Es la vieja historia del chulo que mata a su chica en un ataque de ira. Hay un montón de casos así cada año.

Miguel se acaricia el mentón antes de frotarse los ojos enrojecidos. Siente como un agotamiento profundo se apodera de su cuerpo.

—No, aún no se ha acabado —asegura negando con la cabeza—. Ese hombre tenía miedo de alguien tan poderoso que ni siquiera la

policía podía protegerle. Detrás de todo esto hay algo mucho más complejo y retorcido.

—Si usted lo dice será así, pero ya verá como el comisario general no piensa igual. Cerrará el caso.

—No, de ninguna manera —indica firme Baroja—. Esto no ha hecho más que empezar. Para saber la verdad habrá que actuar como esos muchachos que recorren Madrid detrás de cualquier cosa que les sirva. Tendremos que dedicarnos a la busca.

SEGUNDA PARTE

La busca

Y mientras lloraban dentro, en la calle las niñas cantaban a coro; y aquel contraste de angustia y de calma, de dolor y de serenidad, daba a Manuel una sensación confusa de la vida; algo pensaba él que debía ser muy triste; algo muy incomprensible y extraño.

PÍO BAROJA, *La busca*

9

Lunes, 9 de abril

Miguel contempla la elegante calle Alcalá, que presenta un aspecto muy distinto al humilde barrio de Lavapiés. Las viviendas lucen balconadas de hierro forjado, miradores de cristal o molduras en los ventanales con adornos florales o geométricos. Al inicio de la calle están los bancos más importantes de la ciudad, que se alojan en edificios gigantescos con una decoración ampulosa de columnas marmóreas, capiteles de fantasía, estatuas y cariátides. Todo tiene un tono distinguido: las personas, los edificios, incluso las maneras de hablar o moverse. Allí se encuentran los cafés elegantes, los mejores restaurantes o los teatros principales. El centro de la ciudad es europeo, próspero, en claro contraste con los suburbios, un aduar donde miles de desgraciados luchan por sobrevivir.

Miguel distingue la figura de Baroja al inicio de la calle, junto a la escalinata de la iglesia de las Calatravas. A ese hombre parece acompañarle la miseria. Le ve de pie, encogido por el frío de la mañana. Justo detrás de él, junto a la puerta de la iglesia, pide limosna una turba de miserables: ciegos, lisiados de mirada huraña y mendigos esqueléticos. Todos llevan ropas tan llenas de remiendos que es difícil distinguir la tela original.

—Parece que tiene frío —advierte Miguel viendo su rostro aterido.

—Es temprano y llevo un rato esperando. Tengo los pies helados, pero cuando andemos un poco se me pasará.

Ambos comienzan a caminar y se cruzan con un grupo de golfos que toman posiciones para abrir las puertas a los señores que van a misa en carruajes.

—¡Una perra chica! —exclama indignado Baroja—. Eso es lo que dan las damas orondas a esos muertos de hambre. Una muestra más de cómo entienden la caridad cristiana. La calle Alcalá es sólo un decorado gigantesco incapaz de ocultar la miseria que corroe Madrid.

—Deje su literatura de la miseria para luego. Tengo noticias curiosas. Fui a la autopsia de Rinaldi. La causa de la muerte era obvia: traumatismo craneoencefálico. De una caída del viaducto no se salva nadie. Lo interesante es que Rinaldi, al igual que Carmen, era morfinómano. Tenía el brazo acribillado a pinchazos.

—Un dato que es bueno saber, pero que no nos aclara mucho.

—Por eso estamos al lado de la calle Barquillo —explica Miguel—. Si Mateo y Amparo siguen viviendo allí nos pueden decir muchas cosas importantes.

—Ya verá como no están —apunta escéptico Baroja.

—Es usted la alegría de la huerta. No me parece que hayan ido a ninguna parte. La profesión de actor no da para muchos dispendios. Mucho menos si no destacan en el gremio. Espero llevar razón, porque las cosas pintan muy mal.

Baroja le observa confuso.

—¿Qué quiere decir?

—Los rumores dicen que el comisario general quiere cerrar el caso. Si no lo ha hecho es por la insistencia del inspector. Él sigue creyendo que Rinaldi no mató a Carmen en un arrebato de ira. Tengo que encontrar pruebas, testigos o al verdadero culpable del asesinato. Y debo hacerlo antes de que el comisario cambie de opinión. Si cierran el caso significará un sonoro fracaso en la primera oportunidad que me dan.

—No se preocupe, seguro que éstos saben algo —afirma Baroja, que saca su reloj del bolsillo del chaleco—. Son las dos, casi la hora de comer, sin duda estarán en casa.

Al entrar en la calle Barquillo, Miguel contempla una hilera de edificios modernos y elegantes muy distintos a las corralas de su barrio. El número quince es un bloque de viviendas con una fachada recubierta con exquisitas decoraciones esculpidas en la piedra arenisca. En ese momento una pareja de ancianos sale del portal y los dos hombres aprovechan la oportunidad para colarse.

Miguel golpea la aldaba de la portería y no tarda en abrir una mujer madura con el pelo negro y expresión huraña. Debe de estar preparando la comida porque lleva un mandil lleno de manchas y de la vivienda emana un intenso olor a col hervida.

—Estoy buscando al señor Mateo López y a la señora Amparo Morales. Me han dicho que viven aquí. Vengo de la Comisaría Central y me gustaría hablar con ellos sobre un asunto oficial.

—¿Asunto oficial? ¿Qué es eso? —pregunta la portera con desconfianza.

Al hablar, a la mujer se le marcan en la comisura de los labios unos surcos profundos.

—No le puedo decir más, señora —asegura Miguel—. ¿Viven esas personas aquí o no?

—Sí, señor —declara la portera asintiendo con la cabeza—. En el principal. Vinieron aquí cuando murió su padre. Ahora mismo no están porque el señor Mateo y la señora salieron hace unos días a arreglar unos asuntos de la herencia en Alcalá de Henares. Volverán mañana para acudir a una fiesta en el Retiro. El marqués de Salamanca ha llegado a un acuerdo con el ayuntamiento para que le ceda el parque. Por lo visto, ha pagado un dineral. Va a estar toda la gente importante de Madrid. Entre ellos el señor Mateo y su esposa, que son lo mejor de esta casa.

»Ellos no van a desentonar entre tanta gente fina. Son guapos y elegantes, con mucha clase. No sé qué será ese asunto oficial del que habla, pero si es algo malo estoy segura de que es mentira. ¡Ya sabe cómo es la gente!

La mujer se acerca a Miguel y baja la voz, que se convierte casi en un susurro.

—Habrá sido la del tercero, que es una víbora; dice que la señora Amparo a veces viene con hombres —afirma con una voz muy leve —. Todas esas beatas tienen mucha mala sangre dentro. No digo que la señora no tenga sus cosas, como todos, pero es buena y cariñosa. A mí siempre me ha tratado bien, incluso me da ropa que no le vale.

»Aquí todo el mundo es de "quiero y no puedo", salvo ellos: les van las cosas muy bien. ¡Lo que hay es mucha envidia! —grita gesticulando con las manos—. No pueden aguantar ser unos pelanas

y que ellos se relacionen con lo mejorcito de Madrid: banqueros, empresarios, nobles... toda la gente importante. Venga mañana a mediodía, seguro que a esa hora los encuentra. Es curioso, otro hombre vino preguntando lo mismo.

—¿Qué le dijo? —insiste Baroja.

—Nada importante —le dice encogiéndose de hombros—. Lo mismo que usted, que cuándo podía hablar con ellos y que a dónde habían ido. No sé qué se traería entre manos, pero debía de ser muy importante porque estaba muy nervioso. Parecía desesperado.

—¿Como era? —quiere saber Miguel.

La portera duda un momento.

—Calvo, con cara de bruto. Estaba cojo y se ayudaba de un bastón. Tenía mala pinta; además, vino con dos matones peores aún que él.

Baroja y Miguel intercambian una mirada cómplice. Esos hombres son los mismos que visitaron la casa de Santiago El Verde en busca de Carmen y Rinaldi.

—Muchas gracias por su ayuda, señora. Vendremos mañana a visitar a los señores.

—¡Vayan con Dios!

Al salir a la calle, Baroja parece aún más desalentado.

—Mañana no podré volver aquí con usted —indica molesto—. Debo atender la panadería. Mi hermano lleva unos días quejándose de que no me ocupo del negocio y lleva razón.

—No se preocupe, ya le contaré.

Los dos hombres alcanzan la calle Alcalá, llena de carruajes y peatones que caminan apresurados. La vivacidad de la multitud

contrasta con el paso lento de esos dos hombres que parecen no saber hacia dónde se dirigen.

Lunes 9 de abril

Sorprendentes noticias. Ayer tuve una desagradable visita. Sin previo aviso se presentó Dávila (ese empresario teatral que se dedica a realizar obras tan nauseabundas como él para un público nauseabundo) en mi casa. He de decir que estuvo especialmente repugnante, algo asombroso en un hombre tan horrible como él.

Llevaba un traje horroroso a rayas, tan pasado de moda como su teatro. Supongo que creerá que es un dandi. La dura realidad es que daba pena. No era sólo la vestimenta. Ese hombre tiene los mismos modales que un orangután y le huele el aliento.

Por fortuna, conté con su presencia sólo unos quince minutos. Fue un gran sacrificio, pero aguantarle durante este tiempo tuvo su recompensa. El sujeto pretendía que le pagase por darme una información, según él, muy importante. Por supuesto, mi respuesta fue «váyase de mi casa inmediatamente».

Al ver mi reacción, cambió de actitud. Entonces pasó a lisonjearme y ofrecerme esa información gratis, que he de reconocer es impactante.

Dávila me dijo que un hombre que se identificó como productor teatral se presentó durante uno de los ensayos de sus nauseabundas obras. Estuvo preguntando por Carmen.

Dávila, que es una víbora, vio a la primera que en ese productor teatral a quien nadie conoce había gato encerrado. Cuando le habló de Carmen supo que ese sujeto debía trabajar para la policía. Investigó y ha descubierto que acompaña a un agente, joven e inexperto, que se encarga del asesinato de Carmen.

No sé si eso es bueno o malo. Por lo visto el muchacho es mucho más hábil que gente como Vidal u otros sujetos con muchos años de servicio y poco talento para otra cosa que no sea propinar palizas.

A pesar de todo, no creo que sea un peligro, pero conviene estar atento.

10

Martes, 10 de abril

Miguel acude al día siguiente a la calle Barquillo, pero la portera le dice que los señores no se encuentran en casa. Cree que si no están a esa hora es que van a ir directamente desde Alcalá a la fiesta del parque del Retiro. Teme otra posibilidad: que el hombre que fue a buscarlos los haya encontrado para darle el mismo tratamiento que a Carmen y Rinaldi. También le inquieta que esa fiesta sea en el Retiro. El asesino de Carmen quiso conducirlos en un primer momento allí. ¿Significa algo ese lugar para el asesino? No lo sabe, pero decide salir de dudas presentándose en esa celebración a la que nadie le ha invitado.

La criada le ha dicho que comienza a las seis de la tarde, así que tiene mucho tiempo para ir a comer. Decide ir a la Cava Baja, un lugar repleto de mesones, tabernas, fondas y posadas. Al llegar ve que, como es habitual, la muchedumbre abarrota la calle. Allí están los viajeros de provincias que van a la capital a hacer alguna gestión, los campesinos o ganaderos que acuden a los mercados, los viajantes de mercancías; también hay obreros, oficinistas, artesanos... El Madrid trabajador parece reunirse en aquellas tabernas tumultuosas. Miguel escoge la Posada del León, uno de los

locales más antiguos, famoso por su guiso de callos y el vino de Valdemoro.

Entra en la taberna y ocupa una mesa junto a un labriego taciturno y su hijo. Mientras espera, coge un diario donde lee la noticia de la fiesta. El marqués ha alquilado, por una cifra fabulosa, el parque del Retiro, que estará cerrado a partir de las cinco de la tarde. El evento tendrá lugar en el Palacio de Velázquez, el antiguo pabellón de la Exposición de Filipinas, que permanece vacío desde hace un tiempo. Es uno de los edificios más llamativos de Madrid, con su elegante escalinata de mármol blanco y un pórtico sostenido por columnas jónicas. En el interior se ha acondicionado la sala principal como salón de baile, donde una orquesta amenizará la velada. En otra sala más pequeña se servirá un refrigerio a los invitados.

Además, el buen tiempo permitirá disfrutar a los asistentes del pequeño lago frente al Palacio de Cristal o del gran estanque, que sólo está a un centenar de metros de distancia. Al evento asistirá lo mejor de la sociedad madrileña. Para darle mayor distinción e interés, la fiesta es de disfraces y acabará con un castillo de fuegos artificiales.

Es obvio que un hombre como él no puede estar más fuera de lugar en ella. Duda un momento, pero concluye que no hay otro remedio. Cuando la camarera le lleva su plato de callos, que desprenden un olor delicioso, cierra el periódico. Tiene hambre y no tarda en acabárselos. El mismo camino sigue un par de frascas de vino.

Al dar el último trago mira el reloj y ve que es hora de ir al Retiro. Tras pagar, se dirige a la plaza Mayor para coger uno de los tranvías

de caballos que salen de allí. Él, como tantos otros, no acaba de fiarse de esos eléctricos que está poniendo el ayuntamiento. Es cierto que son más veloces, pero esa misma rapidez causa espanto a muchos viajeros.

Nada más llegar a la plaza aparece un tranvía y la multitud se abalanza hacia el vehículo. Poco después de acomodarse en el asiento siente el tirón cuando se pone en marcha. Dentro hace un calor asfixiante que no parece molestar a nadie. Gran parte de los viajeros son campesinos habituados a trabajar bajo el sol, que han acudido a vender sus mercancías. Miguel es el único que viste traje de alpaca negra, camisa de cuello duro, sombrero y zapatos de cuero. Es una rareza entre las zamarras, pantalones viejos y alpargatas del resto del pasaje.

Siente que el vaivén del vehículo comienza a revolverle el estómago. Los callos estaban deliciosos, pero tenían mucha grasa. Las jarras de vino tampoco ayudan a una digestión plácida. Una polvareda inunda el vehículo cuando entran en la plaza de Neptuno, presidida por la estatua del dios marino. Al tragar saliva siente la boca seca y un sabor amargo en el paladar provocado por los granos de arena que se cuelan en el interior.

No le cabe duda de que la fiesta del marqués de Salamanca será uno de los hitos del año. Toda su vida, para su desgracia, gira en torno a ese hombre. El actual marqués es el hijo del famoso: el especulador inmobiliario, el empresario de ferrocarriles, el banquero, el inversor en Bolsa... el pionero de los negocios que amasó una de las grandes fortunas de España.

Una de sus últimas empresas fue conseguir la concesión para construir el canal del Duero, una obra de irrigación que iba a

convertir el norte de Castilla en un vergel. Miguel era un bebé cuando su padre comenzó a trabajar allí. La obra se hizo a toda prisa, buscando el máximo beneficio y reduciendo los costes. Los obreros trabajaban de sol a sol, a un ritmo frenético, lo que provocó cientos de accidentes. Un derrumbe de la ladera sepultó a tres hombres, entre ellos su padre, que no sobrevivió a la avalancha de barro y piedras.

Su madre volvió a Madrid, donde la epidemia de cólera la llevó al cementerio. Huérfano y sin nadie a quien acudir, ingresó en el Hospicio de San Fernando, el siniestro edificio de la calle Fuencarral. Tantos años después ese lugar sigue provocándole escalofríos. Recuerda con claridad el dormitorio comunal donde se apiñaban dos centenares de niños atemorizados. Ateridos en invierno o sufriendo un calor inhumano en verano. Recuerda los pasillos sombríos, las salas destartaladas, el rancho escaso y nauseabundo, los malos tratos de los encargados o los abusos de los niños mayores, convertidos en bestias con los más pequeños. Recuerda perfectamente el frío, el hambre y los castigos.

No olvida nada, no perdona nada. El hijo del marqués, el actual marqués de Salamanca, aparecía en fechas señaladas como Navidad o Pascua. En su presencia se celebraba una misa y, tras ella, repartía obsequios entre niños que habían destacado en la escuela o por su habilidad en aprender uno de los oficios que enseñaban en los talleres.

Nunca olvidará el día en que al recoger su premio, una manta nueva, el marqués le preguntó sobre la comida del centro. Miguel fue sincero, confió en ese hombre de rostro afable, tal vez él podía destinar unas pesetas a mejorar el rancho. Lo único que consiguió

fue que informase de su respuesta a Bernardo, uno de los cuidadores más brutales, que le estuvo azotando con su correa durante una semana. Aún conserva en la espalda alguna marca de aquel castigo.

A medida que se acerca al parque del Retiro, comienza a encontrarse mal. Puede que sea el calor, los callos, el exceso de vino o un rebrote de los síntomas del beriberi, pero siente un fuerte mareo cuando ve las primeras copas de los árboles superando las casas cercanas.

El Retiro es un vergel de vegetación exuberante en medio del secarral que rodea Madrid. Siente un profundo cariño por ese lugar. A su madre le encantaba, y muchos de los recuerdos infantiles son paseos junto a ella por las avenidas frondosas del parque. Esas memorias felices, teñidas por el sol dorado de la infancia, forman parte de los pocos momentos plenos de su vida.

No ha entrado en ese parque desde entonces para no caer en esos recuerdos tan bellos como dolorosos. Hace años que sólo ve las entradas monumentales con sus columnas blancas y su rejería negra. Hace años que no visita el gran estanque, ni el parterre, ni los paseos flanqueados por castaños y plátanos. Sabe que para salir de las sombras donde vive tiene que acudir allí y eso es lo que hará. Eleva la vista y ve el sol en un cielo azul que le recuerda los días felices de su infancia perdidos para siempre.

Cierra los ojos y se lleva la mano al estómago. Debe ir allí, pero cada vez siente más malestar. La luz del sol adquiere repentinamente una tonalidad fría. Advierte que le cuesta respirar y su vista se vuelve borrosa. La cabeza le arde. Parece que todo lo

que le rodea se desvanece. Justo en ese momento el carruaje se detiene y el cochero grita: «¡Parque del Retiro!»

Miguel se levanta del asiento y desciende del tranvía trastabillando. Algo que hace que los otros viajeros le observen con estupor. Se pasa un pañuelo por la frente y trata de mantener el equilibrio mientras camina hacia el bello pórtico de entrada. Los pilares rematados por una rejería versallesca no están a más de una veintena de metros, pero en cada uno de ellos está a punto de desplomarse.

Se detiene a tomar aliento y escucha los acordes de música de una pequeña banda que recibe a los invitados. Esos sonidos le aturden aún más. Siente que la cabeza le va a estallar y las piernas apenas le responden. Las viejas pústulas provocadas por el beriberi parecen revivir, las nota arder mientras un sudor frío le inunda el cuerpo. Eleva la mirada y ve junto a la entrada a un par de sirvientes sorprendidos. El de más edad, un sujeto bajo y orondo, arquea una ceja al verlo.

—Ése está borracho —asegura observándolo con extrañeza.

—Como una cuba —añade el criado más joven.

Ambos intercambian una mirada de complicidad. Llevan muchos años trabajando para el marqués y han recibido a los invitados en docenas de ocasiones, aunque rara vez han visto algo parecido. Miguel a duras penas se mantiene en pie. Advierte que tiene la frente cubierta de sudor, se la vuelve a secar con el pañuelo y carraspea antes de hablar.

—Vengo de la Comisaría Central —dice con voz gutural—, me gustaría hablar con el señor marqués de un asunto de la máxima urgencia.

La expresión atónita del rostro de los sirvientes deja claro que no dan crédito a lo que dice ese hombre. Se produce un silencio incómodo que rompe el criado de mayor edad.

—Informaré al señor marqués de su petición. Haga el favor de esperar aquí —dice el sirviente señalando la caseta que hay junto a la verja metálica.

Avanza hacia allí. Cuando está dentro toma asiento en una silla de enea. Nada más hacerlo se le nubla la vista, la fiebre le domina. Advierte cómo sus ojos van cerrándose poco a poco. Le falta el aire, esa sensación agobiante es lo último que percibe antes de perder el sentido.

El estrépito del disparo hace que el pavo real esconda las plumas y salga espantado. La bala impacta en el cráneo de la mujer y la parte superior de la cabeza queda convertida en un gran agujero. Parte del rostro desaparece, sólo queda un hueco negro como la muerte. La sangre va cubriendo los hombros, el vestido, la barca, incluso en el agua del canal hay hilillos rojos que arrastra la corriente.

La mano le tiembla, entonces suelta el revólver. Sólo tiene un pensamiento: debe huir de allí. Vuelve la vista hacia el palacio, donde distingue a la gente charlando a través de las grandes cristaleras. Los invitados conversan alegremente en el jardín. Se tranquiliza al ver que la música ha ocultado el estrépito del revólver.

La muerte ha sido instantánea. No ha tenido que soportar la mirada acusadora de la mujer en su agonía como en la otra ocasión. Ahora debe apresurarse y salir de allí.

Comienza a caminar por el jardín hacia el palacio y oye con mayor intensidad la música y las conversaciones de esa gente que desprecia. Al caminar, esa vorágine de sensaciones turbias que le han dominado van desapareciendo.

Eleva la cabeza. Observa el vergel de flores y árboles que le rodea y eso le tranquiliza. Él sólo es un mensajero de la muerte, una sombra de la noche, un ángel vengador dispuesto a castigar a los malvados. Reanuda el camino hacia el palacio envuelto en las sombras del jardín. Ése parece su destino, sumergirse en la oscuridad. Esa que le ha acompañado toda la vida.

En el gran salón de baile del Palacio de Velázquez la música elegante se sobrepone a las conversaciones, al sutil ruido de las faldas evolucionando al ritmo de la música, al tintineo de las copas y al crujido de la madera bajo los pies de los danzantes.

Tres lámparas de araña iluminan el elegante salón cuyo techo está decorado con pinturas al fresco. Ese resplandor también cae sobre los muebles de maderas nobles, cuadros, tapices y porcelanas. Los asistentes muestran bajo la luz tenue rostros satisfechos y orondos, sonrisas falsas, miradas de deseo o vistazos que rezuman odio o envidia. Los jóvenes bailan en la parte central mientras que las personas de cierta edad conversan al fondo animadamente.

Casi todos visten disfraces llenos de color y fantasía. Los hombres han optado por los héroes antiguos o el exotismo. Por eso se ven

capitanes de los tercios, caballeros medievales, césares romanos; aunque también hay faraones, jeques árabes o mandarines chinos. Las mujeres, por el contrario, prefieren lucir aquellos que resaltan sus encantos o belleza. Lucen clámides grecolatinas que dejan entrever cuerpos escultóricos, vestidos cortesanos de la Edad Media o elaborados vestidos que no desentonarían en Versalles.

La pista de baile está abarrotada. Una de las mejores bailarinas es una joven rubia que se recoge la falda con la mano izquierda dejando ver el final de la bota y el principio de la media negra. Es muy atractiva, pero el vestido lo resalta aún más. Cuando acaba el vals, la joven abandona la pista junto a su pareja y suben la leve cuesta para poder tener una buena vista del gran estanque.

Ambos deben de tener poco más de veinte años. Bajo el flequillo de su melena rubia hay unos ojos verdes que resplandecen. Su distinguido porte cuadra con la vestimenta de dama medieval. Lo mismo se puede decir del joven, alto y robusto, que luce los atavíos de un caballero. Se sitúan junto al canal que desemboca en el estanque, un lugar distante muy a propósito para una pareja de enamorados. Una racha de aire remueve la melena rubia de la muchacha mientras observa los pavos reales.

—Esta fiesta es magnífica —afirma la joven con una voz que es casi un susurro—. Ahora entiendo por qué todo el mundo dice que el marqués organiza las mejores. Es la primera a la que vengo, pero a partir de ahora no faltaré.

—Dicen que los reyes traían a sus enamoradas al estanque durante las noches de luna llena. Subían a una pequeña barca y hacían un recorrido por este canal —comenta señalándolo.

La muchacha mira en esa dirección y ve una barca que se acerca. En ella se atisba la falda blanca de una mujer. El joven guarda silencio un instante y saca de su bolsillo una pequeña caja que abre. En su interior hay un anillo dorado.

—Alejandra, yo... Ya sabes lo que siento por ti y...

Se queda sorprendido al ver que su acompañante mira hacia otro lado. La expresión de su rostro ha cambiado. Ve cómo su mirada se vuelve vidriosa antes de proferir un grito agudo.

Al darse la vuelta, contempla atónito el cuerpo de una mujer muerta en la barca. El tronco está inclinado hacia la izquierda y los brazos asoman por los lados. El rostro, donde hay una herida atroz, está recubierto de sangre. La chica sale corriendo mientras que su acompañante permanece paralizado ante ese sangriento espectáculo.

A Miguel le despierta un empellón enérgico. Al abrir los ojos se sorprende al ver el rostro severo del sargento Vidal. Está aturdido, envuelto en la frontera nebulosa que separa el sueño de la vigilia. Se frota los ojos para descubrir que está tumbado en un sofá viejo.

No sabe dónde está, ni cuánto tiempo lleva allí. Le rodea el caos, hay cajas con botellas de vino, manteles, servilletas, cubiertos y otros artículos necesarios para organizar la fiesta. A su mente acuden imágenes borrosas y febriles de los criados llevándole en andas a través del parque. Debieron de conducirle allí tras su desfallecimiento.

Al reincorporarse se siente mucho mejor. El dolor en las piernas está ya muy atenuado. Algún sirviente ha debido de desabrocharle la

camisa para que respirase mejor. Frente a él tiene a Vidal, que le lanza una sonrisa mordaz.

—¿Qué hace en esta fiesta? —pregunta atónito Miguel.

—Estoy invitado —responde Vidal—. Bueno, en realidad la invitación era para el comisario general. Como le desagradan este tipo de saraos vengo en su nombre. Si hay alguien a quien no me esperaba encontrar aquí, ése era usted. ¿Le han invitado?

—No, estoy aquí porque creo que peligra la vida de una pareja.

—Por una vez acierta; a medias, eso sí —asegura Vidal soltando un resoplido—. Mucho me temo que llega tarde, porque han matado a una mujer.

—¿Saben quién es la víctima?

—Por lo visto, una actriz de segunda —responde Vidal—. Eso es lo que me han dicho. Se llamaba Amparo, pero nadie sabe su apellido o cualquier otro dato. En la lista de invitados no hay ninguna mujer con ese nombre. Es decir, tenemos una muerta de la que no sabemos nada salvo que no tenía que estar aquí.

»Cuando descubrieron el cadáver, el señor marqués me dijo que el servicio le advirtió que un agente de la Comisaría Central había llegado un par de horas antes. Como se encontraba mal le trajeron aquí. Ahora usted y yo tenemos trabajo, si tiene fuerzas suficientes puede acompañarme a examinar el escenario del crimen. Cuatro ojos ven más que dos.

»¿Qué significa eso? —pregunta el sargento señalando la cruz que lleva sobre el pecho.

—Es una cruz franciscana —dice abrochándose la camisa—. Tiene la forma de la letra Tau griega, me la entregó un sacerdote en Filipinas. Me dijo que da suerte y que me libraría de todo mal.

—Pues ahora necesitaremos suerte y esas dotes deductivas de las que tanto presume.

—Esas que usted detesta —añade Miguel.

—No, en eso se equivoca. Lo que detesto es la incapacidad —apostilla Vidal—. Usted sabía que podían asesinar a alguien y no ha podido evitarlo. Le anticipo que eso no agradará al comisario general. Pero, bueno, es algo que ya no tiene arreglo.

Está anocheciendo cuando salen al exterior. El horizonte es un mar de fuego rojizo en el que el sol está a punto de desaparecer. Alcanza el gran estanque y ven que una multitud se arremolina junto al canal que desemboca en él. Los curiosos tratan de atisbar el cadáver. Vidal ha ordenado a media docena de sirvientes que formen un cordón para preservar el escenario del crimen. Los dos agentes se abren paso entre el gentío hasta llegar a la embarcación.

El espectáculo no puede ser más atroz. La parte derecha del cráneo casi ha desaparecido. La sangre está por todas partes: en el cuerpo de la mujer, en el vestido e incluso en el fondo de la barca, donde se ha formado un charco rojizo.

—He hablado con la pareja que descubrió el cadáver —explica Vidal—. No me han dicho mucho. Estaban aquí, junto al canal, y vieron cómo iba acercándose la barca. No le prestaron atención hasta que estuvo muy cerca. Otros testigos me han comentado que la mujer estuvo gran parte de la noche junto al marqués.

—¿No vieron a alguien sospechoso? ¿Algo que se saliera de lo normal?

—No, acababan de terminar un vals y se acercaron al estanque para descansar un rato. No vieron nada extraño.

Miguel se agacha a examinar el cadáver mientras Vidal sostiene una lámpara de petróleo en la mano. Aunque aún luce el sol en el horizonte, la penumbra se va apoderando del jardín.

—El impacto del disparo ha provocado esto —dice señalando el gran boquete del cráneo—. Es obvio que la muerte fue inmediata. No me cabe la menor duda de que dispararon a una distancia muy corta.

Tras inspeccionar la herida, observa el vestido. Es de tipo dieciochesco. El conjunto está compuesto por cuerpo y falda de un tejido caro, probablemente tafetán o seda. El cuerpo está entallado y armado con ballenas. Sobre el escote hay un falso collar de diamantes cubierto de sangre. La falda es larga, con vuelo, fruncida en la cintura y galón de refuerzo en el bajo.

Miguel guarda silencio mientras comprueba el escenario del crimen. Aunque aún está aturdido, trata de poner orden en sus pensamientos. A la pareja no debía de irle mal, porque un traje así es muy caro. ¿Apuntala esa riqueza la historia del dueño del teatro Barbieri de que la pareja chantajeaba a ilusos? Puede ser, pero el empresario teatral es alguien poco fiable.

Entonces se fija en las manos. Al igual que en el crimen de las Injurias, la mano izquierda de la mujer sostiene una flor. En este caso es un clavel. Una coincidencia es probable, dos no. Los dedos agarran el tallo en una postura antinatural, como si hubieran cerrado el puño tras su muerte. Aquello le convence de que el asesino de las dos mujeres es el mismo. Ha vuelto a poner una flor en el lugar del crimen, pero en este caso no hay poema. Sin embargo, recuerda la

segunda y tercera estrofa, que pueden cuadrar con el nuevo escenario del crimen.

El jardín puebla el triunfo de los pavos-reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y, vestido de rojo, piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa, acaso, en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

El asesino vuelve a dedicar una flor y unas palabras, lo que todo muerto merece. Levanta la manga del brazo. Como Carmen y Rinaldi, también tiene punciones de jeringuilla. En el dedo corazón lleva un anillo que examina con cuidado. El diseño es idéntico al que llevaba Rinaldi, la misma figura de un cisne negro y debajo las letras SCN.

—Supongo que ya sabrá quién es esa mujer —pregunta Vidal socarrón.

—Se llamaba Amparo Morales y estuvo trabajando en el teatro Barbieri —responde Miguel ante la sorpresa del sargento—, aunque llevaba cierto tiempo sin actuar. Era pareja del actor Mateo López.

Los dos eran amigos de Rinaldi y Carmen. Aún no sé de qué manera, pero ambos crímenes están relacionados.

Vidal está tan atónito que es incapaz de decir una palabra.

—En el primer asesinato había un poema que describía aspectos del escenario del crimen —continúa Miguel—. Aquí no hay poema, pero los versos siguientes hacen referencia a un jardín, pavos reales, diamantes, rosas y una princesa que no siente. Incluso tenemos invitados con disfraces exóticos como mandarines o príncipes árabes.

—¡Es un gran avance! —dice Vidal burlón—. No hay culpable, pero tenemos un poema. Creo que el comisario general estará muy satisfecho. Me estoy haciendo una pregunta: ¿de qué manera nos ayuda eso a encontrar al asesino?

La mirada que Miguel dirige a Vidal brilla con el fulgor del odio.

—Comprender cualquier aspecto del caso es importante —afirma Miguel suspicaz—. Son piezas que debemos ir uniendo hasta que tengamos una visión total de lo sucedido. Eso es lo que trato de hacer mientras escucho sus comentarios sarcásticos. Si no le importa, vamos a seguir el canal, en alguna parte está el sitio donde mataron a esta mujer.

Vidal, molesto, asiente. Ambos comienzan a caminar, envueltos ya por las sombras. La luz de la lámpara de petróleo oscila en la mano del sargento mientras avanzan hasta alcanzar el pequeño embarcadero en el inicio del canal. Un charco de sangre deja claro dónde se cometió el crimen. A la derecha hay un clavel silvestre.

—Aquí la mató y también fue donde Amparo cogió la flor —asegura Vidal.

—No, no sucedió así —explica Miguel ladeando la cabeza—. La postura de los dedos es poco natural. Estoy seguro de que el asesino colocó el clavel una vez que estuvo muerta.

Mientras da esa explicación, Miguel examina el embarcadero. Vidal se acerca al rosal y vislumbra un destello metálico. Se agacha y coge un revólver.

—Me parece que he encontrado el arma homicida —manifiesta empuñándola.

Vidal examina el arma y comprueba que una de las balas del tambor ha sido disparada. Miguel lo coge y comprueba que es un Colt modelo 1855. Al verlo una mueca de sorpresa aparece en su rostro y se lleva la mano a la chaqueta, donde descubre la funda vacía de su arma.

—Es mi revólver, debieron de quitármelo mientras estaba desvanecido.

Vidal guarda silencio, pero lanza una mirada en la que es fácil percibir la desconfianza. El tenso silencio queda interrumpido cuando aparece un sirviente.

—Caballeros, el señor marqués requiere su presencia. Les está esperando en el palacio —anuncia con voz impostada—. Hagan el favor de seguirme.

Ambos hombres regresan hacia allí sin intercambiar una palabra. Miguel sabe lo que significa esa arma abandonada a propósito: alguien quiere culparle del crimen. Puede que sea una estrategia del sargento para eliminarle. Lo que está claro es que esa maldita enfermedad está a punto de arruinarle. Tal vez el testimonio del marqués aclare lo sucedido.

El marqués de Salamanca los recibe en una gran sala que ha dispuesto con el mismo lujo de su palacio. Hay todo tipo de objetos ostentosos: espejos, cerámicas, cuadros, esculturas, tapices y muebles de maderas preciosas. Todo aquello debe de hacer que el marqués se sienta como en su casa, rodeado de ese lujo que disfruta desde su infancia.

Está sentado sobre un canapé con las piernas cruzadas. Contra lo que se podría pensar, no parece inquieto. Todo lo contrario, está abstraído cargando una pipa. Mientras se acerca, Miguel observa con detenimiento y curiosidad al aristócrata. Fernando de Salamanca y Livermore, segundo marqués de Salamanca. Es un hombre alto y fornido, que luce el bigote fino de moda, el mismo que llevaba Rinaldi. Viste un elegante uniforme de húsar napoleónico con botas de montar, pantalones rojos y chaqueta de paño azul cerrada con corchetes dorados. Su porte es altivo, aunque puede que esa sensación la provoque el cuello recto del uniforme que le obliga a mantener una postura rígida. El rostro, de rasgos angulosos, está marcado por unos ojos que brillan bajo unas cejas espesas. La luz de una lámpara de hierro forjado que hay sobre la mesilla resalta su semblante pálido.

Al ver entrar a los policías les dirige una mirada severa. Esboza una expresión de fastidio que le marca las arrugas de la frente. En su mano derecha arde una cerilla que agita para apagarla. Un hilillo de humo cubre su rostro por un instante. Miguel intuye que quiere aparentar frialdad, pero los leves golpecitos que da con los dedos de su mano derecha en el brazo del canapé desvelan su nerviosismo. No se levanta, simplemente señala unos divanes que están justo frente a él.

—Les he llamado para hacerles una petición —asegura con una voz débil que, a pesar de eso, suena arrogante—. No puede ser más sencilla: sean breves, caballeros. Hagan las diligencias que crean oportunas y acaben cuanto antes. También les ruego que molesten lo menos posible a mis invitados.

Tras sentarse, Miguel saca su cuaderno y el lápiz de su chaqueta.

—¿Qué nos puede decir de la mujer que ha sido asesinada?

—Le diré la verdad: nada. No la conocía. Nuestro círculo social es muy selecto y cerrado. Por lo visto era una actriz. No sé cómo pudo hacerse con una invitación a la fiesta. La única que no coincide es la que dirigí a Antonio Hoyos y Vinent, el hijo del marqués de Hoyos. Ese hombre no ha acudido, pero tenemos su invitación. No es extraño porque abandonó la vida social hace un año, desde entonces no va a ningún evento.

»Tampoco me extrañaría que se la diera. Antonio Hoyos es un joven estrafalario. Dicen que tiene ínfulas artísticas, desea ser novelista y frecuenta tertulias literarias. Las malas lenguas aseguran que es un invertido y le han visto con muchachos de los arrabales. También insinúan que se junta con anarquistas y revolucionarios. ¡Ese hombre lo tiene todo! En fin, un sujeto despreciable que odia a la gente que le tocaría frecuentar.

—Alguno de los invitados asegura que usted estuvo gran parte de la noche junto a esa mujer —insiste Miguel.

El marqués se recuesta en el canapé y suspira. Da una fuerte chupada a su pipa y tras soltar una nube de humo se acaricia la barbilla.

—Es cierto que hablé durante un rato con ella. Me estuvo rondando durante gran parte de noche. No se puede imaginar lo

atractiva que era —asegura el marqués con tono melancólico—. Además, tenía cierto encanto.

—¿De qué habló con la víctima?

—Nada en particular... no recuerdo bien. Una de esas conversaciones intranscendentes de cualquier fiesta: bromas, chascarrillos, todo eso. Me dijo que se llamaba Amparo. Vino con un acompañante, pero al verme se deshizo de él. Le seguí el juego durante un rato, hasta que un amigo me advirtió de que era una actriz del Barbieri. Ya sabe, ese teatrillo de género ínfimo que hay en Lavapiés. Digo «actriz» por no decir otra cosa, ustedes ya me entienden. Tras el aviso de mi amigo no le hice el menor caso y acabó desapareciendo. No volví a verla hasta que la encontraron en la barca.

—Dice que la mujer vino con un hombre —continúa Miguel.

—Sí, es cierto. Ese vestido escotado atraía todas las miradas. Su acompañante también, pero por otros motivos: iba con un horroroso disfraz de bufón —asegura riéndose—. De él no sé nada en absoluto. Le vi al inicio de la fiesta y cuando encontramos el cadáver, pero desapareció poco después. Algo, en mi opinión, que lo hace sospechoso del asesinato.

Miguel escribe algo en su cuaderno y cuando acaba levanta la vista. En ese momento recuerda uno de los versos de poema: «vestido de rojo piruetea el bufón».

—¿Era rojo el disfraz de ese hombre?

—Sí, ¿cómo lo ha sabido?

—Creemos que el asesino utiliza un poema para cometer sus crímenes —aclara Miguel—. Uno de los versos hace referencia a un bufón vestido de rojo.

—Nos gustaría hablar con el caballero que identificó a la víctima como actriz del teatro Barbieri —interviene Vidal.

—Eso me temo que es imposible —dice el marqués ladeando la cabeza—. No quiero provocar una crisis matrimonial o cualquier otro problema a mi amigo.

Miguel se sitúa frente al marqués y le lanza una mirada desafiante.

—¡Está ocultando información que puede ser vital! Le insisto, el testimonio de esa persona puede ser decisivo.

Al marqués se le marca una arruga de ira en la frente. Vidal se pone en medio de los dos hombres. Hace un gesto con la mano a Miguel para que se tranquilice, después se dirige al aristócrata.

—Perdone a mi compañero, acaba de ingresar en el cuerpo y tiene mucho que aprender. Por ejemplo, saber tratar a la gente principal como usted —advierte el sargento lanzando una mirada asesina Miguel—. Le pido disculpas, sólo tratamos de esclarecer este triste suceso.

El marqués parece satisfecho con esa disculpa, pero su incomodidad se refleja en la mirada ceñuda que dirige a Miguel.

—Espero que aprenda pronto el oficio y también modales. Soy el primer interesado en aclarar esta muerte, siempre que se me trate con el debido respeto. Eso sí, no quiero ningún escándalo ni pondré en una situación delicada a un amigo.

Vidal hace un gesto al marqués para que vuelva a tomar asiento.

—¿Qué cree que hacía esa mujer aquí?

—No lo sé, ya le he dicho que es posible que fuera una buscona, se mostró conmigo... cómo le diría... cariñosa. De lo que estoy seguro es de que esa pareja se traía algo turbio entre manos. Es

habitual en gente de mi rango encontrarse a sujetos que proponen negocios que no son más que estafas. Si quiere mi opinión, busquen al hombre que la acompañaba.

—¿Sería tan amable de suministrarnos una lista de los invitados? —pregunta Vidal.

—De ninguna manera, si hay algo que no quiero es un escándalo —asegura cruzando las piernas y recostándose en el canapé—. Señores, ha sido una jornada muy larga. Si no se les ofrece nada más voy a retirarme. ¡Buenas noches!

Los dos policías abandonan la sala con rostro cabizbajo. Fuera del Palacio de Velázquez las sombras de la noche dominan ya el lugar, que está sumergido en una oscuridad inquietante. Sólo los hachones dispuestos alrededor del camino que lleva a la salida cuartean ese manto negro. Miguel se sorprende al ver que los invitados van abandonando la fiesta sin que nadie se lo impida.

—¿Qué hacen? ¿Por qué se van?

—Mire, ésos son los más ricos y poderosos de Madrid —asegura Vidal—. No podemos interrogarlos o retenerlos como si fueran unos golfos de las Injurias. Se van porque les da la gana. Es lo que han hecho toda la vida, algo que usted no va a impedir. Ellos están acostumbrados a dar órdenes, no a recibirlas.

Vidal saca una cajetilla de cigarrillos, coge uno y ofrece el paquete a Miguel, que ladea la cabeza para rechazarlo. El sargento enciende una cerilla y prende el cigarro. Da una calada profunda y expulsa una nube de humo cuyo olor acre se impone al de las flores.

—Si alguien nos quisiera decir algo ya lo habría hecho —continúa Vidal—. No sé si comprende que nosotros somos unos empleados que mantenemos el orden; ellos, los dueños del cortijo. Lo primero que debe aprender es que tan importante como el delito es quien lo comete. Si uno quiere llegar a alguna parte, antes hay que saber dónde está. La sociedad es una pirámide. Los invitados a esta fiesta están en la cúspide. Usted y yo estamos casi en la base. Puede tratar de ir a por los de arriba, pero tenga cuidado, desde allí la caída es muy dura. No diga que no le avisé.

Vidal se da la vuelta y observa el palacio. Los ventanales dejan ver la luz cálida y amarillenta de las lámparas de araña, como si fueran islas de luz en un mar oscuro.

—¿Qué relación cree que puede haber entre ese barrio miserable donde apareció el primer cadáver y esta fiesta aristocrática? —pregunta Vidal.

—No lo sé, pero es indudable que existe —responde Miguel.

—Lo primero que hay que hacer es encontrar a ese Mateo del que habla —dice Vidal—. Es posible que tras ver a Amparo con el marqués sufriera un ataque de celos y, en un arrebato, la matase.

—No, ésa es la misma explicación que quisieron dar a la muerte de Carmen. Él no es el asesino. Al igual que Rinaldi, estará ahora a la fuga.

—Y si no es él, ¿quién es?

—No lo sé —asegura con desaliento Miguel—. Alguien poderoso, tanto que no tiene ningún problema para hacerse con la invitación a un evento como éste.

Vidal observa a las pocas personas que aún permanecen charlando alrededor del palacio. El servicio va de un lado a otro

recogiendo todo lo dispuesto para la fiesta: comida, bebida, sillas y mesas. Los músicos, cargados con sus instrumentos, se retiran siguiendo los hachones que iluminan el camino que conduce a la salida.

—Si el asesino es uno de éstos... ¿sabe lo que significa?

Miguel no responde.

—Yo se lo diré: quiere decir que va a tener muchos problemas.

El sargento da una última calada a su cigarro y lo tira al suelo antes de aplastar la colilla con el pie. El rostro ceñudo de Vidal parece aún más pálido.

—Buenas noches. Presentaré mi informe mañana en comisaría. No tengo que decirle que ha de hacer lo mismo.

Después comienza a andar hacia la salida. Miguel observa cómo se van los últimos invitados, pero su mente piensa en los próximos pasos.

El primero debe ser interrogar a Antonio Hoyos y Vinent. La pareja empleó su invitación para entrar en la fiesta. ¿Cómo se hicieron con ella? ¿Existe alguna relación entre ese joven aristócrata y los actores? Según el marqués, es un hombre extraño. Alguien que odia a los de su clase y frecuenta círculos revolucionarios. Un claro sospechoso.

Más importante aún sería dar con Mateo López, pero encontrar a ese hombre va a ser dificultoso. Sabe que su vida está en peligro y estará escondido o se habrá dado a la fuga.

La tercera pista es menos clara. Amparo, Carmen y Rinaldi tenían algo en común: los tres eran adictos a la morfina. No le cabe la menor duda de que esa sustancia tiene un papel importante en los crímenes. El mundo del tráfico de drogas es cerrado y misterioso. La

persona que puede orientarle en ese laberinto es Jesús Gayoso. Ambos hicieron amistad en un hospital para convalecientes tras volver de Ultramar. Jesús combatió en Cuba y, como tantos otros, era un esqueleto al borde de la muerte. Había padecido el vómito negro, la enfermedad que mató a diez veces más soldados que las balas de los rebeldes. El antiguo soldado es ahora un cabecilla de los bajos fondos. Alguien capaz de orientarle en el oscuro mundo del tráfico de morfina.

El último camino es la pista más leve. Rinaldi y Amparo llevaban el mismo anillo. Ese emblema del cisne y las letras SCN deben significar algo. Sería necesario visitar las joyerías de Madrid y ver si alguien les puede dar algún dato.

El jardín está ya casi vacío. Los sirvientes recogen los últimos restos del festejo. Están a punto de acabar su trabajo. A él, por el contrario, le queda mucha tarea.

Martes, 10 de abril

No sale en los periódicos, pero todo el mundo sabe lo que ha pasado en la fiesta del Retiro. Si hay algo peor que una verdulera o una portera chismosas, es una marquesa, condesa o similar. Esas mujeres aúnan el poderoso canto de los pájaros tropicales con la lengua bífida de la víbora. Estos ambientes exquisitos son así, de todo menos exquisitos.

Amparo fue allí tal como le ordené. Iba con un vestido precioso de cortesana dieciochesca. Mateo llevaba un disfraz de bufón. Una puta y un payaso. No creo que hubiera otros disfraces más adecuados para la pareja.

Amparo era una mujer con algo especial. La echaré de menos. Es un decir, me pongo sentimental a la mínima. Es posible que eso sea sólo una pose, si digo la verdad lo único que me preocupa es que descubran la relación de las dos mujeres con nuestras actividades.

Mis contactos en la comisaría me han dicho que ese joven policía encargado de resolver el asesinato de Carmen se presentó en la fiesta justo antes de cometerse el crimen. Es decir, el joven inexperto estuvo a punto de salvar a Amparo. Es obvio que ese hombre es muy hábil y puede ser un problema.

Ya veremos qué sucede en los próximos días.

11

Miércoles, 11 de abril

Millán Astray, comisario general de policía, tiene cincuenta años, pero aparenta muchos más. Ha sido director del Cuerpo de Establecimientos Penales, algo que le ha hecho acostumbrarse a la violencia, la crueldad y la degradación humana en todas sus formas. Tal vez por eso su frente está marcada por arrugas profundas. Aunque donde más se intuye el peso de los sinsabores de su profesión es en ese rostro de rasgos duros cuya nariz aguileña le da un aspecto de ave de presa.

Viste un uniforme azul oscuro en el que destacan dos hileras de botones dorados y una gran medalla que resplandece con la luz de la lámpara de petróleo que hay sobre su escritorio. La vestimenta subraya su aspecto de hombre de otra época, cuando el terror y la brutalidad eran la mejor táctica para mantener el orden público.

A su derecha está el inspector Fernández-Luna. Se acaricia la barba que destaca el gesto de contrariedad de sus labios. Su mirada, generalmente incisiva y viva, parece apagada. Esa actitud resignada contrasta con la ira que el comisario apenas logra controlar.

Frente a ellos están Miguel y Vidal, que contemplan al comisario con un temor inevitable. No ha dicho una palabra, pero sus ojos

echan chispas y brillan amenazantes en la penumbra del despacho. Un hondo suspiro precede a su temible vozarrón.

—¡He recibido una protesta por su comportamiento en esa fiesta del Retiro! —Al decir esto su semblante enrojece—. Le aclararé que no puede presentarse en un lugar donde nadie le ha invitado. Tampoco puede interrogar de manera impertinente a personas sobre las que no hay sospecha alguna.

—Señor comisario general —dice Miguel respetuoso—, la investigación acaba de empezar y...

Millán Astray hace un gesto para que calle mientras se pone en pie.

—Lo sé, lo sé —asegura mientras camina—. Diez días es muy poco tiempo, pero creo que hasta ahora su actuación es muy deficiente. No le culpo de ese inoportuno desvanecimiento, el inspector ya me había hablado de sus problemas de salud. Incluso puedo excusar que le robasen el arma. Lo que no puede hacer es ir a la fiesta del marqués a insultarle.

El comisario respira hondo y dirige una mirada a Fernández-Luna, que asiente.

—El inspector y yo hemos tenido una breve charla en la que rápidamente hemos llegado a una conclusión —dice antes de mirar con dureza a Miguel—. Una investigación policial no consiste en ir por ahí dando bastonazos como un ciego. ¿Sabe por qué? Se lo explicaré: si da un bastonazo a alguien importante, más pronto o más tarde yo recibiré uno mayor. Algo que ya ha sucedido.

Miguel agacha la cabeza y siente el resquemor que le producen esas palabras.

—El marqués está furioso, pero no es el único. ¿No comprende que en esa fiesta estaban las personas más ilustres de Madrid? Ni uno solo de los invitados quiere verse envuelto en el asesinato de una actriz, prostituta, estafadora o lo que fuera esa mujer. Los que estaban allí tienen dinero, poder y contactos capaces de mandarnos mañana a todos a patrullar a Melilla. ¿Quiere acabar de esa manera?

—Me gustaría explicarles los avances que he hecho. —Aunque Miguel se esfuerza, su voz es un susurro apenas audible—. Amparo, la nueva víctima, era amiga de la mujer degollada en las Injurias. Ambos crímenes guardan relación. Además de la amistad, hay más puntos en común. Las dos pertenecían al mundo de la farándula, consumían morfina y los cadáveres tenían una flor en sus manos. Junto al primer cuerpo había un poema en el que hay elementos que coinciden con las escenas de los crímenes.

»También creo que el parque del Retiro tiene un papel. El cochero que condujo a Carmen y Rinaldi a las Injurias dijo que le pidieron ir allí. Cuando el asesino vio que había policía en la zona decidió ir a las Injurias. Hay un asesino, un lugar y un método. Y lo que es peor, no creo que sea el último asesinato.

—Todas esas historias de morfina, flores, poemas y el parque del Retiro están muy bien —asegura Vidal irónico—. Sólo le falta una cosa: un culpable.

—Sabemos que la noche del crimen había tres personas a las orillas del Manzanares: Carmen, Rinaldi y una tercera persona desconocida —continúa Miguel—. Felipe, el muchacho de las Injurias, dio una breve descripción de ese hombre que puede coincidir con el marqués de Salamanca. Creo que para esclarecer los hechos sería vital hacerle un seguimiento.

Millán Astray vuelve a sentarse en su silla. Guarda silencio unos instantes. La luz de la lámpara de petróleo acentúa la lividez y las arrugas de su rostro.

—Veo que no me escucha —lamenta con un jadeo de desaliento —. Le estoy diciendo que molestar a ciertas personas puede causarnos problemas y usted me propone esta majadería. La labor policial debe basarse en pruebas, no en conjeturas, sospechas, vaguedades. Eso es lo que me trae usted. Mire, la única realidad es que un crimen se cometió en el barrio más miserable de la ciudad, otro en una fiesta donde estaban reunidos los más ricos y poderosos de Madrid. Eso es un dato objetivo, uno que hace improbable que tengan relación. Quiero datos concretos, no especulaciones. ¿Me ha entendido?

Miguel asiente y trata de hablar, pero el comisario se anticipa.

—Vidal cree que los culpables de las muertes de esas mujeres pueden ser sus parejas. Desde luego, esa hipótesis me parece mucho más plausible que la suya. ¿Cómo se llamaba la pareja de esa mujer?

—Mateo López —responde Vidal.

—Ése es el hombre que hay que encontrar.

Millán Astray titubea, por un momento parece incómodo mientras dirige una mirada a Fernández-Luna.

—Me ha costado convencer al inspector, pero es obvio que usted no puede seguir al cargo de esta investigación. No discuto que sea brillante, pero carece de experiencia, algo muy necesario en un caso como éste, en el que hay implicada gente principal. Por eso he tomado la decisión de que el sargento le sustituya. Escriba los

informes oportunos, finalice las diligencias que tenga pendientes y entregue el caso a Vidal.

—Eso me llevará un tiempo —alega Miguel con voz tenue.

—Tiene hasta finales de mes. El primero de mayo el sargento debe tener en su despacho todos los informes y pruebas; cuanto antes se los entregue mejor. Pueden retirarse.

Al escuchar esas palabras los dos hombres se ponen en pie y abandonan el despacho. Mientras se encaminan hacia la puerta, sus rostros no pueden ser más opuestos. Vidal sonríe satisfecho, se ha hecho con el caso que ansiaba. Miguel trata de no reflejar la menor emoción, pero su mirada deja claro que se sabe al borde del abismo.

Asciende la escalera de la corrala tambaleándose. Son poco más de las doce de la mañana, pero lleva bebiendo desde que salió de la comisaría. El edificio está a esas horas casi vacío, alguna mujer entona una nana, otras cantan fragmentos de zarzuelas mientras tienden ropa o hablan entre ellas. Las voces femeninas, que en otro momento le podrían haber parecido agradables, le suenan extrañas, como si procedieran de fantasmas que le acosan.

Busca la llave en el bolsillo mientras está apoyado en el muro. Al abrir la puerta, el cuarto se llena de una luz cegadora que desaparece cuando da un portazo. Así es la vida, piensa mientras cae sobre la cama: destellos de luz en medio de una oscuridad siniestra.

Se sumerge en un sopor reconfortante hasta que percibe que en el cuarto hay alguien más. Al volverse distingue una figura sentada junto a la ventana.

—¿Cómo has entrado? —pregunta Miguel reincorporándose.

—Por la puerta —dice Pepe señalándola—. Ya sabes que en mi juventud hice un poco de todo. Esas mañas de la mala vida nunca se olvidan. Abrir una puerta como la tuya no es tarea difícil. Si no te roban, es porque no tienes nada de valor.

Miguel niega con la cabeza.

—Sí me podían robar algo y lo han hecho.

—No, no lo han hecho. —La voz de Pepe suena firme—. No todavía. Tienes tiempo. Hasta el primero de mayo, tu suerte la vas a decidir tú con lo que hagas hasta esa fecha.

—¿Qué quieres decir?

Pepe se pone de pie. No es alto, pero sí fuerte, y es capaz de transmitir esa fortaleza a sus palabras.

—Me parece claro: no obedezcas las órdenes del comisario, sigue investigando. Si consigues detener al asesino antes de esa fecha nadie te lo reprochará.

Miguel se mordisquea el labio y permanece pensativo unos instantes.

—Eso es imposible —concluye—, se enterarán si lo hago.

—¿Quién se va a enterar? El comisario está volcado en cien asuntos, el tuyo es sólo uno más. Vidal está satisfecho con su victoria. Toma café o algo que te quite esa borrachera. Después busca al escritor, ese Baroja. La invitación que utilizó esa mujer es la de Antonio Hoyos, un tipo con ínfulas literarias. Es posible que lo conozca. Si es así, puede conseguirte una entrevista con él. Si ese hombre no lo conoce da lo mismo, preséntate en su palacio y trata de hablar con él. No me defraudes, nunca lo hiciste. No lo hagas ahora.

Miguel asiente. Se pone en pie y Pepe le da una palmada en la espalda. Después se dirige hacia la puerta.

—No te puedo ayudar, si lo hiciera ya sabes lo que me pasaría. Te lo advierto, ándate con cuidado. Esa gente tiene poder y es peligrosa —dice antes de salir al corredor.

Miguel se aclara el rostro con el agua de la palangana. Es pronto aún, puede aprovechar lo que queda del día. Una vez más, Pepe le ha sacado de un apuro, como en tantas otras ocasiones en esa guerra olvidada y maldita de la que nadie se quiere acordar. Le duele el estómago y se siente mareado. No está en su mejor forma para luchar, pero eso es lo que va a hacer.

Son casi las once de la noche cuando Miguel llega a la plaza de Santa Bárbara. Nunca habría apostado a que Baroja pudiese conseguir una cita con el propietario de uno de los palacios más suntuosos de Madrid. Sin embargo, ha sucedido. La luz de las farolas de gas destaca la figura elegante del palacete de Antonio Hoyos.

La fachada luce el escudo heráldico de la familia, una de las más antiguas de la corte, cuya fama se labró hace siglos combatiendo al turco y al hereje. El impresionante edificio cuadra con lo que se espera de un miembro de esa casa tan ilustre.

Miguel se arrebuja el cuello del abrigo. A esas horas de la noche hace frío, sobre todo cuando llegan las ráfagas de aire de la sierra. La plaza está casi vacía. De vez en cuando pasan carruajes o peatones rumbo a sus casas. Miguel levanta la cabeza cuando oye unas pisadas y distingue la figura de Baroja avanzando por la acera.

Parece, como siempre, absorto en sus pensamientos y luce un gesto adusto.

—Buenas noches —dice Baroja tras detenerse y observar el palacio—. Vaya casa, ¡es impresionante!

—Sí, desde luego.

—No se deje engañar. Antonio Hoyos es el segundón de la familia, no heredará el título ni tampoco la fortuna.

—Tal vez por eso sea un rebelde y simpatice con los menos favorecidos —asegura Miguel.

—Puede ser, pero no acabo de creerme su radicalismo —aclara Baroja esbozando una sonrisa irónica—. Será uno de esos revolucionarios de salón que sueltan soflamas para impactar a una audiencia biempensante, pero después se va a cenar a un restaurante de lujo con el dinero de papá.

—Veo que no le aprecia demasiado. Creía que era amigo suyo.

—No, en absoluto —explica haciendo un aspaviento con su mano derecha—. Amigos tengo pocos. Coincidimos en alguna tertulia y hablé con él en varias ocasiones. Nada más. Soy el primer sorprendido al ver que no haya puesto problemas a recibirnos en su palacio. Es culto, pero muy pedante. Se cree alguien especial, un esteta que ama la belleza, el arte y la cultura. Desea ser escritor y tiene ciertas dotes, pero lleva una vida demasiado disoluta para crear algo de valía. Por lo visto, sus días son una sucesión de fiestas, alcohol y todo tipo de excesos. Otra razón más por la que no entiendo el motivo por el que desea recibirnos. Bueno, dejémonos de charla. Vamos a ver qué nos dice.

El mayordomo que abre la puerta viste una anticuada librea azul con ribetes dorados. Es un joven guapo, moreno, con ojos azules y un rostro displicente. Cuando se identifican, se limita a asentir y pide que le acompañen. Suben por una escalera de caracol iluminada por candelabros dorados. Al llegar al piso superior abre una habitación cuya puerta cierra con un golpe seco una vez que están dentro.

Ambos quedan desconcertados al ver que la estancia está vacía. Intercambian una mirada de sorpresa, pero se limitan a observar lo que los rodea. La sala es muy amplia y está repleta de todo tipo de objetos artísticos: cuadros, grabados, piezas de orfebrería, tapices, cerámica oriental, esculturas griegas. Es un maremágnum en el que abunda lo viejo, lo nuevo y lo estrambótico. No faltan exquisitos objetos de trazo modernista.

Unos minutos después la puerta al fondo se abre y aparece un joven muy alto de aspecto fornido. Sonríe, y eso hace que casi se caiga el monóculo que lleva en su ojo izquierdo. Viste una elegante bata de seda que tiene las armas de su escudo nobiliario en el bolsillo superior. Avanza contoneándose y haciendo unos gestos afeminados que resultan chocantes con su cuerpo hercúleo.

—¡Pío, qué alegría verte! —exclama el aristócrata estrechándole la mano—. Ya sabes que hace un tiempo que no frecuento las tertulias. Últimamente el mundillo literario, con sus envidias, dimes y diretes, me interesa poco o nada.

Tras decir esto tiende la mano a Miguel, que éste siente lánguida y sudorosa.

—Éste debe de ser tu amigo, el policía. Es usted muy apuesto, señor...

—Herranz, Miguel Herranz —aclara.

—Cuando Pío me dijo que un policía quería hablar conmigo me quedé sorprendido —asegura sonriendo—, pero acepté de inmediato. ¿Puede uno negarse a participar en una investigación criminal? Yo no, desde luego. No quiero apabullarle, señor Herranz, yo hablo mucho, demasiado. Todo el mundo lo dice. ¡Lo digo hasta yo!

Una carcajada interrumpe su discurso.

—Bueno, estoy siendo desconsiderado. Siéntense, por favor —pide antes de señalar unos sillones junto a una chimenea donde crepita la leña—. ¿Les apetece tomar algo? Sí, claro que sí. ¡Qué preguntas tan estúpidas hago!

Antonio se dirige al carrito de bebidas y toma tres copas que llena de un líquido verdoso.

—¿Han probado la absenta? —pregunta ofreciendo las copas—. Es la bebida de moda en París, lo llaman el «hada verde». No me extraña, el setenta por ciento es alcohol; si uno se toma un par de copas puede ver hadas, unicornios o lo que sea. —Una carcajada remata esas palabras—. Pero no nos desviemos del camino. ¿En qué les puedo ayudar?

Baroja, a pesar de la cálida recepción, está visiblemente incómodo. Toma la copa y la olfatea, después la pone sobre la mesa sin probarla.

—Lo primero es agradecerte que nos recibas. Lo que nos trae aquí es un asunto de lo más extraño. Mi amigo —apunta señalando a Miguel con un gesto de la cabeza— es agente de la Comisaría Central. Está investigando el crimen de dos mujeres. Una de ellas fue asesinada en esa gran fiesta que tuvo lugar en el Retiro. Si

hemos venido a molestarte es porque esa mujer llevaba tu invitación.

El rostro del aristócrata muestra una evidente sorpresa.

—Sí, es cierto que recibí esa invitación. Si les digo la verdad no sé qué hice con ella. La dejé por ahí. Llevo un tiempo en el que no les hago el menor caso. Prescindir de esos eventos más que un sacrificio fue una liberación. En cuanto a ese crimen, no tenía ni idea. No he leído la prensa del día.

—Ni va a leer nada —aclara Miguel—; como afecta a alguien principal como el marqués de Salamanca, se oculta.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Antonio Hoyos.

—La mujer que utilizó su invitación apareció muerta. La dispararon en la cabeza muy de cerca, le faltaba casi medio rostro.

El aristócrata frunce el entrecejo y hace un gesto de repulsión.

—Vaya manera tan poco estética de morir —asegura tras dar un sorbo a su copa—. Me puedo imaginar la escena. ¡Debió de ser un horror!

Miguel olfatea la copa de absenta y le da un breve sorbo que le estremece. Es la bebida más fuerte que ha tomado en su vida.

—No creo que la estética sea importante en un asesinato —apostilla.

—Está usted totalmente equivocado —continúa Antonio Hoyos, que hace un gesto con las manos casi femenino—. La estética es importante en todo, en la manera de vestir, de comportarnos, de hablar. Casi todo puede tener una dimensión artística, incluso un asesinato —afirma esbozando una sonrisa burlona.

—No creo que asesinar a gente pueda considerarse algo artístico —replica Miguel rotundo—. Todo lo más, un oficio rentable.

—No, por supuesto que no —niega Antonio Hoyos sonriendo—. Sólo pretendo mostrarle mi espíritu burlón. Dicen que el sentido de la inteligencia y el humor están relacionados. Yo, que llevo toda mi corta vida rodeado de gente sería y apolillada, no puedo estar más de acuerdo.

»El humor, el arte y las letras me sacan del hastío en el que normalmente se encuentra mi espíritu. Hay que salir de la vulgaridad, rechazar los convencionalismos burgueses. Convertirse en un alma libre es el máximo destino que puede alcanzar un hombre.

Miguel deja la copa sobre la mesa.

—Me gustaría hacerle unas preguntas —indica sacando la libreta y el lápiz—. La mujer asesinada en el Retiro se llamaba Amparo Morales.

Antonio Hoyos tose porque se le atraganta la absenta.

—¿Amparo? ¡No puedo creerlo! Lo siento mucho, era una mujer estupenda. No acudo a esas fiestas porque organizo las mías, que son mucho mejores. Invito a los que quiero: pintores, músicos, literatos, actores, gente que comparte mis gustos y anhelos. No me importan su origen o riqueza, son una ruptura de los convencionalismos sociales. Suelo invitar a parejas jóvenes y atractivas como Amparo y Mateo. Ya habrán adivinado que las mujeres no son lo mío, pero reconozco que ella era irresistible. Mateo, su novio, no le iba a la zaga. Un hombre muy guapo, como usted. Lástima que sólo le interesaran las mujeres.

La sonrisa que lanza a Miguel es respondida por él con un gesto adusto.

—No le mentiré; Amparo y yo no éramos íntimos, pero me agradaba mucho. Era una de esas personas con un toque mágico, a donde iba llevaba consigo una fiesta. Los hombres caían rendidos a sus pies. Amparo era de la estirpe de Judith, de Dalila, de Helena de Troya, una de esas mujeres por las que los hombres hacen locuras. Una belleza olímpica atrapada en un mundo turbio. Trabajaba de actriz en teatros de mala muerte, me parece que estuvo en uno por Lavapiés. Supongo que también vendería su cuerpo, ya sabe lo que quiero decir. No tengo ni idea de quién la mató ni por qué. Pero me huele a bajas pasiones, celos y sexo depravado. Perdone mis tendencias folletinescas, pero es algo que no puedo evitar.

—Me han dicho que ambos estafaban a gente adinerada —afirma Miguel—. ¿Sabe algo de eso?

—No hago mucho caso de los rumores —asegura el aristócrata ladeando la cabeza—. Le aconsejo que haga lo mismo.

—¿Tiene idea de cómo pudo acabar su invitación en manos de esa mujer?

—Es posible que se hiciera con ella en alguna visita. De manera habitual examino el correo en la entrada. Cuando me interesa lo subo al despacho, el resto lo dejo allí para que el servicio se deshaga de él. Pudo cogerla allí. Si estafaban a ilusos con dinero es difícil encontrar un sitio más a propósito que esa fiesta. Esos sujetos se creen lo mejor, pero en gran parte no son más que estúpidos codiciosos con ropa más o menos elegante.

—¿Ha tenido alguna disputa con el marqués de Salamanca? —interviene Baroja.

—No, en absoluto. Apenas le conozco. Hace tiempo que tomé la decisión de no acudir a fiestas. Me da lo mismo quién las organice.

Simplemente no me interesan. Además, si me invitan es para quedar bien con mi padre, el señor marqués.

Antonio Hoyos entrecierra los ojos y su voz toma un repentino tono melancólico.

—Supongo que habrán oído hablar de mí; el homosexual, el pervertido, el vicioso. El sujeto con ínfulas de artista que tiene todos los vicios. No lo negaré: bebo, fumo, tomo drogas, hago fiestas en las que se mezcla todo eso con sexo desenfrenado. Tengo casi todos los vicios. Entre la conducta del señor marqués, sus invitados y yo puede parecer que hay un abismo. Pero sólo hay una diferencia: yo no me escondo. —El aristócrata traga saliva y hace un esfuerzo para que su voz suene firme—. Es posible que crean que la alta sociedad madrileña es un círculo de gente selecta —continúa—. Nada más lejos de la verdad. Sólo son un grupo de gente codiciosa, egoísta y pagada de sí misma. Sin sensibilidad para nada que no sea el dinero o sus negocios, basados, por lo general, en algún tipo de atropello o ventaja. Todo es falso, desde los negocios a sus matrimonios adúlteros, pasando por una fe religiosa superflua y carente de la más mínima exigencia espiritual. Compaginan misas diarias y queridas; empresas y estafas; carencia del más mínimo talento con el más mínimo escrúpulo. Todo junto y revuelto. Todo desprende el olor pestífero de la mentira y el fariseísmo. Ésos son los hombres que me juzgan. Si soy sincero debo reconocer que tenemos sentimientos recíprocos: los odio y me odian.

El rostro de Antonio Hoyos se ensombrece y guarda silencio de repente. El silencio incómodo es roto por Baroja.

—Hace unos días asesinaron a otra mujer, Carmen, es posible que también la conozcas. Mi amigo tiene una fotografía.

Miguel se echa la mano a la chaqueta y enseña la imagen al aristócrata, que la examina con desgana unos instantes; después se la devuelve.

—No sé qué decirle. Es posible que también asistiera a mis fiestas, pero no se lo puedo asegurar. Viene mucha gente. Sé que Amparo traía a amigas. No puedo saber si era una de ellas. Ya les he dicho que las mujeres no son lo mío.

—¿Tiene una lista de invitados a sus fiestas? —pregunta Miguel—. Tal vez alguien pueda darme datos de interés sobre ella.

A Antonio Hoyos se le escapa una carcajada que retumba en la sala. Cuando se calma, niega con la cabeza.

—Me pide un imposible, mis fiestas tienen una fama nefasta. Para mucha gente sería un deshonor que la vincularan conmigo. Una condición que impongo para asistir es la del voto de silencio. No se puede contar lo que sucede o quiénes participan. En mi mundo se mezclan sombras y vicios. Si me entero de que ha habido una indiscreción, esa persona es inmediatamente expulsada. Deberían conocer mis fiestas. Ya sé que me vas a decir que no, Pío, pero este amigo tan guapo que has traído puede estar interesado. Permítame invitarle a la próxima, que tendrá lugar el próximo día veintiocho. Sólo tiene que venir, llamar a la puerta y decir la contraseña: «La noche anuncia el día.» Pero ya sabe, si viene debe hacer voto de silencio o... sufrirá las consecuencias.

—Se lo agradezco, pero este crimen ocupa todo mi tiempo —asegura Miguel.

—Déjame hacerte una última pregunta —señala Baroja—. ¿Hay militares entre los invitados a tus fiestas? ¿Alguien que combatiese en Cuba o Filipinas?

—Ese gremio no es asiduo a mis veladas, pero tampoco puedo asegurarlo con certeza —afirma dubitativo mientras se frota la sien —. En mi opinión, no es a mis amigos a quienes debe seguir. ¿Quiere usted encontrar al asesino? ¡Busque entre los que fueron a la fiesta del Retiro! Si es que le dejan. Les daré un consejo: investiguen al marqués. Se cree descendiente directo del Cid, pero sólo es el hijo de un especulador. Él y sus amigos ignoran que el mundo ha cambiado, que se fragua en el horizonte una revolución. El futuro traerá, más pronto que tarde, una aurora roja de sangre y muerte que acabará con todo lo que conocemos. De ella saldrá un mundo nuevo y mejor del que ni él ni yo formaremos parte. Eso es lo que nos espera: una aurora roja.

Ya fuera del palacio los dos hombres se abrochan los botones de sus abrigos. Una racha de aire frío barre la calle y Baroja se sujeta la boina para que no vuele. La calle presenta un aspecto solitario. No se ve ni un solo carruaje. La noche es muy oscura, porque el cielo está cubierto de nubes que no dejan pasar la leve luz de la luna. Las farolas de gas iluminan a la pareja que avanza por la calle Hortaleza.

Miguel siente la inquietud que le provoca saber que el caso no avanza. De ese ensimismamiento le saca la voz grave de Baroja.

—Ya sabe que algunos de mis amigos frecuentan el mundo de la farándula. He dejado caer que estoy buscando a Mateo. Nadie sabe nada de él. No tenía muchos amigos porque para los actores es un niño de papá que les quita el pan.

—Eso no nos vale de mucho —le asegura Miguel—. Hasta que no hablemos con él estamos en un laberinto. Lo peor es la falta de

tiempo. Tengo hasta el primero de mayo para hallar al culpable. Sólo tengo un sospechoso y es intocable.

—¿El marqués de Salamanca? —pregunta Baroja.

—Así es. Creo que conocía a Amparo y sabía mucho más de ella de lo que nos ha dicho. Ella y Mateo se dedicaban a chantajear a hombres poderosos. En Madrid pocos habrá más importantes que él. Ese hombre oculta algo y no es sólo su lista de invitados. Lo mejor sería hacerle un seguimiento. Saber a dónde va, cuáles son sus rutinas, amigos y su día a día. Mañana mismo comenzaré. Necesito un ayudante. ¿Puedo contar con usted?

—Sí, por supuesto. Aunque tengo una cita con unos proveedores a la una. A esa hora me tendré que ir.

—Estupendo, mañana le espero a las nueve de la mañana frente al Café Moderno, que está muy cerca del palacio del marqués.

12

Jueves, 12 de abril

Baroja cierra la puerta y comienza a bajar las escaleras. Está cansado y siente un leve dolor de cabeza. No ha dormido bien, los problemas que le da la tahona lo impiden. La harina tiene cada día un precio más caro y se ha visto obligado a subir el precio, algo que nota en las ventas. Creía que el pan de Viena iba a ganarle una gran clientela, pero no ha sido así. Es un pan delicioso, pero caro, algo que la gente no puede permitirse en estos tiempos de penurias. Hace mucho que tiene claro que las preocupaciones no compensan las ganancias. Cuando pueda se deshará de la tahona, algo en lo que también está conforme su hermano Ricardo.

Otro tanto puede decirse de su novela. No ha escrito una palabra. En su cabeza imagina un relato crudo y brutal que asombre al mundo. Ése es el sueño. La realidad es otra bien diferente: le inmoviliza el miedo ante la página en blanco. Deseaba comenzar a escribir una vez que conociese la vida en esos barrios miserables. Ya los ha visto, las casas, los moradores, la miseria. Lo que no ha hecho es escribir una línea. Teme que en esas hojas sólo pueda plasmar una novela floja y sin alma, una muestra de su mediocridad.

La experiencia de conocer esos lugares es algo inolvidable. Sin Miguel no habría sido posible. Es callado, poco efusivo, distante; pero lo aprecia. ¿Va a poder resolver este caso? No sabe qué pensar. Tiene poca experiencia, además la resolución se le antoja imposible. No entiende su obsesión con el marqués. Lo de hacerle un seguimiento le parece una estupidez sin mucho sentido.

Sea así o no, va a ser difícil, como comprueba nada más salir a la calle. Es Jueves Santo, el primer día de las celebraciones de Semana Santa. Cuesta imaginar un momento peor. En esas fechas la rutina tumultuosa de Madrid desaparece para dejar paso a una ciudad mortecina, triste, silenciosa; un espacio sobrecogido por el martirio y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

En lugar del habitual tráfico de carros, bestias y viandantes, las calles ofrecen un aspecto solitario. Las tiendas, los pequeños talleres, el mercado, las tabernas... todo está cerrado. En ese mismo momento, impera un silencio que rompen las campanadas de la parroquia de San Ginés. Perseguir a alguien en un tumulto es complicado, pero lo es aún más en unas calles vacías donde el anonimato es imposible.

El cielo está cubierto por unas nubes blancuzcas que apenas dejan pasar el sol, algo que acrecienta la sensación de melancolía. Una nube de vaho sale de su boca cada vez que respira, de vez en cuando se echa el aliento en las manos para calentarlas. No es el único que tiene frío. Al elevar la vista contempla decenas de columnas del humo de las chimeneas, que llenan el aire de un olor a madera quemada.

Tal vez estaría mucho mejor en casa tratando de escribir algo en lugar de dirigirse al palacio del marqués de Salamanca. Lanza un

suspiro de resignación sabiendo que, para bien o para mal, debe seguir ayudando a Miguel. Al principio se mostró renuente, pero ahora ese muchacho le necesita. Sabe que está con la soga al cuello y él no será quien le deje caer.

Está ya casi al inicio de la calle Arenal, muy cerca de la Puerta del Sol, cuando vislumbra el palacio del marqués. Allí, como en el resto de Madrid, las tabernas, tiendas y cafés están cerrados. No hay un refugio que le permita pasar desapercibido. El único movimiento es el de las ráfagas de viento que remueven papeles del suelo. Ve a Miguel pálido y con el rostro adusto observando el edificio.

—¿Alguna novedad? —pregunta Baroja cuando se sitúa frente a él.

—No, nada extraño, hasta ahora no ha salido nadie.

Durante las siguientes horas, los dos hombres pasean alrededor del palacio hablando de nimiedades. De vez en cuando ven cómo sale o entra algún sirviente. El primero es un muchacho joven que vuelve con varias barras de pan. Poco después ven a una mujer con aspecto de institutriz que regresa al cabo de veinte minutos.

Eso es todo lo que sucede hasta mediodía. A medida que avanza la jornada, el cielo se despeja y deja entrever unos tímidos rayos de sol sobre el cielo gris. En ese momento ven salir al marqués acompañado de un joven que debe de ser su secretario, ayuda de cámara u hombre de confianza. Ambos conversan mientras avanzan a buen paso hacia la Puerta del Sol. Visten trajes elegantes, de color oscuro, y unos sombreros de tipo bombín que han puesto de moda los corredores de Bolsa de la City de Londres. ¿A dónde se dirigen? Sólo hay una manera de averiguarlo: seguirlos.

Baroja y Miguel se detienen cuando ven entrar al marqués y su acompañante en la iglesia de San José.

—Ya no puedo quedarme más —afirma Baroja tras sacar el reloj de chaleco—. Me esperan en la tahona.

—No se preocupe. Le espero esta tarde a las cuatro en el mismo sitio.

—Allí estaré —asegura Baroja, que hace un ademán de despedida y se aleja.

Miguel se queda frente a la escalinata del templo sin saber qué hacer. No le gustan las iglesias ni las misas. En el hospicio debían acudir a diario al oficio para dar gracias a Dios por la vida miserable que llevaban. En Filipinas, durante el asedio, rezaban el rosario casi de manera continua. También celebraban misas los domingos para dar gracias a Dios por mantenerlos vivos en aquel infierno. La fe en la iglesia la perdió hace mucho tiempo, pero sigue creyendo en Dios, ese ser superior y bueno que le protege. Por eso continúa llevando la cruz que le entregó el franciscano en Baler.

Observa receloso los gastados escalones de piedra y la gran puerta de madera que permanece abierta. Dentro sólo distingue una oscuridad inquietante, tan profunda que parece retarle. Le recuerda el sótano donde castigaban a los que se habían portado mal en el hospicio y también las noches en Baler, tenebrosas y siniestras.

Esas sombras no van a detenerle. Ni las del pasado ni las del presente. Debe saber en todo momento lo que hacen esos hombres, así que endereza la espalda, mira al frente y comienza a subir los escalones. Debe vencer a las sombras del pasado y despejar las del presente.

El templo está abarrotado, huele a incienso y cera de las velas que arden frente a las estatuas de los santos. Entre el público, los ademanes señoriales, las barrigas y las miradas altivas. Un mundo de abrigos gruesos, trajes elegantes, zapatos pulidos, sombreros vistosos, pulcros cortes de pelo y barbas cuidadas, muy distinto al de Lavapiés.

El sacerdote está leyendo la Biblia sobre el atril. Su voz, gutural y poderosa, resuena con una sorprendente claridad. Cuando acaba la lectura del Evangelio lanza una mirada retadora a los feligreses antes de comenzar el sermón. Es un hombre mayor, escuálido y con el pelo blanco. Tiene el aspecto de asceta del desierto, de profeta del Antiguo Testamento al borde de la locura o la santidad.

—Pronuncio hoy mi último sermón. Muchos sabéis por qué. —Su tono es sereno, parece estar pensando cada palabra—. El obispo ha recibido quejas de los feligreses de esta parroquia y ordena mi traslado a las misiones de América para llevar allí la palabra de Dios. Tengo ya una edad, pero no puedo decir que ese destino me desagrade. Es la mano de Dios la que me manda allí. Sin embargo, no quiero irme sin dirigiros un último sermón. Uno importante. El más trascendental que he dicho hasta el momento. Uno que deseo os haga reflexionar. Acabáis de oír lo que dice el Evangelio de san Lucas: «Mi casa será casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones.»

Calla un instante y clava su mirada en los fieles, que le observan sorprendidos.

—Son ladrones los que roban, pero no sólo ellos. Son ladrones los que explotan a sus hermanos y los mantienen en la miseria. Son ladrones los que valiéndose de subterfugios obtienen prebendas y

beneficios exorbitantes a costa de otros. Son ladrones lo que dan una pequeña limosna, más para calmar su conciencia que para cumplir su deber como buenos cristianos. Son ladrones los que se desentienden de sus hermanos más desafortunados. Hay muchos ladrones. Algunos me están escuchando ahora mismo.

Esas palabras hacen que algunos feligreses se remuevan incómodos en los bancos, incluso se oyen murmullos de indignación. Eso sólo logra que el tono del sacerdote se haga más iracundo.

—¡Soy un sacerdote, un pastor de almas! Alguien cuya misión es proteger al rebaño de los peligros que le acechan. Son muchos: los barrancos de la envidia, los ríos tumultuosos de la lujuria, las trampas de la soberbia o el infortunio de la pereza. Hay más, y en cada uno de ellos está la perdición, pero el peor peligro que acecha al rebaño son los lobos. He visto muchos, la mayoría con piel de cordero. Algo que no impide que vea sus colmillos y la mirada asesina del depredador. Están sedientos de sangre, ansiosos de clavar sus dientes en víctimas indefensas para arrebatárselo todo. Llevo muchos años como sacerdote. Cada día he tratado de conducir a mi rebaño por este valle de sombras, librándolos de las injusticias de los egoístas y la tiranía de los hombres malos.

»Todos sabéis que he fracasado, pero me gustaría haceros una advertencia. ¡Os digo que llegará el día en que esos pobres tomarán venganza y sus opresores sufrirán la cólera furiosa del justo! ¡No habrá piedad para los que destruyen a sus hermanos, los explotan o los mantienen en la miseria! ¡Un día la cólera de Dios caerá sobre vuestras cabezas!

Sus palabras quedan interrumpidas por el sonido de la campanilla que hace sonar el monaguillo. Lo ha hecho por orden del párroco

que sale de la sacristía. Su rostro refleja la inquietud de ese sermón incendiario. Ambos hombres intercambian unas palabras hasta que el sacerdote se retira vencido. La misa continúa oficiada por el vencedor. Es todo lo contrario al anterior: obeso, de rasgos blandos y ademanes melifluos.

Cuando la misa acaba, Miguel se sorprende al ver que apenas nadie abandona el templo. El hombre que está a su derecha es uno de esos buenos cristianos que no conocen la fábrica insalubre, el sueldo mísero ni la vivienda infame.

—Perdone, ¿no ha acabado ya el oficio? —pregunta Miguel en un susurro.

—Sí, claro, estamos esperando a que comience la reunión de la cofradía, pero el párroco debe de estar regañando al energúmeno del sermón —responde haciendo un mohín de fastidio—. La nuestra es una de las más ilustres de la villa. Me extraña que no haya oído hablar de la Pontificia, Real, Ilustre y Primitiva Archicofradía de Indignos Esclavos del Santísimo Cristo del Desamparo. Estamos aquí preparando la salida de nuestro paso para esta tarde a las seis. Es ese Cristo de allí —asegura mientras señala la estatua.

Miguel observa la imagen: justo debajo están el marqués y su acompañante. De inmediato decide quedarse. Se arrodilla y simula rezar sin perder de vista a la pareja. Hasta él sabe que la cofradía del Cristo del Desamparo es una de las más importantes de Madrid. Los reyes forman parte de ella y no hay gran familia, aristocrática o burguesa, que no pertenezca a ese club selecto.

Todos son conscientes de la importancia de las relaciones sociales en los círculos del poder. Si, tal como supone, el asesino es alguien de clase alta, es muy probable que se encuentre sentado en esos

bancos. Esos pensamientos quedan interrumpidos cuando reaparece el párroco, que se sitúa frente al público.

—Caballeros, perdonen mi retraso. Si les parece vamos a comenzar la reunión.

Los preparativos de la procesión no tienen el menor interés para Miguel, así que tras escuchar un rato decide abandonar la iglesia. Se dirige a la calle, donde una ráfaga de aire frío le recibe en el exterior. El sol se abre paso entre las nubes y sus rayos acarician su rostro. Allí espera hasta las dos, momento en que los cofrades dan por terminada su reunión y comienzan a salir.

El marqués y su secretario son de los primeros en abandonar el templo. Ambos enfilan el camino de vuelta hacia el palacio, y cuando los ve desaparecer tras el gran portón de madera concluye que ha sido una mañana perdida. Nada de lo que ha visto ha hecho avanzar un ápice la investigación. Tal vez esa tarde, cuando se le una Baroja, haya algún resultado. Espera que sea así, porque el tiempo se le acaba.

Por la tarde, en la calle Arenal hay cierto bullicio. Familias enteras se dirigen a las iglesias o sus cercanías para contemplar el paso de las procesiones. Eso le permite situarse más cerca del palacio. Desde allí Miguel distingue la figura de Baroja con su boina vasca, el gesto adusto y la barba canosa. Cuando llega a su altura hace un gesto con la cabeza para que continúe andando hacia la plaza de Isabel II.

—¿Qué tal en la iglesia? —pregunta Baroja curioso.

—Mal, después de la misa hubo una reunión de la cofradía. El paso saldrá a las seis, así que no creo que el marqués tarde mucho

en salir.

—¿Va a seguirle también allí?

—No queda otro remedio —asegura Miguel consternado—. Habrá que ver si participa o no.

—Mire, he estado pensando... —La voz de Baroja titubea—. Tal vez sea mejor tratar de sobornar a un sirviente que nos informe de las actividades del marqués. Estar aquí, como almas en pena, esperando a que entre o salga es un poco inútil. Uno de los mozos del palacio me compra el pan. Quizá podríamos tentarle con alguna pequeña remuneración.

—La idea no es mala, salvo que no sé con qué íbamos a pagarle. Mi sueldo no da para mucho y su tahona tampoco parece que vaya mejor.

En ese momento se abren las puertas del palacio y aparece el marqués junto a su cochero en un simón tirado por dos caballos zaínos. El carruaje enfila en dirección a la calle de Alcalá. De inmediato Baroja y Miguel comienzan a seguirlo.

Cuando el carruaje alcanza la iglesia de San José a Miguel y Baroja les falta el resuello. El templo ya está rodeado de una multitud que permanece en silencio. El único sonido es de los tambores que anuncian la salida del paso. Cuando se sitúan frente a la puerta del templo, Baroja dirige la mirada a Miguel.

—¡Si hay un tipo de música que odio es la de Semana Santa! —grita Baroja entre el estrépito—. Bueno, en realidad todo lo relacionado con estas fiestas me parece horroroso. Madrid tiene pocas cosas buenas, pero una de ellas es que es una ciudad alegre.

Transformarla en un lugar del culto al sufrimiento y a la muerte me parece una barbaridad. Todo me espanta: el gentío, la música, los tétricos nazarenos, las estatuas de Cristos dolientes y vírgenes llorosas. Un espectáculo, no diré que no, pero dantesco.

Baroja calla cuando el retumbo de los tambores arrecia. La procesión comienza cuando salen del templo los mayordomos de marcha con sus capirotes oscuros, capas y túnicas ajustadas con cíngulos. Bajan la escalinata apoyándose en el báculo, que resplandece casi tanto como las grandes medallas que cuelgan del pecho con unos gruesos cordones trenzados con el color de la hermandad.

El hermano mayor porta una enorme cruz guía de plata. Le sigue una falange tan impresionante como lúgubre, iluminada por las débiles luces de las farolas de gas. Miguel intuye que uno de esos hombres debe de ser el marqués. Hay un par de ellos que tienen su altura y su figura robusta. Cuando se ponen en marcha siguen la procesión a lo largo de la calle. No ha recorrido más que un centenar de metros y hacen un primer alto.

—Usted estuvo en Filipinas, ¿es verdad que en la guerra no hay ateos? —pregunta Baroja.

Miguel duda unos instantes.

—Cuando uno se enfrenta a la muerte todo cambia. Allí algunos se las daban de socialistas y anarquistas, pero cuando el enemigo apretaba rezaban, como yo y como todos. Cuando uno está apurado, pide ayuda a quien sea.

Baroja niega con la cabeza y bajo sus espesas cejas la mirada parece aún más triste.

—Yo soy un descreído de la religión y de casi todo. He llegado a la conclusión de que todo es un teatrillo. Ninguno lo es más que la religión. En España se limita a unos ritos que poco o nada tienen que ver con las preocupaciones espirituales. Ya lo ve —dice señalando a los cofrades—. Ahora marchan serios y compungidos por la tortura y muerte de Cristo, pero rara vez muestran esa piedad por el sufrimiento de sus hermanos.

»No les importa sufragar mantos de terciopelo adornado con oro o piedras preciosas. Tampoco dudan en comprar candelabros de plata, flores, gruesos cirios de velas de la mejor calidad. ¡Todo sea por el culto a esa imagen de madera del Cristo del Desamparo! Eso sí, toda la pobreza les importa un comino. Ya ha visto lo que hay allí, la pobreza más negra, el hambre más fuerte y el desamparo en todas sus formas. Sin embargo lo principal es esa estatua de madera.

—Puede que lleve razón, pero la vida es así: dura, cruel y llena de sinsentidos —concluye Miguel.

En ese momento, la procesión se pone de nuevo en marcha y la música acalla la conversación. Los báculos y bocinas que portan los hermanos mayores destellan bajo la luz de las farolas de gas. Les sigue de cerca la banda de cornetas y tambores, cuyo eco retumba en toda la calle. Detrás de ellos aparece la imagen del Cristo del Desamparo sobre un paso de plata con filigranas y arabescos. La talla está iluminada por una multitud de velas que dejan un olor a cera ardiente. El público contempla el paso, impresionante y siniestro, que avanza con lentitud. Los ojos brillan ante la imagen de ese Cristo doliente. Sólo unos pocos, como Baroja, lo observan con la frialdad del descreído.

—¿Cuánto habrán costado ese paso de plata, los candelabros, báculos, medallas y faroles? —pregunta Baroja.

—No lo sé, pero una barbaridad —responde Miguel.

—En nuestro país no sobra el dinero, pero el que hay se gasta en estupideces: burocracia inútil, políticos corruptos y gastos suntuarios para unos pocos. Ése es nuestro sino y no creo que cambie nunca.

—Es usted un pesimista —afirma Miguel—. Esa gente no sólo paga mantos y piezas de orfebrería, también hace obras de caridad.

—Me río de esa caridad. Los que derrochan el dinero en estos ritos son los que pagan cuatro pesetas a sus empleados en fábricas, tiendas o negocios. Los mismos que no perdonan un duro del alquiler de un piso miserable. Los mismos que imponen unos intereses abusivos en el dinero que prestan. Se creen buenos cristianos, pero sus actos son la negación de la piedad cristiana. Venerar un trozo de madera es sólo paganismo. Ignorar la miseria que está por todas partes es barbarie. Eso es lo único que veo aquí: paganismo y barbarie.

Miguel advierte en ese momento cómo el secretario del marqués se acerca a uno de los encapuchados que están entre los monaguillos y diáconos. Ese pequeño detalle identifica al marqués.

Después la procesión sigue recorriendo las calles de Madrid durante más de una hora. Cuando regresa a la iglesia de San José, el marqués abandona el templo en su simón. Su rostro parece embargado por la melancolía de ese Cristo que sangra y muere en la cruz para salvar a los hombres.

Lo siguen hasta verlo desaparecer tras las puertas de su palacio. Entonces ambos hombres intercambian una mirada. Sobran las palabras. El primer día de vigilancia no ha servido de nada.

13

Viernes, 13 de abril

El segundo día resulta tan improductivo como el anterior. El marqués sale por la mañana del palacio para ir a misa. Por la tarde acude a la cercana parroquia de San Ginés a rezar el rosario. Después regresa a casa. Los rostros graves de Miguel y Baroja muestran el desencanto que les produce este seguimiento fallido.

—Ya le dije que esto no iba a funcionar —asegura Baroja molesto —. Mire, estoy dispuesto a poner algo de dinero de la tahona para pagar al sirviente del marqués. Creo que es la única salida del laberinto en el que estamos metidos.

—No, hay un camino más prometedor —concluye con determinación Miguel.

—¿A qué se refiere? —pregunta confundido Baroja.

—Tanto Carmen como Rinaldi eran adictos a la morfina. Esa sustancia tiene un papel importante en los crímenes. Conozco a alguien que nos puede ayudar en ese mundo.

—¿A quién se refiere?

—A Jesús Gayoso, un antiguo soldado que conocí en el hospital militar. Él estuvo en Cuba, pero los dos hemos pasado por lo mismo: marchas sin fin bajo la lluvia, fango hasta la rodilla, emboscadas,

fiebre amarilla, paludismo, disentería... Ni él ni yo podemos olvidar tanto horror y muerte. La guerra nos unió, pero la vida nos ha separado. Ahora es un malhechor. Es uno de los jefecillos que controlan la delincuencia en los barrios del sur de Madrid como las Injurias, las Cambroneras y las Peñuelas. No le culpo. Cuando salimos del hospital todo lo que nos dieron por defender la patria fue un paquete de cigarrillos y tres pesetas, para regresar a la vida que habíamos dejado atrás.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Tiene su cuartel general en la taberna del Lince, un garito de los suburbios donde se reúnen muchos de los criminales de la ciudad. ¡Vamos para allá!

Las afueras están dominadas por una oscuridad que sobrecoge a cualquiera. La falta de luz hace que Baroja pueda ver el cielo repleto de estrellas. Miguel camina a su lado en silencio. La figura de ambos hombres es iluminada por pequeñas fogatas que se encienden junto a unas casuchas de adobe.

Un poco más allá, todo queda sumergido en la noche. De la chimenea de la Fábrica del Gas sale una humarada que llena el aire de un olor desagradable. La taberna del Lince no queda muy lejos. Miguel está inquieto, no le ha dicho nada a Baroja, pero ha tomado precauciones. Lleva el abrigo abierto y el revólver cargado. En esa vecindad puede pasar cualquier cosa.

Sabe que Jesús no le hará daño, pero no puede decir lo mismo de los jaques de la taberna. Vislumbra el edificio cuando ve una casa en

cuya puerta luce un farol que debe orientar a los clientes en ese mar de sombras.

Baroja está tan inquieto como Miguel. Trata de mostrarse imperturbable, pero duda que sea capaz de engañar a Miguel. Quería explorar esos barrios miserables, pero ir de noche a un sitio así es meterse en la boca del lobo. Él no es un hombre de acción, todo lo contrario, le gusta estar en casa, en zapatillas y bata. En su familia hubo un sujeto así, Eugenio de Aviraneta, un conspirador cuyas aventuras darían para escribir muchas novelas. Le guste o no, él no es de ésos, así que no puede evitar un suspiro de alivio cuando ve el mísero cartel escrito a mano que señala la taberna del Lince.

Miguel abre la puerta y un aire caliente, cargado de humo, les golpea el rostro. Hay un fuerte olor a gallinejas, callos y aceite. El techo es muy bajo y de él cuelga un quinqué que ilumina el local con una luz crepuscular. Se oye el rasgueo de una guitarra que un ciego toca cerca de la barra. No sabe puntear bien, pero repite los acordes una y otra vez. Todos guardan silencio porque su canción habla de Cuba, de las noches del trópico, del sol ardiente y de soldados luchando por su vida: un son exótico sobre la belleza, el dolor y la muerte.

Al acabar muchos aplauden, después vuelven a sus conversaciones o inician una nueva partida de cartas. Sabe que Jesús suele sentarse al fondo, rodeado de sus hombres de confianza. Supone que estarán armados con puñales o navajas, puede que incluso algunas armas de fuego, pero avanza sin titubeos hasta ponerse frente a la mesa. Baroja le sigue simulando una despreocupación que está muy lejos de sentir. En esa parte de la taberna la luz es tan lúgubre que apenas distingue los rostros de

tres hombres que dejan de hablar y observan a los desconocidos con estupor.

El que está en el centro enciende una cerilla para prender el cigarro que tiene en la boca y la luz rojiza ilumina el rostro de Jesús Gayoso. Su aspecto es muy distinto al que Miguel recuerda del hospital militar. Ya no es un esqueleto andante, ni su mirada es la de un hombre al borde de la muerte. Luce un traje de buen corte y un bigote fino, muy a la moda. Sin embargo, los rasgos son más duros y tienen una expresión sombría.

Jesús observa con desconcierto a Miguel, pero tras unos instantes de duda sonríe. Hace un ademán con la mano derecha a los dos hombres de aspecto patibulario que están a su lado y ambos se marchan a la barra.

—Siéntate, eres bienvenido si no vienes a buscarme las cosquillas. Lo mismo digo a tu amigo. Hace mucho tiempo que no nos vemos —dice con un tono cordial.

Miguel y Baroja toman asiento en los taburetes libres.

—Sí, es cierto. No nos hemos visto desde hace mucho, pero sigo tus pasos.

—No sé si eso es bueno o malo —asegura con una sonrisa—. Si te digo la verdad, nunca te imaginé como policía.

—La vida da muchas vueltas.

—Demasiadas, algunas veces hace a viejos amigos enemigos mortales. —Al decir esas palabras su voz adquiere un tono triste—. ¿Qué te trae por estos andurriales?

—Necesito... —Miguel titubea—, necesito tu ayuda.

—Ésa es buena, un policía pidiendo ayuda a un delincuente. ¿No tendría que ser al revés? —pregunta Jesús sonriendo—. ¿Qué

quieres?

—Estoy a cargo de un asunto importante. Han matado a dos mujeres, ambas se inyectaban morfina. Debo resolver el caso antes de finales de mes, entonces entregarán el caso a un sargento que me odia y me buscará las vueltas. Creo que la morfina tiene un papel importante en esas muertes. Necesito saber quién trafica en Madrid con ella.

Jesús asiente, y deja caer la ceniza de su cigarro sobre la mesa pringosa, en la que se ven gotas de vino y los círculos que dejan los vasos.

—Algo que nunca seré es un chivato —dice mientras una sombra cruza su rostro—. Sólo te daré un nombre y tienes que prometerme que no le va a pasar nada.

—Te lo prometo —asegura Miguel—. Además, sabes que soy agradecido.

Jesús frunce el ceño y se muerde el labio superior antes de responder.

—Espero que no olvides tu promesa —advierte tras soltar una nube de humo—. Sólo conozco a una persona que se dedica a eso: Francisco Díaz. Tiene una chatarrería en los Cuatro Caminos, es un cuchitril lleno de porquería y ratas. Es de fiar, pero ten cuidado. El tráfico de morfina es un negocio oscuro que da mucho dinero.

14

Sábado, 14 de abril

De la Glorieta de Bilbao parte un tranvía eléctrico hacia la barriada de los Cuatro Caminos. Baroja espera en la parada y ve cómo llega el vehículo sobrecargado con obreros y otros menestrales que va a trabajar al centro de la ciudad. Cuando queda vacío, sube y toma asiento junto a una ventana. El tranvía desprende un olor acre a humanidad y tabaco que comienza a disiparse cuando se pone en marcha.

El vehículo comienza a transitar por las nuevas calles del ensanche, anchas, rectas, con árboles y edificios de fachadas elegantes. A medida que avanzan, los edificios son más bajos y modestos. Finalmente, cerca de los Cuatro Caminos la ciudad es ya sólo un páramo donde se ven señalados los solares que los especuladores esperan vender a precio de oro.

El chirrido de los frenos precede a una parada brusca que hace que Baroja se golpee la rodilla con un asiento. El vehículo ha estado a punto de atropellar a los caballos de un carro que se espantaron al ver ese extraño artefacto. Baroja, dolorido, baja con cuidado la escalerilla del tranvía cuando llega a los Cuatro Caminos. Cojea levemente mientras se sumerge en la barriada: un caos de

callejuelas estrechas donde se agolpan obreros de las fábricas, jornaleros que huyen de la miseria y una multitud de gente sin oficio ni beneficio en busca de una oportunidad. Allí están todos los que no pueden pagarse un cuartucho en una corrala del viejo Madrid.

Muchos llegan desde pueblos donde el hambre es una rutina. Algunos mantienen la ilusión. Otros tienen ya la mirada triste de los vencidos por la vida. Éstos permanecen en las tabernas bebiendo un vaso de vino en el que tratan de diluir su desengaño. Son ya hombres sin voluntad, ánimo o esperanza. También hay muchachos jóvenes que forman bandas de golfos dispuestos a realizar cualquier ratería para ganar unos céntimos.

Los que siguen en la brega marchan a Madrid: albañiles, camareros, obreros, vendedores ambulantes, traperos, mozos de almacén, aprendices de cien oficios. Para todos cada día es una dura lucha que tiene como premio comer. De lo mezquino de su vida hablan los pantalones o chaquetas gastadas y llenas de remiendos. Los cuerpos magros y los rostros marcados por el cansancio. A pesar de todo, marchan alegres.

Baroja se siente perdido entre aquella multitud. Mira en todas las direcciones en busca de Miguel, hasta que distingue su figura una decena de metros más allá de la parada. El policía está acabando un cigarro que tira al suelo cuando ve a Baroja.

—Buenos días, ¿dónde está esa chatarrería? —pregunta Baroja.

—Entre los Cuatro Caminos y el barrio de Tetuán de las Victorias, no tardaremos mucho. Hay que coger la antigua carretera de Francia —responde Miguel señalando una amplia calle que divide la zona.

A su alrededor se abren calles estrechas e insalubres cuyo aspecto se va haciendo más deprimente a medida que se alejan. Las casas

son bajas y presentan un aspecto miserable. Por todas partes hay descampados donde se acumula la basura y vagan perros escuálidos.

Las mujeres lavan la ropa o van cargadas con nabos, patatas y carne de aspecto averiado para la comida. Tienen un aire manso y dulce que contrasta con la rudeza del entorno. Niños casi desnudos rebuscan en los desperdicios y persiguen a las ratas a pedradas. Allí no hay lugar para balconadas, miradores, árboles, aceras amplias o cualquier otra comodidad. Todo es pequeño y pobre.

—Esto está algo mejor que las Injurias, pero no mucho más.

—Peor está el barrio de Tetuán, un poco más allá. Allí los traperos llevan la basura de la ciudad para tratar de sacar algo. Mire, ya estamos —dice señalando una casa de aspecto calamitoso.

A Baroja le basta un vistazo para entender que la chatarrería no es un negocio próspero. La rodea una cerca que marca un terreno amplio donde se acumulan hierros de todas clases. Ven una fila de miserables que llevan todo tipo de objetos metálicos, desde muebles a lámparas.

Un hombre calvo y de semblante tosco se acerca hacia ellos, cojea levemente y se sirve de un bastón para andar. Baroja y Miguel intercambian una mirada de complicidad. No les cabe duda de que ése es el hombre que fue a buscar a Carmen y Rinaldi a la casa de Santiago El Verde. El mismo que más tarde apareció en la calle Barquillo.

Deja el bastón apoyado en un mostrador rústico y examina un candelabro. Lo lleva un muchacho que no debe de tener más de quince años. La piel blanca pegada al cráneo le da un aspecto enfermizo.

—Por esto te puedo dar dos pesetas —asegura mostrando una dentadura en la que faltan varios dientes.

—Es macizo, debe de valer mucho más —dice el muchacho.

—No digo que no, pero eso es lo que puedo pagar. Lo tomas o lo dejas.

El muchacho duda, pero no tarda en hacer un gesto de asentimiento y coge las monedas con resignación.

—¿Es usted Francisco Díaz? —pregunta Miguel.

El hombre le observa con desconfianza. Ver a alguien vestido con cierta dignidad en su negocio sólo puede significar problemas.

—Sí, señor —responde con un tono de falsa cordialidad—. ¿Qué se le ofrece, caballero?

—Mi amigo Jesús Gayoso dice que usted puede ayudarme en un asunto.

El chatarrero suelta un suspiro de alivio y asiente con la cabeza.

—¡Ah, sí! Dice que eres de fiar. Yo, la verdad es que confío en pocas personas. Una de ellas es Jesús. Pero mejor que hablemos en otro sitio. —Díaz señala una puerta que conduce al patio trasero del negocio—. Mariano, valora lo que trae esta gente, tengo que atender a estos señores. No hagas el primo, ya sabes que aquí no nos sobran las pesetas.

Un hombre con cara de jaque que está colocando una barra de hierro en un rincón la deja en el suelo y ocupa el puesto de Díaz tras el mostrador. Él agarra el bastón y se mueve cojeando hacia el fondo.

—Vengan para acá —dice tras abrir una puerta que da al patio—. No se asusten si ven alguna rata, no hacen nada. El basurero está

muy cerca y las hay a miles. Por el día no se las ve apenas, pero por la noche están por todas partes. Ahora no van a molestarnos.

El patio es grande y hay un cobertizo que alberga los objetos que ya no caben en la tienda. Díaz se mueve con dificultad hasta una mesa situada junto al muro. Hace un gesto para que tomen asiento en los bancos. En una esquina un gato gordo deja de relamerse las patas para observar a los tres hombres.

—Ya me ha dicho Jesús que están interesados en la morfina —afirma dejando el bastón a un lado—. Hasta hace poco se podía comprar libremente en la farmacia. A los médicos, ya se sabe cómo son, les gusta prohibir todo lo que nos alegra la vida: el vino, la comida, incluso ahora se están metiendo con el tabaco. ¡Fíjense, el tabaco! ¿Qué mal puede hacer un cigarrillo? ¿Nos estamos volviendo locos o qué? Son peores que los curas.

Díaz sonríe y continúa:

—El caso es que ahora si uno va a la botica sólo le dan la morfina si tiene la receta del médico. No sé dónde verán esos señores el peligro. Se utilizaba para casi todo: la tos, la diarrea... apaña cualquier molestia. Funciona de maravilla, sobre todo desde que la hicieron inyectable. Está hecha con amapolas, una simple flor, como la tila o la manzanilla. Fíjense en el peligro que puede tener, pero los médicos sacan punta a todo.

Baroja ladea la cabeza y suelta un gruñido.

—No soy un experto, pero parece que su uso crea una fuerte adicción y su consumo continuo provoca un grave deterioro general del organismo.

—¡Eso son tonterías! —exclama Díaz haciendo un aspaviento con las manos—, lo único que hay que hacer es no pasarse. Si uno se come un cordero entero o bebe diez botellas de vino se pone malo, pues con la morfina pasa lo mismo. Hasta te puedes morir.

—¿Cómo consigue esa droga? —insiste Baroja.

Hay un silencio incómodo. Díaz frunce el ceño, pero finalmente responde.

—Mire, no soy un chivato. Trataré de ayudarle, pero no le daré nombres —manifiesta evadiendo la mirada—. Tengo mis contactos en las boticas. No crea que es un gran negocio, ya ve que no me sobra el dinero. Si lo tuviera, no estaría en este agujero. La morfina es cara, pero la clientela es muy pequeña. Esto no es el vino peleón. Además, a los boticarios hay que pagarles bien. Pero bueno, vamos al grano: ¿qué quieren saber exactamente?

—Quiero saber si Carmen Fernández y Amparo Morales eran clientas suyas. Tiene que recordarlas. Eran actrices, unas mujeres muy guapas. —Miguel saca de la americana las fotografías, que pone sobre la mesa—. Las dos han sido asesinadas, habrá visto la noticia en los periódicos.

—No sé leer, así que no se *na* de eso.

—¿Las conocía o no? —insiste Miguel ceñudo.

—Cálmese... Claro que las conocía —confirma Díaz tras ver las fotos—. Mujeres así no se olvidan. Les debía de ir bien porque se gastaban bastante dinero. Quien debió de introducir en el vicio a Carmen fue uno de mis clientes más antiguos, Juan Rinaldi. Un italiano guapo y malencarado. Un chulo en todos los sentidos. A Carmen la conocí hará cosa de unos tres meses, más o menos. Era una jovencita que todavía guardaba algo de inocencia. Rinaldi la

chuleaba para sacar dinero para sus vicios. Él consumía mucho. Al final, me la jugaron.

—¿Qué sucedió? —pregunta Miguel.

—Carmen se presentó un día fuera de sí. Estaba llorosa y hecha unos zorros. Algo muy raro porque ella siempre iba elegante, como si fuera una señora y no una fulana. Ese día no parecía ni lo uno ni lo otro, parecía una loca. Me dijo que quería algo de morfina porque Rinaldi había muerto. Casi me da algo al oír eso, porque unos días antes el italiano se llevó casi toda la que tenía.

»Como era buen cliente le fié. Ese idiota, con lo listo que se creía, se la inyectó toda. Le advertí que podía estar vivo. Ya me había *pasao* antes con algunos clientes. Quería tranquilizarla, pero aquello fue todavía peor, porque había *enterrao* a Rinaldi esa misma mañana. Le dije que tenía que pagar lo que me debía, aunque estuviese muerto.

»Ella dijo que vendría con el dinero en tres días. Cuando pasó ese tiempo fui a buscarla a donde vivían, que era un cuartucho en la calle de Santiago El Verde. Supongo que todo el dinero que sacaba Rinaldi con esa mujer se lo gastaría en ropa y vicios, porque ya le digo que aquello era un antro.

»Allí no había nadie, pregunté al *encargao* del edificio y me dijo que Rinaldi había muerto y que Carmen se había *presentao* con una amiga para llevarse sus cosas. Luego hice mis averiguaciones. Esa amiga era una actriz del Barbieri que vivía en la calle Barquillo. Fui allí a buscarla, pero también se había ido. En fin, unos por otros, me dejaron con un palmo de narices.

—Siento decirle que nadie va a pagarle. Rinaldi, Carmen y Amparo están muertos. ¿Tiene usted idea de quién pudo matar a esas

mujeres? ¿O el motivo?

—A mí que me registren, yo no, desde luego. Si hubiera *encontrao* a Carmen la habría puesto a trabajar en lo suyo, podría haber *sacao* un buen dinero. Rinaldi era otra cosa, un tipo con enemigos en todas partes. Bien muerto está. A la otra ni la conocía, ya les digo que fui a ver si sabía algo de Carmen. Tendrán que buscar en otra parte. Yo sólo vendo a cuatro pelanas. Muchas veces ni siquiera tengo mercancía, por eso sé que compraban a otro que tiene *montao* un buen negocio. Él se la vende a gente rica, nobles y todo eso.

—¿Quién es ese hombre?

—Lo mejor es que no lo sepa. Es alguien muy protegido.

El rostro de Miguel muestra sorpresa.

—¿Qué quiere decir con eso de «protegido»?

—Mire, yo no quiero problemas. Por eso estoy aquí, entre ratas y cochambre. Se llama Dávila y dirige un teatro en el centro. Ese hombre se dedica a todo: fulanas, morfina... cualquier cosa que dé dinero. Tengan *cuidao*, le protege alguien importante en la Comisaría Central.

—¿Sabe quién es? —insiste Miguel.

—¡Usted me quiere buscar la ruina! Ni lo sé ni quiero saberlo. Un tío alto y fuerte que lleva toda su vida en la policía. Dicen que se ha *liao* con una que le está sacando todos los cuartos. Por eso se ha *metío* en esto, para ganar dinero y tenerla contenta. Puede que quien mató a esas mujeres no sea quien *usté* sospecha. Ahora, si no les importa, voy a continuar con lo mío. Tengo que trabajar.

Baroja y Miguel caminan en silencio hasta que alcanzan la calle Bravo Murillo. La antigua carretera de Francia está repleta de carros cargados de vino, verduras y otras mercaderías para abastecer a la ciudad. Abundan las mulas y borricos con alforjas rellenas de quesos de La Mancha, miel de la Alcarria, morcillas de Burgos, chorizos de Cantimpalos... Los campesinos acuden a la llamada de la capital para ganarse un dinero que les permita vivir con un poco más de holgura. Entre el polvo que levantan las caballerías se distingue la figura de dos hombres que avanzan hacia los Cuatro Caminos.

—¿Qué le parece todo esto? —pregunta Baroja perplejo.

—¡Qué me va a parecer! No hay que hacer mucho caso a lo que diga un delincuente.

—Esto no pinta bien —asegura Baroja frunciendo el ceño—, nada bien. ¿Sabe de algún policía veterano que se haya echado una querida?

—Sí, Vidal. Se ha convertido en la comidilla de la comisaría. Dicen que se ha liado con una mujer treinta años más joven que le está sacando todo el dinero.

—¿Coincide la descripción que ha dado Díaz con la de Vidal?

Miguel asiente. Baroja duda si debe decir lo que está pensando, pero finalmente se decide.

—Por eso tiene tanto interés en hacerse con el caso. No quiere que nadie investigue el asunto de la droga.

—A pesar de todo —dice dubitativo Miguel—, me resulta casi imposible pensar en Vidal como un policía corrupto.

—Es usted un tanto ingenuo —señala Baroja esbozando una leve sonrisa—. Mi experiencia es que uno no se puede fiar de nadie. En cualquier caso, eso es una sospecha. Lo que es un hecho es que

ahora tenemos la certeza de que Rinaldi sufrió una sobredosis. En esos casos la respiración y demás constantes vitales son tan débiles que no es extraño que le tomasen por muerto.

—Exacto, estuvo a punto de morir y después se dio a la fuga —explica Miguel asintiendo—. Eso explicaría por qué desaparecieron de esa manera tan apresurada. Díaz apareció con sus matones en la casa de Santiago El Verde para cobrar su deuda, pero la pareja ya se había ido.

—¿Cree posible que Díaz fuese el hombre que llevó a Carmen y Rinaldi a las Injurias? —pregunta Baroja.

—Felipe Sandoval describió a la persona que los llevó allí como un hombre con cierto estilo. Díaz es otra cosa, ya lo ha visto. Tampoco tenía ningún interés en matar a Carmen, dijo que de haberla encontrado la habría puesto a trabajar para cobrarse la deuda.

—Eso explicaría el terror de Rinaldi cuando vio que la policía lo acorralaba en el viaducto —aclara Baroja—. También que se refugiara en esos barrios miserables donde la policía apenas se atreve a entrar.

—Vidal puede ser el ejecutor, pero no es el cerebro —duda Miguel con tono apagado—. Carmen, Rinaldi y Amparo frecuentaban ambientes elegantes. Los mismos en los que se mueve el marqués. Hágame caso, si continuamos siguiendo al marqués pronto sabremos la verdad. Ahora vamos al palacio, debe de estar a punto de salir.

15

Domingo, 15 de abril

Baroja y Miguel han hecho un seguimiento continuo y riguroso al marqués durante los últimos días. Muy a su pesar, deben reconocer que como sospechoso es una nulidad. Sus movimientos se limitan a asistir a misas, novenas, rosarios, procesiones y reuniones de la cofradía. Ni Baroja ni Miguel han tenido un solo descuido salvo en la tarde del sábado. Ayer el marqués salió a las cinco y media para ir a la plaza Mayor, donde pudo presenciar desde una grada para gente principal la procesión del Cristo de la Misericordia. Al acabar desapareció entre la multitud que llenaba la plaza y la calle Mayor. Había tal tumulto que era algo inevitable.

Por eso, Miguel se sorprende cuando un agente se presenta en el cuarto de la corrala a primera hora del domingo para informarle de que ha aparecido otra mujer con el cuello cortado. El cadáver está en La Montaña. Conoce bien ese lugar, es un monte a las afueras donde los vagabundos y golfos han excavado pequeñas cuevas para refugiarse. Se viste a toda prisa y sale disparado hacia allá.

Miguel se tapa la nariz con un pañuelo porque la cueva apesta a sudor humano, sangre y carne muerta. Baroja está a su lado y sostiene la bujía que ilumina la escena. Su pulso tiembla, por eso la luz oscila entre los muros de la cueva, el cuerpo de la mujer y los rostros de los agentes de policía. A Miguel, esa escena le parece surgida de una de sus febriles pesadillas.

Se agacha para contemplar más de cerca el cadáver. Es una mujer madura que tiene el color tostado de los que viven a la intemperie. En su rostro se marcan arrugas profundas y el inevitable aspecto envejecido que da la pobreza. Las ropas, muy gastadas y llenas de remiendos, confirman esa impresión. Lleva blusa azul, falda negra y delantal de color pardo, prendas que casi constituyen el uniforme de las prostitutas que pululan por esa zona.

Al igual que la joven de las Injurias, tiene un gran corte en el cuello justo debajo de la mandíbula, tan profundo como aquél pero no tan brutal. Sin duda, el arma ha debido de ser un cuchillo de gran tamaño. No es la única coincidencia. También tiene las pupilas extrañamente dilatadas. Sin embargo, no hay señales de punciones en los brazos. Todo parece indicar que se debe al abuso del alcohol, porque Miguel abre la boca y entre los dientes amarillentos mana un fuerte olor a vino. Al ponerse en pie, una pregunta le ronda la cabeza: ¿estará esa muerte relacionada con los otros dos asesinatos?

La cueva está en la Montaña del Príncipe Pío. Uno más del centenar de recovecos que han excavado los miserables para cobijarse del frío y la lluvia. En La Montaña, como la conoce todo el mundo, campan a sus anchas golfos, randas, mendigos y prostitutas

de la más baja estofa. La mujer, gruesa y poco atractiva, debía de ser una de ellas.

—¿Quién la ha encontrado? —pregunta Miguel volviéndose hacia el agente.

Baroja mueve la luz hacia el rostro del policía. La lámpara parpadea, y al hacerlo las sombras se alargan y achican en las paredes arenosas. El policía es un hombre corpulento, con mostacho y una gran barriga que parece a punto de arrancar los botones de su guerrera. Tiene una mirada confusa bajo sus espesas cejas.

—Tres golfos que venían a pasar la noche —afirma con una voz gutural—. Están fuera con mi compañero.

Miguel aparta la mirada del cadáver y asiente.

—Vamos a hablar con ellos —dice dándose la vuelta.

Deshacen el camino hacia el exterior y, cuando llegan fuera, Baroja apaga la bujía. Un sol mortecino, incapaz de dar algo de calor, los recibe. El frío se hace más intenso cuando se levanta una racha de aire que arrastra un murmullo de voces.

Los semblantes de los tres golfos reflejan inquietud. Están sentados sobre un poyete de piedra. A su alrededor hay una multitud de curiosos compuesta por hombres de aspecto rufianesco y mujeres tristes que deben compartir la profesión de la muerta. En su rostro compungido se adivina el temor de acabar de la misma manera. Miguel y Baroja permanecen frente a los golfos, que los observan con temor.

—¿Quién ha encontrado a la muerta? —pregunta Miguel.

Los muchachos se ponen en pie antes de quitarse la gorra en señal de respeto. Deben de tener menos de diez años, lucen el aspecto sucio y canalla de los que apenas logran sobrevivir. Los tres

visten pantalones llenos de remiendos, blusas de obrero o chaquetas muy grandes para su talla. El que parece más mayor, un muchacho escuchimizado y con labio leporino, responde.

—Nosotros no sabemos *na* —dice con una voz aguda—. Entramos a ver si podíamos pasar la noche y entonces vimos a la gorda. Salimos pitando porque no queremos líos. Se lo dijimos a la gente y alguien ha ido con el cuento a comisaría.

—¿Qué es lo que visteis?

—*Na* de *na* —continúa—. Vimos que tenía el cuello *cortao*. Todo estaba lleno de sangre... por eso salimos *disparaos*.

—¿Sabéis quién era esa mujer?

Los golfos se encogen de hombros. Ninguno dice una palabra. Miguel sabe que esos chicos son dados al engaño, pero en esta ocasión lo único que ve es perplejidad mezclada con el natural temor a la policía.

—Yo sí lo sé —afirma alguien a sus espaldas.

Miguel se vuelve para contemplar a un hombre corpulento, de unos cuarenta años. Tiene el pelo muy negro y una expresión desagradable de jaque o chulo. Un chirlo le cruza la mejilla izquierda.

—Aquí todos la conocíamos como la Dolores. No era mala mujer, lo que pasa es que la vida le fue muy mal. Debió de llegar hace diez años y ya se ganaba la vida de buscona. Como no se conservaba muy bien, cada vez tenía menos público. Decía que cuando era niña sacaba mucho más porque a algunos hombres le gustan las mujeres así, sin hacer.

Al hablar muestra su dentadura, que en la parte inferior está llena de huecos y renegrida.

—Su chulo era El Tío Patas, un gitano escuchimizado que debe de estar tuberculoso o algo así. Es un hijo de mala madre. Decían que de joven era guapo. No sé, puede ser, pero ya está viejo y seco como la mojama. Por lo visto siempre ha vivido de las mujeres. Ahora la única que le hacía caso era esa pobre. A la Dolores le daba muy mala vida. Cuando hacía poco dinero le daba unas palizas que la dejaban *baldá*. Muchas veces decía que la iba a matar, pero ella seguía con él, vaya *usté* a saber por qué.

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

Visiblemente incómodo, el hombre aclara la garganta, está claro que no le gusta lo que va a decir.

—Ése puede estar en cualquier parte —asegura bajando la vista—, aquí venía a sacar los cuartos a esta pobre, pero se pasaba casi todo el día en las tabernas de las Peñuelas. Le gustaba mucho el vino de una que llaman «del Bronce». Pero creo que ya se habrá *fugao*. Es malo, pero no tonto.

—¿Usted estuvo por aquí anoche?

—Yo vivo allí —afirma señalando una cueva un poco más arriba en la montaña—. La tengo bien limpia y con todo bien *montao*, no como éstos.

—¿Vio algo extraño? —insiste Miguel.

—Ahora que lo dice, me extrañó ver a un hombre bien *vestío*. Uno de esos con dinero. A veces, viene alguno a acostarse con una de estas *tirás*. No sé qué sacarán, porque si yo pudiera estar con una de esas gachís de los ricos no estaría por aquí.

—¿Puede describirlo?

—Pues no, apenas le vi. No tenía nada en especial. Sólo me fijé en su ropa elegante.

Miguel levanta la vista e intercambia una mirada con Baroja. No dicen nada, pero ambos deben de pensar lo mismo: ¿era el marqués? ¿Fue a ese lugar tras acabar la procesión? De nuevo tiene un cadáver, muchas preguntas y ninguna respuesta.

Cuando acaban en La Montaña vuelven a vigilar el palacio. El marqués no sale en todo el día. Los dos piensan que es posible que esté cansado tras una noche ajetreada.

16

Lunes, 16 de abril

A Miguel le despiertan las campanas de la iglesia de San Cayetano a las siete de la mañana. Ese sonido metálico le saca de un sueño profundo. No pudo dormir hasta muy tarde. El cadáver de la prostituta de la cueva le estuvo rondando toda la noche. Mientras daba vueltas en el desgastado colchón de lana no paraba de pensar en que si no hubiera perdido de vista al marqués la pobre mujer estaría viva.

Es joven, pero ya sabe que la culpa y los remordimientos son un equipaje del que es difícil desprenderse. Envuelto aún en la confusión del duermevela, concluye que no es hora para lamentos. Si hay algo que puede hacer por la muerta es atrapar a su asesino, y para eso necesita seguir vigilando al marqués.

Al incorporarse en la cama se restriega los ojos. Los rayos de sol caen sobre la pared de su cuarto, que se transforma en un tapiz dorado. Se pone en pie y comienza a asearse en la palangana. Al agacharse ve cómo refulge la cruz de plata que le dio el franciscano en Baler. Besa su amuleto esperando que le traiga suerte. La Semana Santa acabó ayer y hoy será el primer día en que el marqués reanude su rutina. Por eso se apresura a salir a la calle,

donde descubre que el sol está siendo cubierto por un manto de nubes grises. Le sorprende el frío intenso. Mientras avanza con paso enérgico se hace una pregunta: ¿por qué un hombre que lo tiene todo se dedica a asesinar a prostitutas? Había visto muchas facetas de la crueldad humana, pero ésa le era desconocida.

Apenas ha recorrido la mitad del camino hacia el palacio cuando comienza la lluvia, al principio de manera pausada, pero no tarda en caer con una fuerza inaudita. No es el único que se apresura. Junto a la parroquia de San Ginés reconoce la figura de Baroja, que avanza con unos pasos cortos y rápidos, un tanto ridículos. Se refugia bajo el paraguas que lleva su previsor amigo, ya muy cerca del palacio. En ese momento la puerta se abre y el carruaje del marqués sale a la calle. Han llegado justo a tiempo.

El simón deja al marqués frente al edificio del Banco de España, cuya puerta está junto a la plaza de Cibeles. La estatua de la diosa preside la plaza, en cuya lejanía se distingue la monumental Puerta de Alcalá. Allí las avenidas son amplias y los edificios se esfuerzan en mostrar una riqueza que es privilegio de unos pocos.

Han podido seguir el carruaje porque con esa lluvia las ruedas resbalan en la calzada y la velocidad a la que pueden marchar no difiere mucho de la de cualquier peatón. El marqués sale del vehículo inmaculado y seco, algo que contrasta con el aspecto calado de Miguel y Baroja. Aunque el paraguas los ha librado en gran parte de la tromba de agua, tienen las piernas y los pies empapados. Afortunadamente, en ese momento deja de llover.

Frente a ellos está la impresionante fachada de estilo francés del banco. Su decoración refleja una pujanza y prosperidad poco comunes. No hay duda de que entre los que disfrutan de ella está el marqués, que es recibido por un par de empleados de aspecto servil. Es probable que no vaya a permanecer mucho tiempo allí, porque el cochero aguarda junto a la entrada principal.

—El buen cristiano pasa de la santidad a la codicia —dice Baroja cerrando el paraguas.

—Es posible que esté sacando fondos para donarlos a las Hermanitas de los Pobres —apunta Miguel con ironía.

—Ésas tendrán que esperar. Supongo que estará comprando Deuda Pública, un negocio redondo para los que tienen dinero —señala Baroja—. La pérdida de Cuba y Filipinas ha creado un enorme agujero en el presupuesto. A los gastos de la guerra hay que sumar el pago de las indemnizaciones a Estados Unidos. Así que la gente adinerada ha decidido ayudar al Estado.

—Me sorprende que los ricos, que siempre están a lo suyo, quieran echar una mano —comenta perplejo Miguel.

—Todo tiene su explicación: los intereses son tan altos que esos patriotas de pacotilla se están haciendo aún más ricos con la derrota. El poco dinero que tiene el Estado debe destinarlo a pagar a quienes sufragan la deuda. Por eso, los que estuvieron luchando en la guerra no reciben ni siquiera las pagas que les deben. Usted lo sabe bien. Los soldados vuelven con una mano delante y otra detrás, sin ayudas o subsidios. Mientras tanto, esa gente que está podrida de dinero recibe sus intereses de manera puntual.

—O sea, el Estado enriquece a los ricos y se olvida de los pobres —murmura Miguel.

—Así es. Para ellos sí hay dinero contante y sonante —explica Baroja ajustándose la boina—. Bueno, o eso es lo que dice la prensa anarquista. No les falta razón cuando afirman que es necesario destruir el Estado. En otros países educa a la gente, le da cierta prosperidad o crea hospitales o centros de caridad. Aquí es sólo un mecanismo en manos de los fuertes para exprimir a los débiles. Fíjese en esa casta de políticos caciquiles, corruptos e inútiles. Lo único que quieren es un puesto, una prebenda, una ventaja para ellos, un familiar o un amigo. Parecen piratas al asalto de un galeón: sólo les interesa el botín. Usted, yo y los demás no importamos.

Miguel siente cómo la indignación crece en su interior. Piensa en las palabras de Antonio Hoyos y su deseo de que una revolución lo destruya todo y cree un mundo nuevo. Una aurora roja de fuego y sangre.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Sé eso y mucho más —asegura Baroja con tono jactancioso—. Por ejemplo, le diré que esta tarde el marqués irá al teatro Apolo a ver la zarzuela *Agua, azucarillos y aguardiente*. ¿Está sorprendido? No me extraña. Ya le dije que este seguimiento me parecía un poco estúpido. Lo mejor es recurrir al arma favorita de gente como el marqués: el juego sucio.

—¿A qué se refiere?

—Este asunto del seguimiento siempre me ha parecido un poco inútil. Le hablé de Daniel, un sirviente del marqués que me compra el pan. A él le encanta mi especialidad: el pan de Viena, caro pero delicioso. Creía que iba a vender mucho, pero pocos pueden pagarlo. Uno de ellos es el marqués.

»No hace falta que le diga que no me caracterizo por mi simpatía o don de gentes, pero las dependientas de mi establecimiento son todo lo contrario. Es más, Daniel tiene mucho interés en una morena que levanta pasiones. La chica le corresponde y me parece que los dos acabarán en esa abominación que es el matrimonio.

»Mi empleada le dijo que estaría dispuesto a pagarle cinco duros semanales por informarme de todo lo que suceda en el palacio. El chico aceptó de inmediato. Como puede ver, una buena inversión. El marqués habla con total soltura delante del muchacho, suponiendo que no se entera de nada. Al final ya ve: ese dinero nos ha dado más información que los estúpidos seguimientos que hemos hecho hasta ahora.

—¡Tengo que reconocer que lleva razón! —exclama Miguel.

—Le diré más. El marqués dedica la mañana a sus actividades empresariales, que básicamente son tres: la primera es la usura, haciendo préstamos a un Estado al borde de la bancarrota, por ese motivo está en el Banco de España. La segunda es la inversión en valores bursátiles. Cuando salga de aquí irá a la Bolsa, donde invierte en valores sirviéndose de información privilegiada. Su padre era un maestro en esto y llegó a ganar treinta millones en un día. La tercera es especular con los terrenos que tiene en el ensanche de la ciudad. Nuestro hombre tiene varias manzanas en el barrio de Salamanca y algunas más distribuidas por toda la ciudad. Mañana irá al ayuntamiento para tratar de que esos terrenos doblen o tripliquen su valor gracias a sus contactos en la política. Por las tardes lo habitual es que vaya a la zarzuela, como hoy, al teatro o a hacer visitas a amigos.

—En fin, veo que lo sabe todo —afirma Miguel sonriendo.

—Sé mucho, pero no todo. Ignoro qué hizo el marqués en la tarde y noche que se cometió el crimen de La Montaña. Daniel tuvo libre el día y fue a visitar a su tía a Alcalá. Perdió la diligencia y ha vuelto esta mañana.

—¿Por qué no me ha dicho esto antes? ¡Nos podríamos haber evitado el aguacero! —dice furibundo Miguel.

—No, tenía que comprobar si era verdad. Y eso es lo que estamos haciendo.

En ese momento vuelve a salir el marqués del edificio del Banco de España. Sea lo que sea que haya hecho allí, ha debido de ir bien porque se muestra satisfecho. Los dos empleados de aspecto servil que le recibieron vuelven a acompañarlo al carruaje para despedirle entre sonrisas forzadas y reverencias. El carruaje se pone de nuevo en marcha y enfila el paseo del Prado, la avenida más elegante de la ciudad.

—¿Qué le dije? ¡Ahora irá a la Bolsa!

Los dos hombres comienzan a andar tras el carruaje. El paseo está repleto de vehículos: berlinas, calesas, simones... Los favoritos de la fortuna quieren evitar a toda costa que les caiga el aguacero. El simón llega hasta el edificio de la Bolsa y se detiene. El elegante edificio de estilo neoclásico es otro de los grandes centros donde se puede hacer dinero fácil, siempre que alguien sea hábil y tenga los contactos precisos.

—En fin, está claro que ese muchacho es fiable, mucho me temo que no pintamos gran cosa aquí.

—Lleva razón. Si le parece bien vamos a comer algo; es temprano, pero estoy hambriento. Cerca de aquí hay una casa de comidas que está muy bien.

—Vamos para allá —concluye Baroja.

Miguel estornuda antes de que el camarero le retire el plato. Siente la nariz taponada y una leve carraspera en la garganta. No es una buena noticia, pero espera que esas molestias no vayan a más. Se seca la comisura de los labios con la servilleta y observa al camarero, que se aleja de la mesa.

La comida ha estado compuesta de dos huevos con patatas y una salchicha. Es todo lo que se puede permitir con su presupuesto de cincuenta reales. Es obvio que Baroja está acostumbrado a platos más suculentos, pero no se ha quejado.

—Muy a mi pesar tengo que descartar al marqués como sospechoso —dice Miguel.

—No vaya tan deprisa —aclara Baroja—. Le he contado las actividades matutinas y vespertinas, pero hay otras que nos interesan mucho. Me refiero a las nocturnas. Daniel es amigo del cochero y le ha dicho que algunas noches lleva al señor marqués al Café Fornos. Supongo que sabrá que es donde se reúne lo mejor de la sociedad madrileña.

»Si va antes de las nueve de la noche, es para cenar. Si va más tarde es que tiene una partida de cartas. Ésa es la teoría, la realidad es que muchas veces va a reunirse con su amante. Ese local es célebre porque los clientes se citan con sus queridas en los reservados. Por lo visto, la única que no lo sabe es su esposa, que ahora está en París.

—¿Y quién es la amante?

—A eso no he llegado, pero tampoco nos interesa —aclara Baroja —. Le diré la verdad, no creo que ese hombre sea el culpable. Me parece casi imposible que el anfitrión de una fiesta, que está toda la noche rodeado de sus invitados, tenga la ocasión de cometer un asesinato. Creo que deberíamos ir al Fornos y tratar de sorprenderle con su amante, así es posible que consigamos hablar.

—Eso está muy bien, pero había previsto ir a las Peñuelas. Allí está la taberna del Bronce, el lugar donde podemos encontrar a El Tío Patas, el chulo de la mujer asesinada.

—Podemos hacer las dos cosas. Primero iremos a la taberna y después al Fornos.

—Me parece estupendo —concluye Miguel.

17

Martes, 17 de abril

Las Peñuelas es otro de esos barrios infames de Madrid. El cielo gris ha descargado un torrente de agua hace poco y sus zapatos se incrustan en el fango a cada pisada. Un perro callejero rebusca entre un montón de basura. Al ver a esos hombres que avanzan por la calle les dirige una mirada de espanto y sale corriendo. Sabe que no puede esperar nada bueno de quienes frecuentan ese lugar. Ni él ni nadie.

—¿Conoce este barrio? —pregunta Baroja.

—No, nunca había estado, pero viendo lo que hay no creo que vuelva. Es uno de esos sitios a los que nadie quiere ir. Ni siquiera la policía. Los agentes que patrullan fueron a la taberna tras el asesinato y no había ni rastro de El Tío Patas.

—Debe de estar ya muy lejos...

—Puede ser, pero es posible que haya regresado. Sabe que ya nadie va a ir a buscarlo.

En ese momento vislumbra una casa de aspecto mísero. Sobre el umbral alguien ha escrito con pintura negra y caligrafía torpe las palabras TABERNA EL BRONCE.

—¿Ha encontrado algo en el archivo sobre El Tío Patas? —pregunta Baroja.

—Sí, tiene un historial más gordo que la Biblia —responde Miguel —. Su verdadero nombre es Antonio Montoya y desde niño ha sido un pequeño delincuente. Había hecho un poco de todo: hurtos, espadista, matón a sueldo... Pero al final se decidió por vivir de las mujeres. Su guapura debió de hacerle muy popular. De esas glorias de antaño queda poco. La foto actual de su ficha es la de un hombre demacrado, con poco pelo y al borde de la vejez. La mala vida y los años han hecho de él una ruina.

Miguel calla cuando empuja la puerta y entran en el local. El interior es tan mugriento como el exterior, pero mucho más ruidoso. Las voces retumban en esas paredes recubiertas por una capa de hollín. La atmósfera está impregnada de un olor acre a tabaco que se mezcla con el tufo de las lámparas de acetileno.

Se acercan a la barra, un simple tablón de madera sostenido por varios barriles, y piden unos vinos. Miguel observa de reojo a Baroja, que se muestra muy inquieto. No es para menos. Da un breve sorbo a ese vino áspero, que baja por su garganta dejando un sabor agrio. Después se vuelve y echa un vistazo a su alrededor.

La luz débil hace que los rostros de los parroquianos presenten violentos claroscuros. La clientela está compuesta por una multitud de golfos, obreros, criadas, modistillas y mozas de partido. Varios cantan una canción melancólica que habla de amores que seguramente no han conocido. Todos parecen presos de una falsa alegría. Tratan de buscar en el alcohol y la compañía algo que los saque de aquel lugar maldito. Los rostros de ellos son cetrinos, enjutos, con frentes marcadas por arrugas que el pelo lacio y

grasiento no logra cubrir. Las mujeres disimulan su edad con maquillaje, que trata de esconder el desgaste de la mala vida.

Miguel distingue a El Tío Patas en una mesa cerca de la puerta. Lleva una barba de varios días y presenta un aspecto aún más desmejorado que el de la foto de su ficha policial. Las arrugas son más profundas, el pelo más blanco, las carnes más escasas, pero lo más llamativo es la mirada triste y turbia. Un deslucido traje verde no contribuye a mejorar esa imagen. La luz lívida de la lámpara de acetileno cae sobre su rostro abotargado. De la boca entreabierta cuelga un fino hilo de baba. Miguel apura su vaso de vino y deja unas monedas sobre la barra. Dirige la vista a Baroja y éste asiente; ambos se acercan a la mesa hasta detenerse justo enfrente.

—¿Antonio Montoya? —pregunta Miguel.

El Tío Patas eleva la cabeza y su mirada se encuentra con la de los recién llegados. Las pupilas del proxeneta están dilatadas por el alcohol; trata de responder, pero la lengua se le traba.

—Venimos de la Comisaría Central, me gustaría interrogarle sobre Dolores García, la mujer que encontraron muerta en una cueva de La Montaña.

El Tío Patas asiente, pero parece perdido en sus pensamientos.

—¿La Dolores...? La Lola está muerta.

Después coge el vaso de vino que tiene frente a él y le da un envite. Algo de líquido chorrea por la comisura de sus labios y lo seca con la manga del traje.

—Ya lo sé —aclara Miguel—. Estamos buscando a su asesino.

Antonio observa melancólico el vaso vacío. Después se acaricia la barbilla.

—Yo quería a la Dolores... no era muy guapa, pero la quería.

Hace un alto como si le costase hablar. Su voz suena dubitativa y, a la vez, triste.

—Yo he *tenío* mujeres muy hermosas, un montón. Sara, María, Rocío —sus ojos brillan al rememorar ese pasado lejano—, mujeres que volvían locos a los hombres... No sé qué sería de ellas. Sólo puedo decirle lo que ha sido de mí.

Suelta un suspiro y guarda silencio. Parece estar a punto de llorar, pero quizá se trate de un reflejo engañoso de la luz de la lámpara.

—Dolores ya estaba vieja. Yo también, ya no soy *na. Usté* ahora es un pimpollo, pero también se verá como yo, arrastrándose por las calles. Harto de todo.

Miguel arquea una ceja y frunce el ceño.

—¿Sabe usted quién pudo matar a Dolores?

El Tío Patas suelta un eructo, después se encoge de hombros.

—Todo el mundo quería a la Dolores. Era una buena mujer. Cada vez ganaba menos dinero, pero son cosas de la edad. Las golfas, cuando se hacen viejas, ya no dan *pa na*. Quise buscarme una más joven, pero ninguna me hace caso. Se ríen de mí. ¿Sabe lo que es eso para un hombre como yo? No... ¡qué va a saber! Sólo los que hemos *vivío* de esto lo sabemos. Verse *humillao* así...

De repente El Tío Patas se echa a reír, pero de un modo amargo y triste, que acaba en una mueca de desesperación.

—No busque más, yo la maté. —Su voz suena ronca, áspera, desesperada—. Sí, fui yo. Hasta ella me quería dejar. Ya no valgo ni para llevar a una golfa vieja. La vida es dura, triste... y llega un momento en que uno no aguanta más.

El hombre se pone en pie y saca una navaja del bolsillo que resplandece en la lobreguez del local.

—Mejor es acabar de una vez.

Miguel abre la boca, pero antes de que pueda decir algo El Tío Patas dirige la navaja hacia su propio cuello y lo corta de un lado a otro. La sangre sale a borbotones antes de que el cuerpo se desmorone. En las mesas de alrededor hay gritos de sorpresa, chillidos de las mujeres, rostros de espanto. El público se pone en pie y observa atónito cómo ese hombre se desangra. Baroja se agacha para taponar la herida con sus manos, pero es imposible cerrar ese hueco por el que se escapa la vida.

—No hay nada que hacer —afirma grave.

El charco de sangre se va haciendo más grande a medida que la taberna queda sumergida en el silencio fúnebre que provoca la presencia de la muerte.

Hace muy mala noche. La lluvia cae con tanta fuerza que amenaza con empapar a todo aquel que no busque refugio. La habitual multitud de juerguistas nocturnos corre en ese momento por la calle para entrar en algún café o taberna.

Miguel y Baroja observan cómodamente desde el interior del Café Fornos ese ajetreo. Están sentados a una mesa junto a la entrada, desde donde pueden ver la caótica escena que provoca la tormenta. Las gotas golpean con fuerza contra el cristal. Un relámpago cruza el cielo, pero el público del local no parece reparar en nada de eso. Allí el ruido de la tormenta se diluye entre el murmullo de las conversaciones.

Llevan allí casi una hora, mucho antes de que la lluvia comenzara a descargar con furia. La mesa es ideal para observar a la clientela.

Miguel nunca había estado en el Fornos y el local le sorprende. Hay muchos cafés alrededor de la Puerta del Sol, pero ninguno tiene su amplitud o lujo. La sala está iluminada por lámparas de gas sostenidas por estatuas de bronce. Las paredes están recubiertas con revestimientos de madera y grandes espejos dispuestos de tal manera que reflejan la luz solar de día o la iluminación artificial durante la noche. Todo tiene un aire señorial que se advierte en cada uno de los detalles. Desde las sillas de estilo modernista a las gruesas alfombras, pasando por la cubertería de plata o la vajilla francesa.

Baroja y Miguel no están atentos a esos aspectos mundanos, se limitan a observar la calle esperando a que el carruaje del marqués se detenga frente a la entrada.

—¿Cree que vendrá? —pregunta Miguel.

Baroja medita antes de responder.

—Según Daniel, el cochero ha de tener todo dispuesto a las diez para venir aquí. Lleva quince días sin ver a su amante, así que debe de estar ansioso.

—No sé... llueve a cántaros.

Baroja lanza una mirada cómplice a Miguel.

—Eso mismo hace que sea una noche óptima para tener una cita discreta; ya ve cómo está el café, medio vacío. Después de tantas misas, rosarios y procesiones son necesarias otro tipo de actividades. Habrá visto que varios caballeros ya han tomado la escalera que conduce a los reservados.

Un simón se detiene junto a la puerta y ambos hombres callan para observar el vehículo. De él sale un hombre vestido con una capa negra y un sombrero a juego. Por estatura y porte puede ser

él. Una bufanda oculta su rostro, en el que sólo se distinguen los ojos. Al abrir la puerta la prenda se baja y deja ver las facciones del marqués de Salamanca.

Dejan pasar veinte minutos antes de que Miguel comience a aporrear la entrada del reservado.

—Policía, ¡abran o derribamos la puerta! —grita con una voz que retumba en el corredor.

Los golpes son violentos y continuos, algo que hace que resuenen de manera estruendosa en el pasillo. Finalmente, el marqués abre. Tiene el rostro enrojecido, no se sabe si de ira o vergüenza por verse en una situación así.

—¡Usted! ¿Qué hace aquí? —pregunta lanzando una mirada de odio al policía.

Miguel no responde, se limita a dar un empujón a la puerta que desplaza al marqués y casi le derriba. Baroja y Miguel entran en el reservado, donde en un diván una mujer se abrocha el corpiño. La larga melena está revuelta y su rostro refleja la vergüenza de verse sorprendida así. Sobre la mesa hay un polvo blanco que tiene aspecto de ser droga. De inmediato Miguel decide aprovechar esa circunstancia.

—Señor marqués, nos han informado de que en este lugar se están consumiendo sustancias prohibidas —dice señalando la mesa —. Veo que aquí hay algo que si no me equivoco es morfina.

El rostro ceñudo del marqués se enrojece aún más.

—¡Pues se equivoca! Es una sustancia para uso médico. Tiene efectos vigorizantes, lo llaman «cocaína» y se puede adquirir en

cualquier farmacia. No hay nada ilegal en su consumo.

—Eso ya lo veremos, de momento voy a trasladarlos a usted y a su esposa a comisaría para tomarles declaración.

El marqués guarda silencio unos instantes mientras piensa su respuesta.

—Sabe muy bien que esta mujer no es mi esposa —asegura con enojo—. Esta señorita es Luisa, la hija de la marquesa de Chinchón. No quiero que haya un escándalo. Sé que todo el mundo tiene un precio. ¿Cuál es el suyo?

—Sólo quiero una cosa: la verdad —responde Miguel—. Díganos qué sucedió en su fiesta del Retiro.

El marqués suspira y asiente. La resignación ocupa el lugar de la ira.

—Está bien, reconozco que le oculté algunas de las cosas que ocurrieron allí.

El marqués se muerde el labio y traga saliva.

—Le dije que un amigo me advirtió de que esa mujer era una actriz del teatro Barbieri. Eso es verdad, pero no toda. Mi amigo la conoció en el teatro, pero tuvo una relación que fue mucho más allá. De todos es sabido que muchos prohombres de Madrid tienen... encuentros... llamémoslos así, con actrices, cantantes y mujeres de vida alegre. El caso es que unos días después, el chulo de esa mujer se presentó ante mi amigo con una serie de fotos en las que mostraban a la pareja desnuda y en el cuarto de esa dama. Mi amigo tuvo que pagar una cantidad vergonzosa para que no se las enviaran a su mujer. Gracias a ese aviso no caí en la trampa. A partir de ese momento la ignoré, y cuando vio mi actitud se esfumó. No supe nada más de ella hasta que apareció muerta.

—¿Quién era ese amigo suyo? —pregunta Miguel.

—Eso no se lo diré —dice rotundo el marqués—. Si cree que puede ser el asesino está equivocado. Es un caballero de cierta edad, culto y pacífico. Tuvo un desliz con esa mujer y acalló el escándalo con dinero. La cantidad que pagó significa poco para él.

—Le creo, pero hablar con él puede ser fundamental para aclarar el crimen.

—Pues no va a poder hacerlo —explica el marqués haciendo un aspaviento con la mano derecha—. Hace días abandonó el país para ocupar su plaza de embajador en Bélgica. Él no es el asesino de Amparo. Tampoco creo que lo fuera su acompañante, el que iba vestido de bufón. No sé si recuerda que le acusé. No sé por qué le dije eso... Supongo que trataba de evitar un escándalo. El caso es que vi a ese hombre cuando apareció el cadáver y estaba tan atónito como todos los demás. Estoy seguro de que no simulaba, le vi conmocionado, al borde del llanto.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo ser el asesino?

—No, me temo que pudo ser cualquiera. Estoy seguro de que mi amigo no fue el único chantajeado. El asesinato se cometió en un lugar alejado de la fiesta. Cualquiera pudo llevar a Amparo a ese lugar y matarla.

—En su momento le pedí una lista de invitados que se negó a darme —asegura Miguel—. Entiendo que quiera evitar un escándalo, pero esos nombres pueden llevarnos hasta el culpable. Le aseguro que actuaremos de manera discreta.

El marqués duda unos instantes, pero hace un gesto de asentimiento.

—Tendrá esa lista —manifiesta con firmeza—. Esa mujer era lo peor, pero no quiero que un asesino ande suelto por las calles. Las copias las destruí, pero el original de mi puño y letra debo de tenerlo por mi despacho. Allí, además de los nombres, encontrará los motivos por los que los invito. Me refiero a las relaciones de amistad, familiares o de otro tipo. Mañana a primera hora le haré llegar esa lista. ¿Tiene alguna pregunta más?

—Sí, una muy importante. ¿Alguno de sus invitados es militar? —pregunta Miguel.

—En mis fiestas está presente lo mejor de la sociedad madrileña. De todos los ámbitos. No podían faltar algunos de los cargos más destacados del ejército.

—Muy bien, señor marqués, espero que cumpla su palabra. Envíeme la lista lo antes posible. Creo que el criminal volverá a matar muy pronto.

18

Miércoles, 18 de abril

A pesar de la promesa del marqués, la lista le llega casi a última hora de la tarde. En ese momento, el alboroto habitual de la comisaría ha dejado paso a conversaciones amistosas entre los policías de servicio. La luz, cada vez más tenue, va sumergiendo el lugar en la oscuridad. Un agente ha subido a su despacho el sobre de un blanco resplandeciente. Esa blancura queda deslucida con una nota escrita con una letra espigada y elegante: «Entregar a Miguel Herranz.»

Abre el sobre y saca las páginas de la lista para ponerlas sobre el escritorio, justo debajo de la lámpara de petróleo. El papel es de calidad, grueso y con una marca de agua que representa un escudo de armas aristocrático. Es obvio que el marqués encarga la elaboración de ese papel exclusivo.

A la marca de agua también se la denomina «filigrana». No es para menos, hacerla es un trabajo artesanal y complejo, puesto que la imagen está compuesta por la diferencia de espesores en la hoja de papel. No sabe quién es el artesano, podría buscarlo si fuera necesario, pero cree que ése es un dato menor. Lo importante es que no es el mismo tipo de papel en el que estaba escrito el poema

hallado en el cadáver de Carmen. Aquél era un papel vulgar, fino y de uso cotidiano. Tampoco la letra coincide con la del poema.

Todo eso le confirma la sospecha de que la persona que ha escrito la lista y la del poema no son la misma. Otra cosa es tratar de deducir si de esa caligrafía se pueden concluir características psicológicas. En su opinión, eso es arriesgado. Sin embargo, trata de intuir quién escribe así. El trazo es firme, propio de una persona segura de sí misma, acostumbrada a mandar y ser obedecida. ¿Es todo eso importante? En absoluto. Lo relevante, a diferencia de lo que sucede en otros casos, no es el papel, la caligrafía o la persona que lo ha escrito. Aquí lo más destacable son los nombres. Le basta echar un vistazo para saber que son lo más distinguido de la sociedad madrileña: duques, condes, marqueses, altos mandos del ejército, políticos, altos funcionarios y hombres de negocios. Las notas escritas en el margen derecho del papel por el marqués son esclarecedoras.

Es obvio que el aristócrata pretende rodearse de lo mejor. El marqués es uno de los hombres más ricos de Madrid, pero todo ese dinero no puede borrar algo que todo el mundo conoce: los modestos orígenes de su estirpe. El título de marqués de Salamanca, con dignidad de grande de España, se lo dio Isabel II a su padre, José de Salamanca y Mayol, en 1863.

El contraste de ese apellido humilde con los que aparecen en la lista es demoledor. Familias cuyos antecesores lucharon contra el infiel, comandaron tercios invencibles o dirigieron armadas que se enfrentaban al turco. Es muy posible que los antepasados del marqués en esa época de gloria imperial se dedicasen a destripar terrones o pastorear ovejas en alguna dehesa perdida.

El marqués no es uno de esos ilusos que se dejan deslumbrar por escudos heráldicos. Sabe que algunos apellidos ilustres conservan las posesiones y riquezas de sus ancestros. Otros sólo tienen el orgullo y la añoranza de glorias lejanas. Supone que tratará de utilizar a unos y evitar a los otros.

Además de escudos heráldicos, el marqués muestra interés por las cuentas corrientes jugosas. Por ese motivo los burgueses adinerados constituyen otro grupo numeroso. Algunos incluso tienen título nobiliario, como el mismo marqués o su esposa. El marqués está casado con María del Carmen Hurtado de Zaldívar y Heredia, segunda vizcondesa de Bahía Honda de la Real Fidelidad. Bajo ese sonoro título podría pensarse que hay alguien de rancio abolengo, pero casi nada es lo que parece. El título data de 1856 y oculta a otra burguesa que compró con dinero los favores de la reina.

El marqués y su esposa forman parte de otra especie, una que poco tiene que ver con las glorias pasadas y la riqueza añeja. Una camarilla de empresarios, especuladores, financieros, altos funcionarios, políticos e incluso mandos del ejército que han ascendido por méritos en las cruentas guerras civiles. Una nueva casta forjada en los últimos cincuenta años que acumula dinero, propiedades e incluso títulos nobiliarios de nuevo cuño.

Miguel examina cada línea, cada nombre y cada título sin saber bien qué está buscando. O puede que sí lo sepa: la oveja negra. El raro. El infiltrado en un mundo que no sea el suyo. Si eso es lo que pretende encontrar, pronto desespera. La lista de más de ciento cincuenta invitados se extiende a lo largo de una decena de folios. Confía en que el marqués haya sido sincero y allí estén, uno por uno, todos los asistentes a la fiesta. Sin embargo, no halla nada

anormal. Suelta un bufido de desesperación cuando llega a la última página. Nada. Sin embargo, el asesino de Amparo debe de estar allí.

Vuelve a repasar la lista. Es posible que algo se le haya pasado. Cuando llega a la cuarta página lo descubre. Sin duda, él es la oveja negra, el raro. Por eso vuelve a comprobar otro nombre y efectivamente allí está. Manuel Vidal fue a la fiesta en representación de José Millán Astray, comisario general de policía, pero en la lista hay otro José Millán Astray, no hay título, pero sí un cargo, teniente de infantería. Una coincidencia que hizo que lo pasara sin prestarle atención.

Hay varios generales y un coronel, pero éste es el militar de más bajo rango de la fiesta. Desde luego, los Millán Astray no son parte de esa vieja aristocracia que trata de sobrevivir, ni forman parte de la burguesía acaudalada que está tomando el control de la sociedad.

¿Insistió el padre en que invitaran a su hijo a la fiesta? Es dudoso, estaba tan poco interesado en ir que delegó su representación en Vidal, su hombre de confianza. ¿Invitó el marqués al hijo por algún motivo que desconoce? Eso es algo más dudoso aún. Junto a su nombre sólo escribió su rango de teniente. Al marqués le gusta relacionarse con lo mejor de la sociedad, y ese oficial no es de ese mundo privilegiado.

El joven Millán Astray no es un desconocido para Miguel. En el trabajo todo el mundo sabe que el comisario general está muy orgulloso de su vástago. No le falta razón. Cuando estalló la contienda en Cuba y Filipinas estaba estudiando en la Escuela Superior de Guerra. Tras graduarse, le esperaba un futuro prometedor repleto de ascensos fáciles y buenos destinos. Sin embargo, prefirió enrolarse en un batallón expedicionario que zarpó

hacia Filipinas. Allí se distinguió por su valor, defendiendo la población de San Rafael con diecisiete hombres contra un número abrumador de rebeldes tagalos. La heroica defensa le valió la Cruz de la Orden Militar de María Cristina.

Para Miguel, el joven teniente José Millán Astray es la oveja negra. Alguien que prefiere las balas, la sangre y el combate a las aulas de la Escuela Superior de Guerra. Un guerrero, un hombre violento, un luchador acostumbrado a luchar y matar; alguien que no duda en apretar el gatillo o emplear un machete filipino para acabar con los enemigos; alguien que, de repente, surge de la nada para convertirse en el principal sospechoso.

Mira el reloj. Es tarde, pero supone que el comisario general estará aún en su despacho: es una de esas personas para las que el trabajo es su vida. Puede ir a su superior a plantearle una entrevista con su hijo. Sin duda, se sorprenderá ante la petición, pero le explicará que es importante el testimonio de alguien fiable entre las personas que asistieron a la fiesta del Retiro.

Miguel se pone en pie. Debe ser cauteloso y aclararle que será la última diligencia antes de entregar el caso a Vidal. Está casi seguro de que le dirá que vaya al día siguiente a visitar a su hijo al cuartel.

Esa lista puede aclarar mucho, pero hay otra pesquisa importante. Baroja se ha comprometido a ir al día siguiente a visitar las joyerías de Madrid. ¿Es posible que obtenga alguna información sobre esos misteriosos anillos con la figura del cisne y el emblema SCN?

Mañana puede decidirse el caso y, de paso, el rumbo de su vida.

19

Jueves, 19 abril

Al acercarse al cuartel de San Gil, Miguel arruga la nariz ante el olor a estiércol que una racha de viento le arroja a la cara. El enorme edificio de planta rectangular y tres pisos debió de ser en algún momento soberbio. El paso del tiempo ha dado a la fachada una pátina gris repleta de humedades y desconchones a la que la luz mortecina del amanecer añade una sensación de tristeza.

Miguel evita el gran charco que hay en la plaza de San Marcial, justo enfrente de la entrada al cuartel. Al acercarse ve cómo los soldados de las garitas realizan el cambio de guardia con movimientos rígidos y calculados. El ruido de las botas chocando con el pavimento se mezcla con el relincho lejano de algún caballo.

Un par de húsares, cubiertos por una capa azul que cubre parte de su uniforme, salen del acuartelamiento por la puerta principal con paso cadencioso. El aire húmedo y frío ha irritado la garganta a Miguel y comienza a toser. En la puerta, un sargento le observa mientras se acerca. Es un hombre fornido con una barba canosa; sin duda, uno de los que alcanzaron que alcanzó su rango tras muchos años de servicio.

—¿Es usted el de la Comisaría Central? —pregunta cuando está frente a él.

—Sí, tengo una cita con el teniente Millán Astray.

—Sígame, le están esperando.

Es muy temprano, y la mayor parte del patio interior del cuartel está todavía dominada por las sombras. En el aire flota el olor desagradable del rancho que están preparando cerca. Miguel observa a los soldados que avanzan en formación de a tres con el fusil al hombro. La mayor parte de la tropa tiene el rostro quemado por el sol de los campesinos. En su mirada se adivina el espanto que les provoca aquel lugar, lejos de su casa y su familia. Ahora están sirviendo al rey, sometidos a esos sargentos y oficiales que los tratan con una mezcla de brutalidad y desprecio. Aquello despierta en él dolorosos recuerdos que le hacen suspirar con alivio cuando los ve desaparecer.

Sigue al sargento hasta la segunda planta, donde se desvía por un corredor a la izquierda hasta alcanzar un despacho. El sargento llama a la puerta y entra sin esperar respuesta. Tras quitarse el quepis, se cuadra ante el joven oficial que permanece detrás del escritorio. Millán Astray está escribiendo, pero deja la pluma sobre la mesa. Es un hombre joven de pelo engominado, bigote ancho y porte marcial.

—Mi teniente, aquí está el agente de la Comisaría Central —anuncia el sargento con voz grave.

—Muy bien, puede retirarse —dice haciendo un gesto con la cabeza.

Millán Astray observa a Miguel con curiosidad, se pone en pie y le estrecha la mano. Después señala la silla vacía frente a él. En la habitación impera el leve olor a la colonia que debe de usar el oficial.

—Siéntese, por favor. Usted dirá qué se le ofrece —señala apoyando los codos en la mesa—. Mi padre dice que desea hacerme unas preguntas, algo que me extrañó, pero no seré yo, hijo de quien soy, quien se oponga a ayudar a las fuerzas del orden.

—Si no me equivoco, usted fue uno de los invitados a la fiesta del Retiro —pregunta Miguel tras sentarse—. ¿No es así?

—Sí, es cierto —asegura asintiendo con la cabeza—. No me gustan ese tipo de eventos, pero asistí por la insistencia de mi padre. Pretende que cultive ciertas amistades útiles para prosperar en el futuro. Él trata de hacer algo imposible: convertirme en un cortesano. Eso atenta contra mi carácter. Yo quiero ganar mis galones donde hay que hacerlo: en el campo de batalla. Los despachos y las amistades se los dejo a otros.

Mientras habla, Miguel observa su rostro de rasgos duros, en los que destaca una mirada penetrante. Trata de adivinar qué tipo de persona es ese hombre. Ha visto a muchos oficiales en Filipinas. Algunos eran idealistas dispuestos a defender la patria y asumir cualquier sacrificio, incluyendo la vida.

Otros sólo deseaban ascender, conseguir medallas, sobresalir entre sus compañeros. Eran los que emprendían acciones sin tener en cuenta el precio a pagar en vidas. Lo único importante para ellos era su carrera. Tipos sin escrúpulos que querían abrirse camino a base de la sangre y los sufrimientos de los demás. ¿Qué tipo de persona es ese joven teniente?

—Su padre está muy orgulloso de usted —señala Miguel mientras saca la libreta y el lápiz—. En la comisaría todo el mundo sabe los detalles de la defensa de San Rafael con sólo diecisiete hombres.

El teniente arquea una ceja y asiente.

—No le haga mucho caso, sólo cumplí con mi deber.

—Yo también estuve en Filipinas —continúa Miguel—. Soy uno de los que resistieron en Baler hasta el final.

—¡Héroes como usted son los que hacen grande a España! —exclama con admiración—. A usted y a muchos otros no se les ha tratado como merecían. Derramaron su sangre por España y esos políticos que nos gobiernan no supieron premiar su sacrificio. Tanta injusticia no se puede consentir. A la gente no hay que tratarla como carne de cañón y luego mandarla a casa con tres pesetas y un paquete de cigarros, a veces enfermos, tullidos, sin brazos o piernas. Se me encoge el corazón cada vez que veo a uno de esos mutilados o mendigos con la mente enferma por las calamidades que han soportado. Es una vergüenza y una barbaridad.

Miguel siente un estremecimiento. Sabe que él podría haber sido uno de esos pobres que malviven en las calles arrastrando su miseria.

—Dejemos la guerra a un lado y centrémonos en lo que nos trae aquí. Me gustaría que me contase qué sucedió en la fiesta del Retiro.

—¿Qué quiere saber?

—Todo, pero empezaré con una pregunta sencilla: ¿cómo consiguió que le invitasen?

—No tengo ni idea —niega haciendo un aspaviento con las manos —. Sólo soy un triste teniente y allí estaba lo mejor de Madrid. Mi padre dice que no, pero creo que él estaba detrás de todo esto.

Nada más volver de Filipinas fui a algunas fiestas. Un héroe queda siempre bien en esos saraos, pero la guerra ya es un recuerdo lejano. Llevaba un tiempo sin que nadie se acordase de mí y de repente me llegó la invitación del marqués. Dudé en ir, pero mi padre insistió tanto que no quise contrariarle.

—¿Vio algo que le llamase la atención durante la velada?

Millán Astray considera la pregunta durante unos instantes, después sonríe.

—Sin duda, el lujo. La fiesta se celebraba en el Palacio de Velázquez, donde dispusieron una gran sala de baile. Al fondo había un salón donde se servía un refrigerio preparado por un cocinero francés. Todo era exquisito: la comida, los vinos... La mejor fiesta a la que he asistido, lástima que acabase de esa manera tan trágica.

Al decir estas últimas palabras el teniente hace un mohín de pesar.

—¿Vio a la mujer asesinada o a su acompañante?

—Creo que todos los que estábamos allí nos fijamos en ella. He visto a pocas mujeres más atractivas. Llevaba un vestido escotado que llamaba la atención —continúa el teniente—. No sé si iría con algún acompañante, supongo que sí, pero si fue así, no lo vi.

Miguel apunta algo en la libreta y cuando acaba vuelve a mirar al teniente.

—¿Habló con ella?

—No, ya me habría gustado —afirma soltando una carcajada—. El marqués me presentó a un grupo de caballeros que me hicieron todo tipo de preguntas sobre Filipinas. Algunos eran veteranos de las guerras carlistas y comenzaron a contar anécdotas. Allí estaba la gente bailando, bebiendo, pasándolo bien, y yo mientras tanto aguantando las batallitas de un grupo de carcamales.

—Volvamos a esa mujer si no le importa; ¿le llamó la atención algo que hiciera? —insiste.

—Si le digo la verdad, no estuve pendiente de ella. La vi hablando con el señor marqués durante un buen rato. Es posible que fueran amigos, conocidos, o algo... usted ya me entiende. Me extraña, porque esas cosas hay que llevarlas en secreto.

Miguel hace un gesto de asentimiento.

—¿Qué sucedió cuando encontraron el cadáver?

—Oí el grito de una mujer y, de inmediato, se formó un tumulto. Yo, como casi todos, me acerqué a ver qué pasaba. Lo que vi fue una barca en la que se encontraba la muerta.

—¿No le resulta extraño que nadie oyese nada?

—No, el lugar donde apareció el cuerpo está apartado del Palacio de Velázquez. Además, por si fuera poco, sonaba la música de la orquesta. Oír el disparo era casi imposible.

—¿Por qué dice «disparo»?

—¿Me está tomando el pelo? —pregunta atónito el teniente—. Supongo que en Filipinas habrá visto el efecto de las armas de fuego en la cabeza. Es obvio que le dispararon a corta distancia.

—¿Puede decirme con quién estuvo hablando?

El gesto del teniente se tuerce antes de recostarse en la silla. Adivina que trata de comprobar la veracidad de su relato.

—No recuerdo los nombres. Sólo puedo decirle que eran oficiales de alto rango, creo que generales y coroneles. Ellos confirmarán lo que digo.

El rostro del teniente es ahora severo. Está claro que le indigna que le consideren un sospechoso. Miguel abre la boca para tratar de explicarse, pero Millán Astray se le adelanta.

—No tengo mucho más que decirle —asegura con un tono que apenas disimula el enojo—. Ahora, si me disculpa, tengo que atender a mis obligaciones.

El teniente se pone en pie y estrecha la mano de Miguel. El rostro del joven Millán Astray es ya una máscara rígida, muy lejana de la cordialidad inicial. Miguel abandona el despacho y mientras baja le embarga una sensación de inquietud.

¿Qué tipo de persona es ese teniente? En apariencia, afable y provisto de cierto encanto, pero quizá haya algo más, alguien duro y despiadado bajo esa superficie. ¿Es ese teniente sólo un guerrero implacable? ¿Un héroe que dará que hablar? o, por el contrario, ¿alguien trastornado por la guerra? ¿Un sujeto capaz de llenar de sangre las calles de Madrid? La única certeza es que la visita ha servido de poco, salvo para ganarse un enemigo, el hijo del comisario general, alguien capaz de arruinarle la vida.

Baroja camina por la Puerta del Sol con paso rápido; aunque está cansado, no quiere llegar tarde a su cita con Miguel. La plaza está repleta de carruajes: simones, berlinas, carros de reparto y diligencias. Hay un caos de voces, relinchos y golpeteo de cascos de las bestias. Por encima de ese tumulto se oyen las disputas entre los cocheros.

En las aceras, abarrotadas por una multitud de obreros, oficinistas, modistillas, sirvientas y criados, el caos no es menor. Todos tratan de abrirse paso en esa barahúnda. Los zapatos que lleva son nuevos y siente doloridos los pies, tras el trajín de ir de un lado a otro visitando las joyerías más importantes de Madrid.

El reloj de la Puerta del Sol está a punto de marcar las siete de la tarde. Al mirarlo tropieza al inicio de la calle Mayor con un operario que se dispone a encender las farolas de gas, cuyo olor se entremezcla con la peste del vino peleón de las tabernas o los excrementos de los caballos esparcido en el suelo de la calle.

A pesar del cansancio no piensa aflojar hasta que alcance el Café Moderno. Allí ya le estará esperando Miguel. Tal vez haya tenido más éxito con ese militar, porque de las joyerías no ha sacado casi nada. Se ajusta la boina cuando siente una racha de aire. Al elevar la vista ve cómo el sol está a punto de desaparecer en el horizonte, es un último resplandor de luz antes de que la oscuridad se apodere de Madrid. Vislumbra la puerta del café y junto a él distingue la figura de Miguel, que otea esas nubes rojizas del ocaso que parecen cargadas de sangre.

A esas horas el Café Moderno está poco concurrido. Apenas hay media docena de clientes que conversan en voz baja. Entre ellos se encuentran Baroja y Miguel, que permanecen en una mesa justo debajo de la lámpara cuya luz da a sus caras una palidez mórbida. En ambos rostros es fácil detectar el desánimo. El camarero aparece con dos tazas de café, que emanan un olor delicioso, cuando Miguel acaba de relatar la decepcionante entrevista con el teniente. Baroja remueve el azúcar con la cucharilla y da un sorbo que paladea con deleite. Miguel, por el contrario, permanece observando la nube de humo que desprende su bebida.

—Menudo día —asegura Baroja soltando un bufido—. Usted ganándose un enemigo peligroso y yo de aquí para allá, para no

sacar nada en claro.

—¿Qué le han dicho los joyeros? —pregunta Miguel.

Baroja rebusca en el bolsillo interior de la chaqueta y saca el anillo de Rinaldi, que pone sobre la mesa. Miguel lo coge y contempla, una vez más, la extraña figura del cisne y las letras SCN.

—Casi nada, pero lo poco que me han dicho apenas tiene interés. Esa gente es desconfiada y poco habladora.

Miguel frunce el entrecejo y da un sorbo a la taza de café.

—Algo le habrán dicho, por poco que sea.

—Todos llegan a una única conclusión: se trata de un encargo privado —dice con desánimo.

—¿Qué significa eso?

Baroja vuelve a beber y se seca la comisura de los labios con la servilleta.

—Este anillo es una pieza singular solicitada por alguien. Los encargos privados más comunes son los de algunas asociaciones, colegios profesionales e incluso logias masónicas. En esos casos, el anillo señala la pertenencia a un grupo. La persona que la pide manda realizar un número de anillos, todos iguales, para repartir entre los miembros de la agrupación.

—¿Ha logrado descubrir lo que significan el cisne y las letras?

—Nadie tiene ni idea. —La voz de Baroja refleja su abatimiento—. Todos coinciden en que el diseño y la ejecución son brillantes, obra de alguien que conoce muy bien su oficio.

—Eso no nos sirve de mucho —dice Miguel soltando un bufido.

—No, todo lo contrario —aclara Baroja—. En Madrid hay muchos joyeros, pero que dominen su arte con un grado de excelencia sólo hay tres. Ya he visitado a dos de ellos sin éxito. Me queda sólo la

joyería de Roberto Torres. Sobre el anillo apenas me han dicho cuatro cosas, pero con ese hombre se han despachado a gusto. No le cae bien a nadie, aunque reconocen que es muy bueno en su oficio. Aprendió de su padre y ha conseguido una maestría inigualable. Algo que ha hecho de él un personaje altivo, uno de esos que se creen mejores que los demás. Gana mucho dinero y sus clientes están entre lo mejor de la alta sociedad. Con sus iguales se muestra despectivo, pero con los compradores derrocha encanto. Otro rumor es que, a pesar de su edad, permanece soltero y sólo se le ve con compañía masculina. En fin, todos creen que es un sodomita.

—Eso no me importa. ¿Dónde está su joyería?

—En esta misma calle, antes de llegar a la plaza de la Villa. Podemos ir cuando acabemos el café.

Miguel asiente, antes de dar un sorbo final.

—No se hable más. Vamos hacia allá.

Las palabras TORRES JOYEROS están escritas con caligrafía modernista en el letrero que hay sobre el local. Los cuarterones de madera de roble muestran una estilizada decoración floral muy a la moda. Los tulipanes y rosas trazan curvas imposibles en la madera.

Baroja y Miguel se detienen a contemplar el escaparate donde se exhiben joyas de gusto exquisito. Los precios son tan altos que sólo unos pocos pueden permitirse esas piezas únicas. A través del cristal atisba el local pequeño y elegante. Lo que le falta de espacio lo disimula con una decoración suntuosa, supone que muy del gusto de su clientela. Miguel se dirige a la entrada y, al abrir la puerta, la

campanilla que señala la presencia de un comprador resuena en el local.

El dependiente sonríe al verlos entrar.

—Buenos días, caballeros. ¿En qué puedo ayudarles?

—Nos gustaría hablar con el señor Torres, el propietario. Venimos de la Comisaría Central. Es un asunto importante.

Nada más pronunciar esas palabras oyen unas pisadas tras la pesada cortina de terciopelo rojo que da paso a la trastienda. Una mano corre la tela y aparece la figura de un hombre bajo de rostro cerúleo y mirada severa.

—Soy el señor Torres —asegura con un tono altivo—. ¿Puedo saber por qué quiere hablar conmigo?

El joyero da unos pasos hasta situarse frente a ellos. Su mirada es turbia, y en la comisura de los labios hay una arruga que da a su rostro una expresión despectiva.

—Estamos investigando la muerte de dos mujeres —asegura Miguel—. Un hombre relacionado con los crímenes llevaba este anillo.

Baroja saca la pieza del bolsillo y la pone sobre el mostrador. El joyero la coge para examinarla. Miguel aprovecha su ensimismamiento para hacerse una idea sobre Torres. Los rasgos de su rostro son duros, la nariz demasiado larga y sus finos labios no logran ocultar una dentadura caballuna. Para compensar un físico tan poco atractivo viste con una elegancia aparatosa. El traje a rayas hace juego con un chaleco del que cuelgan un reloj y su cadena de oro. Del mismo material son el alfiler de la corbata y unos gemelos que resplandecen con la luz pálida de las bombillas del local. Sus

dedos están llenos de anillos, pero a Miguel sólo le llama la atención uno: el que tiene un cisne grabado junto a las letras SCN.

—He preguntado a muchos de sus compañeros de oficio —afirma Baroja—. Me han dicho que una pieza así sólo la puede hacer un buen orfebre. Todos le han señalado a usted como el mejor de Madrid.

—Sí, es cierto, yo lo hice —concluye el joyero volviendo a dejarlo sobre la mesa—. Me lo encargó un cliente que me exigió no desvelar su identidad. Caballeros, lo lamento, pero no puedo decirles mucho más.

—Creo que no ha entendido la gravedad de la situación —explica Miguel—. Dos mujeres han muerto y puede haber más asesinatos. Este anillo y lo que se esconde detrás de él tiene un papel relevante en esos crímenes. El hombre que llevaba ese anillo se llamaba Juan Rinaldi. ¿Lo conocía?

—No, es la primera vez que oigo ese nombre.

—Su pareja también fue asesinada, se llamaba Carmen Fernández. ¿Tampoco la conocía? —insiste Miguel.

—No, pero si no me equivoco es la mujer que apareció en ese barrio de miserables, cómo se llama... las Injurias. Sé lo que salió en la prensa.

Miguel dirige una mirada furiosa al joyero.

—Usted, lo quiera o no, me va a decir quién le encargó esta joya, qué significa y por qué lleva una igual en su dedo. No sé si aquí o en comisaría. Eso me da lo mismo. Tal vez estar unos días en el calabozo le suelte la lengua. Usted elige.

Torres titubea unos instantes, se frota la frente con la mano derecha antes de dirigirle una mirada en la que se intuye el miedo.

—Acompáñenme a la trastienda, allí podremos hablar con más calma.

Tras la cortina sólo hay un cuartucho oscuro y sin ventilación en el que se acumulan cajas, papeles y un pequeño escritorio. En un lateral hay un banco de trabajo y algunas herramientas del oficio. El ambiente está cargado con un leve tufo metálico. Torres enciende una lámpara de gas cuya luz destaca la palidez y las arrugas de la frente del rostro del joyero.

—Mi cliente eligió la figura del cisne, símbolo de la belleza, que se ha puesto de moda en los círculos artísticos —asegura con voz impostada—. La idea de pintarlo con una capa de esmalte negro es algo que nunca me gustó. Mi cliente lo quiso así, y ya sabe lo que dicen... De ahí el color negro que también tiene su simbolismo: lo oscuro, lo secreto, lo perverso.

»Tanto el diseño del cisne como la elección de la caligrafía fueron míos. A mi cliente le gusta ese nuevo estilo que llaman «moderno» o «modernista», así que elegí la tipografía que han puesto de moda. Como habrá visto, es idéntica a la del letrero del local.

—¿Qué significan las letras SCN? —pregunta Baroja.

—Sociedad del Cisne Negro. Eso de «Sociedad» tal vez sea demasiado altisonante, se trata más bien de un grupo de amigos con objetivos comunes.

—¿Quiénes forman parte? —insiste Miguel.

Torres titubea y se sienta en una banqueta. La altivez que mostraba cuando han entrado en la tienda ha desaparecido. La

mirada que dirige a Miguel es temerosa, sabe que está en sus manos.

—Todos son gente importante en la sociedad madrileña: aristócratas, empresarios, incluso algún político. El anonimato es esencial, hasta el punto de que cuando nos reunimos llevamos máscaras para evitar ser reconocidos.

—¿Qué fin tiene?

—Me pregunta por el fin... Es difícil responderle. —Torres duda y baja la mirada—. No hay otro que no sea disfrutar de los placeres mundanos en todas sus formas, sin reglas, límites o cortapisas. Por ese motivo tratamos de vivir al máximo, probar todos los placeres, aunque estén prohibidos. Por supuesto, no nos atenemos a las asfixiantes normas puritanas de nuestra sociedad. Cada cierto tiempo celebramos fiestas donde las fantasías y los sueños más depravados se convierten en realidad. Para muchos sólo seremos unos viciosos que se pudrirán en el infierno. Eso es lo que dirán, pero nos envidian.

—No ha respondido a mi pregunta: ¿quién asiste a esas fiestas?

—No le puedo dar nombres, ya le he dicho que el anonimato es esencial. No puede ser de otro modo en gente que se aviene a participar en una orgía con la misa diaria o el escaño en el Parlamento.

Baroja y Miguel intercambian una mirada cómplice.

—Este anillo lo llevaba Juan Rinaldi, un delincuente de poca monta. Él no formaba parte de ese círculo selecto del que habla.

—En las fiestas hay dos categorías de personas. Por un lado, están los miembros de la sociedad, es decir, las personas que llevan este anillo. Ésos son los habituales y forman parte de lo mejor del mundo

madrileño. También están los invitados, aparecen de manera ocasional, pero son imprescindibles para realizar esos eventos. Me refiero a bellas mujeres, guapos efebos, chulos, enanos, gente deforme, niños y niñas y, cómo no, sujetos que nos suministran ciertas sustancias necesarias. Sin cierta dosis de vicio la vida es anodina. Ese hombre debía de pertenecer a este segundo grupo y no tenía derecho a llevar el anillo. Supongo que mi cliente se lo regalaría por realizar algún servicio especial.

—¿Se consumía morfina en esas fiestas? —pregunta Baroja.

—Sí, en ellas no hay nada prohibido. Aunque no entiendo su uso. Sumerge a la gente en un sueño que le impide participar en el frenesí, la pasión y el disfrute de los placeres.

Miguel saca las dos fotos de las mujeres asesinadas de su chaqueta y las muestra al joyero.

—¿Recuerda a alguna de ellas? —pregunta poniéndolas ante sus ojos.

Torres las observa un instante y ladea la cabeza.

—Guapas, muy guapas —dice con desinterés—. Reconozco su belleza, pero las mujeres no son lo mío, tengo otras preferencias. Personas atractivas y de comportamiento disoluto son habituales en nuestras fiestas. Se las invita, participan y se las gratifica extraordinariamente. Incluso hay quienes disfrutan haciendo partícipes de sus vicios a niños, mutilados o deformes. Para muchos lo que hacemos es indigno cuando no malvado. A nosotros los conceptos de bien o mal no nos interesan. Como puede ver, no le oculto nada —remata con una sonrisa perversa.

Miguel frunce el entrecejo, la repugnancia que le provoca Torres es cada vez más fuerte, pero decide continuar con el interrogatorio.

—¿Cree que alguno de los invitados a esas fiestas pudo ser el asesino de Carmen o Amparo?

—Lo dudo mucho. Nunca hemos tenido ningún problema. Allí vamos a disfrutar de la vida, no a complicárnosla. A algunos les gusta infligir dolor a sus compañeros de juegos, pero el asesinato... eso es otra cosa.

—¿A qué se refiere con eso?

—Ciertos miembros de la sociedad tienen un fetichismo con el dolor. Les gusta sufrirlo o causarlo. Algunos deseaban montar las escenas descritas por el marqués de Sade en sus obras. Ya sabe: ataduras, latigazos, castigos y humillaciones de todo tipo. Por eso nuestro anfitrión montó lo que llama «la mazmorra», un lugar donde se llevan a cabo esas oscuras fantasías. ¿Es posible que alguno de los asiduos a la mazmorra acabase cometiendo un crimen? No puedo decirle, pero me parece muy improbable.

—¿Cuántos anillos hizo?

—En total hice cincuenta, todos idénticos y forjados en el mismo molde.

—¿Quién se los encargó? —pregunta Miguel deseoso de acabar el interrogatorio—. Quiero nombres, no excusas.

Torres parece dudar. Evalúa si ese hombre es capaz de cumplir su promesa de detenerle y mantenerlo preso varios días. Finalmente clava su mirada en el policía.

—El hijo del marqués de Hoyos, Antonio Hoyos y Vinent, es el hombre que organiza las fiestas y me hizo el encargo.

El reloj que corona el edificio de Correos marca las ocho cuando Baroja y Miguel entran en la Puerta del Sol.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Baroja.

—Ya es muy tarde, pero a primera hora trataré de convencer al inspector para conseguir una orden de registro del palacio de Antonio Hoyos. Dudo que me la conceda, pero hay que intentarlo. ¿Cómo lleva la búsqueda de Mateo?

—Mal, entre la gente de la farándula nadie sabe dónde está ese hombre. El único que dice saber algo es Gálvez, ese bohemio borracho que nos encontramos a la salida de la tertulia. Me pide veinte duros por la información. No me importa pagar, lo malo es que puede decir cualquier cosa con tal de llevarse el dinero. Mañana por la tarde he quedado con él, ya le contaré.

—Bueno, ahora conviene que vayamos a descansar —concluye Miguel—. Si me autorizan el registro de ese palacio podemos tener un día muy agitado.

Cuando los dos hombres se despiden, Miguel se encamina hacia su cuarto en Lavapiés. Mientras camina siente un cansancio enorme. El ajetreo acumulado y la tensión nerviosa le están pasando factura. Desde que empezó a investigar ha dormido poco. Sabe que ese caso es la oportunidad de su vida y es consciente de que se le está yendo de las manos. A medida que avanza percibe que su respiración cada vez es más lenta y pesada. Nota con angustia cómo se ahoga lentamente. Comienza a sentir un fuerte dolor en las piernas. Sabe lo que significa eso, el beriberi va a darle un nuevo embate.

Llega a casa envuelto en un sudor frío, y nada más entrar se derrumba sobre la cama. Allí parece calmarse unos minutos hasta que nota que algo le sube por la garganta. En el paladar percibe un sabor amargo y desagradable. Domina la arcada y estira el cuello para tratar de respirar, abre la boca y aspira con todas sus fuerzas.

La fiebre adormece su conciencia. Maldice su suerte. Estuvo a punto de salvar a Amparo y ahora está cerca de capturar al asesino. Tiene que estar bien para ir al día siguiente a comisaría y pedir la orden de registro, pero se siente peor que nunca. La vista se le va nublando. Todo se vuelve borroso hasta que se sumerge en una oscuridad que le aterroriza. Sólo percibe un silencio irreal. Puede que sea la antesala de la muerte, ése es su último pensamiento.

De inmediato la reconoce. Está allí a la hora a la que la había citado, puntual, guapa y elegante. Se mueve con un andar leve y comedido que tiene una elegancia particular. Todo en ella resulta llamativamente perfecto. Si le preguntase, no sabría razonar el motivo de esa impresión, no es nada en especial, es el conjunto. Está claro que no le ha visto pero eso no le molesta; al contrario, prefiere sorprenderla.

El lugar escogido para la cita no puede ser más romántico. El parque del Retiro lleva siendo un lugar de encuentro para los enamorados desde hace muchos años. Y si hay un sitio a propósito para citas amorosas, ése es el lago que hay frente al Palacio de Cristal. Es un lugar magnífico. Nunca le ha gustado esa arquitectura moderna de hierro y vidrio, pero ese edificio situado frente al

estanque tiene una gran belleza. De manera inevitable le recuerda la hermosura de esa mujer.

Debe de quedar poco para que cierren. La luz es cada vez más débil y los guardias no tardarán en desalojar a los rezagados. Ha visto muy pocos, varias parejas de novios y algún hombre mayor que debió de calcular mal la hora de regresar a casa. La explanada que hay frente al Palacio de Cristal está vacía. A la derecha está el pórtico con columnas que da acceso al edificio. A la izquierda, la escalinata que desciende hacia el estanque y se adentra en él.

Ella permanece junto al primer peldaño que se precipita hacia el agua. Está abstraída, ajena a todo, contemplando cómo un cisne avanza por las aguas con la elegancia que lo caracteriza. Él también dirige su mirada hacia el ave, cuya suavidad en el desplazamiento le hace recordar los delicados movimientos de la mujer a la que se va acercando.

Cuando está ya casi junto a su lado, se vuelve. En su semblante se refleja una sorpresa evidente, pero sólo dura unos segundos. No le da tiempo a reaccionar. El metal corta el cuello con una facilidad pasmosa. Sabe que el corte tiene que ser fuerte y profundo.

La mujer cae al suelo y rueda hasta alcanzar el agua. Ve cómo el cuerpo va sumergiéndose con lentitud. Siempre le ha gustado el color rojo, los obreros dicen que es el de la revolución que está por venir. Puede ser, para él sólo es el de la justicia.

20

Viernes, 20 de abril

Matías lleva catorce años trabajando como jardinero en el parque del Retiro y conoce ese lugar a la perfección. No le gusta madrugar, pero, como cada día, ha salido de casa con las primeras luces del amanecer. A esas horas el sol es sólo un destello blanquecino que comienza a surgir en un cielo oscuro. La débil claridad apenas ilumina el sendero por el que camina entre plátanos de indias. Lleva todo el rato maldiciendo su suerte. El capataz le ha asignado el parterre frente al Casón del Buen Retiro. El lugar donde hay más faena: siempre con setos para recortar, árboles que podar o flores que plantar.

Los capataces siempre respetan la edad, todos menos el nuevo. Dicen que lo ha colocado un primo que tiene en el ayuntamiento. No le extraña, porque es una nulidad. No sabe nada, ni siquiera comprende que a los hombres como él, con más de sesenta años, se los envía a las zonas donde la tarea es más fácil. Hoy no será así. No es el único. Va a trabajar con Juan, Antonio y Manuel, tres viejos como él, con el pelo canoso, el cuerpo reseco y las fuerzas justas. ¡Menuda cuadrilla!

Un ataque de tos interrumpe sus pensamientos. Ese frío le va a matar. La mañana es gélida, tanto que se ha trajinado dos copas de aguardiente de la tasca de Manolo. Aún conserva el gusto amargo en el paladar, pero ni así entra en calor. El capataz siempre se queja de que le huele el aliento a alcohol.

Se ajusta el botón de la zamarra. Después saca del bolsillo un paquete de cigarros. Dicen que el tabaco es bueno en días así porque calienta la garganta. Saca un cigarro del paquete y rebusca de nuevo en el bolsillo hasta que encuentra la caja de cerillas.

El cigarro prende cuando le acerca la cerilla. Después la agita hasta que se apaga. Se detiene frente al Palacio de Cristal, desde donde observa el lago a sus pies. Piensa que hay pocas vistas más bonitas en el parque. Da una calada y su rostro queda envuelto por una nube de humo que se disgrega con rapidez. En ese momento le parece distinguir algo extraño entre el agua. La vista le está fallando últimamente, así que se acerca a la orilla. Sabe que se está quedando ciego, una niebla gris va cubriendo sus pupilas de manera inexorable. No ha dicho nada en el trabajo porque teme que le despidan. Entrecierra los ojos y entonces lo ve. El cigarro se le cae del labio al ver el cuerpo de la mujer que flota en el agua rodeado de un mar de sangre.

El barquero, un hombre enjuto y ligeramente encorvado, observa las ondas que provoca el bote mientras se acerca al cadáver. Una bandada de patos huye en dirección contraria. El hombre observa atento el vestido oscuro y el agua enrojecida que lo rodea, tan distinta al habitual tono verdoso. El aire está apresado en algunas

partes y la tela muestra pequeños abultamientos. Su acompañante deja de remar y el bote se sitúa cerca del cuerpo que flota a la deriva. Saca del fondo de la barca un largo palo de madera cuyo gancho metálico coge el tobillo del cadáver.

Lo aproxima al bote e intercambia una mirada con su ayudante. Hace un leve gesto con la cabeza señalando los pies mientras él se sitúa en la proa donde está la cabeza. Deja el palo en un lateral y aparta el pelo que cubre el rostro. En la piel, muy pálida, es fácil distinguir las señales de los mordiscos de los peces. Todo eso es desagradable, pero lo que le estremece es contemplar el tajo del cuello, ancho y profundo.

En el rostro de los hombres se dibuja una muesca de asco, pero se inclinan para coger el cadáver y subirlo a bordo. Lo agarran, pero cuando la barca comienza a balancearse peligrosamente lo dejan otra vez en el agua. Los dos hombres sueltan un resuello antes de volver a intentarlo. La segunda vez lo consiguen. El vestido chorrea litros de agua enrojecida que se esparce por la barca. El cadáver hace un ruido seco cuando choca con el fondo. Nada más dejarlo caer, los dos hombres se frotan las manos para entrar en calor porque el agua está helada. El más joven, un muchacho gordo con un pelo negro que parece empapado en aceite, vuelve a coger los remos y comienza a dirigir la barca hacia la escalinata donde espera la policía.

—¡Señores, aquí no hay nada que ver! —grita un agente con una voz grave de tenor—. ¡Circulen!

Ni el uniforme azul de policía ni los gritos hacen que la media docena de curiosos se mueva. Todos quieren saber qué ha sucedido y observan con una mezcla de atracción y repugnancia. Al sargento Vidal le cuesta creer que haya gente así. Todo eso le produce ya más cansancio que horror. Cree que es un hombre duro, pero gota a gota, caso a caso, empieza a sentir un inevitable hartazgo.

Camina hacia el cadáver con paso lento. No tiene prisa. Sabe lo que le espera. Algo que ha marcado su vida desde que recuerda: es incapaz de olvidar las lejanas campañas contra los carlistas en su juventud; ese vaivén de emboscadas, escaramuzas y batallas cruentas. Algunos hablan con admiración de esa guerra, pero él sólo vio cuerpos rotos, heridas terribles, matanzas sin sentido, furia, crueldad y mucho odio. Lo único bueno de pasar tantas penalidades en la guerra fue que le aseguró un puesto en la policía.

Todo eso sucedió hace mucho. Ahora debe centrarse en ese cuerpo que yace a sus pies. El vestido sigue rezumando agua y forma un pequeño charco alrededor. ¿Por qué acabó esa mujer así? La respuesta es casi siempre la misma: el odio. Ése es el nexo de unión entre la guerra y el asesinato. Tal vez no haya hecho otra cosa en su vida que dedicarse al odio. A propagarlo en el ejército, a contenerlo en la policía.

No hace falta ser forense para ver que la causa de la muerte ha sido ese enorme corte en el cuello. El rostro está blanquecino por la pérdida de sangre y muestra un extraño mohín. Ha visto demasiados muertos para saber que aquello no es una mueca de terror. Muchos presentan ese aspecto por la rigidez que adquieren los músculos. La medicina es algo que siempre le ha sido útil en su trabajo. Eso es una cosa; otra, todas esas modernidades que propagan Fernández-

Luna y su discípulo. Un buen policía no es, como dicen ellos, un científico, sino alguien que busca justicia a cualquier precio.

Ladea la cabeza de la mujer y ve el corte profundo y brutal, muy similar al de Carmen, la muerta de las Injurias. Es más que probable que se haya utilizado la misma arma. No es la única coincidencia, ni la más llamativa. Se sorprende al ver el parecido extraordinario entre la primera víctima y la mujer que yace a sus pies. Las dos son hermosas y han sido asesinadas en un lugar recóndito. No le cabe duda de que ambas muertes están relacionadas.

Sabe que el caso de las Injurias será pronto suyo y éste ya le pertenece. Le sorprende que Miguel no haya acudido a la comisaría. Estará borracho o con esas fiebres que dice padecer. A pesar de todo, es un rival peligroso. Sabe lo que está haciendo. En teoría, redactar informes y terminar las últimas diligencias antes de entregarle el caso. En realidad, investiga para tratar de descubrir al criminal antes de que acabe el mes. Es una labor imposible, piensa, mientras una leve sonrisa se dibuja en su rostro.

Lo mejor que puede hacer es dejar de pensar en ese advenedizo y centrarse en examinar el cuerpo. Una manga del vestido está arremangada, y eso le hace recordar las punciones de jeringuilla de los dos cadáveres anteriores. Se acerca y comprueba que también tiene alguna marca, pero casi cicatrizada. Es posible que se inyectase morfina, pero debió de abandonarla hace un tiempo.

Deja caer el brazo al suelo, se reincorpora y echa un vistazo al lago. El barquero y su ayudante le han dicho que no vieron nada extraño. Es posible que se les escapase algo. Avanza unos pasos hacia el lago y entonces lo ve. En la escalinata que se sumerge en el lago hay una flor que está sobre el último escalón. El sargento se

vuelve y hace un gesto para que se acerque el jardinero que encontró el cadáver. El hombre acude de inmediato y se quita la gorra cuando se sitúa frente a él.

—¿Sabe qué flor es ésa?

—Es un tulipán —responde el jardinero sin dudar.

—Muchas gracias, puede retirarse.

Vidal se acerca y recoge la flor. Una de las teorías absurdas de Miguel es que hay una relación entre el poema que apareció en las Injurias y los crímenes. Algo que le ha parecido siempre una estupidez. Es cierto que en el poema hay referencias a varias flores: dalias, rosas, jazmines, nelumbos y lirios. También que junto a cada muerta aparece una flor. En la primera un lirio, en la segunda un clavel, aquí un tulipán. Salvo en el primer caso, no son las que indica el poema, son sólo las que están cercanas a la escena de los hechos.

Según Miguel, el poema describe el lugar donde se comete el crimen. Otra estupidez, no hay palabras para describir la miseria que hay en las Injurias y, si las hubiera, no iban a estar en un poema. Sin embargo, aquello le llamó tanto la atención que leyó el poema entero. Bueno, en realidad, lo memorizó. Nunca le ha gustado la poesía, pero ese Rubén Darío tiene mucho arte. No le extraña que sea tan popular. Vidal comienza a recitar los versos en voz baja, apenas audible.

¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo

o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte,
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¿Qué significa? No le gusta reconocerlo, pero es indudable que hay ciertas semejanzas entre lo que describe el poema y lo que contempla. Ante sus ojos están el palacio, un lago y un cisne. En vez de una dalia o un lirio hay un tulipán. Es muy posible que también haya jazmines o nelumbos, puede ser, la jardinería nunca ha sido lo suyo. En su Almería natal sólo había piedras, arenas y chumberas.

Echa un vistazo al vergel que le rodea. Otra de las ideas chocantes de Miguel es que el Retiro desempeña un papel en los crímenes. En el primero, el asesino pidió al cochero que se dirigiera al parque y sólo cuando vio a la policía cambió de rumbo hacia las Injurias. El segundo se cometió en esa fiesta del parque. El tercero en el lago junto al Palacio de Cristal. Le cuesta reconocerlo, pero ese muchacho parece llevar razón en casi todo.

Eleva la mirada en busca del carro de la morgue, que ya debería estar allí. Vuelve a mirar a la víctima. A pesar de ser ya sólo un despojo, sigue atesorando cierta belleza. Las mujeres nos vuelven locos, piensa. Él lo sabe bien. Nos obligan a hacer cosas que nunca habríamos imaginado. ¿A quién volviste loco?

En ese momento oye el relincho de un par de caballos y ve a los operarios de la morgue, que bajan con la camilla. Ladea la cabeza y ve el destello de un rayo de sol sobre algo que está encima de la hierba junto a los escalones. Se acerca y lo coge con las manos; siente un estremecimiento. Si hay algo que no esperaba encontrar en aquel lugar era eso. Llama a un agente y le ordena que nadie toque nada ni permita que los curiosos se acerquen a la escalinata. Entonces comienza a alejarse con paso vivo, debe hablar con el comisario general de inmediato.

Durante la noche el rebrote de beriberi sumerge a Miguel en un abismo aterrador de oscuridad. Su sueño está presidido por el calor ardiente de la fiebre y las sombras del pasado. Volvió a ver a la mujer de las Injurias, su cuello mutilado, la sangre, la expresión de terror. Le pareció un fantasma en busca de venganza, persiguiéndole hasta que dé con su asesino.

Al despertarse siente un sabor amargo en la boca, el de la sangre de sus labios que debió de morderse cuando le dominaba el terror. Ha sido una de las peores pesadillas que recuerda. Peor aún que las del hospicio, la guerra o el asedio de Baler. Todo su cuerpo está cubierto de sudor.

Permanece en la cama, aún envuelto en el mundo irreal que media entre el sueño y la vigilia, notando que le cuesta respirar, y siente el pulso acelerado. Cuando está más sereno decide levantarse para ir a la Comisaría Central. Es ya muy tarde, casi las nueve.

En la calle le recibe una ráfaga de aire frío. Las piernas inflamadas y doloridas le arden. Las viejas cicatrices de la enfermedad parecen

revivir. Siente un ligero mareo, pero sigue avanzando hacia la comisaría y suelta un suspiro de alivio al ver la fachada del edificio. Debe convencer al inspector de obtener una orden de registro del palacio de Antonio Hoyos. Si la consigue es muy posible que el caso esté muy cerca del final.

Cuando llega al despacho de Fernández-Luna llama a la puerta. Pasa sin esperar a que le autoricen, pero de inmediato comprende que ha sucedido algo grave. El inspector está sentado tras su escritorio y frente a él están el comisario general y el sargento Vidal. Es obvio que su entrada interrumpe la conversación. En todos los rostros se detecta cierto nerviosismo. La escasa luz que entra por la ventana ensombrece aún más los semblantes. Vidal se pone en pie y clava su mirada en Miguel.

—Ayer por la noche se produjo un nuevo crimen en el parque del Retiro. —Se muerde el labio inferior y parece dudar un momento, después continúa—. Es similar al de las Injurias. La mujer tenía el cuello cortado por un arma blanca de gran tamaño y a su lado había un tulipán. También encontramos esto, que si no me equivoco le pertenece.

Miguel no puede disimular la sorpresa que le produce ver en sus manos la cruz franciscana que le dieron en Baler. De inmediato comprueba que le falta.

—¿Puede decirnos dónde estuvo ayer por la noche? —pregunta el inspector.

Miguel está tan sorprendido que es incapaz de responder.

—Por la tarde estuve entrevistando a Torres, el dueño de una joyería de la calle Mayor —asegura con voz débil—. Él fue quien fabricó el anillo que llevaban Rinaldi y Amparo. Todo apunta a que los crímenes los comete alguien perteneciente a una sociedad que agrupa a lo mejor de la capital. Su fundador, Antonio Hoyos y Vinent, encargó esos anillos. Creo que si registramos su palacio y lo interrogamos el caso estará resuelto.

—Me parece que no le he entendido bien. ¿Quiere examinar el palacio del hijo de uno de los aristócratas más importantes de la ciudad? —pregunta Millán Astray perplejo—. ¡Usted no tiene remedio! No le bastó con insultar al marqués en su fiesta. Ahora pretende acosar a otro madrileño ilustre.

El comisario general se pone en pie. Su semblante está enrojecido de ira.

—¡No pienso seguir tolerando sus estupideces! Le dije que entregara toda la documentación del caso al sargento en cuanto lo tuviese todo listo. Veo que en vez de obedecer mis órdenes ha hecho lo que ha querido. ¡Hasta se atreve a interrogar a mi hijo y le trata como si fuera un criminal!

Miguel titubea mientras se frota los ojos enrojecidos por el cansancio.

—El asesino emplea un machete y el revólver reglamentario para los oficiales en Ultramar. Por eso creí que el culpable podía ser alguien que luchó en Cuba o Filipinas.

Los ojos de Millán Astray echan chispas. Miguel ha visto pocas veces una mirada tan intimidatoria.

—¿Considera que mi hijo puede ser el asesino? ¡Es lo que me faltaba por oír!

Fernández-Luna se levanta para tratar de serenar la situación.

—Señores, por favor, mantengamos la calma —dice con un tono de voz conciliador—. Dice que estuvo entrevistando a ese joyero, ¿a qué hora abandonó la joyería?

Miguel se rasca la cabeza y hace una mueca de desconcierto.

—Creo que fue cerca de las ocho. Mientras regresaba a mi domicilio comencé a sentirme mal. Es una de esas recaídas que sufro por la enfermedad que traje de Filipinas. La noche ha sido una pesadilla y ahora mismo no me encuentro bien. Por eso he llegado tarde.

—Eso quiere decir que no hay nadie que pueda atestiguar dónde estuvo usted ayer por la noche cuando se cometió el asesinato —continúa Vidal.

—Es posible que alguna vecina me viese regresar a casa, no lo sé.

—¿Cómo explica la presencia de ese objeto personal en el escenario del crimen? —insiste Vidal.

—No puedo. Está claro que alguien trata de inculparme. Me robó la pistola en la fiesta del Retiro y ahora ha puesto la cruz en la escena de este nuevo asesinato. Quiere eliminarme porque saben que estoy a punto de descubrir la verdad.

En ese momento llaman a la puerta y un agente entra cuando le autorizan a pasar. En sus manos lleva algo cubierto por una tela de color gris.

—Sargento, hemos encontrado esto en el registro del cuarto de la corrala de Lavapiés.

Vidal se acerca y al quitar el trapo descubre un gran machete.

Miguel reconoce el arma que se llevó de Filipinas como recuerdo. Siente como si le hubieran dado un fuerte golpe en el pecho que le

dejara sin respiración.

—Está claro que es una conspiración, tratan de culparme de estos crímenes. Si no me creen hablen con Pepe, él está al tanto de todo.

—¿Pepe? —pregunta atónito Vidal.

—José Guzmán, el agente que también estuvo en Baler.

El comisario general y Vidal intercambian una mirada de desconcierto.

—Vamos a ser discretos, usted es policía y no queremos dar un espectáculo —dice Millán Astray—. Las pruebas se acumulan en su contra. Estaba cerca de las Injurias cuando se produjo el primer asesinato. Su pistola fue encontrada en el escenario del segundo. En el tercero se descubrió un objeto personal. En su cuarto hay un machete que podría ser el arma homicida. Por todo esto queda usted relevado de sus funciones en el cuerpo de manera temporal. Le ingresaremos en el Hospital General hasta que se reponga de sus problemas de salud. De momento, quedará bajo custodia en dicho centro.

TERCERA PARTE

Aurora roja

—¿Y siempre habrá que luchar?

—Siempre.

—¿No cree usted que vendrá la fraternidad?

—No.

—¿No se podrá conseguir que deje de haber explotadores y explotados?

—Nunca.

PÍO BAROJA, *Aurora roja*

21

Sábado, 21 de abril

Los caballos relinchan cuando el carruaje se detiene junto a la fachada del Hospital General de San Carlos. El cabo del Cuerpo de Seguridad que está junto a Miguel abre la portezuela, sale al exterior y se ajusta el tabardo azul. Alza la vista y contempla el cielo plomizo que apenas deja pasar un rayo de sol. Después hace un gesto a Miguel y a su compañero para que salgan.

—Vamos, no tenemos toda la mañana —dice con voz rasposa.

Los dos hombres bajan del carruaje y se detienen un instante frente a la fachada del edificio, que tiene un aspecto tan sombrío como ese firmamento poblado de nubes grisáceas. El cabo es el primero que comienza a caminar hacia la puerta con pasos cortos y lentos. Es un hombre viejo, con el rostro repleto de arrugas y la mirada triste del que ya no espera nada de la vida.

Miguel y su cortejo cruzan el portón principal y comienzan a recorrer pasillos y salas envueltas en penumbras. El Hospital General es una institución de caridad a la que sólo acuden los que no pueden pagarse un médico. Hay prostitutas corroídas por la sífilis, viejos de aspecto cadavérico, jóvenes mutilados por accidentes de trabajo, borrachos que deliran, mendigos y vagabundos con un pie en la

sepultura. Ninguno de ellos ignora que los cuidados que reciben son tan precarios que tal vez no vuelvan a salir, pero ese edificio es la última esperanza ante el abismo de la muerte. De vez en cuando se cruzan con un celador o alguna pareja de monjas que pasan a su lado en silencio.

Su trayecto acaba frente a un gran portón. El ruido metálico de la aldaba resuena hasta que un hombre alto y fuerte abre la puerta. Viste el uniforme negro de los celadores, ya un tanto descolorido. Es difícil imaginar un atuendo menos vistoso: la tela está cubierta por lamparones en la pechera y granos de caspa en los hombros, mientras que los botones de la casaca pugnan por mantenerse en su sitio a pesar de la presión de la barriga. Al ver a Miguel lanza un resoplido.

—Éste es el loco, ¿no? —pregunta con voz ronca.

El cabo asiente. El celador le observa con desprecio. Miguel le devuelve una mirada retadora. Es un hombre de aspecto turbio: tiene la nariz partida y una cicatriz que le cruza el pómulo izquierdo. En su mirada se intuye la fiereza de los que han sobrevivido a base de brutalidad. Detrás de él hay dos hombres más jóvenes de trazas similares.

—Me llamo Bermudo —su voz suena fría y sosegada—, soy el jefe del Departamento de Dementes o, como lo llama todo el mundo, la «Casa de los Locos». Las reglas son sencillas. Me da lo mismo lo loco que estés, en el momento en que des problemas te muelo a palos. ¿Entendido?

—No estoy loco —dice Miguel con un siseo.

—Eso es lo que decís todos —asegura Bermudo esbozando una sonrisa que remueve su papada—, aquí nadie está loco, pero

luego... Te quedarás aquí hasta que tengas plaza en el manicomio de Leganés.

Bermudo desvía la mirada hacia el cabo.

—Podéis iros, ya me encargo de él.

Miguel trata de simular aplomo, pero advierte cómo los latidos del corazón se aceleran al saber su destino. Siente la garganta reseca y es incapaz de pronunciar una queja. El reposo que le prometieron en el hospital es otra cosa. El único objetivo es sepultarle en vida. Acallarle para siempre. Enviarle al manicomio de Leganés.

Al entrar en la sala principal le recibe un estrépito de voces y gritos. Allí ve a enfermos que presentan terribles deformidades, hombres que deliran, mujeres con las úlceras de la sífilis en el rostro. Algunos están en el suelo, inmóviles, como si estuvieran muertos. Otros corren, saltan y gritan cosas sin sentido. Bermudo avanza a su lado con las manos a la espalda, algo que destaca aún más su barriga. Se pasa la lengua sobre los labios antes de dirigirse a Miguel.

—Nos han dicho que has matado a tres mujeres, por lo visto eres un tipo peligroso. Por eso te vamos a llevar a una celda individual. Te advierto que, por muy peligroso que seas, yo lo soy aún más. De eso ya te irás enterando.

Abandonan la sala principal para meterse en un corredor donde hay varios calabozos. Uno de los celadores se adelanta y abre la puerta a su derecha. Miguel contempla un pequeño cuarto. Arriba hay un ventanillo con barrotes que ilumina la estancia. Los muros, de un feo color ocre, están llenos de inscripciones y dibujos. Un

jergón recubierto por una manta de lana de un color rojizo apagado ocupa la mayor parte del cuarto.

—Ésta será tu casa... por ahora —dice Bermudo antes de cerrar la puerta.

El despacho es minúsculo y austero, pero muy luminoso. Por la ventana a su derecha entra un haz de luz que cae sobre el pequeño escritorio. El médico es un hombre flaco con una nariz fina y larga que destaca en un rostro de rasgos blandos. Miguel permanece frente a él, custodiado por un par de vigilantes.

—Me presentaré —declara haciendo una mueca que pretende ser una sonrisa—. Soy el doctor Torcuato Gutiérrez, alienista de este centro. Me ocupo de una rama nueva de la ciencia médica que trata a los que sufren algún tipo de enfermedad mental.

—¿Enfermedad mental? —pregunta con incredulidad Miguel—. No tengo ninguna enfermedad mental.

—No se altere, si lo considera oportuno podemos llamarlo «problema de salud». Es algo mucho más aséptico, sin esas connotaciones negativas que se asocian a esos males.

—Creo que no me entiende... —dice Miguel negando con la cabeza.

—Todo lo contrario, le entiendo perfectamente —asegura el médico—. Se le acusa del asesinato de tres mujeres. Me han dado la orden de hacer un informe preliminar, pero tengo pocos datos para comprender su caso. Por eso vamos a tener entrevistas para desvelar los vericuetos de su comportamiento y darle un tratamiento adecuado.

Miguel guarda silencio, mientras piensa su respuesta. En la lejanía resuena el sonido de una campana, que le hace pensar que el mundo allí fuera sigue igual.

—Doctor, necesito que me crea —suplica soltando un suspiro—. Estoy investigando unos asesinatos y estoy a punto de descubrir al culpable. El asesino es alguien poderoso. Tanto que, mucho me temo, tiene incluso la protección de algún miembro de la policía. Lo único que pretenden trayéndome aquí es evitar que descubra la verdad.

El médico desvía la mirada y apunta algo en los folios que tiene sobre la mesa. Cuando acaba, vuelve a clavar su mirada en Miguel.

—Me ha dicho que en Filipinas sufrió beriberi, enfermedad cuyas secuelas todavía padece.

—Sí, eso es cierto —aclara más relajado—. Sufro rebrotes con fiebres, desvanecimientos y algún problema de memoria. También se me hinchan las cicatrices de las piernas. Llevo una temporada en que los dolores son más agudos. El comisario me aseguró que iba a mandarme a un hospital a reponerme, no me esperaba que mi destino fuera esta casa de locos. Eso no tiene nada que ver con un trastorno mental.

—Tiene una relación directa. —Torcuato eleva el tono de su voz, parece muy seguro de sí mismo—. El beriberi se caracteriza por presentar dos tipos. El húmedo, que afecta al sistema cardiovascular, y el seco, que afecta al sistema neurológico. A veces sólo afecta a uno de esos sistemas, en otros casos a los dos. Desgraciadamente, ése es su caso. La inflamación que sufre en las piernas es el efecto del daño que provoca la enfermedad en el sistema cardiovascular, que suele ir acompañado de malestar, fiebre e incluso desmayos. En

fin, los síntomas que ha referido. A los que les afecta el sistema neurológico padecen en muchos casos lo que se denomina «encefalopatía de Wernicke». Una extraña enfermedad que conlleva pérdida de memoria, amnesia y, en los casos más graves, psicosis.

Miguel se remueve incómodo en la silla. Siente como la esperanza de convencerle de la injusticia que sufre se desvanece.

—No entiendo lo que quiere decir. ¿Psicosis? ¿Qué es eso?

—Es una enfermedad por la que se pierde el contacto con la realidad. Los psicóticos tienen falsas creencias acerca de lo que está sucediendo. También es posible que oigan voces o hablen con personas que no existen.

»Al parecer usted sufre ese trastorno y por ese motivo vamos a trasladarle al hospital de Santa Isabel, donde podrán hacer un estudio mejor. Ese lugar arrastra una fama inmerecida, le puedo asegurar que su funcionamiento ha cambiado en los últimos años. Ya no es lo que antes llamaban una «casa de locos», ahora cuenta con una plantilla de doctores que vela por la curación de sus pacientes.

Miguel clava su mirada en el médico; sus ojos adquieren un fulgor inesperado. El médico lanza una mirada de temor que se acrecienta al ver que se levanta encolerizado de la silla.

—¿El hospital de Santa Isabel? ¿Por qué no lo llama «Manicomio Central»? ¡No estoy loco! —grita Miguel furioso, sintiendo una punzada de desesperación—. Tiene que hablar con mi compañero José Guzmán, Pepe está al tanto de todo lo que sucede en la comisaría y en esta investigación.

—Lo sé, ya me lo comentó su superior. —El tono de voz del médico es suave y triste—. Pero eso es algo que no puedo hacer.

Pepe está muerto.

—¿Qué dice? ¿Quién lo ha matado? ¿Cuándo?

Torcuato deja la pluma sobre la mesa y cruza los dedos de las manos. En su rostro apunta una mueca de tristeza.

—El cabo José Guzmán murió en el fuerte de Baler de beriberi, sólo unos días antes de ser liberado. Nunca regresó de Filipinas.

—¡Eso es mentira! —vocifera Miguel fuera de sí—. ¡Trabaja en la comisaría conmigo!

Al oír los gritos, los celadores se abalanzan sobre Miguel. Uno de ellos le golpea con una porra de madera y cae al suelo, donde queda sin sentido. Después los guardianes arrastran su cuerpo por el pasillo mientras algunos pacientes observan fascinados a ese hombre inerme con el rostro cubierto de sangre.

22

Jueves, 26 de abril, por la mañana

La oficina del comisario general está dominada por la penumbra. Hace poco que ha amanecido y la claridad que entra por los ventanales del despacho es muy leve. Es un día frío y con niebla. Sobre la gran mesa hay una lámpara de acetileno que ilumina el rostro de Millán Astray. Esa luz amarillenta desvela los rasgos severos de un rostro que parece esculpido a cincel. La tez lívida contrasta con el uniforme azul muy oscuro. Las pupilas del comisario general brillan tanto que parecen echar chispas al leer los papeles que tiene sobre la mesa. Tres hombres le observan en silencio sentados frente al escritorio.

A su izquierda se encuentra el inspector Fernández-Luna, cuyo aspecto abatido llama la atención a Vidal, que le observa de reojo. El sargento permanece rígido, de pie, aparentemente impasible. Sin embargo, no deja de mover entre sus dedos una caja de cerillas que tiene en su mano derecha. Está nervioso. Sabe de la influencia que ejerce el inspector sobre el comisario y teme cualquier cosa.

El tercer hombre es Torcuato, el alienista. Nunca ha estado en una comisaría y trata de disimular su incomodidad. Ese lugar es para él un mundo extraño. Acaba de terminar sus estudios en una nueva

rama de la ciencia médica que casi todo el mundo desconoce o desprecia. Frente al aspecto señorial de los demás, él lleva un traje barato y sus movimientos torpes no hacen nada por mejorar su imagen.

Millán Astray carraspea cuando acaba de leer el último folio, eleva la vista y dirige su mirada a Torcuato. Esos ojos oscuros inquietan de inmediato al médico.

—Doctor —dice Millán Astray levantando la tapa de la caja de habanos que tiene sobre el escritorio para ofrecérselos—, tengo que reconocer que, en gran parte, no comprendo lo que dice su informe. Me cuesta entender esta nueva ciencia, esa... ¿cómo la llama usted?

Torcuato rechaza el cigarro con un gesto de su mano derecha.

—«Psicología», señor comisario, es la nueva ciencia que estudia la mente humana.

—Sí, eso, como se llame. Hasta el nombre es raro —afirma Millán Astray ofreciendo los habanos a Vidal y Fernández-Luna—. Le rogaría que nos explicase, de manera breve, sus conclusiones tras la valoración que ha hecho del agente Miguel Herranz.

—El informe que ha leído es provisional. Es sólo el producto de mis entrevistas en el Hospital General de San Carlos durante estos últimos cinco días. En ningún caso puede entenderse esta primera exploración como concluyente. La mente humana es algo vaporoso, resbaladizo, no existe otro campo en el que sea más fácil equivocarse.

Millán Astray ha encendido el puro y suelta una nube de humo que se desvanece con rapidez. El fuerte aroma del habano se esparce por el cuarto.

—Entiendo, pero, aunque sea así, le agradecería que nos explicase esas conclusiones.

—Bien, les aclararé que Miguel Herranz no reconoce ninguno de los crímenes que le imputan. Se considera inocente y víctima de una conspiración.

—Si no me equivoco, eso es algo habitual en mentes desequilibradas —asegura Vidal.

—Así es —confirma Torcuato.

—Si mandásemos al manicomio a todos lo que niegan sus crímenes y delitos tendríamos las cárceles vacías y las casas de locos llenas —apostilla Fernández-Luna—. Que un delincuente niegue su culpabilidad es lo habitual. Eso no significa que esté loco.

—Miguel Herranz sostiene que el culpable es otra persona —explica el alienista—. En concreto, un miembro preeminente de la sociedad madrileña. Su primer sospechoso fue el marqués de Salamanca. Alguien con el que tuvo algún contacto desgraciado durante su estancia en el hospicio. Al ver que era imposible reunir pruebas contra él buscó otro culpable. Me refiero a Antonio Hoyos, el hijo del marqués de Hoyos. Asegura que ese hombre ha fundado la Sociedad del Cisne Negro, de la que forma parte lo mejor de nuestra ciudadanía y cuyos tentáculos llegan a esta comisaría. Según él, si lo han llevado al Hospital General es para entorpecer su investigación y evitar la captura del auténtico culpable.

—Supongo que no creerá esas tonterías —dice furioso Millán Astray.

—No, por supuesto que no, señor comisario —asegura Torcuato ladeando la cabeza.

—¿Cómo justifica las pruebas que le inculpan? —pregunta Vidal.

Torcuato se vuelve hacia el sargento para darle una respuesta.

—Todo eso formaría parte de la conjura que hay para apartarle del caso. La aparición de su revólver, esa cruz o su machete tiene que ver con alguien de la comisaría. Según él, ese hombre que busca su ruina y trata de librarse de él es usted, sargento.

—¿Por qué motivos iba a querer hacer eso? —insiste Vidal.

—Usted le odia. Eliminarle supone quitarse del medio a un rival. Asegura que le robó el revólver aprovechando su desvanecimiento en la fiesta. Después asesinó a Amparo con esa arma para culparle. Los criados quitaron la chaqueta y abrieron la camisa de Miguel para que pudiese respirar tras desvanecerse. Así pudo ver ese peculiar crucifijo con forma de T. Según él, se lo robó para colocarlo en la escena del tercer crimen. Usted sería el hombre que llevó a Carmen y Rinaldi a las Injurias, donde asesinó a la mujer e intentó acabar con el hombre. Después El Italiano se escondió por el barrio, pero cuando se vio rodeado por varios agentes de policía decidió saltar desde el viaducto antes que caer en sus manos.

—¡Ese hombre está loco! Llevo más de treinta años en el cuerpo y nadie ha podido acusarme de nada. Tengo una trayectoria ejemplar. ¿En qué se basa para acusarme?

—No se enfade, sargento —dice amedrentado Torcuato—. Sólo estoy diciendo lo que él piensa. Además, tiene la sospecha de que protege a un traficante de morfina, un tal Dávila, que suministraba esa sustancia a las mujeres asesinadas.

—¡Esto es lo último que esperaba oír!

—Cree que tiene una joven amante y que con el dinero que saca de la morfina sufraga sus caprichos.

—¡No se indigne, Vidal! —aclara el comisario general—. Todo eso no son más que los delirios de un loco.

—Los psicóticos aprovechan cualquier dato para construir su fantasía —continúa Torcuato—. Miguel puede sufrir lo que se llama «amnesia disociativa». Es un trastorno de la mente por el cual en un hombre conviven dos personalidades, aunque la una ignora a la otra. El francés Pierre Janet uno de los fundadores de nuestra especialidad, hizo el primer estudio sistemático de la disociación hace unos diez años.

»Ese trastorno lo padecen personas que han sufrido abusos o malos tratos en la infancia. Ése es el caso de Miguel, que estuvo interno en el hospicio de la calle Fuencarral, de nefasta fama. No es difícil suponer que haya sido víctima de todo tipo de crueldades, tanto por parte de los empleados como de los mismos compañeros. También son proclives a sufrir este desorden quienes han participado en experiencias que conllevan una fuerte presión psicológica. No creo que haya nada más perturbador que participar en una guerra, especialmente en un asedio tan largo como el que vivió en de Filipinas. Por si fuera poco, durante su estancia allí padeció beriberi, una enfermedad que, en muchos casos, debilita el sistema neurológico.

»En fin, Miguel reúne todos los requisitos para sufrir esa afección de manera aguda. Es un hombre que ha crecido en un ambiente dominado por la violencia y la crueldad. Su vida no ha sido fácil. Todo eso condiciona a una persona, transformándola en agresiva e incontrolable.

Fernández-Luna se remueve en su asiento antes de volverse hacia Torcuato.

—Me cuesta identificar a Miguel con la descripción que hace de él —asegura el inspector—. Creo conocerle bien y he visto pocos agentes menos dados a utilizar la violencia. Es cierto que ha tenido una vida dura, pero parece que la única rémora que tiene de su pasado es esa enfermedad tropical.

Vidal carraspea. La luz de la lámpara de acetileno marca su rostro tenso.

—No sé si será violento o no, pero siempre me ha parecido raro. Detrás de esa fachada hay algo oscuro, inquietante... no sé cómo definirlo —asegura con voz firme—. Nunca ha tenido amigos en la comisaría. La mayoría le consideran un hombre de trato difícil, taciturno y ensimismado en su trabajo. Eso por no hablar de sus problemas con el alcohol. Le han visto de manera habitual en las tabernas del centro. Aunque trata de disimularlo, ha aparecido en comisaría en un estado penoso que justifica con su enfermedad.

—No le negaré que Miguel es un hombre tímido y poco hablador —ratifica el inspector—. Nunca ganará un concurso de simpatía, pero tiene un don natural para la investigación policial. Podría llegar a ser un excelente profesional, ya que ha asimilado las nuevas técnicas. Por eso pedí su traslado al Cuerpo de Vigilancia.

Torcuato vuelve su mirada hacia el inspector y asiente.

—Todos esos rasgos de personalidad coinciden con el cuadro clínico que he descrito. Por lo general, los psicóticos son personas retraídas, poco dadas a establecer vínculos con sus compañeros. Son obsesivos con su trabajo y pueden obtener un rendimiento alto en las actividades que desempeñan. Coincido con el inspector en que me cuesta verlo como un hombre violento, mucho menos un asesino. Sin embargo, es probable que bajo esa aparente calma

haya algo muy oscuro. No creo que sea posible pasar por todas esas experiencias tan duras sin que hayan dejado secuelas.

Millán Astray da un toque al puro y el cenicero se cubre del polvo gris. Después señala a Torcuato.

—¿Qué más puede decirnos?

—De momento nada. Necesito tiempo para hacerme una idea certera de lo que sucede en su mente. Hay muchos aspectos confusos. Sólo les pido que me dejen trabajar unos días más. Entonces les haré un diagnóstico bastante definitivo.

¿Qué habrá sido de Miguel?, piensa Baroja mientras camina hacia la tahona. Han pasado cinco días desde que le dijo que iba a ver a Gálvez y desde entonces no sabe nada. Lo último fue que iba a pedir una orden de registro para el palacio de Antonio Hoyos.

Ha pasado por la Comisaría Central en un par de ocasiones y nadie le ha sabido decir nada sobre su paradero. La segunda vez le aseguraron que estaba haciendo averiguaciones en Leganés y que tardaría en volver. Un agente estalló en una carcajada tremenda al oír aquella estupidez.

Que desaparezca en ese momento es una desgracia. Fue a ver a Gálvez y le pagó la cantidad que pedía. Esperaba cualquier cosa, pero le dio datos concretos que confirmaban que había visto a Mateo. El actor dio a Gálvez todo tipo de detalles sobre la fiesta de disfraces y la muerte de Amparo.

Según Gálvez, Mateo está escondido en el barrio de Arganzuela. Decir «barrio» es mucho: en realidad hay cuatro casas miserables, un cementerio abandonado, una estación de ferrocarril y algunos

bloques de viviendas que están construyendo pegadas a la Glorieta de Atocha. En concreto, Gálvez se lo encontró en el albergue municipal, situado en la parte más recóndita, pegada al río Manzanares.

El albergue es una institución de caridad que acoge a mendigos y otros miserables. ¿Es posible que un joven acomodado haya acabado así? Le cuesta creerlo, pero sólo puede comprobarlo si va, algo imposible hasta que aparezca Miguel. Lo mejor habría sido acercarse al día siguiente de su conversación con Gálvez, porque cada día que pasa Mateo podría desaparecer. Incluso pensó en ir con su hermano o algún amigo, pero nadie se atreve a acercarse a ese lugar dejado de la mano de Dios. Sólo espera que Miguel aparezca tras su estancia en Leganés. ¿Qué estará haciendo allí? ¿Qué puede ser más importante que resolver este caso en el que se juega su futuro?

Miguel lleva ingresado en el Hospital General cinco días y ya le invade el desánimo. Acaba de salir del despacho de Torcuato y el corredor por el que avanza es oscuro y frío. Al principio el alienista le trataba con mucha amabilidad para ganarse su confianza, pero ya ha visto señas evidentes de que sospecha de su estabilidad mental. Siempre le han gustado la ciencia, los hechos, los datos incontrovertibles, pero esa nueva especialidad que estudia la mente humana prescinde de ellos para adentrarse en un mundo vago, difuso y lleno de medias verdades.

Cada día le apetece menos hablar. Desde su ingreso ha visto al doctor Torcuato a diario. A medida que han ido sucediéndose las

sesiones va sintiéndose decepcionado con ese joven. A la amabilidad inicial ha seguido la condescendencia, después la frialdad y, por último, la desconfianza, así que las entrevistas le resultan cada vez más desasosegantes.

En realidad, desconfía ya de todo el mundo. De sus jefes en la Comisaría Central, de la gente del hospital, incluso del inspector Fernández-Luna, que parece haberle abandonado a su suerte. Sólo sigue confiando en Baroja, pero él es el eslabón más débil de la cadena. Alguien que desconocerá su triste destino. Todo ha salido mal. Supuso que en cuanto se aclarase que no sufría ningún tipo de enfermedad mental lo pondrían en libertad. Por el contrario, ni siquiera ha conseguido que le quiten los grilletes cada vez que le sacan de la celda.

Observa de reojo a los hombres que le custodian. Hay más de media docena de guardias, pero todos son un mismo tipo de hombre: brutal, sucio y autoritario. Ha tratado de ganarse su simpatía sin conseguirlo. Es más, cree que le tienen miedo. Para ellos sólo es un loco, el asesino de tres mujeres.

Cuando llegan al final del pasillo se detienen. Segismundo, el celador más viejo, golpea la puerta y lanza una mirada de desprecio a Miguel. Sus ojos están casi ocultos por los gruesos mofletes. Nadie acude a la llamada, así que vuelve a golpear la puerta con más fuerza. Su barriga se mueve arriba y abajo con cada golpe.

—¡Abre! ¡Te traigo a El Florista! —grita.

Ya no es Miguel, ni es policía, ni el héroe de una guerra perdida. Ahora sólo es El Florista, como lo llama la prensa.

—¡Vaya prisas! ¿Es que vas a apagar un fuego o qué? —pregunta un celador de rostro abotargado.

—¡Ya estabas dando otra cabezada! Si te pasas la noche en la taberna, al día siguiente vienes hecho unos zorros. Luego dices que si Bermudo te tiene manía.

Entran en el Departamento de Dementes. Ya sabe que esa zona también tiene un nombre característico, «Leganitos», un diminutivo que hace referencia a Leganés, al pueblo donde tiene su sede el Manicomio Central.

Atraviesan la sala de paseo, repleta de sujetos adormecidos. En los dos últimos días el director, harto del estrépito y los problemas que dan los internos, ha ordenado distribuir un nuevo medicamento que hace que éstos pasen el día dormitando.

El celador abre la puerta de la celda y Miguel entra. El espectáculo es desolador. La escasa luz entra por una ventana situada a bastante altura. El orinal metálico a los pies del camastro está casi a rebosar. A pesar de sus protestas sólo lo vacían cada tres días. Segismundo saca la llave y le quita los grilletes. Miguel se acaricia el círculo enrojecido que rodea sus muñecas mientras se cierra la puerta.

Ya es casi de noche, nunca le ha gustado la oscuridad. De manera irreversible le recuerda las largas noches del hospicio. Los ajustes de cuentas, las palizas, los robos, los abusos a los más desvalidos. Peor aún eran las largas noches de Baler. En la selva, amparados por las sombras, el enemigo parecía siempre al acecho. Esas tinieblas le han perseguido toda su vida. Ahora está a punto de ser tragado por ellas. Si le envían al Manicomio Central tiene la certeza de que será el fin.

Miguel se siente exhausto cuando se dirige hacia el catre; al levantar la manta descubre un folio doblado en el que reconoce la caligrafía rústica de Pepe.

Juntos hemos pasao ratos muy malos, pero también algunos muy buenos. Siempre hemos sío *amigos, creo que desde que nos conocimos al llegar a Manila. Pocas cosas tengo claras en la vida, pero una es que un amigo no puede dejar* tirao *a otro.*

Llevabas razón en todo lo que decías, detrás de estos crímenes hay gentes muy importantes y poderosas. Sin duda, cuentan con el apoyo de alguien de nuestra comisaría, no sé si Vidal o el mismo Millán Astray. Lo que está claro es que piensan encerrarte el resto de tu vida en el manicomio, eso si no te matan antes.

Hay que sacarte de ese hospital como sea. Ya sabes que tengo amigos en todas partes y el sitio donde estás no es una excepción. Uno de ellos ha metío *este sobre en tu celda, no te diré el nombre porque lo mismo descubren la carta y no quiero buscarle problemas.*

Bueno, si te digo la verdad, no es que sea muy amigo porque he tenío *que pagarle unos buenos duros, pero gracias a él me he* enterao *de cosas interesantes. Este hombre trabaja en la planta baja y, aunque no está con los locos, sabe cómo funcionan las cosas allí por la noche.*

Hay sólo cuatro celadores por planta y se reúnen en una sala para beber vino y darle al naipe. Más o menos, cada dos horas hacen una ronda para ver que todo está bien. Eso si la partida no está muy animada.

En tu sección hay un celador llamado Arnaldo que tiene fama de ser el más vago de todos. Siempre se va antes de tiempo y deja solo al mozo que da la cena. La gente está

harta de él, pero nadie dice nada porque su tío es un jefe de las oficinas.

Hoy jueves, Arnaldo hace servicio por la noche y, como es habitual, dejará solo al mozo que reparte la cena. A esa hora toman un vino antes de comenzar la partida. Lo único que tienes que hacer es dejar sin sentido al del reparto, atarle y amordazarle para que no dé aviso de tu fuga. En el cuarto de los celadores hay dos llaves de la puerta del departamento. Una se la llevará él cuando salga para ir a la timba. La otra está en un pequeño mueble.

Después, lo único que tienes que hacer es dirigirte a la salida. La principal a esas horas está cerrada. Has de ir a la de la esquina en la Glorieta de Atocha. A esa hora salen los trabajadores del hospital, mézclate con ellos y muéstrate tranquilo. Si tienes un poco de suerte no te costará salir.

Tú y yo juntos, de nuevo, como en Baler, como siempre. Te estaré esperando fuera, en la plaza que hay frente al hospital.

Buena suerte.

Son casi las nueve de la noche y Hermenegildo, el mozo que se encarga del reparto de la cena, está a punto de acabar su jornada. Avanza con lentitud porque está muy castigado por la mala vida, los muchos años y su afición al vino. Es un hombre flaco y pálido, cuyo pelo estropajoso asoma bajo una gorra negra. El uniforme de celador no contribuye a mejorar esa primera impresión, sino todo lo contrario: la casaca negra resalta el rostro consumido y cadavérico. Ese aspecto hace que los locos le teman, para ellos es un heraldo de

la muerte. Él lo sabe y sonríe al ver la cara de horror de los que le observan.

Al llegar a la puerta escupe al suelo y lanza un gruñido de satisfacción. La aporrea y espera a que abran. Cuando acabe el reparto irá al café cantante Romero. Allí el vino y las mujeres son baratos. Ni el uno ni las otras son muy buenos, pero con su sueldo tampoco puede pagarse nada mejor. Además, dicen que hay una nueva bailaora con mucho arte.

Vuelve a llamar. Sabe que hoy está de servicio Arnaldo, así que no le extraña. Ese vago siempre igual, piensa. Observa con asco el puchero que está sobre el carro. Aunque tiene la tapa puesta, nota el tufo de ese guiso repugnante. Después de recorrer toda la planta no debe de estar muy caliente. Da lo mismo, esa bazofia es incomestible fría o caliente.

La puerta se abre. Hermenegildo entrecierra los ojos y distingue la figura de Arnaldo, que se mueve torpemente con sus kilos de más. En la casaca negra distingue salpicaduras de sangre. Ambos se conocen y ninguno siente simpatía por el otro.

—Buenas noches, hoy guiso con patatas —dice Hermenegildo mirándole a los ojos.

—De buenas tiene poco —asegura con la respiración entrecortada —, acabo de dar una lección a uno de éstos. Con esta gentuza no hay manera.

Arnaldo está sudoroso y lleva en su mano derecha una porra manchada de sangre con la que gusta golpear a los enfermos al más mínimo motivo. Hermenegildo no dice una palabra, sabe que disfruta maltratando a esos desgraciados.

—Bueno, me voy a tomar un vino antes de que empiece la partida. Cierra al acabar.

Hermenegildo asiente, mete el carro en la dependencia y escucha cómo atranca la puerta. En el centro de la sala principal hay un hombre tendido en el suelo que solloza y susurra algo ininteligible. Tiene el rostro magullado y una brecha en la cabeza de la que mana sangre. Trata de poner al hombre en pie, pero éste se encoge temiendo otro golpe.

Al no conseguirlo se levanta y empuja el carro hacia la sala donde se reparte la comida. Allí le esperan los internos con una escudilla en la mano. Apenas hay media docena. Muchos no logran recordar cuándo hay que comer, pero ese número tan pequeño significa que la mayoría se han escondido en los dormitorios para evitar la ira de Arnaldo.

Levanta la tapa, remueve el guiso y comienza a repartirlo. El desfile de los internos es una sucesión de miradas temerosas y rostros compungidos; a algunos les tiembla la escudilla de miedo. Un gato, que alguien llevó para dar cuenta de las ratas, observa el rancho desde un rincón mientras se lame una de las patas manchadas de sangre.

Cuando acaba la ronda coge la escudilla de El Florista. A él no le dejan tenerla, dicen que es un loco peligroso. Las órdenes son que el guardián del departamento debe estar presente al abrir la celda, pero Arnaldo siempre se va antes. Los recomendados hacen lo que quieren.

Enfila el corredor donde está el calabozo. Al abrir la puerta siente un sobresalto. No hay nadie. Ese hombre le espera sentado en el catre todas las noches. Sonríe al verle, se pone en pie y trata de

iniciar una conversación. Él le responde de manera breve y cortante. ¿Estará con ese loquero joven? Le ha visto pasear con los grilletes hacia el despacho de ese doctor innumerables veces, pero no puede ser. A esas horas todos los médicos se han ido.

Da unos pasos dentro del cuarto y entonces nota un fuerte golpe en la cabeza. Cae al suelo a plomo. Medio aturdido ve los pies de El Florista, que debía de estar oculto tras la puerta. El rostro de ese hombre no parece el mismo. Su mirada tiene el brillo feroz del depredador. Siente como un reguero de sangre, caliente y espesa, cae sobre su rostro. Antes de que se le cierren los ojos le domina el terror. El Florista era, como tantos otros, un lobo con piel de cordero.

Miguel suelta el trozo de la losa de granito del suelo con la que ha golpeado al mozo que reparte la cena. Esa piedra era su única opción. Estaba medio suelta y no había ningún otro objeto que pudiese utilizar. Cuando se agacha para ver cómo se encuentra, ve que su cabeza sangra de manera abundante. Lo lamenta, pero no tenía otra alternativa. Ata las manos del hombre a la espalda con las tiras que ha hecho de su sábana. Aunque son muy finas espera que aguanten. Repasa el nudo y pone las dos últimas en la boca. Tan importante como que no se pueda mover es impedir que grite. De momento no parece hacer falta porque el hombre ha perdido el conocimiento.

Sale de su celda para dirigirse a la sala principal, que ya está casi vacía. Algunos pacientes lo observan con una mezcla de sorpresa y miedo, otros salen corriendo aterrorizados. Miguel los ignora y sigue avanzando hacia la entrada. En el suelo está el interno apaleado por

Arnaldo, que masculla algo incomprensible. Esquiva el charco de sangre que le rodea y continúa hacia el portón.

A su izquierda están los dormitorios comunales, de los que salen sollozos, palabras inconexas, gritos sin sentido y jadeos. Supone que muchos están alterados al ver la paliza que Arnaldo le ha dado a ese pobre hombre. No puede evitar sentir un escalofrío al saber lo que le espera si fracasa en su huida.

Se sobrepone a ese temor y entra en el cuarto de los celadores. Allí, en un pequeño armario, guardan las llaves de la dependencia. Al abrir la puerta se encuentra con más de una docena. La del portón es una de las grandes, coge las cuatro de mayor tamaño y se dirige hacia la entrada. Prueba con varias hasta que oye el chasquido metálico del cerrojo. Es un hombre libre. Deja las otras llaves sobre el suelo y abandona aquel lugar maldito.

Al salir se topa con el patio central, que está envuelto en la penumbra. Las únicas luces que se distinguen son las lámparas de acetileno de las esquinas. Gracias a las continuas visitas al alienista conoce el edificio y sabe que la puerta por donde salen los empleados está situada justo en el lado opuesto.

A pesar de que hace frío, siente un sudor frío en la frente y la espalda. El corazón le late con fuerza. El Hospital General es un edificio viejo y lúgubre, pero nunca se lo ha parecido tanto.

Avanza con pasos cortos, tratando de no hacer el más mínimo ruido. Cuando alcanza la esquina opuesta oye con claridad los gritos de los celadores que bromean, blasfeman y disputan en un cuarto justo en medio de la galería. La luz que sale de allí brilla en la oscuridad. Pepe dijo que se reunían en una sala, pero no sabía que

estaba en el centro del patio. Sólo tiene un pensamiento: salir es imposible. Allí acaba su fuga.

Se creía a un paso de la libertad, pero la realidad se impone una vez más a los deseos. No sabe qué hacer. Mientras piensa, ve que Arnaldo sale al patio. Comienza a orinar y echa un vistazo a la esquina donde está Miguel. Aunque se oculta con rapidez teme que le haya visto.

Suspira aliviado cuando el celador entra de nuevo en el cuarto. Un sobresalto le agita el corazón unos instantes después, cuando vuelve a salir junto a varios compañeros y avanzan hacia él. Se mueven con lentitud, la mayoría se burlan de Arnaldo, que asegura haber visto algo en la esquina.

Miguel comienza a deshacer el camino a gatas ocultándose tras la baranda de piedra. Siente cómo las rugosidades de las losas de granito le arañan las rodillas. Sus movimientos hacen que las costuras de la chaqueta parezcan a punto de reventar. El sudor le empapa la frente. Acelera el paso y oye con claridad la charla desenfadada de los guardias, que avanzan alumbrados por una lámpara de petróleo.

La distancia que debe recorrer Miguel es más corta, pero avanza a gatas, mientras que los celadores lo hacen a pie con mayor velocidad. Tiene que alcanzar la esquina para ocultarse, pero es una carrera contra el tiempo. Teme que le vean antes de hallarse a salvo.

—¿Qué has visto? —pregunta un celador.

—No sé... había algo —responde Arnaldo titubeante—. Estoy seguro de que no era una rata. Era muy grande. Parecía un perro o

algo así.

—Bueno, aquí acabará habiendo ratas tan grandes como perros si los jefazos no hacen nada —bromea otro celador con voz gangosa.

—¿Un perro? ¡Tienes que dejar de beber! —interviene otro de voz grave.

Una gran carcajada remata el comentario. Miguel se oculta justo antes de que doblen la esquina. Los celadores se detienen y contemplan la galería vacía. Arnaldo coge la lámpara y da unos pasos.

—Aquí no hay nada, ya lo decía yo —asegura el gangoso—. Mira, vamos a dejarnos de tonterías, no des más la lata. ¡Vamos a darle al naipe!

Esas palabras levantan murmullos de aprobación. Miguel no logra descifrar lo que dicen, pero oye cómo se alejan.

Durante un tiempo permanece inmóvil. Los latidos del corazón van serenándose poco a poco. Nota cómo el pecho sube y baja cada vez con más sosiego. Le duelen las rodillas. Sube las perneras del pantalón y descubre una rozadura en la rodilla izquierda que se apresura a tapar con su pañuelo. Esa mancha roja puede delatarle si alcanza la puerta de salida. Aprieta el pañuelo para cortar la hemorragia.

En realidad, si lo piensa bien, casi cada una de las prendas que lleva puede resultar sospechosa. La leve luz de la lámpara en la esquina le permite echar un vistazo a sus ropas. Tiene algún lamparón en la camisa. La chaqueta está en buen estado, pero es su único atavío para combatir la baja temperatura cuando todo el

mundo lleva más prendas de abrigo. Prefiere no pensar en eso y trata de tranquilizarse.

Oye de nuevo los gritos de los celadores, sumergidos ya en su partida de naipes. Siente una punzada de angustia. Debe maquinar con rapidez un plan alternativo o acabará en ese infame manicomio de Leganés. No sabe cuándo cerrarán la puerta por la que salen los empleados, pero no cree que tenga más de media hora.

Huir por el patio es imposible. Entonces recuerda un hecho sucedido hace unos días. Varios celadores metieron unas cajas en el almacén del final del pasillo donde está su celda. El veterano explicó a un joven que en cada una de las esquinas del edificio había almacenes conectados por túneles. Es decir, si ese hombre no mentía, sería posible hacer bajo tierra el mismo trayecto que pretendía realizar por la superficie.

Alentado por esa esperanza se pone en pie para volver al Departamento de Dementes. Abre la puerta y recoge las llaves del suelo. Recuerda que la del almacén también era grande, tiene que ser una de ésas. Toma una lámpara de acetileno del cuarto de los celadores y se dirige a la sala principal.

Allí el hombre que recibió la paliza ha desaparecido. La sala está en silencio y casi vacía. Sólo un par de sujetos permanecen adormilados en unas sillas contemplando con mirada perdida la pared frente a ellos. De los dormitorios comunales a su derecha siguen saliendo sollozos y murmullos casi inaudibles. La mayoría debe de estar ya durmiendo.

Se dirige al corredor donde está su celda. Aguza el oído para ver si el mozo que reparte la comida ha recuperado el sentido, pero no oye nada. Continúa hacia el fondo del pasillo donde está la puerta del

almacén. Prueba con las llaves hasta que una consigue mover el cerrojo. Empuja la puerta y siente una inmensa alegría al oír el chirrido metálico de los goznes de la bisagra.

Lo que contempla es una escalera que baja hacia una oscuridad opresiva. Aquello, lejos de acobardarle, le parece una señal del destino. Las sombras que le han perseguido durante toda su vida parecen acudir en su socorro. Enciende la lámpara y baja el primer escalón para adentrarse en las tinieblas.

Los peldaños están muy empinados, pero no hay más de una docena. En uno de los últimos resbala y está a punto de caer. La lámpara zozobra levantando un torbellino de luces y sombras que desaparecen cuando la aferra con firmeza. Respira aliviado tras evitar la caída y baja los últimos escalones. Alza la lámpara y contempla la gran sala del almacén. A su derecha, junto a la escalera, están las cajas que bajaron hace unos días, aún sin polvo. También hay toneles, sacos de tela de arpillera y muebles viejos en muy mal estado. El almacén es un caos polvoriento que desprende un fuerte olor a humedad.

De manera inevitable piensa en las siniestras historias que corren sobre el hospital. Dicen que hay fantasmas. El ambiente lóbrego del edificio genera ese tipo de chismes. Las salas del hospital han visto mucho sufrimiento. Epidemias, vidas miserables, muertes horribles; un mosaico turbulento de vivencias penosas y dolor impregna los muros del hospital. Algunos dicen que por las noches se oyen ruidos extraños, voces fantasmales que buscan llevarse consigo a los enfermos.

Prefiere no pensar en esas habladurías y comienza a andar. A ambos lados de la sala se abren pequeños cuartos, pero a él lo que le interesa es el túnel que divisa al fondo. Debe de ser el que conecta los diferentes almacenes. Su ruta de huida. De inmediato se dirige hacia allí. La oscuridad sobrecoge y sólo se rompe en un pequeño círculo en torno a la lámpara.

Acelera el paso, sabe que el tiempo se le agota. Al entrar en el túnel debe bajar la cabeza. Tampoco es muy ancho, ha de ponerse de lado para que los hombros no choquen con los muros. Alza la lámpara y se adentra en esa negrura, que es el camino hacia la libertad. Nada va a detenerle.

Avanza despacio, sintiendo un leve dolor en las rodillas con cada paso. El túnel está cubierto de telarañas, una evidencia de que nadie ha pasado por allí en mucho tiempo. Algunas arañas permanecen al acecho sobre su red. Hay otros insectos: hormigas y bichos negruzcos que no logra identificar. Todos se ocultan entre los huecos de los ladrillos casi deshechos de los muros. El suelo es de tierra y nota cómo una capa de polvo le va cubriendo los zapatos. Se detiene cuando oye un leve ruido. No le cabe la menor duda de que algo que se mueve y avanza hacia él. Tiene la certeza de que sea lo que sea no es humano.

Entonces las ve. O, mejor dicho, ve sus ojos vivaces y malignos que resplandecen en la oscuridad. Son más de una veintena de ratas avanzando hacia él. La luz amarillenta de la lámpara ilumina el pelo grisáceo y las colas ondulantes de esos animales que parecen a punto de abalanzarse sobre él. Los roedores dudan mientras Miguel

permanece paralizado, pero no tardan en correr en dirección contraria. Él las sigue y poco después alcanza otro almacén menos lleno que el anterior, donde también hay cajas y barriles polvorientos entre los que las ratas se esconden con celeridad.

A la izquierda hay un túnel que debe de conducir al siguiente almacén. Miguel sonríe, eso quiere decir que ha hecho la mitad del camino. Apresura la marcha, debe llegar antes de que cierren la puerta de salida del personal. No queda mucho tiempo.

El estado de conservación en este tramo es peor. El suelo está lleno de pequeños trozos de ladrillo de la bóveda que han caído. Aquello le inquieta. La falta de uso del túnel puede deberse a un derrumbe. Su nerviosismo es cada vez mayor, mucho más cuando la luz de la lámpara comienza a parpadear.

El acetileno se está agotando y pronto quedará totalmente a oscuras en medio de ese pasadizo siniestro. Acelera el paso. Da un manotazo a una araña que ha caído sobre su cuello y sigue caminando cada vez más rápido y desesperado, buscando la salida de aquel lugar que puede convertirse en su tumba.

El túnel es recto, algo que le permite avanzar casi a oscuras. La luz aparece ya sólo unos breves instantes. Aquel último tramo, sumergido en tinieblas, parece durar una eternidad. Tiene la frente cubierta de sudor, nota la respiración entrecortada, el paladar reseco y el calor ardiente de los pulmones. La angustia le domina y, por un momento, cree que todo está perdido.

Con uno de los últimos resplandores de luz de la lámpara divisa la entrada al almacén. Allí las cajas y barriles están sin polvo. Ve que

bajo la puerta de salida hay una leve claridad. Ha llegado a su destino. La lámpara da un último fulgor antes de apagarse. Miguel queda inmerso en la oscuridad, pero sabe que esa línea de luz que hay bajo la puerta significa que está a un paso de la libertad.

Se acerca a tientas al portón y saca del bolsillo la llave para meterla en la cerradura. El chasquido metálico que hace el mecanismo se lo confirma. Da un suspiro de alivio y al abrir entrecierra los ojos ante esa luz que le deslumbra por un momento. Observa que la chaqueta, los zapatos y los pantalones están cubiertos de polvo. Limpia los zapatos con un pañuelo, sacude el pantalón y trata de quitar el polvo a la chaqueta. Cuando acaba, da un breve repaso a su aspecto y concluye que es bastante cabal. La única excepción es la pequeña mancha de sangre en la rodilla, algo que queda disimulado por el color oscuro del pantalón.

Asciende por una escalera que le lleva a una estancia amplia cercana a la salida. Camina aparentando una tranquilidad que está lejos de sentir. Oye la voz de unos hombres que bajan por una escalera a su izquierda, y, durante unos instantes, teme que alguno de ellos dé la voz de alarma. Nada de eso sucede. Pasan a su lado con el aspecto exhausto de los que llevan muchas horas trabajando.

Ya más tranquilo, camina tras ellos hasta que ve a un celador junto a la puerta. Para su fortuna, la mirada del guardia se desvía hacia una joven atractiva que viste el uniforme blanco de las enfermeras. Ambos sonríen y hablan animadamente. Miguel acelera el paso y cruza la puerta que le conduce a la libertad. Unas finas gotas de lluvia caen sobre su rostro. No le desagradan, todo lo contrario: parecen despertarle de una pesadilla atroz.

Al salir del hospital de San Carlos le recibe una ráfaga de viento fresco. Aspira hondo ese aire que huele a tierra húmeda y libertad. Dominado por una sensación de regocijo, desciende la escalinata que conduce a la plaza frente al edificio. Miguel anda sin rumbo por ese lugar casi desierto. Pepe dijo que le esperaría allí, pero no ve a nadie, así que sigue caminando hacia la calle Atocha. Entonces ve una figura que levanta la mano. A medida que avanza va vislumbrando el semblante pálido de su amigo.

—Sabía que podías lograrlo.

La voz suena ahogada y conmovida. Sus ojos brillan, parecen estar a punto de derramar una lágrima.

—Casi toda la información que me diste la había oído a los celadores —asegura Miguel—, pero si no llega a ser por ti no me habría atrevido a emprender la fuga.

Pepe parpadea, traga saliva y responde con una voz que ahora es más firme.

—Ya está hecho. Vámonos de aquí —dice señalando al paseo del Prado.

Miguel asiente, es necesario alejarse de allí. Los dos hombres comienzan a recorrer el paseo solitario. Sólo ven un carruaje que avanza hacia la plaza de Cibeles y deja tras de sí el sonido rítmico de los cascos de las caballerías.

—Ahora tienes que esconderte —continúa Pepe—. Cuando pase un tiempo deberás tirar a Francia o Portugal. En la comisaría te la tienen jugada, así que deberás comenzar una nueva vida en otra parte.

—No, no pienso irme —asegura Miguel ladeando la cabeza—. He de aclarar este asunto. No dejaré que se salgan con la suya.

Una racha de aire remueve unas hojas acumuladas junto a los bancos de granito del jardín botánico. El rostro ceñudo de Pepe enrojece.

—¡¿Te has vuelto loco?! —grita indignado—. Aquí lo único que hay que aclarar es si quieres seguir vivo y en libertad. Mañana toda la policía de Madrid estará buscándote. No podrás escapar.

Pepe se pone frente a él cortándole el paso. Mira a los ojos a Miguel.

—¿Qué vas a aclarar? ¡Ya no eres policía!... Sólo eres un fugitivo.

—Llevas razón, pero precisamente por eso no me voy a ir —explica ladeando la cabeza—. No quiero vivir como un fugitivo. Voy a aclarar quién asesinó a esas mujeres.

Pepe duda unos instantes, finalmente suelta un suspiro resignado. La lluvia se detiene en ese momento.

—Si es eso lo que quieres, cuenta conmigo.

—De ninguna manera, no quiero comprometerte. Si me ayudas te puede costar el puesto. Con uno que lo pierda todo es suficiente.

Pepe guarda silencio, sabe que la situación de Miguel es desesperada.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Pepe con una voz que es un susurro.

—Mañana a primera hora iré al palacio de la marquesa de Chinchón. Si no me equivoco ella debe de saber muchas cosas sobre el asesino de Luisa. También tengo que hablar con Baroja, es posible que haya encontrado a Mateo López.

—¿Y después?

—Después nada. Si consigo hablar con ellos descubriré al responsable de los crímenes del Retiro. Si no... —la voz de Miguel se

quiebra—, entonces me espera Leganés, porque será muy tarde para huir.

Los dos hombres siguen caminando por el paseo del Prado. Su figura es la única en ese lugar desierto. Ha dejado de llover, Miguel observa el cielo dominado por unas nubes que apenas dejan ver alguna estrella.

23

Viernes, 27 de abril

La luz irrumpe en la estancia del palacete de la marquesa de Chinchón cuando Miguel corre el visillo, fino y traslúcido. El cielo azul está libre de nubes y los rayos de un sol tímido iluminan el paseo de la Castellana. Tras tantos días grises, en el horizonte se anuncia una primavera que se ha hecho esperar.

El paseo de la Castellana es el lugar donde los aristócratas levantan sus palacetes, convirtiéndolo en una sucesión de mansiones. Los opulentos han desatado una competición para mostrar su prosperidad. Hay amplios jardines, terrazas, miradores, escalinatas y pórticos: un mundo hecho a medida para los que quieren disfrutar del lujo.

Miguel concluye que no es otro barrio de Madrid, sino otro mundo, opuesto al tumulto popular de Lavapiés. Ahí no hay gritos, trifulcas, olores poco gratos o gentes embrutecidas; tampoco cabe el revoltijo agitado y vibrante de las zonas humildes. Se separa de la ventana y da unos pasos hacia un canapé junto al ventanal. La madera pulida cruje a cada paso hasta que se sienta.

A su alrededor está todo lo que uno espera encontrar en un palacio: pinturas, esculturas, tapices, piezas de orfebrería y muebles

de maderas nobles que dan a la estancia un aspecto abigarrado. Le han conducido a esa sala tras identificarse como policía de la Comisaría Central. Aunque trata de disimularlo, está nervioso.

Un sirviente le ha dicho que la marquesa lo recibirá cuando le sea posible. Puede que sea verdad, aunque teme que ya se haya difundido la noticia de su fuga. ¿Es posible que le estén reteniendo hasta que acuda la policía?

Esos temores se evaporan cuando se abre la puerta y aparece una mujer alta vestida con un elegante vestido de terciopelo malva con lazos, cintas y volantes. Miguel se pone en pie y observa cómo avanza hacia él con pasos cortos pero enérgicos. Sabe que lo que le diga esa mujer puede salvarle o condenarle.

Es difícil calcular la edad, pero debe de pasar de la cincuentena. La marquesa ha hecho todo lo posible para ocultar las arrugas y ojeras utilizando una gruesa capa de maquillaje. En torno al cuello lleva un pañuelo color pastel para disimular los estragos de la edad. Miguel hace una reverencia de cortesía que no es correspondida por la aristócrata.

—Me han dicho que quiere verme —expone con un tono glacial—. Le diré que estoy harta de todos ustedes. Informe a su superior de que es la última vez que recibo a alguien de la comisaría. ¿Le queda claro?

La mueca de disgusto que se dibuja en la comisura de los labios secunda esas palabras.

—Por supuesto, señora, está en su derecho —comenta Miguel—. Le puedo asegurar que nadie volverá a molestarla. Sólo deseo que

me responda unas preguntas.

La marquesa observa a Miguel sin disimular su desprecio. Es posible que también influya el aspecto del hombre que tiene frente a sí. A pesar de que se ha cambiado de ropa en el cuarto de Lavapiés, apenas ha dormido. El cansancio se refleja en un rostro que muestra una barba de varios días. Más que un policía debe de parecer un maleante.

— Bien, ¿qué quiere? —pregunta sentándose en un sillón—. Creo haberles dicho ya todo lo que sé.

—El escenario del crimen ha dado pistas relevantes, pero necesito saber lo máximo posible sobre su hija. Allí puede estar la clave para descubrir al asesino.

La marquesa duda unos instantes, después su rostro se relaja cuando observa el retrato de una niña que cuelga en la pared. La altivez desaparece para dejar paso a una tristeza profunda.

—Es ella —explica señalándola antes de que su voz se quiebre—, entonces tenía diez años. Ya desde pequeña dio muestras de tener un carácter tornadizo y travieso, pero no fue hasta más tarde cuando las cosas se complicaron. No me malinterprete. Luisa tenía muchas buenas cualidades: era alegre, divertida, cariñosa... creo que pocas niñas han llenado con una luz tan radiante la vida de sus padres.

La marquesa baja la mirada, duda unos instantes, debe de estar pensando si le conviene sincerarse. Finalmente, suspira y le dirige una mirada triste.

—Todo cambió cuando se hizo mujer. Esa personalidad inestable se convirtió en tempestuosa. Sufría ataques de ira. —La voz de la marquesa vuelve a sonar firme—. Reñía con sus hermanas, con las

sirvientas y las chicas de su edad en el colegio. La mandé a un par de internados, pero las monjas no pudieron con ella. Mi marido y yo no sabíamos qué hacer. Nunca le gustaron las reglas, ella quería hacer siempre su santa voluntad. Al llegar a la edad adulta podría haber elegido marido entre los jóvenes de las mejores familias de Madrid, pero se enamoró de un chisgarabís: Alberto, uno de los hijos del conde de Haro. Una familia ilustre, pero fue a elegir la manzana podrida del cesto. No sé qué vería en él, ni era muy guapo, ni resultaba interesante desde ningún otro aspecto. Alberto se ganaba la vida tocando el piano, no le digo más —asegura soltando un bufido de desprecio—. No vaya a creer que es un gran pianista, uno de esos que actúan en el teatro Real. ¡Qué va! Sacaba cuatro perras tocando en garitos de mala muerte, cafés y sitios así. Además, era un joven de vida disoluta, uno de esos que llaman «bohemios».

La marquesa suelta un suspiro y hace un gesto de enojo.

—Ya ve, lo peor de lo peor —continúa—. La suya era una vida sin rumbo. Y mi hija siguió por ese camino. Ambos frecuentaban teatros, cafés y tabernas, donde se aficionó a la absenta y una sustancia nueva que han inventado los médicos para reducir el dolor.

—¿Morfina?

En el rostro de la marquesa se refleja asombro mientras asiente.

—Sí, ese vicio le costó la vida al muy desgraciado. Alberto consumió tanta que su cuerpo no pudo más. Tras su muerte, mi hija siguió viendo a sus amigos. Eran una gentuza peligrosa.

—¿A qué se refiere entonces con «gentuza peligrosa»? —pregunta Miguel.

La marquesa guarda silencio durante un instante.

—Gente de nuestro entorno, jóvenes aburridos, sin moral y con dinero para gastar en vicios —dice con un tono amargo—. Habían creado... no sé cómo llamarlo... una hermandad para organizar fiestas a las que acudían todos los viciosos de Madrid.

—¿Le resulta familiar el nombre de «Sociedad del Cisne Negro»?

El rostro de la marquesa muestra perplejidad.

—No, no tengo ni idea de cómo se llamaba esa hermandad, sociedad o como quiera llamarla. Ni siquiera sé si tenía un nombre. —Su voz adquiere un tono de repulsa—. Luisa asistía a esas fiestas. Aunque esa palabra se queda corta para definir lo que sucedía allí.

»A ellas sólo iba lo peor de las mejores familias. Hombres que desde niños hacen lo que les da la gana: acostarse con las criadas, humillar o pegar a los sirvientes, pelearse con cualquiera sin temer las consecuencias. Gente cuyo único fin en la vida es satisfacer sus más bajas pasiones. Para ello necesitaban lo que llamaban "invitados": chulos de arrabal, busconas, actrices de tercera, sodomitas... en definitiva, todo tipo de pervertidos dispuestos a vender su cuerpo y su alma por cuatro perras.

»Las fiestas, al principio, eran como tantas otras. Ya se sabe: comida, bebida, música, bailes y conversaciones sin demasiado interés. A medida que transcurría la noche, el ambiente se iba haciendo más salvaje. Bebían sin límite y usaban esa morfina de la que le he hablado y otras sustancias, como opio traído de Oriente.

»Eso era sólo una preparación para experimentar todo tipo de prácticas sexuales. Allí satisfacían sus más oscuras fantasías, que llegaban a volverse violentas como azotes, golpes o todo tipo de humillaciones. Incluso había sodomitas que degradaban a otros

hombres o mujeres que se enzarzaban entre ellos buscando nuevas formas de hundirse en el vicio.

»Comprenderá que contarle esto para mí es muy doloroso —asegura la marquesa entornando los ojos—. Mi pobre hija no era una cualquiera, ella no participaba en las depravaciones sexuales de los demás invitados. Sólo iba allí a consumir morfina. Afortunadamente, Luisa conoció a alguien que la sacó de ese mundo perverso. Volvió a casa. A una hija siempre se la quiere haga lo que haga. Al principio no quiso contarme nada, pero al final me lo confesó todo.

—¿Ese hombre era su amante, el marqués de Salamanca? —pregunta Miguel.

—Sí, el marqués la salvó. No le diré que estuviera orgullosa de que mi hija fuera la querida de un hombre casado. Los dos sabían que su relación no iba a ninguna parte, pero le estoy agradecida por sacarla del agujero donde estaba. Es más, le dio a Luisa cierta estabilidad, la suficiente para renunciar a la vida sin rumbo que llevaba. Abandonó la morfina. En los últimos meses había cambiado mucho, ya no era la de antes. No la había visto tan feliz en mucho tiempo...

Su voz se quiebra en ese momento y calla. Un sollozo escapa de su garganta y las lágrimas asoman en su rostro. Miguel espera a que se recupere. Tras limpiarse las lágrimas con el pañuelo parece más tranquila. En la mirada de la marquesa ya no queda nada de la altivez inicial. Miguel se aclara la voz antes de volver a preguntarle.

—¿Tiene usted idea de quién asesinó a su hija?

—De lo que estoy segura es de que el marqués de Salamanca no tiene nada que ver. Ya le habrán dicho lo de la carta que

encontramos en su dormitorio.

—Sí, me dijeron algo ayer —indica disimulando su sorpresa—, pero no me ha quedado claro.

—Pues está todo clarísimo —asegura la marquesa—. Mandaron a mi hija una carta en la que la citaban en el lago frente al Palacio de Cristal del Retiro. Parecía la letra del marqués de Salamanca, pero los técnicos de la comisaría han concluido que otra persona la escribió imitándola para inculparlo.

—¿Quién cree que la falsificó?

—Sin duda, ese hombre no es otro que el que organizaba esas reuniones: Antonio Hoyos y Vinent. Su mente perversa está detrás de todo. Ya sé que su familia le protegerá, pero debe hacerse justicia —dice con tono amenazante—. No tengo más que contarle, caballero, espero que ese hombre acabe entre rejas pronto.

La condesa se pone en pie y hace un ademán a Miguel antes de abandonar la estancia. En el corazón de esa mujer el dolor ha dejado lugar a una pasión distinta, destructiva y poderosa: odio. Eso es lo que ve en las pupilas brillantes de la marquesa: una fuerza que le consume a uno por dentro, algo que Miguel conoce muy bien.

El sol calienta con fuerza cuando sale del palacio. Eleva la vista y ve cómo los tejados de los palacetes del paseo de la Castellana recortan su figura contra el cielo. Las columnas de humo de las chimeneas tiñen ese cielo azul de una pincelada gris. La luz, cálida y amarillenta, ilumina las fachadas de arenisca.

La calma que impera en la calle contrasta con el nerviosismo que embarga a Miguel. La entrevista con la marquesa le confirma la

sospecha de que el asesino de esas tres mujeres es Antonio Hoyos. Para su desgracia, todo lo que tiene contra él son sospechas o pruebas circunstanciales.

El repique de la campana de una iglesia señala que son las once de la mañana. A esas horas su fuga ya será conocida y deben de estar buscándole por toda la ciudad. Sin embargo, su gran preocupación es saber si Baroja ha encontrado a Mateo López. El actor tal vez pueda suministrar alguna prueba contra Antonio Hoyos. No le queda otra que ir a la tahona de Baroja en la calle Capellanes. Algo temerario, ya que está junto a la Puerta del Sol, muy cerca de la Comisaría Central. Ir allí es meterse en la boca del lobo. Su situación es desesperada. Si Baroja ha descubierto el paradero de Mateo López estará cerca de resolver el crimen. Si no es así, su destino será el Manicomio Central.

Pasa junto a unos ancianos de aspecto elegante que conversan en un banco mientras echan migas de pan a unas palomas. La bandada se eleva al cielo cuando oye el chirrido metálico de los frenos del tranvía. Le gustaría ser como una de esas aves que se elevan en el aire para desaparecer en ese cielo inmenso semejante a una promesa de libertad. Sin embargo, a él le ha tocado avanzar por la tierra, como una lombriz. Tal vez sólo es eso, un pequeño gusano al que es fácil aplastar.

El sabroso olor a pan recién horneado domina la calle Capellanes, que está envuelta en el ruido y el polvo del derribo de un edificio cercano. Los obreros van y vienen cruzándose en su camino con señoras, sirvientas y empleados de bancos. Predominan los trajes de

las oficinas junto a las blusas de obrero. Miguel distingue entre el gentío los cuarterones de la tahona de los Baroja.

Entra en el local y ve que no hay más público que una señora de pelo gris a la que una dependienta está envolviendo unos pasteles en papel de estraza. La tendera, una joven atractiva, aguanta con mansedumbre la protesta de la anciana ante los precios. En ese momento sale de la trastienda Baroja con un cuaderno entre las manos.

En la comisura de los labios hay un gesto de amargura casi tan visible como las arrugas de preocupación de su frente. Está tan absorto en sus pensamientos que no ve a Miguel. Se dirige a una esquina para contar unos sacos de levadura. Mientras lo hace parece un hombre abrumado por una pesada carga. Apunta la cantidad en el cuaderno y al volverse se encuentra con Miguel.

—¿Dónde se ha metido? —pregunta Baroja sin poder disimular su disgusto—. Le he estado buscando por todas partes. Tengo cosas muy importantes que contarle.

Miguel da un respingo de sorpresa, después sonríe.

—Será mejor que hablemos en privado —dice mirando de reojo a la dependienta—. Estoy muy cerca de resolver este caso, si me dejan y si usted me ayuda.

Baroja cierra la libreta y señala el pasillo que lleva a la trastienda.

Se meten en el cuarto que hace de despacho. Su único mobiliario es un escritorio, un sillón de cuero y unas estanterías repletas de facturas. La lámpara de petróleo sobre la mesa ilumina un libro de contabilidad. Apunta un asiento, deja la pluma sobre la mesa y

suelta un suspiro de amargura ante ese trabajo que le mortifica. Después eleva la mirada hacia Miguel, que le relata con brevedad su encierro en el hospital de San Carlos y su entrevista con la marquesa de Chinchón.

—Tenemos los hechos, pero no las pruebas —finaliza Miguel—. No me cabe la menor duda de que estos crímenes los comete Antonio Hoyos. Todas las víctimas asistieron a sus fiestas.

—Puede que lleve razón, pero tenemos en contra a toda la policía de Madrid. No sé si recuerda que iba a hablar con Gálvez, ese que decía que sabía dónde estaba Mateo.

—¿Qué le dijo? —pregunta Miguel ansioso.

—Asegura que Mateo pasa las noches en el asilo municipal de Arganzuela. Le vio justo antes de que usted desapareciera, así que es posible que se haya ido.

—Me resulta difícil de creer que un hombre como él acabe allí —barrunta Miguel.

—Pienso lo mismo —añade Baroja—. Me han dicho que el lugar es terrible, pero es buen sitio para ocultarse si te persiguen personas de las altas esferas o un agente corrupto de la policía.

—Ha seguido el mismo camino que Rinaldi —afirma Miguel.

—Exacto, lo que conviene es ir allí cuanto antes.

—¿Qué le parece hoy al anochecer? —propone Miguel—. El albergue abre sus puertas a partir de las siete. Debemos ir un poco antes.

—Perfecto, mientras tanto venga a mi casa. El asilo municipal está lejos, más allá de la estación de tren. Un suburbio miserable a donde nadie, salvo nosotros, va a ir a buscarle.

Dicen que en el futuro barrio de Arganzuela se construirán viviendas para obreros, zonas industriales y un gran matadero que abastecerá de carne a la ciudad. De momento lo que contemplan Miguel y Baroja es una llanura desolada. En el cielo brillan los últimos rayos de un sol que desaparece poco a poco. Esa luz mortecina alumbra árboles enclenques, casuchas de aspecto miserable, caminos enfangados y personas que parecen vagar sin rumbo. Las nubes toman la tonalidad rojiza que precede al ocaso del sol.

Bajan por el paseo de las Delicias, una gran avenida a cuyo alrededor se han levantado casas bajas de adobe con pequeños corrales en los que hay gallinas, cerdos o burros. Esa parte a las afueras es un aduar africano, sin relación alguna con el Madrid europeo y civilizado de las calles céntricas. La única muestra de civilización es la estación de tren de Delicias, cuya figura se eleva sobre la llanura desolada.

Miguel sabe que Baroja es tan poco hablador como él. Al mirarle de reojo observa una sonrisa insólita en ese rostro generalmente grave.

—Parece que está usted de buen humor.

—Creo que este asunto está a punto de acabar —asegura Baroja —. Sólo pretendía observar la esencia humana de estos barrios de Madrid. Deseaba otear esas vidas acostumbradas al infortunio. Sin embargo, estoy yendo mucho más lejos. Eso es algo por lo que siempre le estaré agradecido.

—Espero que todo esto le sirva para escribir esa novela con la que sueña. Nunca he entendido por qué le gustan estos andurriales.

—En eso no creo que lleve razón —niega Baroja ladeando la cabeza—. Estos andurriales están llenos de dolor, desesperación y

sufrimiento. No hay nada más humano ni nada más interesante que un hombre frente a un destino adverso. Ignorar a estas personas no es cristiano, no es justo y no puede traer nada bueno. Algún día esta gente se levantará y cuando lo haga el mundo temblará. Vendrá esa aurora roja de sangre y muerte que augura Antonio Hoyos.

—Parece un iluminado, uno de esos anarquistas que sueñan con un mundo igualitario.

—No, yo, al contrario que ellos, no me hago ilusiones. Nunca habrá una revolución salvadora. Si los revolucionarios triunfasen sólo pondrían un nuevo orden en el que ellos fueran los poderosos. Los pobres no son mejores. He visto en ellos los mismos males que padecen los ricos: ruindad, bajeza y avaricia. La única diferencia es que unos se pelean por unas monedas en las puertas de la iglesia y los otros por millones en los bancos.

Miguel escucha atento las palabras de Baroja mientras observa el pavoroso paisaje que los rodea. Han pasado hace un rato la estación de tren de Mediodía y caminan por lo que debió de ser un cementerio. El olvido y el paso del tiempo han convertido el lugar en un terreno salvaje, recubierto de arbustos y cruces oxidadas a punto de derrumbarse.

—El mundo no es más que un gigantesco campo de batalla —continúa Baroja con su voz monótona y apagada—. Los humanos no somos más que bestias que pelean a zarpazos y dentelladas por un pedazo de botín. Unos son brutales como esos maleantes de los barrios bajos, otros usan modales cortesanos como el señor marqués. Al final, los unos y los otros sólo buscan satisfacer sus deseos, aunque el trato que reciben es muy distinto. A unos se los

venera, a los otros se los castiga. Las ganancias de unos son gigantescas, las de los otros dan para malvivir.

—Me parece que hemos llegado —dice Miguel señalando un edificio que resplandece en la oscuridad.

El asilo municipal se encuentra junto al camino de los Yeseros. Las luces de su interior brillan como si fuera un faro en la llanura oscura. Es una casa de madera muy grande, rematada por un tejado de pizarra puntiagudo. Está pintada de verde, salvo el marco de las ventanas, que es blanco. En el piso superior hay un gran balcón que exhibe un letrero en el que se lee ASILO MUNICIPAL DEL SUR. A cada lado hay unas lámparas que lo iluminan con una luz amarillenta.

Alrededor del edificio hay una reata de desgraciados que visten zamarras raídas y blusas de obrero muy sucias. Hay borrachos de barbas blancas y mirada perdida; golfos muy jóvenes, casi niños, con el aspecto descarado del delincuente satisfecho de serlo; tullidos que muestran sus bubas y llagas sin reparo; mujeres desgreñadas... todo forma un cuadro patético.

—¿Quiénes son ésas? —pregunta Miguel haciendo un gesto con la cabeza.

—Son golfas viejas —responde Baroja—. Mujeres que ya no pueden ganarse la vida por la edad o las enfermedades del oficio.

Miguel les dirige una mirada lastimera. Muchas tienen horribles chancros, han perdido gran parte del pelo y presentan un aspecto marchito. Algunas acarrean consigo a niños mugrientos que no juegan ni se mueven. Parecen seres que se niegan a llevar la vida de penuria que les espera. Miguel observa a una mujer que tiene un agujero que espanta en el lugar donde debería estar la nariz. Baroja da un ligero codazo a Miguel para sacarle de su ensimismamiento.

—¿Ve usted a Mateo?

Miguel ladea la cabeza. Ambos observan la columna de desesperados en busca de alguien con cierto parecido con la fotografía del cartel que Baroja obtuvo en el Barbieri. Casi al final de la fila Miguel ve a un hombre cuyo rostro se semeja ligeramente. Bajo las guedejas grasientas hay una mirada teñida de derrota y humillación. El hombre, encogido de frío, está tan absorto observando la puerta que no ve a esos extraños que se acercan a él.

—¿Mateo López? —pregunta Miguel.

El actor eleva la vista. En su mirada aparece un brillo de temor, pero asiente con la cabeza.

Miguel sonríe. Ha encontrado al hombre que puede aclarar el caso.

La taberna no tiene nombre, pero todo el mundo la conoce como la de La Larga. El apodo se lo debe a su dueña. Pilar es una mujer alta, guapa, una moza cuyo desparpajo embelesa a la clientela. Tiene la lengua afilada y un descaro que apabulla. No le importa encararse con los clientes, y si dan problemas cuenta con Genaro, un matón fornido, que en ese momento limpia con un trapo el vino que ha derramado al servir un chato.

A esas horas el local está casi vacío y envuelto en la penumbra. Sólo las mesas junto a la barra, donde hay un par de lámparas de petróleo, permanecen ocupadas. La escasa luz deja ver las figuras envueltas en sombras de Miguel, Baroja y Mateo. El actor engulle con ansia el pan y los trozos de queso del plato que Baroja ha pedido. Mateo mantiene la vista baja y mastica como un hambriento.

Del hombre guapo y elegante de la fotografía del teatro sólo queda esa triste ruina. La mirada, que debió de brillar en los escenarios, es triste y fría como la de los animales del matadero. El pelo sucio, las mejillas cubiertas de mugre y un aliento desagradable complementan la triste figura del actor. A pesar de todo, conserva ciertos rasgos de galán. La mandíbula cuadrada o los hoyuelos junto a la comisura de los labios, ahora resecos y cortados por el frío.

Mateo acaba de devorar el último trozo de queso. Después llena el vaso de vino y lo vacía de un trago. Ya satisfecho, levanta la vista y sonríe.

—¿Qué quieren saber? —pregunta mientras se rasca la cabellera.

Miguel desea ganarse la confianza de ese hombre, así que le vuelve a llenar el vaso de vino. Unas gotas caen sobre la mesa pringosa.

—¿Cómo es el asilo? —pregunta Miguel.

—¿El asilo? —responde perplejo Mateo—. ¿Cómo va a ser? Un tugurio. Ya ha visto al personal que hacía cola. Aquí venimos los que no tenemos ni un céntimo para pagar una casa de dormir. Hay que estar pronto porque no caben más de cuarenta personas. Tiene cuatro habitaciones y ninguna es muy grande. A la clientela ya la ha visto, lo mejor de cada casa. Hay borrachos que vomitan o tienen delirios. Algunos están medio locos y comienzan a aullar en medio de la noche. No siempre es así. Si la cosa se da bien, lo único que tienes que aguantar son los ronquidos, apretujones y olores. Pero bueno, supongo que no me han invitado a cenar para que les cuente cómo es ese lugar.

Miguel coge el vaso de vino y le da un trago.

—No, ya le he dicho que soy agente de la Comisaría Central. Lo que nos interesa es saber todo lo posible sobre su relación con Carmen y Juan Rinaldi.

—Y con Amparo Morales —apostilla Baroja.

—Ya sabía yo que era por eso —comenta haciendo una mueca resignada—. Les diré que no tengo nada que ver con esas muertes. Se lo juro.

—Ya lo sabemos —afirma Miguel—, pero su mejor defensa es contarnos todo lo que sepa. De lo contrario puede acabar en la cárcel o el garrote.

Mateo no puede evitar sentir inquietud ante esa amenaza y se revuelve en la banqueta.

—Carmen y Rinaldi, cómo no. —Una sonrisa triste ilumina el rostro del actor—. Les diré la verdad, maldigo la hora en que conocí a esa pareja. Amparo y yo actuábamos en el Barbieri. Ya sé que no es un gran teatro, pero el mundo de las tablas siempre ha sido mi pasión. Sé que allí el público está más pendiente de las piernas de las coristas que de la calidad de la interpretación, pero ser actor era mi sueño. Hacía papeles cómicos, sin mucha sustancia, pero lo vi como una manera de comenzar. O eso es lo que creía...

La voz de Mateo pierde fuerza a medida que habla. En su tono se aprecia la amargura que le traen esos recuerdos.

—La vida es así, a veces crees que vas para arriba, pero sólo has subido a un sitio para caer desde más alto. Ahora me ven hecho una piltrafa, pero soy un buen actor. Todo el mundo decía que no tardarían en ofrecerme un papel importante en algún teatro serio.

Baroja, que ha permanecido en silencio hasta ese momento, se quita la boina para dejarla en la mesa y después clava su mirada en

Mateo.

—¿Cuándo los conoció? —pregunta con su voz triste.

—No recuerdo la fecha —dice Mateo soltando un bufido—. Debió de ser hace cuatro meses. Estábamos en un café cerca del teatro tras acabar la función. De repente se nos acercó una pareja que nos felicitó por la actuación. Se mostraron encantadores. Carmen nos confesó que se moría por entrar en el mundillo artístico. Dijo que había actuado en algún garito sin éxito. No me extraña. Era una mujer muy atractiva, pero una cantante pésima. Tampoco bailaba bien. Ella compensaba esos defectos saliendo al escenario ligera de ropa. El caso es que esa noche nos lo pasamos bien y volvimos a quedar varias veces más. Entonces, cuando tuvimos cierta confianza, Rinaldi me propuso un negocio... turbio.

Miguel vuelve a llenarle el vaso de vino.

—¿Qué clase de negocio?

—Bueno, lo llamo así, pero era otra cosa: chantaje —explica tras dar un sorbo al vaso—. Carmen era una mujer espectacular. Nos dijo que estaba pensando en que sedujera a algunos incautos y los llevara a un piso para sacar fotos de sus encuentros.

—Si ése era el plan, ¿para qué necesitaba su ayuda? —pregunta perplejo Baroja.

—Por el piso; Carmen ganaba un buen dinero trabajando en un burdel de la calle Espoz y Mina, pero Rinaldi era muy presumido y se hacía trajes en las mejores sastrerías. Ella era más de lo mismo. A eso había que sumar que vivían como potentados, no se privaban de nada: teatros, zarzuelas, toros, restaurantes... Después vivían en un cuartucho en Lavapiés. Allí no podían llevar a nadie sin levantar sospechas, por eso me propusieron que les dejara mi piso en la calle

Barquillo. Para los ilusos que captaba Carmen aquello era la vivienda de una señora ligera de cascos y no de una prostituta que los iba a chantajear.

No me gustó, pero en ese momento pasaba por una mala racha. Soy de buena familia, pero de la herencia de mi padre apenas quedaba nada. El Barbieri pagaba poco, tarde y mal. A pesar de todos mis esfuerzos tampoco recibía una oferta de un teatro serio. Como estaba desesperado acepté.

Mateo guarda silencio y apura de un trago el vaso de vino que deja vacío sobre la mesa.

—¿Cómo chantajeaban a esa gente? —pregunta Miguel.

—El método era bastante sencillo —asegura bajando la vista avergonzado—. Hice un pequeño hueco en la pared del dormitorio para sacar fotografías de Carmen y su acompañante. Después Rinaldi le enseñaba unas copias antes de amenazarle con entregarle el material a su esposa. Era un negocio, todos pagaban fabulosamente. Funcionaba tan bien que Carmen dejó el burdel para dedicarse a cazar incautos. Para mi desgracia la cosa no quedó así.

—¿A qué se refiere? —insiste Miguel.

—Rinaldi nos ofreció ir a unas fiestas que organizaba un amigo.

—¿Las de Antonio Hoyos? —pregunta Baroja.

Mateo no responde enseguida. Parece pensarse la respuesta mientras se muerde el labio inferior.

—Veo que saben mucho más de lo que creía —señala asintiendo con la cabeza—. Me dijo que nos pagarían bien por ir, además nos aseguró que había gente capaz de lanzar nuestras carreras. Fuimos unos ilusos, tanto Amparo como yo nos imaginamos en el teatro Español —dice Mateo con amargura.

—Háblenos de Antonio Hoyos y sus fiestas —dice Miguel.

—Antonio Hoyos, menudo personaje —asegura Mateo dando un suspiro—. En teoría, él y sus amigos son unos estetas, gente refinada, amantes de la belleza influidos por las nuevas corrientes artísticas que detestan los cánones morales burgueses. La realidad es que son gente turbia. Borrachos, drogadictos y degenerados en busca de todo tipo de experiencias sexuales, incluyendo las más depravadas. En definitiva, lo que hacían era utilizar esa excusa estética para dar rienda suelta a su naturaleza viciosa. Antonio es sólo un segundón de su ilustre familia, pero tiene delirios de grandeza. Para realizar esas fiestas creó una especie de masonería de viciosos. La llamó «Sociedad del Cisne Negro». Ese animal simbolizaba la belleza, algo que mezclaban con el color negro, la encarnación de lo oscuro, lo prohibido. Incluso algunos elegidos llevaban unos anillos con la figura de un cisne y las siglas de esa sociedad.

—¿Quién los llevaba?

—Antonio Hoyos los distribuyó entre sus amigos, pero, salvo él, nadie se tomaba en serio aquella sociedad. Rinaldi llevaba uno porque suministraba lo que Antonio Hoyos llamaba «carne fresca»: prostitutas, efebos... Amparo también consiguió uno, porque se llevaba muy bien con él. No me malinterpreten, es un sodomita que no está interesado en las mujeres, pero ambos simpatizaron mucho. Especialmente cuando consiguió las drogas para sus fiestas: morfina, opio, hachís. Se las suministraba Dávila, el propietario del Barbieri, que le gusta meterse en cualquier negocio turbio.

La voz de Mateo se va haciendo débil, hasta convertirse casi en un susurro.

—Creo que a Antonio le gusta degradar a todos los que le rodean. Ofreció a Amparo una cantidad fabulosa si era amable, ya me entienden, con algunos de sus invitados. Ella probó la morfina y se hizo adicta. Como necesitaba dinero para comprarla acabó prostituyéndose. Incluso imitó a Carmen y chantajeó a algún iluso.

Miguel está incómodo, no le gustan las dolorosas confidencias de ese hombre convertido ya en un guiñapo.

—Entonces Rinaldi nos dijo que quería chantajear a los que participaban en esas fiestas sacando fotos comprometedoras. Le dije que aquello era imposible. Se celebraban en el palacio de Antonio Hoyos, es decir, no podía recurrir al truco de poner la cámara fotográfica en otro cuarto tal como hacíamos en nuestro piso de la calle Barquillo. Él había pensado ya en eso. Los americanos acababan de sacar al mercado una nueva cámara fotográfica, la Kodak Vista. Un modelo pequeño y muy fácil de manejar, que en vez de placas utiliza un carrete en donde quedan impresas las imágenes. Eso hace que el tamaño sea mucho menor, más o menos ocupa lo que una caja de zapatos.

—Por pequeña que sea una cámara —asegura Baroja ladeando la cabeza—, resultaría difícil obtener fotografías.

—Sí, había que sacar muchas para tener alguna aprovechable —explica sonriendo—. Al Italiano le favorecía que en las fiestas se practicara el sexo de manera pública y cada uno estaba absorto en satisfacer sus pasiones sin reparar en nada. El primer chantajeado fue un banquero muy importante. Un honrado padre de familia y ciudadano ejemplar que se dejaba sodomizar por un rufián de los Cuatro Caminos. El hombre pagó bien y El Italiano repitió el chantaje con otros dos individuos. Por supuesto, amenazaba con mandar las

fotos a su esposa si decían algo a Antonio Hoyos. Todos cumplieron generosamente. También Amparo y yo recibimos nuestra parte por colaborar. Pero ese dinero volaba.

—No entiendo lo que quiere decir —afirma Baroja.

—Rinaldi, Carmen y Amparo se lo gastaban todo en consumir morfina. Intenté apartar a Amparo de esa basura, pero fue imposible. La morfina es una sustancia diabólica, necesitas consumirla cada vez con mayor frecuencia y en mayor cantidad. A El Italiano casi le cuesta la vida. Su adicción llegó a tal extremo que compró bastante a crédito y se la inyectó. Si la morfina se toma en cantidades excesivas puede matarte. Carmen le dio por muerto y lo enterró. Después fue a comprar morfina a un tal Díaz y éste le dijo que podía estar vivo.

—¿Qué pasó después? ¿Por qué desaparecieron Carmen y Rinaldi? —pregunta Miguel.

—Carmen apareció en mi casa hecha una loca. Nos dijo que debíamos ir al cementerio a desenterrar a Rinaldi. Hacerlo fue fácil porque la fosa estaba abierta. El Italiano estaba vivo, pero muy mal, apenas podía andar. Le montamos en el simón y volvimos a Madrid. Carmen me pidió que los escondiera porque no podían pagar la morfina que debían. Después se ocultaron en el piso de la calle Barquillo hasta que metieron la pata.

—¿Qué quiere decir?

—Una vez repuesto, Rinaldi pretendía huir a Sevilla. Su idea era poner a trabajar a Carmen hasta reunir dinero para irse a Argentina. No sería mal plan si no hubiera sido un idiota. La noche anterior a su partida fueron al Café Fornos bajo los efectos de la morfina. Pretendían cenar langosta y caviar para despedirse de Madrid a lo

grande. Les advertí que podía ser peligroso, pero no me hicieron caso. Cuando no volvieron esa noche supe que algo malo les había pasado.

—¿Quién cree que la mató?

—Supuse que habría sido Díaz, por la deuda. Pero no fue así. Me topé con Rinaldi poco tiempo después. Me costó reconocerlo. Estaba aterrorizado y hecho un miserable, tal como me encuentro yo ahora. Me dijo que esa noche, tras salir de cenar, un hombre los apuntó con un revólver y los hizo subir a un carruaje de alquiler. No le conocían, pero estaba fuera de sí. Así que obedecieron. Los llevó hasta el parque del Retiro, pero la policía vigilaba un tranvía averiado. Entonces fueron a las Injurias, allí los hizo bajar hacia la orilla del río. A pesar de que le hicieron caso, el hombre sacó debajo de su abrigo un machete y cortó el cuello a Carmen. Después disparó a Rinaldi, pero falló y consiguió escapar. Rinaldi me dijo que no había visto a ese hombre en su vida, pero se enteró de que era un policía que trabajaba en la Comisaría Central. Supuso que estaba a sueldo de Díaz.

—¿Le dijo cómo se llamaba el policía?

—No.

—¿Le suena el nombre de Vidal?

—No, no creo que supiera su nombre. Sólo me dijo que iba a tratar de pasar desapercibido en los arrabales del sur hasta que pudiera huir. La policía controlaba la estación de tren, las diligencias y los caminos. Estaba atrapado. Que le cogieran ese policía corrupto o los hombres de Díaz era sólo cuestión de tiempo. No volví a saber nada de él hasta que me enteré de que saltó desde el viaducto. Era lo mejor que podía hacer.

»Su muerte nos arruinó. Alguien debió de ir con el cuento de los chantajes a Antonio Hoyos. Un día nos llamó a su palacio. Amparo trató de convencerle de que no sabíamos nada, pero él sospechaba que habíamos colaborado con Rinaldi. Para mostrar nuestra buena voluntad dijimos que buscaríamos entre las pertenencias de Rinaldi y le entregamos la cámara y todas las fotografías que había hecho. Él no se tragó nada de eso y nos dijo que debíamos hacerle un favor a cambio del perdón.

—¿En qué consistía ese favor?

—En hacer un nuevo chantaje. Quería que Amparo tratase de seducir al marqués de Salamanca en la fiesta del Retiro y sacarle unas fotos. Algo que parecía sencillo por la fama que arrastra de mujeriego. Nos dio las invitaciones y unos disfraces. A mí de bufón y a Amparo de cortesana dieciochesca. Supongo que trataba de humillarnos, de decirnos que para él sólo éramos una fulana y un payaso.

»Al poco de llegar Amparo se puso a hablar con el marqués y él parecía encantado. Creo que era la mujer más guapa de la fiesta. El vestido la favorecía mucho, estaba radiante, sabía que si conseguía seducirlo nuestros problemas desaparecerían. Todo iba bien y me desentendí de ella. Me puse a hablar con algunos invitados y cuando volví a verla estaba muerta en esa barca.

—¿Quién cree que la mató?

—No tengo ni idea... pero imaginé que la siguiente víctima podía ser yo. De repente me encontré en la misma situación que Rinaldi: acosado por la policía por ser el principal sospechoso de la muerte de Amparo. Seguí el camino de Rinaldi y desaparecí en los arrabales.

Desde entonces estoy escondido. Cuando esto se olvide, venderé el piso de la calle Barquillo y me marcharé a Argentina o donde sea.

—¿Sabe usted algo del asesinato de Luisa, la hija de la marquesa de Chinchón?

—¿Luisa? ¡No lo sabía! ¡Pobre chica! —murmura Mateo ladeando la cabeza.

—¿La conocía?

—Sí, claro, era una de las asiduas a las fiestas de Antonio Hoyos. Creo que nunca hablé con ella. Era famosa porque sólo iba a inyectarse morfina. Por lo visto la introdujo en ella su amante, Alberto, uno de los hijos del conde de Haro. Él murió de sobredosis. Podría haber visto el peligro que conllevaba esa droga, pero la muerte de su novio la hizo aún más más adicta.

—¿Cree que Antonio Hoyos pudo matar a esas mujeres?

—No sé, lo dudo. La primera muerta apareció en un arrabal; si hay un sitio que ese hombre no pisaría jamás son esos barrios miserables. La segunda en una fiesta en la que no estaba. Por supuesto, podía mandar a un matón a sueldo. La muerte de Luisa es todavía más problemática, no sé qué interés podía tener en matarla.

—¿Es posible que temiera que revelase lo que sucedía en sus fiestas? —pregunta Baroja—. Luisa intentó escapar de ese mundo.

—Puede ser. Mucha gente importante podía temer que su nombre saliera a la luz. Le contaré algo que puede interesarle y casi nadie sabe. Antonio Hoyos lleva un diario donde escribe todo lo que le sucede. Si lo consigue tendrán la verdad.

Miguel recuerda en ese momento la invitación de Hoyos a la fiesta que iba a celebrarse el sábado 28. Al día siguiente.

—Si consigo ese diario, usted testificará y sus problemas habrán acabado. Si no, váyase lo antes que pueda. Ése es mi consejo.

—Gracias por la cena, señores, si me pueden ayudar en algo se lo agradecería.

Baroja saca la cartera y le entrega unos billetes que Mateo agradece antes de retirarse.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Creo que ha llegado el momento de ir a la fiesta de Antonio Hoyos —asegura Miguel poniéndose en pie.

24

Sábado, 28 de abril

Mientras Miguel y Baroja avanzan hacia la plaza de Santa Bárbara, la oscuridad va apoderándose de las calles. Al llegar, sólo ven a un par de borrachos que canturrean una canción que pretende ser alegre. Avanzan apoyándose el uno en el otro para no caer. A medida que se alejan su cantinela se va haciendo más débil. Miguel los ve desaparecer y observa el edificio que tienen enfrente. El palacio de Antonio Hoyos es como su propietario: grande, imponente y con cierto tono afeminado. Miguel se vuelve hacia Baroja antes de cruzar la calle.

—Aquí se separan nuestros caminos —dice Miguel inquieto—. Yo entraré en el palacio para buscar pruebas, las armas o ese diario del que nos ha hablado Mateo. Si no salgo en una hora vaya a comisaría y diga que estoy ahí.

—¿Confía en la policía?

—No, pero no podemos recurrir a nadie más —asegura Miguel encogiéndose de hombros—. Es muy posible que Vidal esté en la trama, pero creo que es el único. Si consigo ese diario o alguna prueba incriminatoria me habré salvado y el asunto quedará resuelto. Si no consigo nada... entonces me espera el manicomio.

—Suerte —dice Baroja estrechándole la mano.

Miguel cruza la calle. A medida que se acerca al palacio oye cada vez más el sonido apagado de la música y un murmullo de conversaciones y carcajadas. La fiesta debe de estar en su apogeo. Las ventanas de la primera planta desprenden una luz cálida y amarillenta cuyo resplandor ilumina la calle sumergida en sombras. Cuando está junto a la puerta golpea la aldaba y espera a su destino.

Abre la puerta un joven de rasgos angulosos, con los pómulos salientes y un bigote fino. Viste una chaqueta gris sin camisa, algo que le permite exhibir un pecho musculoso. Su mirada y los ademanes amanerados transmiten una sensación de afeminamiento.

—Buenas noches: «La noche anuncia el día» —dice Miguel recordando la contraseña que le proporcionó Antonio Hoyos.

El joven sonríe y hace un ademán ceremonioso invitándole a pasar.

—Acompáñeme, por favor.

Comienza a recorrer un pasillo iluminado tenuemente por candelabros con velas. Hay un olor denso a cera quemada y a perfume femenino.

—Si no me equivoco, es la primera vez que asiste a una de nuestras veladas —asegura el sirviente con tono alegre.

—Sí, así es.

—Le presentaré a una persona que le instruirá en el comportamiento que debe guardar durante la velada.

El criado se detiene frente a unas puertas de roble que abre con unos ademanes aparatosos.

—Espere aquí. Margot aparecerá pronto, ella le ayudará.

Miguel observa la sala abarrotada, que está inmersa en un estrépito de voces, carcajadas y música. Las lámparas de araña iluminan a una multitud de mujeres y hombres. Algunos visten de manera refinada con trajes elegantes, vestidos de encaje y faldas ampulosas. Otros, aunque llevan sus mejores galas, no pueden disimular las trazas de barrio bajo. Sujetos en los que se intuye la prostituta, el chulo, el delincuente de baja estofa o la corista de café cantante. De esa multitud emerge una mujer con una larga melena rubia cuya sonrisa resalta gracias a un carmín de un rojo intenso.

—Mi nombre es Margot y seré su anfitriona esta noche —asegura con su voz sensual—. En nuestras fiestas es imprescindible una guía que evite acabar de mala manera. Acompáñeme, por favor.

Avanzan por la sala, que está decorada de manera exuberante. Entre los espesos cortinajes y alfombras aparecen palmeras, helechos, rosas y claveles. Sobre una mesa, tres muchachas semidesnudas bailan mostrando sus pechos y piernas. Algunos beben copas de champán y tras vaciarlas las tiran al suelo, que está cubierto de cristales. El calor hace que muchos se hayan aflojado las corbatas y los cuellos de almidón. Los camareros pululan entre esa multitud que en gran parte está borracha.

Una mujer se derrumba y al caer muestra sus piernas enfundadas en unas medias negras. Los hombres que la rodean estallan en una carcajada que resuena en la sala. Miguel sigue avanzando tras Margot, que camina con pasos cortos y rápidos.

—Lo mejor es que me diga cuáles son sus gustos. No sea tímido. Aquí no juzgamos a nadie. Sean los que sean esta noche pueden satisfacérselos. ¿Le gustan los hombres o las mujeres? ¿Tal vez ambos? Lo mejor es no privarse de nada —dice esbozando una sonrisa lasciva—. El placer o el dolor, la caricia o el látigo. Azotar y humillar o ser dominado. Aquí todo es posible.

—No he venido a eso —asegura tajante Miguel.

—Entiendo, es de los que vienen a probar nuevas formas de entretenimiento. ¿Qué le parece un poco de opio? ¿Prefiere algo más suave como el hachís?

—¿Tiene morfina?

—Por supuesto —asegura Margot—. Me gustan los hombres con las cosas claras, pero tal vez sea mejor disfrutar de algún placer más antes de sumergirse en el sopor de la droga. Todas las actividades que se desarrollan aquí tienen su espacio. Estamos en la sala principal, la más neutra de todas. Ya ha visto lo que hay aquí, para algunos sería una especie de orgía. Para nosotros es sólo la fase previa: comida, alcohol y algo de excitación. Lo bueno está en otras partes.

»¿Ve esas escaleras? —pregunta Margot.

Miguel asiente.

—Si baja se encontrará con la mazmorra. Allí hay todo lo necesario para someter o castigar a la persona que deseamos. Dispone de látigos, cadenas y otros objetos punitivos. No sé si será de su agrado, pero aquí hay asiduos a los que sólo les interesa esa faceta. Desde luego, también puede ser usted quien reciba el castigo —indica lanzando una mirada de complicidad—. Yo misma me encargaría si me lo solicita.

—De momento no, gracias.

—Como quiera, aquí tenemos los cuartos pequeños —continúa, señalando a su derecha—. Apenas se usan, todo el mundo prefiere la sala común, donde se mantienen relaciones en público. Pueden ser entre dos personas o más. Ya sabe, en la variedad está el gusto.

Margot abre la puerta y ante Miguel aparece una estancia en la que hay algunas parejas manteniendo relaciones. La luz es débil, pero suficiente para sacar fotos. No le cabe duda de que ésa era la sala que utilizaba Rinaldi para chantajear a sus víctimas.

—Ahora hay muy poca gente, pero a medida que transcurre la noche se va animando. Es uno de los sitios más populares. ¿Tiene alguna pregunta?

—¿Qué hay arriba? —pregunta Miguel señalando la planta alta.

—Ésos son los aposentos del marqués. Está prohibido subir. Él se une a nosotros cuando lo desea, pero suele ser más tarde. Si le parece, podemos ir a tomar una copa en la sala principal y charlar un rato. Será un paso previo a hacer algo interesante —dice esbozando una sonrisa pícara.

—Me parece un plan perfecto —miente Miguel, que sólo piensa en deshacerse de esa mujer y subir a la planta de arriba.

Miguel se muestra tan distante que Margot no tarda en desaparecer. Tras alejarse se pone a hablar con un rufián que probablemente sea su chulo. Aquélla es la oportunidad que estaba esperando. En la sala principal casi todo el mundo está ya borracho. Nadie repara en él. Así que deja la copa y se dirige hacia la escalera.

Comienza a subir con cuidado para evitar el crujido de los peldaños. Cuando está por la mitad se detiene. Una pareja medio borracha baja riendo hacia la mazmorra. Por un momento teme que le delaten, pero no reparan en él.

Continúa hasta llegar arriba. Afina el oído y escucha a su derecha gemidos. El marqués debe de estar allí, así que decide ir en dirección contraria. Al fondo hay una puerta que abre y da acceso a la biblioteca. Es una sala grande repleta de estanterías con cientos de volúmenes. El leve resplandor de las farolas de la calle entra por un gran ventanal. Al lado hay un sillón de cuero de aspecto cómodo. Debe de ser el gabinete de lectura. Coge un candelabro de plata que hay en la mesa y enciende las velas para pasar al siguiente cuarto.

La sala es enorme; sin duda, se trata del despacho de Antonio Hoyos. La estancia está decorada con cuadros, bustos, tapices, grabados y muebles de maderas nobles. Lo que más le llama la atención es un conjunto de armas blancas que hay sobre una de las paredes: sables, espadas y piezas exóticas de aspecto asiático. Todas brillan con una luz siniestra al ser iluminadas por las velas. Al acercarse comprueba que hay un machete de gran tamaño. Lo examina con detenimiento, pero ve que en la empuñadura no hay ni un resquicio de sangre. Si es el arma homicida ha debido de limpiarla a conciencia.

Eso puede ser una prueba, pero necesita más. Se dirige hacia el escritorio. Sobre la mesa hay algunos útiles de escribir, varios libros y un conjunto de folios. Deben de ser parte de una novela que está escribiendo. Vuelve a dejarlos en su lugar y pasa a inspeccionar los cajones. La suerte le sonríe, aunque tienen cerradura están abiertos. Prueba con el primero y lo encuentra.

Es un Colt 1855, el mismo modelo que se empleó para conducir a la pareja a las Injurias y con el que disparó a Rinaldi. Es posible que se lo dejara a Vidal para ejecutarlos. Ha localizado las dos armas empleadas en los crímenes, pero lo definitivo sería hacerse con el diario del que le habló Mateo.

Comienza a revolver entre los cajones, pero no encuentra nada. Pasa a las estanterías y derriba unos libros que caen al suelo. Miguel se estremece. Ese ruido puede delatarle, así que apaga las velas. El despacho queda sumergido en la oscuridad cuando oye unas pisadas.

La puerta se abre y la claridad inunda el cuarto. Miguel permanece oculto tras la puerta. Poco después nota cómo los pasos se alejan. Entonces lo ve. Está entre los libros que hay sobre la mesa: se acerca al escritorio y lo coge. Al abrirlo ve las fechas de las anotaciones diarias de Antonio Hoyos.

Ha encontrado lo que estaba buscando, el lugar donde habrá escrito todo lo sucedido en los últimos meses. Ésa es la clave para desentrañar el misterio de los asesinatos. De repente la puerta se abre y un sujeto alto y fornido, con aspecto de chulo de arrabal, le contempla perplejo.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —pregunta con tono retador.

Miguel no sabe qué responder. Tampoco le da tiempo. El matón se inclina hacia delante y suelta un puñetazo que Miguel logra esquivar. Desconcertado, retrocede. Miguel aprovecha para descargar un fuerte golpe en la mandíbula del chulo, que se encoge de dolor. A pesar de la diferencia de altura y corpulencia, comprende que tiene

enfrente a un rival peligroso. Los dos hombres se observan con precaución mientras se mueven con cautela.

Calculan cómo pueden dar o esquivar el próximo golpe. En la penumbra, Miguel no ve el borde de la alfombra y tropieza. De inmediato su rival suelta un puñetazo que le alcanza el rostro. El golpe le lanza contra la estantería y cae al suelo. Aturdido, ve cómo su adversario se acerca antes de darle una patada en la cabeza que le deja inconsciente.

Cuando recupera el sentido sólo distingue un salón envuelto en penumbra. Siente un fuerte dolor en la nariz. Respira de manera dificultosa y advierte en sus labios el sabor amargo de la sangre. Se restriega los ojos y distingue la figura de Antonio Hoyos, iluminado por la luz parpadeante de un candelabro de plata.

En su rostro hay una expresión en la que se mezclan la indolencia y el aburrimiento. La luz cae de manera directa y permite entrever la vejez prematura que arrastra la práctica del vicio en todas sus formas. El aristócrata observa a media docena de mujeres y hombres desnudos que están fornicando frente a él. La música de un gramófono no logra acallar los gemidos de placer de esos cuerpos poseídos por la lujuria sin que les importe el público que se arracima a su alrededor.

Hoyos está absorto hasta que un joven que está a su lado le rumorea algo al oído y señala a Miguel con su índice. Se pone en pie para ajustarse la bata debajo de la cual permanece desnudo. Al acercarse sonríe y coge una botella de vino y dos copas que comienza a llenar.

—Si hay alguien que no me esperaba encontrar aquí ése era usted, pero sea bienvenido —dice dándole una copa—. Sé que le invité, pero las últimas noticias que me dieron mis contactos en la policía aseguraban que estaba en el Hospital General. En concreto, en la parte donde encierran a los locos. Un lugar curioso para un hombre que me pareció sensato, pero, seamos sinceros, creo que todos estamos un poco chiflados. Va a permitirme que deje de divagar y le pregunte algo que me intriga: ¿qué le trae por aquí?

—Vengo a detenerle por el asesinato de tres mujeres. Le aconsejo que confiese, la policía viene hacia aquí en estos momentos.

El rostro de Hoyos muestra sorpresa, pero no se altera ante la acusación.

—Creo que ya ha bebido demasiado —dice quitándole la copa—, o puede que realmente se haya vuelto loco, en cuyo caso tampoco le conviene beber.

La sonrisa del aristócrata hace crecer la ira en el interior de Miguel. Antonio Hoyos da un sorbo a su copa de vino. No deja traslucir la menor muestra de nerviosismo.

—¿Va a negar que conocía a esas mujeres? ¿Va a negar que asistían a sus fiestas?

—No, en absoluto. Es cierto que venían. También lo es que no creo haber hablado nunca con Carmen. Amparo era otra cosa. Esa mujer me gustaba, entiéndame, ya sabe que las mujeres no son lo mío, pero tenía algo que la hacía encantadora. No sé nada de sus muertes, ni quién las mató, ni el porqué. Si le digo la verdad, tampoco me interesa mucho. Carmen y su patético chulo nunca me gustaron. Tengo que reconocer que Rinaldi era un hombre atractivo, pero no era mi tipo. Me gustan menos canallas. No sé qué razón

podría tener alguien para matar a ese par de desgraciados. El mundo no pierde nada con su muerte. En vez de preocuparse por ellos, preocúpese por usted. Séquese la sangre —dice dándole un pañuelo de seda—, me va a dejar todo perdido.

Miguel toma el pañuelo y se lo pone en la nariz para taponar la hemorragia.

—He visto su colección de armas blancas. —Su voz suena nasal y entrecortada—. Entre ellas está el machete que se empleó para acabar con Carmen.

Una sensación de perplejidad hace titubear a Hoyos.

—No sé de qué me habla. Compré esa colección hace años. Desde entonces ninguna se ha movido de la pared. Seré sincero: me sorprendió que le mandaran al hospital con los enfermos mentales, pero voy entendiendo cómo acabó usted allí.

—También he visto el revólver con el que disparó a Amparo.

—Usted ha visto muchas cosas. Tengo ese revólver desde hace mucho tiempo, pero no lo he usado nunca. No sé qué pretende con estas afirmaciones... suelo ser un hombre tranquilo, pero... le diré la verdad... me indigna que me acuse de ser un asesino.

La actitud de Hoyos cambia al pronunciar esas palabras. La luz mortecina resalta la mirada oscura y las arrugas que cruzan su rostro. Coge un bastón que está a su lado y da unos golpes en el suelo de madera que resuenan en la sala. De inmediato las parejas que estaban fornicando se ponen en pie para marcharse. Cuando el último de los invitados ha abandonado la estancia vuelve a dirigirse a Miguel.

—Dígame, ¿qué razones tendría para matar a esas mujeres?

—Rinaldi y Carmen se dedicaban al chantaje. Habían extorsionado a varios hombres en sus fiestas. Para llevar su plan a cabo contaron con una pequeña cámara y la colaboración de Amparo y Mateo. Cuando supo de sus manejos planeó su venganza. Usted mismo me ha dicho que tiene ciertos contactos en la policía. Supongo que uno de ellos es el sargento Vidal, un hombre que necesita dinero para pagar los caprichos de su joven amante. A usted le gusta corromper y eso es lo que hizo con él. Le encargó el asesinato de Rinaldi y Carmen a cambio de una gran cantidad de dinero.

—¿El sargento Vidal? —Hoyos esboza una sonrisa irónica cuando pronuncia ese nombre—. Continúe, por favor. Tiene una imaginación prodigiosa.

—Desgraciadamente, todo esto es la triste realidad —asegura Miguel—. El sargento encontró a Rinaldi y Carmen a la salida del Café Fornos. Estaban bajo los efectos de la morfina y no le costó subirlos a un coche para llevarlos al parque del Retiro. Era un sitio ideal, solitario y apartado, pero cuando vio a la policía vigilando los restos del accidente del tranvía los llevó a las Injurias. Allí acuchilló a Carmen y disparó a Rinaldi.

»Aunque El Italiano sobrevivió, su situación era muy apurada. Por un lado, le perseguía Díaz, el traficante de morfina al que debía dinero. Por otro, un desconocido. Rinaldi investigó y supo que el hombre que intentó matarle era Vidal, un policía de la Comisaría Central. Por eso, cuando estuve a punto de atraparle decidió saltar por el viaducto.

»Ésa fue la primera parte de su venganza. Quedaba castigar a Amparo y Mateo. Les dio la invitación a esa fiesta a la que también acudiría Vidal. El sargento la llevó hasta el embarcadero y la mató.

Aprovechó la animadversión que me tiene para robarme el arma y hacer caer las sospechas sobre mí. Así mataba dos pájaros de un tiro: cumplía la misión que le había encargado y se libraba de un rival en la comisaría.

—Es una buena historia, totalmente falsa, pero debo reconocer que admiro su capacidad inventiva. Tengo una pregunta: ¿por qué desearía matar a la pobre Luisa? Ella no participó en esos chantajes que tanto me molestaban y por los que estaba dispuesto a matar.

—Luisa acudió a esas fiestas arrastrada por su antiguo novio, que la hizo adicta a la morfina. Cuando comenzó su relación con el marqués de Salamanca dejó la droga y sus fiestas. Usted temía que revelase la identidad de las personas que asistían y decidió eliminarla.

Hoyos ladea la cabeza y se recuesta en el sillón.

—No puede estar más equivocado. No era amigo de Luisa, pero simpatizaba mucho con ella. Al igual que yo, era una mujer atrapada en una clase social que le pedía comportarse como lo que no era: una buena esposa y madre de clase alta. No se equivoca en que vino a mis fiestas arrastrada por su novio. Siguió frecuentándolas tras su muerte, pero nunca participó de manera activa, salvo que entendamos que inyectarse morfina sea un modo de hacer algo. ¿No cree lo que le digo?

Miguel no sabe qué responder. Antonio Hoyos muestra una calma fuera de lo normal. Si es un mentiroso, es de los mejores que ha visto en su vida.

—He descubierto su diario sobre el escritorio. Ésa es una prueba que mostrará lo que es usted en realidad. Allí está todo lo que ha hecho.

—Habrá encontrado mi diario, pero está claro que no lo ha leído. Si lo hubiera hecho no diría esas tonterías. En esas páginas me gusta contar mi vida de manera detallada, pero no hallará ninguna referencia a que ordené esos asesinatos.

»Es cierto que despreciaba a Rinaldi, pero me prestó buenos servicios trayendo gente de su ambiente. Ya sabe: putas, chulos, rufianes de barrio dispuestos a dejarse sodomizar... Ese italiano era un ser despreciable, pero muy necesario. Hasta le di un anillo de miembro de nuestra sociedad por sus servicios. En cuanto a Carmen, sólo era una fulana más de las muchas que hay por aquí.

»Tal como dice, El Italiano chantajeaba a algunos de los asistentes a mis fiestas, pero eso lo supe tras su muerte, cuando me lo dijeron los extorsionados. Dicho de otro modo, usted me acusa de matar a esa pareja de chantajistas en un momento en el que desconocía sus manejos.

»En cuanto a Amparo y Mateo, reconozco que tuvimos un desencuentro, no se lo negaré. Apreciaba a Amparo, pero abusaron de mi confianza. Algo que quise utilizar a mi favor. Es cierto que les di la invitación de la fiesta del Retiro. Era una broma, los mandé con unos disfraces que eran una forma de degradarlos, pero su presencia allí tenía otro fin.

»El marqués de Salamanca es ahora mismo el personaje más destacado de la sociedad madrileña. Un sujeto al que detesto. Por un lado, representa todo lo que odio de las clases altas: la presunción, el orgullo, la jactancia. Por otro, es un advenedizo codicioso dispuesto a cualquier cosa con tal de incrementar su fortuna. Convencí a Amparo para que tratase de seducirle y sacar unas fotografías con las que tenerle en mis manos.

»Puede creerme o no, pero siento la muerte de Amparo. Ella y Mateo eran muy distintos a Carmen y Rinaldi. Esa mujer era un encanto. Mateo también atesoraba ciertas virtudes. Por ejemplo, era un hombre muy atractivo. Lástima que sólo le interesasen las mujeres.

Miguel titubea y deja pasar unos instantes hasta que vuelve a hablar.

—Usted trata de sacudirse la muerte de esas mujeres que pesan sobre su conciencia.

—Sobre mi conciencia pesan pocas cosas. Soy un hombre amoral, poco dado a planteamientos como de los que habla. Puede creerme o no, pero no ordené matar a esas mujeres —continúa Hoyos—. Es más, le diré que esos crímenes no me interesan. Sus muertes fueron como sus vidas: insignificantes.

»Vidas como la suya, luchando por hacerse con un miserable puesto en la policía. No le auguro un gran futuro. Viene aquí a acusarme sin tener ninguna prueba, supongo que para sacarme una confesión. No la va a tener. Además, aunque me declarase culpable no iba a conseguir nada. Creo que ignora lo importante que es mantener el orden social.

»Si un sujeto como yo fuera detenido por la muerte de esas desgraciadas, la sociedad se resquebrajaría. Debe saber que hay una serie de principios legales que se aplican a gran parte de la gente, pero a medida que se sube en la escala social van perdiendo fuerza. Hagan lo que hagan, a los que están en la cúspide de la pirámide no les pasa nada. Yo estoy entre esos hombres, y detenerme manda un peligroso mensaje: si yo caigo otros pueden hacerlo. Eso sería una

pequeña revolución, sí, pequeña, pero un inicio. Algo que no se puede consentir.

Hoyos habla con la serenidad del que se cree intocable. Su mirada es burlona, se sabe ganador. En ese momento la puerta se abre y entran varios policías que se abalanzan sobre Miguel para inmovilizarle. Vidal contempla cómo le ponen los grilletes y sonríe al ver que el fugitivo ha sido capturado.

25

Lunes, 30 de abril

El comisario general se aclara la garganta mientras fija la mirada en Torcuato, el alienista y Pío Baroja, el panadero aspirante a escritor. Ambos hombres le observan con indisimulado temor. La figura de Millán Astray, con su impresionante uniforme, está flanqueada por el sargento Vidal, a su derecha y el inspector Fernández-Luna, a su izquierda. Verse frente a esos hombres hace sentir a Baroja un nerviosismo poco habitual. Otro tanto puede decirse del alienista, que trata de poner en orden los papeles que lleva en una carpeta.

—Señor Baroja, su presencia aquí es tan inusual como su trabajo en esta investigación —afirma el comisario—. Nunca debería haber tomado parte en ella, pero, ya que lo ha hecho, su ayuda puede ser fundamental para aclarar lo ocurrido. Espero que se avenga a colaborar y a guardar secreto de todo lo que se diga aquí.

—Sí, por supuesto. Puede contar conmigo —dice Baroja.

—Bien, creo que es hora de llegar a una conclusión definitiva sobre el agente Miguel Herranz —afirma Millán Astray dirigiéndole la mirada.

Torcuato suspira y hace un gesto de asentimiento.

—Confirmo mi primer diagnóstico —asegura con una voz apenas audible—. La enfermedad mental que sufre Miguel tiene sus raíces en las penosas experiencias que sufrió durante la infancia y, después, en la guerra. Esos desvaríos se han agravado por el efecto del beriberi. Todo eso empeora con el consumo de alcohol. Beber le alivia en momentos de tensión o cuando sufre alguna de sus pesadillas recurrentes.

Se detiene un momento y continúa:

—El beriberi le provocó daños en el sistema cardiovascular, por lo que padece dolores en las piernas. A nivel neurológico tiene una enfermedad asociada a esta dolencia, la encefalopatía de Wernicke. Ésta a su vez ha derivado en psicosis y en amnesia disociativa. En Miguel Herranz coexisten dos personalidades que se ignoran entre ellas. Por un lado, está el Miguel que conocen: ese hombre poco efusivo, frío, distante y centrado en su trabajo. Pero existe otro, un asesino que desea vengar los agravios del pasado.

—Usted, señor Baroja, ha acompañado a Miguel en las investigaciones que llevaba a cabo. ¿Ha percibido algo en él que confirme las aseveraciones del doctor? —pregunta el comisario observándole con curiosidad.

—En absoluto, Miguel me ha parecido siempre una de las personas más cuerdas que he conocido. Un apasionado de su trabajo, aunque es cierto que tiene esas características que ha dicho: frío, distante y poco efusivo. Ese carácter puede ser poco atractivo, pero no le convierte en un desequilibrado.

—¿No le pareció un poco extraña la obsesión que tiene con el marqués? —pregunta el sargento Vidal.

—Sí, eso es cierto, es innegable que guarda rencor a ese hombre —asegura Baroja asintiendo—. Desde el primer momento creyó que era un posible sospechoso, pero cuando avanzó en la investigación reconoció que estaba equivocado. Eso es algo que no hace un loco obsesivo. Tampoco le he visto borracho.

—Para que la otra personalidad de Miguel surja hace falta que se den una serie de circunstancias —asegura Torcuato.

—¿A qué se refiere con eso? —pregunta Millán Astray.

El médico suspira y echa el cuerpo hacia delante. Duda un momento y titubea antes de responder.

—Bueno, he... he observado que los tres crímenes sucedieron cuando su sistema nervioso está bajo una fuerte presión. Las conversaciones que he mantenido con él tras su fuga resultan esclarecedoras. Tengo una teoría que se ajusta bastante a la realidad.

—¿Qué cree que sucedió? —insiste el comisario.

—Miguel tiene frecuentes pesadillas en las que vuelve al hospicio o a la iglesia de Baler en Filipinas —continúa Torcuato—. Muchas veces, con el fin de olvidar esas noches de angustia se refugia en el alcohol. La noche anterior al primer crimen tuvo uno de esos delirios. Al salir de trabajar fue a beber a las tabernas del centro. El exceso de bebida unido a la alteración nerviosa debió de provocarle alucinaciones. El alcohol puede tener un efecto narcotizante, pero también puede provocar una gran excitación, mucho más a una persona con una enfermedad mental.

»En su recorrido por las tabernas del centro vio al marqués de Salamanca con su amante en el Café Fornos. Miguel Herranz tiene un trastorno obsesivo con ese hombre, para él es algo así como una

encarnación del mal. Su padre murió en el canal del Duero, una de las obras del marqués. Su madre murió poco después de cólera, de esa manera acabó huérfano y en el hospicio. Cree que el marqués es el responsable de su desdicha.

»El contraste entre la vida de ambos hombres era brutal. Uno enfermo, luchando por mantenerse a flote y tratando de olvidar un pasado atroz. Otro con una vida llena de lujos y acompañado de una bella mujer. Para Miguel, ese hombre era alguien que merecía un castigo y eso es lo que pretendió ejecutar esa noche.

»La tensión nerviosa y el alcohol hicieron surgir al asesino. Fue a su cuarto en la corrala de Lavapiés y cogió las armas que trajo de Filipinas: un machete y un revólver. Después volvió al café a esperar a que salieran el marqués y su amante.

»Su turbio estado mental hizo que confundiese a esa pareja con otra. Carmen tenía un sorprendente parecido con Luisa, la amante del marqués. También el físico del marqués guarda cierta similitud con Rinaldi: la misma altura y corpulencia, además de un bigote idéntico.

»No sé cómo, pero consiguió que subieran al carruaje. Es posible que los amenazara o engañara; fuera lo que fuese, la pareja estaba bajo los efectos de la morfina y no opuso resistencia. Después puso rumbo al parque del Retiro.

»Ese lugar tiene un importante simbolismo para él. Algunos de sus recuerdos más felices son sus paseos por allí con su madre. En ese sitio, vinculado a la felicidad de antaño, cumpliría su venganza. Sin embargo, no pudo llevar a cabo su plan porque una pareja de la policía custodiaba un tranvía accidentado.

»Entonces ordenó al cochero ir a las Injurias. Sabía que allí no iba a tener problemas. Es una zona solitaria a las afueras de la ciudad, cuya fama hace que ni la policía lo frecuente. Miguel bajó a la pareja del coche para conducirla hasta las orillas del Manzanares. Allí degolló a Carmen y disparó a Rinaldi, pero sólo consiguió herirle.

»Sobre el cadáver de la mujer dejó un poema y un lirio que debió de comprar a la entrada de algún café. Eso es algo muy importante para Miguel. Su madre murió en la epidemia de cólera y no tuvo flores ni unas palabras de despedida. Lo mismo sucedió con los soldados con los que combatió en Filipinas. Según él, todos los muertos merecen eso. Por ese motivo, junto a los cadáveres de las víctimas aparece una flor.

»Él no recuerda nada de esto, sólo tiene la certeza de que un muchacho le despertó de la borrachera en la taberna de la Blasa, un garito cercano a las Injurias. Me sorprendió que estuviese tan cerca del escenario del crimen. Obviamente, fue allí tras matar a Carmen y herir a Rinaldi.

—Si no me equivoco, usted conoció a Miguel en las Injurias, pocas horas después del primer crimen —afirma Fernández-Luna—. ¿Notó algo extraño en el comportamiento de Miguel?

—Le vi confuso. Tenía muy mala cara, pero lo atribuí más al cansancio que a otra cosa. No sabía que había estado bebiendo durante la noche.

—Es obvio que Miguel estaba alterado esa noche, lo viera usted o no. En cuanto a su teoría —asegura Vidal dirigiéndose al alienista—, me parece probable, pero un tanto etérea. La prueba concluyente es que para cometer sus crímenes utilizó el machete y el revólver que

trajo de Filipinas. En el machete que encontramos en su cuarto había sangre en el engarce de la empuñadura.

—Entonces estaba en lo cierto en pensar que el asesino era un veterano de las guerras de Ultramar —observa Millán Astray atónito.

—Las armas no son la única prueba, también tenemos testimonios de los testigos —continúa Vidal—. Cuando hablé con el cochero me dijo que el hombre que subió con la pareja estaba muy alterado, parecía un loco. Tras su ingreso en el Hospital General volví a interrogar al cochero y le mostré la foto de Miguel. Me dijo que tenía un gran parecido con el tipo que se subió con la pareja la noche del crimen.

—Eso no significa mucho, ese hombre asegura que había un gran parecido, no que fuera él —corrige el inspector.

—En eso lleva razón, era de noche —explica Vidal—. En el centro apenas vio a Miguel y en las Injurias todo estaba muy oscuro. Por eso no le identificó con certeza absoluta. Sin embargo, hay más testimonios que confirman su culpabilidad.

—¿Quiénes son? —pregunta Fernández-Luna con desconfianza.

—Por ejemplo, Felipe Sandoval. El muchacho que presenció la llegada del carruaje a las orillas del Manzanares. Lo recibí la mañana que fue a declarar. Por lo general, los testigos están nerviosos. No era su caso, él estaba aterrorizado. Hablé con él y me confesó que el hombre que apuntaba a la pareja con la pistola se parecía mucho a Miguel. Por eso tenía tanto miedo. En aquel momento no le di más importancia, porque un agente nunca es un sospechoso. También hablé con Pablo, el muchacho que avisó a Miguel en la taberna. Me dijo que se acercó a él con temor, estaba ido... incluso hablaba solo, de vez en cuando se dirigía a un tal Pepe, que no es otro que José

Guzmán, un cabo que murió unas semanas antes del fin del asedio de Baler. No sé si a usted esto le parece normal.

El tono de voz Vidal ha ido subiendo a medida que se dejaba llevar por la cólera, así que el comisario general decide intervenir.

—Cálmense, señores, estamos tratando de aclarar este asunto. Doctor, por favor, continúe con su exposición.

—El asunto de Pepe es muy interesante —explica Torcuato—. Miguel hizo una gran amistad con ese cabo en Filipinas. Para él es la figura paterna que nunca conoció. En momentos de tensión, Pepe aparece para confortarle y protegerle. Oír voces o ver a seres inexistentes es algo habitual en los psicóticos.

—Me resulta difícil creerle —asegura Fernández-Luna—. Miguel es un hombre tímido y retraído, pero no el loco que describe. Vidal, usted ha leído sus informes, ¿le parecen obra de un loco?

El sargento mira a los ojos al inspector y asiente.

—Tengo que reconocer que actuó de una manera profesional. Identificó a Carmen y localizó a Rinaldi.

—Eso es algo que confirmo sin ninguna duda. Miguel me pareció un investigador brillante. Se esforzó mucho, sabía que su futuro dependía del éxito en resolver ese caso. No me cabe duda de que hizo todo lo posible para encontrar al culpable. Siguió con su investigación, a pesar de las órdenes. Incluso estuvo a punto de capturar a Rinaldi: si no llega a saltar desde el viaducto es posible que su testimonio hubiese aclarado todo.

—En mi opinión la decisión que tomó Rinaldi le inculpa.

—¿A qué se refiere? —pregunta el inspector.

Vidal titubea, guarda silencio unos instantes para sopesar lo que va a decir.

—El Italiano se vio acorralado en el viaducto. En un extremo del puente había una pareja de policías; en el otro, el hombre que había intentado asesinarle en las Injurias. En un primer momento Rinaldi no sabía quién era Miguel, pero investigó y averiguó que trabajaba en la Comisaría Central. Se vio perdido, así que decidió saltar y acabar con su vida. Interrogué a Mateo López, un actor que fue la pareja de Amparo. Él se encontró con Rinaldi tras el intento de asesinato en las Injurias. Le dijo que le perseguía un policía de la Comisaría Central.

Millán Astray da una última calada al puro y lo aplasta en el cenicero metálico a su izquierda.

—Inspector, tiene que reconocer que las pruebas y testimonios se acumulan en contra de Miguel.

—Vi cómo ese hombre saltó al vacío —aclara Baroja—, pero creo que más que a Miguel temía a la policía. Si temía a Miguel podría haberse entregado a los otros agentes.

—Mucho me temo que no es así —rebate Vidal ladeando la cabeza —, supondría que Miguel de alguna manera se encargaría de eliminarlo en el calabozo.

—En cualquier caso, eso explicaría la muerte de Carmen y el suicidio de Rinaldi, pero no los otros dos crímenes —afirma Fernández-Luna escéptico—. ¿Cómo explica el segundo asesinato?

—Se daban las condiciones perfectas —aclara Torcuato—. Por un lado, estaba el Miguel obsesionado con resolver el caso del que dependía su futuro. La investigación no avanzaba y su estado nervioso era cada vez peor. Antes de ir a la fiesta del Retiro bebió bastante en las tabernas de la Cava Baja. Por si fuera poco, para continuar sus pesquisas acudió a la fiesta del hombre que odiaba: el

marqués de Salamanca. Un evento que tenía lugar en el parque del Retiro, un sitio que asocia a su madre muerta y la injusticia que sufrió. En fin, estaba sometido a una enorme presión psicológica que avivó los síntomas del beriberi y provocó su desvanecimiento. La enfermedad física y la psíquica van de la mano, la una alimenta a la otra. En este caso el rebrote hizo surgir de nuevo al asesino.

—Amparo era una actriz que no tenía nada que ver con el marqués. ¿Por qué habría querido matarla? —pregunta el inspector.

—La respuesta es sencilla —responde Vidal—. Amparo estuvo gran parte de la noche junto a él. En algún momento, Miguel debió de recuperarse y supuso que esa mujer era su amante. Sin embargo, un amigo avisó al noble de que era una actriz que se dedicaba a chantajear a gente con posibles. Desde ese momento la ignoró.

»Miguel no podía atacar al marqués, que permanecía rodeado de sus invitados, pero sí a su amante, que, de repente, se quedó a solas. Él decidió aprovechar las circunstancias y la condujo al embarcadero de la ría. Un sitio lejano que evitaba que se oyera la detonación de su Colt.

»Allí le disparó a bocajarro, lo que le provocó la horrible herida en la cabeza. Por supuesto, no se olvidó de colocar una flor en sus manos. Aquí no hubo poema. Una de las teorías de Miguel era que el asesino mataba a sus víctimas en escenarios que tenían similitud con los que describía el poema. En realidad, fueron dos casualidades afortunadas.

»De nuevo en este segundo crimen las pruebas son concluyentes —asegura el sargento—. Su revólver estaba en el escenario del crimen. Por supuesto, nadie se lo había robado. Eso son imaginaciones de su mente enferma.

—¿No le sorprendió ver a Miguel allí? —pregunta el comisario.

—Claro que sí, un sirviente me avisó de que un hombre que decía ser policía había llegado a la entrada hacía casi dos horas. Como se desmayó nada más entrar le condujeron a un cuarto del Palacio de Velázquez que utilizaban como almacén. Cuando lo vi estaba muy confuso, ni siquiera sabía dónde se encontraba.

—¿Qué hicieron después? —quiere saber Millán Astray.

—Cuando se recuperó inspeccionamos el escenario del crimen de manera rigurosa. El hallazgo más importante fue el revólver, que, como ya saben, pertenecía a Miguel.

—Según él, le desveló algunos datos sorprendentes. Por ejemplo, la identidad de la víctima. ¿No le parece un comportamiento extraño en un asesino? —pregunta el inspector.

—Sí, es cierto. Miguel se comportó de una manera muy profesional.

—Es lo que llevo diciendo desde el principio —dice Baroja indignado—. Ese hombre no es un loco, es un policía metódico y brillante que arrastra un pasado turbulento. Decir que todo eso le ha convertido en un demente me parece poco creíble.

—Estoy totalmente de acuerdo —apoya Fernández-Luna—. Además, ¿no le parece un poco estúpido que un asesino olvide su arma en el escenario del crimen? Tanta torpeza me hace creer que alguien aprovechase su desmayo para robarle el revólver y tratar de implicarlo en los crímenes.

—Son errores extraños, pero el doctor ha aclarado que cuando surge la otra personalidad de Miguel, éste se encuentra en una especie de trance, algo que puede hacer que cometa errores de ese tipo.

—Me cuesta creer todo lo que dice, doctor —concluye el inspector.

—¡Usted es increíble! ¡Sigue defendiendo a su protegido a pesar de las pruebas! Los hechos son concluyentes: estaba cerca del escenario del crimen en dos ocasiones. Tenemos el machete, la pistola, incluso en el tercer asesinato apareció esa extraña cruz que se trajo de Filipinas —insiste Vidal.

—¡Cualquiera puede ir a una joyería y comprar una idéntica! —grita el inspector—. Es posible que alguien desee endosarle estos crímenes.

—Esa cruz se la dio un franciscano y consta en ella una inscripción, PAZ Y BIEN, que es el saludo que se dan los miembros de esta orden. Señor inspector, ¡reconozca de una vez que ese hombre es un loco peligroso! —grita Vidal.

El comisario da un golpe en la mesa. Su rostro muestra un enfado evidente.

—Señores, estamos aquí para aclarar la verdad, no para discutir. Doctor, continúe con su exposición. ¿Cómo explica el tercer crimen? El que tuvo lugar en el lago junto al Palacio de Cristal —pregunta Millán Astray.

Los dos policías callan y en la sala impera por unos instantes un silencio molesto. Baroja observa con sorpresa la pelea entre los dos policías hasta que Torcuato carraspea porque se dispone a hablar.

—La noche del asesinato Miguel volvió a padecer un ataque de beriberi. La tensión nerviosa debía de ser inmensa. El tiempo se le agotaba y era improbable que sus superiores autorizasen el registro del palacio de Antonio Hoyos.

»El que hubiese cambiado de objetivo en la investigación no significaba que no mantuviera un odio tremendo por el marqués.

Para Miguel continuaba siendo la persona a la que atacar, pero ahora tenía una ventaja. Sabía quién era su amante.

—Eso es algo que también le inculpa —afirma Vidal—. Miguel, a pesar de las órdenes recibidas, continuó investigando asociado al señor Baroja, aquí presente. En una de sus pesquisas ambos siguieron al marqués hasta el Café Fornos, donde tenía una cita con su amante. Allí descubrieron que esa mujer era Luisa, la hija de la marquesa de Chinchón.

»Miguel presionó al marqués para que le diera la lista de invitados a su fiesta, una que escribió de su puño y letra y que encontramos en su cuarto. Esa lista le permitió conocer su caligrafía.

»Poco después Luisa recibió una carta en la que la citaba frente al lago del Palacio de Cristal. Se trataba de una misiva falsa: nuestros técnicos han llegado a la conclusión de que alguien escribió la carta imitando la letra del marqués. Fue en ese lugar donde, por fin, consiguió matar a la amante de su enemigo.

—No sé, me cuesta pensar en Miguel como un asesino —añade Fernández-Luna.

—Opino lo mismo —asegura Baroja.

—Inspector, las pruebas y los testimonios son unánimes. ¿Tiene usted alguna explicación alternativa para los crímenes que resulte creíble? —pregunta Millán Astray.

Fernández-Luna frunce el ceño y se muerde el labio inferior antes de ladear la cabeza.

—Tengo que reconocer que no. Aprecio a Miguel, pero está claro que es el culpable que estábamos buscando.

EPÍLOGO

Mala hierba

—Eres un anarquista —le dijo.

—¿Yo?

—Sí. Yo también lo soy.

—¿Tú?

—Sí

—¿Desde cuándo?

—Desde que he visto las infamias que se cometen en el mundo; desde que he visto cómo se entrega fríamente a la muerte un pedazo de la humanidad; desde que he visto cómo mueren desamparados los hombres en las calles y en los hospitales.

PÍO BAROJA, *Mala hierba*

No le habían mentido. Las celdas donde mantienen a los locos peligrosos en el Manicomio Central son mazmorras subterráneas en las que apenas entra el sol. En la parte superior hay una ventana cubierta de rejas, por la que ya apenas se cuela la leve claridad del atardecer. Miguel, está sentado sobre la banqueta en el lugar donde entran los últimos rayos del sol antes del ocaso. La luz mortecina ilumina el rostro de Miguel, que está muy pálido y demacrado. En su mirada hay un brillo siniestro, no se sabe bien si de odio o locura. Murmura palabras inconexas que repite una y otra vez.

—Es una conspiración... Están metidos todos. Todos. Es una conspiración. Vidal es el asesino... No puede ser otro. ¿Cuánto le han pagado?... ¿Cuánto?... Esa amante le ha vuelto loco. Es una conspiración. Es una conspiración... Están metidos todos...

Miguel asiente con la cabeza mientras habla.

—¡Millán Astray también está metido! Antes tenía la duda... Ahora estoy seguro. Incluso el inspector también participa... Confié en él, pero también me ha traicionado.

Miguel vuelve la mirada hacia la esquina, que está dominada por la oscuridad. De ella sale Pepe, que avanza hacia él hasta ponerse a su lado.

—¡Todos están metidos, Miguel! —dice con voz grave—. Pero eso no importa ya.

Miguel eleva la vista y ve el rostro lívido de Pepe. Está aún más pálido que él. Le caen gotas de sudor por la frente, a pesar del frío

que hace en la celda. Tiene la misma faz cadavérica que tenía en Baler antes de morir consumido por la fiebre.

—Dicen que estás muerto, que te mató el beriberi.

—Muerto o vivo, qué más da —dice Pepe haciendo un aspaviento con la mano—. Lo importante ahora es salir de aquí. Hay que planear algo. ¿No salimos de Baler? ¿No te saqué del Hospital General?

—¿Crees que podemos hacerlo? —pregunta Miguel.

—Claro que sí, dame tiempo —asegura Pepe—. Sabes que puedes confiar en mí.

—Sí, eso es lo que haremos. Saldremos de aquí.

—Exacto, y una vez que estemos fuera nos vengaremos —concluye Miguel.

—Sí... tienen que pagar. Iremos a por todos: el marqués, Antonio Hoyos, Vidal, Torcuato, Millán Astray y Fernández-Luna. Hay que acabar con ellos. No dejaremos ni uno. Pronto llegará la hora de eliminar toda esa mala hierba.

Baroja sale cabizbajo del hospital de Santa Isabel, Manicomio Central o, como lo llama todo el mundo, «la Casa de los Locos». Se ha desplazado a Leganés para visitar a Miguel, pero no le han permitido entrar. Los enfermos mentales peligrosos tienen muy limitadas sus visitas y sólo se comunican con familiares o allegados muy íntimos. No es el caso de Baroja. Aunque su relación fue intensa, no puede justificar su interés en verlo.

El edificio por fuera es siniestro, pero el interior lo es aún más. Un lugar sombrío como pocos. La vida de Miguel siempre estuvo llena

de sombras y parece que, al final, esas sombras lo han atrapado. Siente ese final tan triste. Se resiste a pensar que Miguel sea un asesino. Es cierto que es tímido, poco hablador y está siempre absorto en sus pensamientos, algo que cualquiera también podría pensar de él. Tal vez por eso simpatizaron tanto, especula soltando un suspiro.

Los dos, si nada lo remedia, son ese tipo de hombre que naufraga en la vida. Sabe lo que ha sido hasta ahora: mal estudiante, peor médico, pésimo panadero... lo único que puede salvarle es la literatura. ¿Puede salir de tanta calamidad un buen escritor? Es difícil, lo sabe, pero ha comenzado a escribir su novela. Lo hace de manera torrencial, tanto que su estilo es descuidado, un tanto tosco, un poco como él mismo. No es un estilista, pero está convencido de que sus páginas tienen fuerza y vida. Muchos de esos escritores amanerados que están de moda no pueden decir lo mismo. La suya es una escritura dura, como la vida en esos barrios que ha recorrido. Cruel como el destino de Miguel. Sabe que sin él no habría sido capaz de armar esas páginas llenas de una realidad que espanta. La lucha por la vida de esas gentes nunca ha sido retratada de una manera tan cruda y veraz. Eso es algo que debe al pobre Miguel.

Siente piedad por ese hombre destrozado por la orfandad, la guerra y la enfermedad. Todo se puso en su contra. Ahora, ¿qué le queda? Ir apagándose en ese antro hasta morir. La vida es una lucha, y en ella Miguel, como tantos otros, ha perdido.

Nota del autor

Esta obra es ficción, y todo lo relatado en ella no tiene ninguna verosimilitud histórica, salvo que refleja el Madrid miserable de *La busca*. Sin embargo, algunos de los personajes que aparecen en ella son reales.

PÍO BAROJA dirigía en 1900 una panadería que había heredado de su tía Juana Nessi. Compaginaba esa actividad con sus primeros pasos en el mundo literario dominado por el modernismo y una pintoresca bohemia literaria. Su primer libro, *Vidas sombrías*, una recopilación de cuentos, data de esa fecha. Además, estaba a punto de publicar por entregas su primera novela, *Aventuras, inventos y mistificaciones de Silvestre Paradox*.

Los datos que se reflejan sobre su vida son ciertos. Estudió Medicina, pero en cuarto año se fue a Valencia a terminar la carrera tras sus disputas con los dos catedráticos que se citan en la novela. Tras acabar sus estudios realizó una tesis doctoral dedicada al dolor («El dolor, estudio de psicofísica»). Ejerció como médico en Cestona, pero tras un breve tiempo vuelve a Madrid a hacerse cargo de la panadería.

En 1904 publicaría la que está considerada como su obra maestra: la trilogía de novelas de la lucha por la vida (*La busca*, *Aurora roja* y

Mala hierba). En ella refleja la vida de la gente humilde de Madrid y de sus barrios marginales, que recorrió para escribir la novela.

RAMÓN FERNÁNDEZ-LUNA fue uno de los primeros policías que introdujeron las técnicas modernas de investigación en España. Muy popular en su época, fue conocido como «El Sherlock Holmes Español». Destacó por su pericia en realizar sus investigaciones, consiguiendo el favor de José Millán Astray, comisario general de la policía de Madrid. Tras jubilarse fundó en 1923 el Instituto Fernández-Luna, que daba clases para ingresar en la policía y gestionaba una de las primeras agencias de detectives.

FELIPE SANDOVAL es el personaje más célebre nacido en el barrio de las Injurias. Durante su infancia y adolescencia desempeñó varios trabajos (albañil, pinche de cocina, camarero...), pero finalmente acabó siendo un delincuente habitual. En la cárcel descubriría el credo anarquista, al que se convirtió. A partir de entonces se hizo atracador y pistolero al servicio de la causa. En París frecuentó la tertulia del líder anarquista García Oliver.

Durante la Guerra Civil fue uno de los sanguinarios asesinos de la checa anarquista del Cinema Europa. Tras finalizar el conflicto fue torturado en la comisaría de la calle Almagro. Delató a sus compañeros y, tras ser repudiado por ellos, se arrojó al vacío desde una de las ventanas de la dependencia policial. El fotógrafo Carlos García-Alix realizó un documental biográfico titulado «El honor de las Injurias: busca y captura de Felipe Sandoval».

La lavandera LUISA SANDOVAL nació en Torrelaguna, desde donde emigró a Madrid huyendo de la miseria. Fue madre soltera, por lo que su hijo Felipe pasó gran parte de su infancia en el orfanato Hijas de la Bandera.

ALEJANDRO SAWA había vivido en París, donde frecuentó a los grandes escritores de la época. A su vuelta a Madrid se convirtió en uno de los referentes de las tertulias madrileñas. Su forma vehemente de expresarse y su vida bohemia le hicieron muy popular en los círculos artísticos.

EMILIO CARRERE fue un destacado poeta modernista en su juventud, que recogió las poesías de ese periodo en *Románticas*. Cuando el movimiento pasó de moda se dedicó a publicar novelas cortas, que en aquel momento gozaban de mucha popularidad y le daban un dinero que se apresuraba a gastar en su desordenada vida nocturna.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN era un hombre ya no tan joven (treinta y cuatroaños) que gustaba de frecuentar los ambientes literarios, pero que todavía no había dado a luz ninguna de sus famosas obras. Vio morir a Alejandro Sawa en su casa el 3 de marzo de 1909, loco, ciego y furioso. Max Estrella, el protagonista de *Luces de Bohemia*, es un trasunto de Sawa.

RAFAEL CANSINOS ASSENS era un muchacho de dieciocho años que acababa de instalarse en Madrid. Comenzó a frecuentar las tertulias literarias modernistas, pero no sería hasta 1914 cuando publicó su primer libro, *El candelabro de los siete brazos*. Su gran obra fue *La*

novela de un literato, una especie de diario en el que refleja la vida literaria madrileña de 1900 a 1936.

CONSUELO VELLO CANO, conocida como *La Fornarina*, fue una de las grandes cantantes de cuplé. Comenzó a ganarse la vida como lavandera, la profesión de la madre. Pronto daría sus primeros pasos artísticos como corista en el teatro de la Zarzuela y en algunos cafés cantantes. El éxito le llegaría en 1902 en el Salón Japonés. Según las crónicas de la época, era una mujer muy hermosa. La periodista Carmen de Burgos dijo de ella: «Parece que hay luz en sus cabellos, en sus ojos y en la sonrisa ingenua y graciosa.»

JUAN RINALDI fue un delincuente real. Los datos que salen en la novela son los que aparecen en su ficha policial.

JESÚS GAYOSO es otro delincuente de la época, que, tal como se cuenta en la novela, combatió en Cuba.

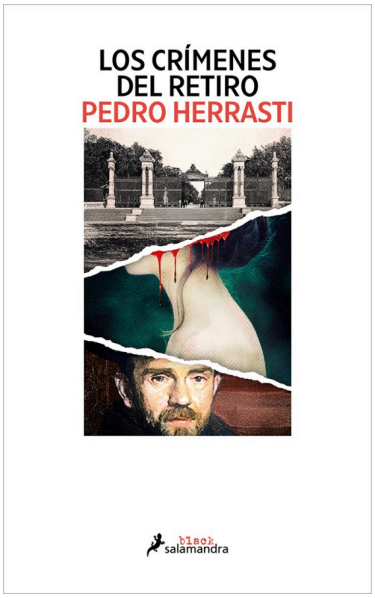
ANTONIO HOYOS Y VINENT fue un aristócrata que se caracterizó por ser un dandi exquisito. Sordo y homosexual, llegaría a ostentar el título de marqués de Hoyos tras la muerte de su hermano. Sus novelas cortas, en las que mezclaba un erotismo leve con la podredumbre moral de gusto decadentista, alcanzaron una gran popularidad. Su ideario anarquista le llevó a la cárcel de Porlier tras acabar la guerra. Murió pobre, ciego, sordo y abandonado por su familia en 1940.

JOSÉ MILLÁN ASTRAY (PADRE). Pocas trayectorias hay más insólitas que la del padre del fundador de La Legión. Abogado, periodista, autor de

obras teatrales y libretos de zarzuelas durante su juventud, pasaría a ocupar varios cargos administrativos como jefe del Cuerpo de Establecimientos Penales o comisario general de la policía de Madrid durante su madurez.

JOSÉ MILLÁN ASTRAY (HIJO). Obtuvo su graduación como segundo teniente en febrero de 1896. Ingresó en la Escuela Superior de Guerra, pero al estallar la rebelión en Cuba y Filipinas pidió la baja y fue destinado a la isla de Luzón. Por su participación en los combates recibió la Cruz de María Cristina. Al finalizar la guerra concibió la idea de crear un cuerpo de soldados profesionales capaces de afrontar los combates más duros, algo que no se haría posible hasta la creación del Tercio de Extranjeros en 1920.

En el Madrid de 1900, el joven médico Pío Baroja se enfrenta a una oscura trama de crímenes en serie.



Madrid, abril de 1900. Una joven aparece asesinada en las Injurias, uno de los barrios más desfavorecidos de la capital. Su cuerpo sin vida yace junto al río con una flor y un poema de Rubén Darío en las manos. Entre los curiosos que se agolpan frente al cadáver, se encuentran Pío Baroja, un joven médico que está visitando la zona para escribir una novela, y el agente Miguel Herranz, antiguo combatiente de Filipinas, de donde ha regresado con graves secuelas físicas y psíquicas. Cuando Miguel se hace cargo de la investigación, Baroja, que ha identificado a la mujer como una de las prostitutas que frecuentan sus amigos bohemios, se une a él en busca del culpable. Juntos visitarán las tertulias literarias, los

burdeles, los teatros y cafés cantantes donde surge el cuplé, y recorrerán una ciudad que, pese a la pérdida de las colonias de Ultramar, comienza a brillar con una intensa vida cultural y literaria. Desde los suburbios y barrios populares hasta los palacios de la aristocracia, desenmascarar al homicida se va haciendo para Pío y Miguel una necesidad urgente conforme van apareciendo nuevas víctimas en el parque del Retiro.

Perfecto conocedor del Madrid de las primeras décadas del siglo xx, con sus luces y sombras, Pedro Herrasti nos ofrece un original thriller histórico y criminal, atmosférico y ameno, que destaca por su ambientación, giros y golpes de efecto, firme pulso narrativo y un Pío Baroja en labores de detective como protagonista de excepción.

La crítica ha dicho:

Sobre Capitán Franco

«Una obra entre la novela histórica, la de aventuras y el *thriller*, con una trama de guerra y espionaje y algunos tintes de comedia.»
El País

Sobre Madrid era una fiesta:

«Un relato ameno, divertido, a veces sorprendente, donde la intriga policiaca no solapa en ningún momento el pintoresco ambiente cultural, político y artístico de aquellos tiempos. El autor ha logrado plasmar un marco histórico tan vivo que parece irreal, pero que está basado en hechos constatados, en documentos de la época y en los

propios comentarios que en su día hicieron los principales personajes históricos y literarios que aparecen en sus páginas.»
Diario de Córdoba

«El cuidado que ha puesto en la ambientación es inmenso y pocas veces he leído a nadie más minucioso. A cada página, no podía menos de decirme a mí mismo: "¡Cómo se lo ha currado!"»
ABC

Pedro Herrasti (Madrid, 1964) estudió Periodismo en la facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense y cursó el Máster en Periodismo del diario *ABC*. Trabajó en varios periódicos y revistas de ámbito local y nacional hasta que en 1995 comenzó a trabajar en el Ministerio del Interior. Ha impartido cursos de Literatura Creativa para la Junta de Andalucía y realizado cursos de Introducción a la Dirección Cinematográfica con Pablo Berger y Moncho Armendáriz. Entre sus obras, destacan *El demonio de Lavapiés*, *El libro de las tinieblas*, *Capitán Franco* y *Madrid era una fiesta*.



Primera edición: mayo de 2025

© 2025, Pedro Herrasti
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Ricardo Sánchez, «Risconegro», por el mapa

Diseño de la cubierta: Josep Dols
Fotografías de la cubierta: Trevillion, iStock y Alamy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19851-30-7

Compuesto en: Comptex & Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: SalamandraEd
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinEbooks
Spotify: PenguinEbooks
TikTok: PenguinEbooks

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice de contenido

Los crímenes del Retiro

Primera parte. Vidas sombrías

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Segunda parte. La busca

- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Tercera parte. Aurora roja

- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25

Epílogo

Nota del autor

Sobre este libro
Sobre Pedro Herrasti
Créditos